
EL PRECIO
de un error
G.R. OLIVEIRA

EL PRECIO DE UN ERROR

1ª EDICIÓN
(2025)

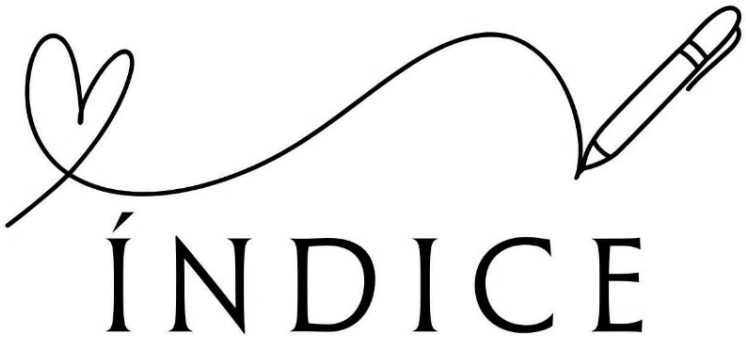
Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

SUMÁRIO



ÍNDICE

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

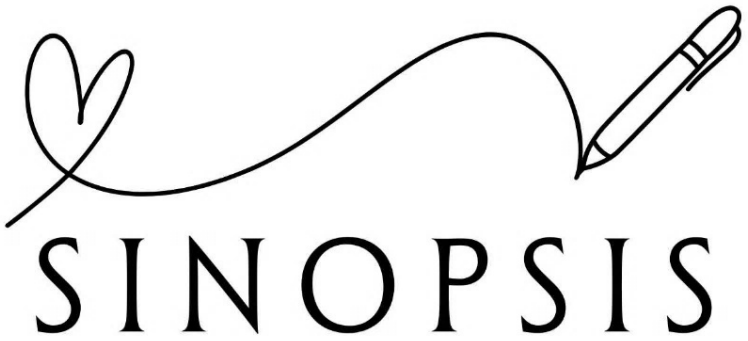
CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

SINOPSE



DIFERENCIA DE EDAD + PROTAGONISTA FRÍO Y POSESIVO + EMBARAZO INESPERADO + MATRIMONIO DE CONVENIENCIA + SLOW BURN + GRUMPY x SUNSHINE

ELENA ROMANO

Una prueba de ADN y un megáfono en mano fueron suficientes para ponerme cara a cara con el poderoso e inaccesible Dante Valentini, un multimillonario acostumbrado a dar órdenes, no a escuchar promesas. Él es todo lo que debería evitar: frío, escéptico e incapaz de entender de sentimientos. Pero ahora estamos atrapados en un acuerdo: un matrimonio de conveniencia impuesto por tradiciones que no forman parte de mi vida, pero que controlan la suya. Aquí no hay amor, solo condiciones…

DANTE VALENTINI

Nunca quise ser padre. De hecho, nunca quise nada más allá de lo que ya tenía: poder, control y éxito. Pero Elena apareció con ojos desafiantes y una noticia que puso mi mundo patas arriba. He cometido errores, y cada uno de ellos me ha traído hasta aquí: una mujer que no acepta órdenes y un hijo que ya ha robado mi corazón. Ahora, cada vez que miro a Elena y a Héctor, veo las piezas de una familia que jamás imaginé desear…

ÉL es arrogante, frío y autoritario;

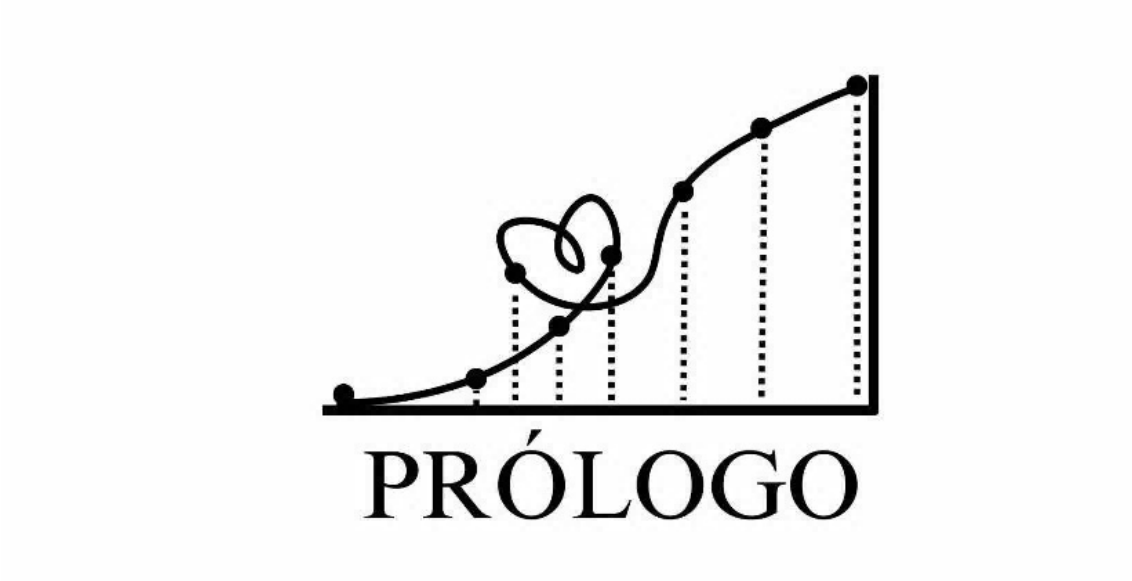
ELLA es fuerte, sarcástica y decidida;

ÉL es el hombre que ella siempre ha evitado;

ELLA es la esposa que él nunca quiso.

Entre batallas de voluntades y secretos que insisten en salir a la luz, ¿podrá un hombre acostumbrado a tenerlo todo renunciar al control para conquistar lo que realmente importa?

LIBRO AUTOCONCLUSIVO



«A veces, un encuentro inesperado es todo lo que el destino necesita para redibujar por completo nuestra vida.»

ELENA ROMANO

Sentada en una de las mesas más discretas de un bar cualquiera aquí en Curitiba, jugueteaba con el vaso vacío frente a mí, como si ese último sorbo pudiera traer alguna respuesta milagrosa.

Tenía 25 años, y desde mi divorcio había tratado de reconstruir partes de mí misma, pero las grietas seguían ahí, profundas y difíciles de ignorar.

El recuerdo de André, mi exmarido, insistía en perseguirme como una sombra imposible de apartar. Era ese tipo de persona que,

incluso fuera de mi vida, seguía proyectando largas e incómodas sombras sobre mí.

Suspiré, mirando alrededor, intentando alejar esos pensamientos. Fue entonces cuando alguien entró.

El hombre no simplemente entró en el bar; dominó el espacio entero. Alto, con un traje impecable y una postura que exudaba confianza, era… impresionante.

La luz tenue del bar resaltaba sus rasgos marcados: mandíbula firme, facciones definidas y ojos marrones que parecían observar cada detalle del entorno. Su cabello castaño perfectamente arreglado encajaba con el aura de absoluto control que emanaba.

Me descubrí mirándole más tiempo del socialmente aceptable, como si estuviera hipnotizada.

Él parecía ajeno a mí, y quizá fuese mejor así, pensé, volviendo la vista a mi vaso vacío y convenciéndome de que ya era hora de marcharme.

Hice una señal al camarero para pedir la cuenta y me preparé para salir, recogiendo el bolso y buscando mentalmente las palabras para despedirme de aquel lugar.

Sin embargo, cuando me puse en pie, una voz profunda y provocadora me hizo saltar el corazón.

—No eres nada discreta —comentó el hombre, con una media sonrisa mientras se sentaba casualmente en la silla a mi lado.

Sorprendida, solté una pequeña risa, intentando asimilar aún el magnetismo que él desprendía de cerca.

—La discreción nunca ha sido mi fuerte —respondí con tono desafiante, arqueando una ceja.

—Me he dado cuenta.

Me observó atentamente, como evaluando mi reacción. El camarero llegó con la cuenta, pero en vez de apresurarme, me quedé. Y a él pareció gustarle eso.

—Pareces el tipo de hombre al que le gusta poner a prueba los límites —comenté, fingiendo un tono casual, aunque en realidad sentía curiosidad por descubrir qué más se escondía tras aquella fachada impecable.

—Y tú pareces el tipo de mujer que finge que no le importa.

—Puede que tengas razón.

Él sostuvo mi mirada un segundo más de lo necesario, y un leve escalofrío recorrió mi espalda. Su sonrisa se acentuó, como si mi provocación fuera exactamente lo que él esperaba.

—Poner a prueba los límites puede ser estimulante —dijo, acercándose un poco más, con aquella voz ronca que convertía cada palabra en una promesa velada—. Pero me da la impresión de que tú también aprecias una buena provocación.

Sonreí, fingiendo apartar la mirada para no revelar hasta qué punto realmente me afectaba. Sin embargo, sabía que no estaba siendo tan convincente como pretendía.

—Quizás —murmuré, jugueteando con el borde del vaso vacío —. Pero prefiero a las personas que tienen el valor de sobrepasar esos límites, no solo ponerlos a prueba.

Él se inclinó aún más, reduciendo la distancia entre nosotros.

La forma en que me miraba, como si pudiese ver más allá de mis respuestas mordaces, era tan inquietante como fascinante.

—Entonces estamos en sintonía —afirmó, observándome intensamente—. Porque yo nunca he sido de los que se conforman con

coquetear con el límite.

Aquella afirmación quedó suspendida entre nosotros, pesada y cargada de significado.

No sabía exactamente quién era aquel hombre, pero algo en su presencia resultaba irresistible. Había intensidad en cada palabra, un juego de poder implícito en cada intercambio de miradas.

—Eso suena casi a un desafío, ¿lo sabías? —pregunté, alzando una ceja y conteniendo la risa.

—¿Solo casi? —Inclinó ligeramente la cabeza, con los ojos brillantes de una malicia divertida—. Porque a mí me parece una invitación.

Aquella era la línea, el punto en que el coqueteo casual se convertía en algo más.

Sabía que debía ser cautelosa, especialmente después de todo lo que había pasado, pero la forma en que me miraba hacía que todas mis defensas pareciesen insignificantes.

—Entonces quizás sí que te estoy invitando —afirmé, devolviéndole el desafío, bajando la voz hasta casi un susurro.

Él sostuvo mi mirada, y en ese momento ya no había juego. Era como si la ciudad, el bar, todo lo que nos rodeaba hubiera desaparecido, dejando únicamente a nosotros dos.

La intensidad en sus ojos aceleró mi corazón, y supe en ese instante que estaba a punto de cruzar un límite del que probablemente no habría retorno.

—Acepto la invitación entonces —confirmó con voz cercana y firme, haciendo que notase cómo se me sonrojaba el rostro.

Sonreí.

Y allí estábamos, dos desconocidos en un bar, en un juego en el que ninguno parecía dispuesto a perder.

—¿Y el desconocido tiene nombre?

—Sí. Dante Valentini.

La tensión entre nosotros era casi tangible, cargada de expectativas y una intensidad que hacía tiempo no experimentaba.

Él extendió la mano, y por un instante dudé antes de estrecharla.

Dante Valentini.

Su nombre tenía peso, un misterio que encajaba perfectamente con aquel hombre que, en cuestión de minutos, había conseguido derribar todas mis barreras.

—Elena Romano —dije, notando que mi voz sonaba algo más suave de lo que me habría gustado.

Su sonrisa se hizo más amplia, y sentí cómo el calor me subía a las mejillas, algo que intenté disimular con una sonrisa despreocupada.

Pero lo cierto es que cada palabra, cada intercambio de miradas, parecía una invitación a lanzarme hacia algo desconocido, algo cuyo final no era capaz de imaginar.

Seguimos conversando, riendo entre pequeños coqueteos y provocaciones.

Él era rápido en las respuestas, afilado e ingenioso. Había una intensidad en cada uno de sus movimientos, como si estuviera completamente presente allí, en aquella conversación, y eso me fascinaba de un modo extraño, casi peligroso.

Pasado un rato, el bar comenzó a vaciarse, pero nosotros permanecíamos allí, atrapados en aquel juego de seducción.

Finalmente, él se inclinó más cerca, sus ojos clavados en los míos.

—Se está haciendo tarde —dijo con voz grave y ronca—. Y tú pareces mucho más interesante que cualquier conversación en este bar.

Aquella frase, pronunciada con una naturalidad casi insolente, aceleró mi corazón. En una reacción impulsiva, solté una leve carcajada y negué con la cabeza, intentando mantener la compostura.

—¿Y qué sugieres? —pregunté, dejando un matiz de desafío en la voz.

Dante no respondió con palabras. En cambio, se acercó lentamente, bajando la vista hasta mis labios antes de volver a encontrar mis ojos. Sentí cómo mi pulso se aceleraba cuando su mano rozó suavemente mi rostro, acercándome hacia él.

El tiempo pareció detenerse, y en ese instante solo existía la proximidad de nuestros labios, el contacto suave pero decidido.

Cuando finalmente nos besamos, fue como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo entero.

El beso empezó despacio, exploratorio, pero enseguida se tornó más profundo, cargado de una urgencia que no podía controlar. Sentí sus manos firmes acercándome aún más a él, y me perdí en aquella sensación, olvidando cualquier preocupación, cualquier pensamiento.

Sin pensarlo demasiado, dejé que me guiara hacia la salida del bar, entre risas y miradas intensas. La ciudad alrededor parecía haber desaparecido mientras caminábamos, inmersos únicamente en la presencia del otro.

Al llegar al hotel donde se alojaba Dante, lo miré con cierta duda, pero el brillo en sus ojos era irresistible.

Entramos al ascensor, y el silencio entre nosotros se volvió denso, casi palpable. Tan pronto como las puertas se cerraron, él volvió

a atraerme hacia sí, y nuestros labios se reencontraron con aún más urgencia.

El mundo se desvaneció a nuestro alrededor, dejándonos solos, rendidos a algo que parecía inevitable.

Al entrar en la suite, apenas tuve tiempo de procesar lo que estaba pasando. Dante me miraba con una intensidad que aceleraba aún más mis latidos, y supe que no había vuelta atrás.

Cada roce, cada beso, cada suspiro compartido nos atrapaba más, consumiéndonos.

La suave penumbra de la habitación parecía ajustarse al ritmo de nuestro encuentro, envolviéndonos en una atmósfera casi onírica.

Dante seguía mirándome con esa intensidad única, como si cada parte de mí mereciera toda su atención, y aquello, de algún modo, me hacía sentir vulnerable y segura al mismo tiempo.

En sus brazos, el tiempo quedaba suspendido, y cada toque, cada beso, se convertía en una promesa silenciosa.

Me recostó suavemente, y sentí su cuerpo junto al mío.

No había prisas, solo una sincronía que no requería palabras.

Sus dedos recorrían suavemente mi rostro, y sus labios seguían el mismo camino, aumentando con cada roce la conexión entre nosotros y haciendo el momento aún más especial.

Mientras él me envolvía, experimenté una paz y una intensidad simultáneas.

Era como si todos los fragmentos de mi vida se alinearan en un único punto donde ya nada importaba más que tenerlo a él a mi lado. Sus manos eran delicadas y firmes, como si supiesen exactamente dónde y cómo estar.

A medida que avanzaba la noche, nuestras miradas permanecieron entrelazadas. Fue allí, en aquel espacio silencioso y lleno de significado, donde sentí que algo florecía en mi interior, algo cuya existencia desconocía.

Era más que deseo; era una intimidad especial, una entrega que jamás pensé que volvería a experimentar.

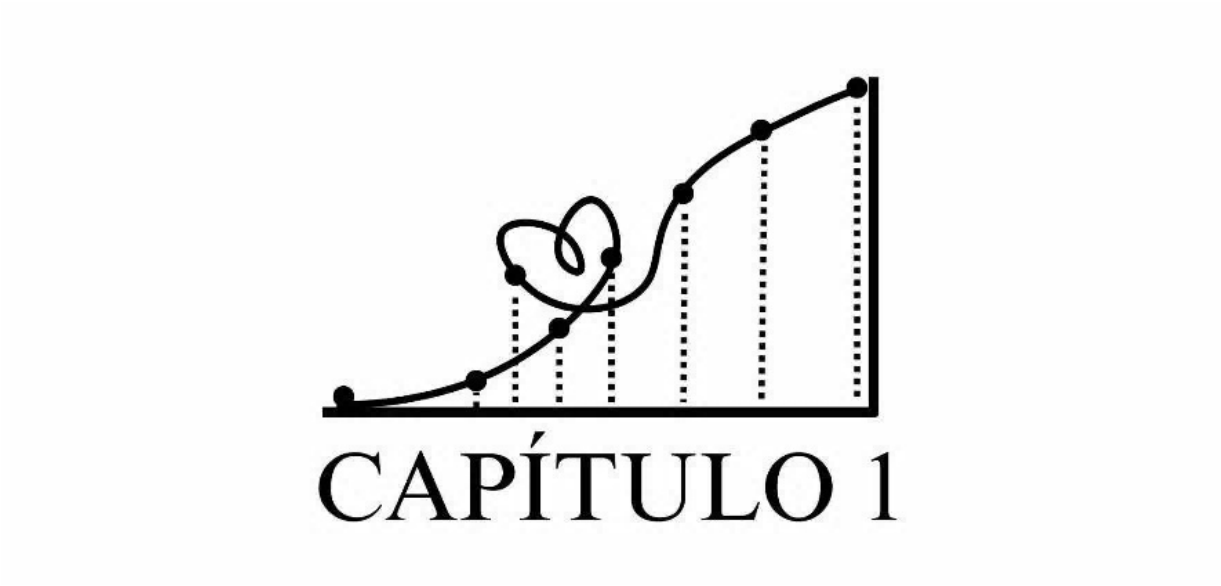
Y allí, en los brazos de Dante, sentí una ligereza que llevaba demasiado tiempo ausente de mi vida. Como si por fin estuviera completa, entera.

Aquella noche fue como la explosión de todo aquello que había permanecido guardado en mí durante tanto tiempo.

Nos entregamos al momento, olvidando las ataduras, las dudas y el pasado que aún me perseguía. Y allí, con Dante, sentí algo que hacía mucho que no experimentaba: libertad.

Cuando el amanecer empezó a colarse suavemente por las rendijas de las cortinas, fui consciente de que, por una noche, me había permitido olvidar todas mis heridas y miedos.

Allí, en aquella habitación, fuimos simplemente dos extraños que, de alguna manera, se habían encontrado y reconocido.



«Algunas verdades pesan tanto que lo más difícil es encontrar a alguien que pueda llevarlas a nuestro lado.»

ELENA ROMANO

Mientras preparaba café en mi cocina, escuchando a Giovana relatar su última crisis amorosa, no pude evitar reír y sacudir la cabeza, conteniendo la carcajada.

—Ya te dije que Pedro era otro de esos líos que no llevan a ninguna parte, Gi. No tienes remedio.

Ella puso los ojos en blanco y se dejó caer en el sofá de mi salón como si estuviera en su casa, que en cierto modo, así era.

Giovana Souza era mi mejor amiga desde la facultad, y nuestra amistad había resistido a todo: desde los exámenes de Derecho hasta

mi divorcio. Siempre había sido la voz de la razón y de la diversión, y nuestro humor ácido encajaba perfectamente.

—Hablando de "no llevar a ninguna parte" —comentó, lanzándome una mirada maliciosa—, ¿y tú qué? ¿Cómo fue ese viajecito a Curitiba?

Suspiré, llevando dos tazas de café hasta el sofá y sentándome junto a ella. Cogí mi taza, intentando disimular la sonrisa que empezaba a formarse en mis labios.

—Bueno... fui allí por el caso del señor Morais. Necesitaba ayuda con unos asuntos contractuales y nadie del equipo quería ir, así que me ofrecí voluntaria —expliqué, intentando sonar profesional.

Giovana arqueó una ceja, estudiándome con aquella mirada perspicaz suya.

—¿Y desde cuándo se te pone esa carita tonta solo por hablar de un caso? Venga, ¡cuenta ya! Hay algo más en esa historia, lo sé.

Puse los ojos en blanco, fingiendo desinterés, aunque la verdad era que aquel viaje sí tenía algo extra. O mejor dicho, alguien extra: Dante.

—Vale, vale —cedí entre risas—. Conocí a un hombre en un bar. Totalmente inesperado, ¿sabes? Y... digamos que hubo un coqueteo bastante intenso.

Giovana casi escupió el café de la risa, dándome un suave golpe con la taza en el brazo.

—¡Lo sabía! ¿Y qué tal? ¿Guapo? ¿Misterioso? ¿Qué más?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia, pero una sonrisa inevitable apareció en mi rostro.

—Guapo es quedarse corta. Él era... intenso. De esos hombres que te miran y te hacen sentir como si fueras la única persona en la

sala. Inteligente, sarcástico, con buen humor, y encima con un aire de autoridad.

Ella se quedó mirándome con la boca abierta, incrédula.

—¡No me puedo creer que hayas estado con él! ¿Cómo es posible que me esté enterando ahora?

Me reí bajito, intentando mantener la discreción.

—Digamos que nos llevamos bastante bien en la suite de un hotel.

Giovana me dio una palmada en el hombro, riendo a carcajadas.

—¡Elena! ¿En serio? ¿Y ni siquiera me lo cuentas antes?

Sonreí con fingida inocencia.

—Bueno, no tuve mucho tiempo, y todavía estoy asimilándolo todo. No sé si volveré a verle, pero ha estado bien salir un poco de mi rutina.

Ella me observó con una mirada llena de comprensión.

—Te mereces vivir estas cosas, Lena. Ya va siendo hora de encontrar a alguien que te haga sentir bien, sin exigirte nada a cambio.

La sonrisa en mi rostro comenzó a desvanecerse en cuanto mencionó las "exigencias".

Como un relámpago, los recuerdos de mi exmarido volvieron a invadirme. André y su necesidad constante de controlar cada aspecto de mi vida… aquellas escenas en las que me exigía saber dónde estaba, con quién... la sensación de estar continuamente bajo su vigilancia.

Incluso hoy, parecía seguir acechándome cuando menos lo esperaba.

Giovana notó el cambio en mi expresión y tomó mi mano, apretándola suavemente.

—Perdona. No quería traer el pasado de vuelta, cariño —dijo con suavidad.

Respiré hondo, tratando de alejar esos recuerdos.

—Está bien. Él todavía me persigue, de vez en cuando. Y es frustrante, ¿sabes? Salí de esa relación hace meses, pero parece que él no está dispuesto a dejarme en paz.

Giovana me miró con cariño y comprensión.

—Quizá por eso necesitas un Dante de vez en cuando. Un hombre que te haga reír y que, aunque solo sea por una noche, te recuerde que sigues siendo libre, Lena.

—Tienes razón. Hacía mucho que no sentía... aquello, ¿sabes?

—¿Aquello de sentirte viva? —completó Giovana, con esa sonrisa suya que siempre leía mis pensamientos.

Asentí, mirando el café en mi mano como si este pudiera ofrecerme alguna respuesta.

Había algo liberador en aquella noche con Dante, algo que me hacía recordar quién era yo antes de André, antes de las ataduras, los miedos y la constante vigilancia.

Con Dante fue como si todas las barreras que había construido a mi alrededor hubiesen caído de golpe, y yo pudiera simplemente ser yo misma, sin miedo a juicios ni consecuencias.

—Es exactamente eso, Gi. Con Dante fue… espontáneo, ligero. No había nadie observándome con desaprobación, nadie

cuestionándome ni esperando algo de mí. Solo un momento entre dos personas, y fue tan bueno, tan sencillo.

Ella sonrió con orgullo y me dio un suave empujón con el hombro.

—Te mereces eso y mucho más. Con solo ver cómo te brillan los ojos al hablar de él, está claro que ese hombre te ha tocado algo por dentro.

Solté una risa nerviosa y negué con la cabeza.

—¡Venga, tranquila! No es nada serio. Fue solo una noche y ya está. Ni siquiera sé si volveré a verle. Él es del tipo… inalcanzable, ¿entiendes? Un misterio, un enigma.

Giovana alzó una ceja, intrigada.

—¿Inalcanzable? ¿Inalcanzable en plan «multimillonario con la vida controlada por compromisos y responsabilidades»?

Me quedé callada un instante, sintiendo que sus palabras resonaban más de lo que me gustaría admitir.

La verdad era que había algo en Dante que me hacía pensar que era mucho más que aquel hombre encantador del bar. Había un peso en su mirada, algo reservado y poderoso que todavía no había logrado descifrar.

—Tal vez —murmuré, casi para mí misma—. Pero, siendo sincera, creo que necesitaba esa noche más de lo que imaginaba. Estoy cansada de mirar por encima del hombro, de intentar demostrarme constantemente que puedo seguir adelante.

Giovana me miró con una mezcla de compasión y fuerza.

—Y puedes hacerlo, Lena. No permitas que André te robe eso. Ya hizo suficiente daño. Tienes derecho a empezar de cero.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, y sentí una opresión en el pecho.

Ella tenía razón.

André ya me había arrebatado demasiadas cosas: mi paz, mi autoestima y, durante un tiempo, incluso la esperanza de formar la familia con la que siempre había soñado.

Y aun ahora, él seguía ahí, como un fantasma que se empeñaba en perseguirme.

—Él sigue acosándome, Gi —confesé en voz baja—. La semana pasada me envió flores a la oficina, como si fuese un gesto inocente. Pero sé que solo intenta recordarme que sigue cerca, vigilándome.

Ella frunció el ceño, claramente molesta.

—Ese hombre no tiene límites, Elena. ¿Has pensado en hablar con alguien, en denunciarlo?

—Lo he pensado, pero… siempre encuentra la manera de librarse. Tiene una red de contactos, ¿entiendes? Consigue hacerme quedar como paranoica, como si todo estuviera solo en mi cabeza. Y a veces incluso yo empiezo a dudar… ¿estaré exagerando?

Giovana tomó mi mano y la apretó con firmeza.

—No, no estás exagerando. Él abusó de ti, física y emocionalmente, y ahora intenta mantener ese control desde la distancia. Pero tú eres mucho más fuerte de lo que crees, Lena. Y quién sabe, quizás este Dante sea justo el empujón que necesitas para avanzar, ¿no? Para darte cuenta de que puedes encontrar a alguien que realmente te valore.

Suspiré, sintiendo una pequeña chispa de esperanza crecer en mi interior con sus palabras. Era agradable pensar así, que quizás en

algún punto de mi futuro hubiese alguien capaz de quererme tal como siempre había soñado.

—Sí… tal vez. Pero por ahora solo quiero disfrutar un poco de esta libertad, de esta ligereza —comenté, sonriendo por fin—. Y quizás dejar que las cosas ocurran sin tantas expectativas.

Giovana rio y levantó su taza, haciendo como un brindis.

—Por eso entonces: por vivir, por la libertad, y claro, por un hombre inalcanzable con sonrisa irresistible.

Reí, brindando con ella, y sintiendo cómo la esperanza crecía lentamente en mi interior. Después de todo, quizás sí había llegado el momento de dejar atrás el pasado y permitirme escribir una nueva historia.

Lo que aún no sabía era que Dante Valentini acabaría convirtiéndose en mi peor pesadilla en los próximos meses…



«A veces, el camino hacia una respuesta está escondido tras las puertas mejor custodiadas.»

ELENA ROMANO

Unos días después

Intenté concentrarme en el trabajo, centrándome en las palabras del cliente que tenía frente a mí.

Él hablaba de cláusulas y ajustes contractuales como si fueran lo más importante del mundo, pero yo sentía una leve oleada de náuseas que parecía empeñarse en distraerme.

Había algo extraño ocurriéndome, una incomodidad en el estómago que iba y venía desde hacía días, y aquella sensación de

mareo parecía haberse convertido en una compañera constante.

Mientras él explicaba los detalles específicos del contrato, traté de sonreír y parecer lo más implicada posible, pero internamente mi mente daba vueltas, tratando de entender lo que me estaba pasando.

Recordé que en los últimos días esa sensación de malestar se había vuelto cada vez más frecuente.

Además de las náuseas, el cansancio era un visitante inesperado, y estaba mucho más sensible a los olores de lo habitual, especialmente al café, que siempre había sido uno de mis favoritos.

Solo esta semana ya había perdido la cuenta de cuántas veces había tenido que correr al baño, intentando aliviar lo que parecía una revolución constante en mi estómago.

—Entonces, doctora Romano, ¿qué opina? —La voz del cliente me devolvió al presente, y me di cuenta de que esperaba mi opinión sobre alguna cláusula en particular.

Tragué saliva con dificultad y forcé una sonrisa, intentando sonar más despierta de lo que realmente me sentía.

—Ah, sí, creo que ajustando ligeramente el plazo de ejecución podremos facilitar su aprobación. Trabajaré en esos detalles y le enviaré una propuesta revisada mañana mismo —respondí, con la esperanza de que mi respuesta fuera lo suficientemente satisfactoria como para dar por finalizada la conversación.

Él asintió, satisfecho, y pude ver que mi sugerencia bastaba.

Dimos por terminada la reunión, y me despedí rápidamente, fingiendo una sonrisa mientras él me acompañaba hasta la puerta.

En cuanto salió, una fuerte oleada de náuseas se intensificó, y me di cuenta de que no podía seguir ignorándola.

Noté cómo se me encendía el rostro y mi respiración se aceleraba. Caminé con rapidez hacia el baño, rezando para que nadie me viera por el pasillo.

Al llegar, cerré la puerta tras de mí y me dirigí directamente al lavabo, sintiendo cómo el malestar se volvía cada vez más físico.

Cerré los ojos, respirando profundamente, tratando de contener las náuseas, pero fue inevitable. La sensación desagradable me dominó, y pronto me encontré inclinada sobre el lavabo, luchando contra la incomodidad que parecía apoderarse de mi cuerpo.

Mientras esperaba que aquella oleada pasara, un pensamiento cruzó fugazmente por mi mente, aunque enseguida intenté apartarlo.

Estaba estresada, trabajando demasiado… seguro que no era nada grave.

Respiré hondo, intentando reunir fuerzas para retomar mi día, aunque sin tener claro qué me estaba pasando exactamente.



De camino a casa, me sentía completamente agotada.

Cada paso parecía una batalla contra ese malestar persistente que llevaba días sin dejarme tranquila. Al pasar frente a una farmacia, decidí entrar, pensando que quizá algún medicamento para el mareo o alguna vitamina pudiesen ayudarme a sentirme mejor.

Recorrí los pasillos, observando las estanterías, preguntándome qué exactamente estaba causando todo aquel malestar. Sin embargo, mientras buscaba lo que necesitaba, mis ojos se detuvieron en una sección específica de la farmacia.

En medio de medicamentos y suplementos, vi varias pruebas de embarazo alineadas en la estantería. Me quedé mirando las pequeñas cajas de colores, algo hipnotizada, y sentí cómo el corazón comenzaba a acelerarse.

No puede ser, pensé, apartando aquella idea, intentando razonar con lógica. Mi rutina había estado muy ocupada últimamente, y no había salido con nadie excepto con… Dante Valentini.

Recordé lo intensas que habían sido las cosas aquella noche y, sobre todo, el hecho de que no habíamos tomado precauciones.

De repente, mi estómago se contrajo de nuevo, esta vez no por las náuseas, sino por una mezcla de ansiedad y miedo que empezó a invadirme.

Durante un instante, permanecí allí inmóvil, intentando convencerme de que estaba exagerando, que era imposible. Pero cada síntoma, cada pequeño detalle que intentaba ignorar, parecía señalar una posibilidad que, hasta ese momento, ni siquiera había contemplado.

Respiré hondo, armándome de valor, y cogí una prueba de embarazo de la estantería, intentando no llamar demasiado la atención.

Añadí algunos medicamentos para las náuseas a la cesta y fui hacia la caja, sintiendo un peso extraño en el pecho.

Era como si mi realidad estuviera a punto de cambiar de una forma que todavía no alcanzaba a entender.

Nada más llegar a casa, dejé el bolso y las bolsas de la farmacia sobre la encimera de la cocina.

Cogí uno de los medicamentos, lista para tomar una dosis y aliviar mi malestar, pero al abrir la bolsa, mi mirada volvió a posarse sobre la prueba de embarazo. Parecía devolverme la mirada, desafiante, como si me insistiera para que resolviera ya aquella incertidumbre.

—Será mejor acabar con esto de una vez por todas —me dije a mí misma, mientras cogía la prueba y caminaba hacia el baño.

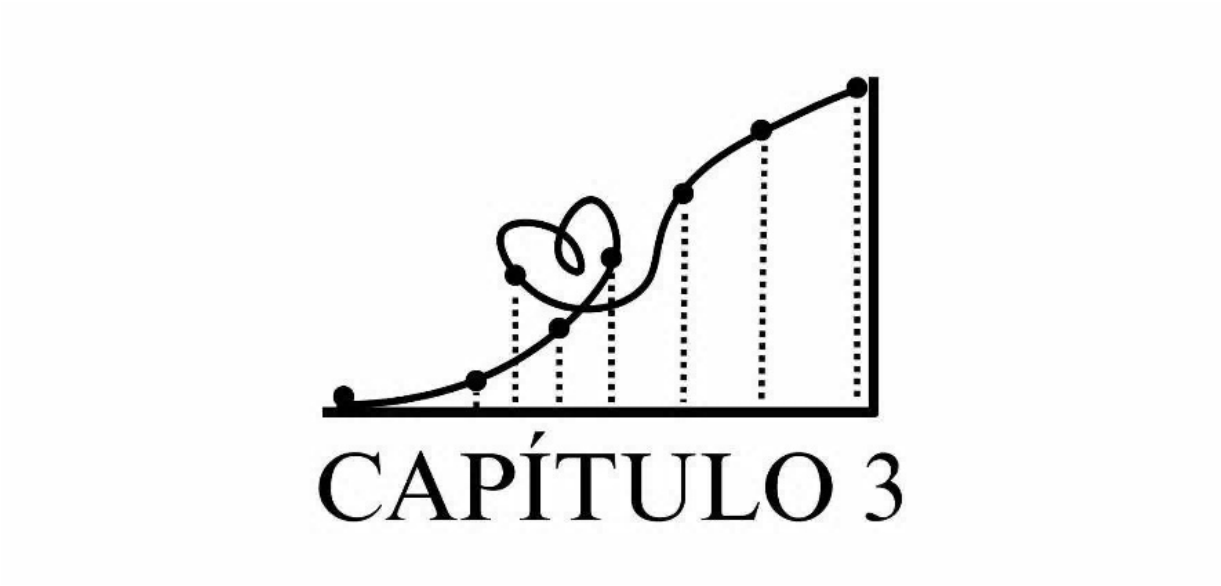
Las manos me temblaban ligeramente, y sentí una mezcla de ansiedad y negación, deseando con todas mis fuerzas que todo aquello no fuera más que una coincidencia.

Seguí las instrucciones y luego esperé lo que parecieron ser los minutos más largos de mi vida.

Me quedé allí, respirando profundamente, intentando mantener la calma, aunque mi corazón latía desenfrenado, aumentando mi nerviosismo a cada segundo.

Finalmente apareció el resultado, y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

La prueba dio positiva.



«La desesperación nos enseña que no siempre basta con la perseverancia para abrir la puerta que deseamos cruzar.»

DANTE VALENTINI

Mientras repasaba los informes del día, dejaba que mis ojos recorrieran rápidamente cada línea, captando solo lo esencial. La pila de documentos que tenía delante era extensa, pero para mí eso era lo habitual.

Cada cifra, cada pequeño detalle allí contenido, mantenía intacto el imperio que había construido. Dirigía conglomerados, empresas dentro y fuera de Brasil, y cada decisión tenía un peso significativo.

Marco De Santis, mi socio y mejor amigo desde hacía años, me observaba con esa mirada que fluctuaba entre el respeto y la

provocación. Sabía que llevaba tiempo fijándose en la intensidad con la que me dedicaba al trabajo, pero no podía evitar comentarlo.

—Treinta y cinco años, y nunca te cansas de estos números, ¿verdad? —preguntó, con cierto tono divertido en la voz—. Llevas horas sumergido en ellos, y parece que ni el café tiene efecto sobre ti.

Levanté la mirada de los papeles y solté un suspiro casi imperceptible.

—Lo mismo podría decir de ti. Estos números sostienen todo lo que hemos construido, Marco. Son mucho más que simples papeles —respondí con la firmeza habitual—. Mientras sigan bajo control, nuestro imperio también lo estará.

Él sonrió de esa manera entre cómplice y admirativa, acostumbrado ya a mi forma particular de ver el trabajo.

—Lo sé. Pero a veces me pregunto hasta dónde quieres llegar. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un descanso?

Le lancé una mirada que no dejaba lugar a dudas. Él sabía perfectamente que yo no hacía «descansos». Simplemente no funcionaba así.

La conversación cambió cuando Marco mencionó a mi padre, Giuseppe.

—¿Y tu padre? ¿Cómo está?

Aparté la mirada, notando cómo mi expresión se endurecía.

—Como siempre —respondí, directo y sin rodeos—. Tan duro como de costumbre, y sin mostrar interés por recibir visitas. Creo que, siendo sincero, él lo prefiere así.

Marco asintió, probablemente entendiendo más de lo que yo expresaba con palabras.

Él conocía bien la relación que tenía con mi padre, las exigencias y expectativas que me había impuesto, junto con la carga de mantener el apellido familiar en lo más alto.

—¿Y tu semana? —Marco cambió de tema, algo aliviado—. Imagino que estará llena de viajes, como siempre.

—Bastante. Tengo que viajar a varias ciudades de Brasil para resolver algunos asuntos pendientes y consolidar adquisiciones. Hay otras tres empresas en la mira para nuestra expansión, y eso requiere mi presencia directa. El control es clave. Cuanto más sólido, menores son las posibilidades de error.

Él se rio, negando con la cabeza.

—Siempre con la misma filosofía, ¿eh? A veces me pregunto si algún día pararás.

Lo miré, casi incrédulo ante esa pregunta.

—Parar nunca ha sido una opción, Marco.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme si me necesitas.

—Lo tendré en cuenta.

En medio de aquellos documentos, pensé brevemente en mi padre, que había sido el pilar de muchas de las empresas que heredé, y en lo que la pérdida de mi madre años atrás había supuesto para él.

Giuseppe Valentini ya era un hombre duro, pero ahora parecía aún más reservado e inaccesible. Y yo, como su único hijo, no tenía muchas opciones, pero hoy mismo iría a su casa.

Mi padre no podría ocultarse del mundo para siempre, al menos no mientras yo pudiera evitarlo.



Mi suerte era tener la llave de la casa de mi padre; de lo contrario, probablemente ni siquiera abriría la puerta a su propio hijo.

Giuseppe Valentini siempre había sido un hombre difícil, con el ceño permanentemente fruncido, y tras la muerte de mi madre, su expresión severa se había convertido en una constante.

Entrar en aquella casa era como visitar un museo privado, donde el tiempo parecía haberse detenido en el preciso instante en que ella nos dejó.

Lo encontré en el salón, sentado en su sillón de cuero oscuro, como siempre. Alzó la vista cuando entré, aunque su semblante permaneció inalterable. Apenas un leve asentimiento, una especie de reconocimiento frío de mi presencia, pero sin excesos. Su expresión dura, sus ojos pequeños y observadores…

Mi padre siempre había sido un hombre de pocas palabras, más cómodo dando órdenes que manteniendo conversaciones.

—*Papà* —saludé, sentándome en la silla frente a él, intentando ignorar el peso que transmitía aquella habitación y los recuerdos que contenía.

Él murmuró algo como respuesta, cruzándose de brazos, y permaneció en silencio unos segundos antes de iniciar una conversación monosilábica sobre las empresas que yo ahora dirigía.

—Las cosas marchan bien —comencé, intentando romper el hielo—. Algunas de las nuevas adquisiciones están superando nuestras expectativas. Quizá podríamos aprovechar e ir juntos a alguna reunión, así podrías estar más al día.

Negó con la cabeza, con la mirada todavía fija en mí, mostrando esa testarudez tan propia de quien no quiere cambiar de idea.

—Esos negocios son tuyos ahora, Dante. Si quieres mantenerme informado, mándame un informe. Prefiero mi vida tal como está —respondió, con la misma rigidez habitual.

Respiré hondo, observando al hombre que, para muchos, era una leyenda. Había construido un imperio, acumulado riqueza, respeto y poder. Pero en ese camino había perdido lo más importante: mi madre.

Francesca Valentini había traído equilibrio a esa casa, suavizando los rasgos ásperos de mi padre, manteniéndolo más humano durante algún tiempo. Tras la muerte de ella, él parecía haberse convertido en una sombra de sí mismo, endureciéndose aún más, atrapado en un silencio que ni siquiera yo podía penetrar.

—Deberías salir más —arriesgué, sabiendo que probablemente ignoraría mi consejo—. Hay mucho más que ver ahí fuera, y algunas de esas empresas podrían beneficiarse de tu experiencia.

Él tan solo emitió un gruñido, como si mi sugerencia fuese una completa pérdida de tiempo.

Estaba ya levantándome para irme cuando, de repente, dijo algo que me hizo detenerme.

—¿Has pensado alguna vez en casarte, Dante? —preguntó inesperadamente, con ese tono autoritario que tan bien conocía—. Quiero un nieto. No deseo que nuestro apellido muera contigo, y si sigues pensando únicamente en trabajar, nuestra línea acabará en ti.

Fruncí el ceño, sorprendido por el rumbo que había tomado la conversación. La idea del matrimonio hacía años que no se me pasaba por la cabeza, mucho menos la de tener hijos.

Trabajar, expandir mis negocios y mantener el control siempre habían estado por encima de cualquier ambición personal.

—¿Casarme? No pienso en eso. Tengo otras prioridades.

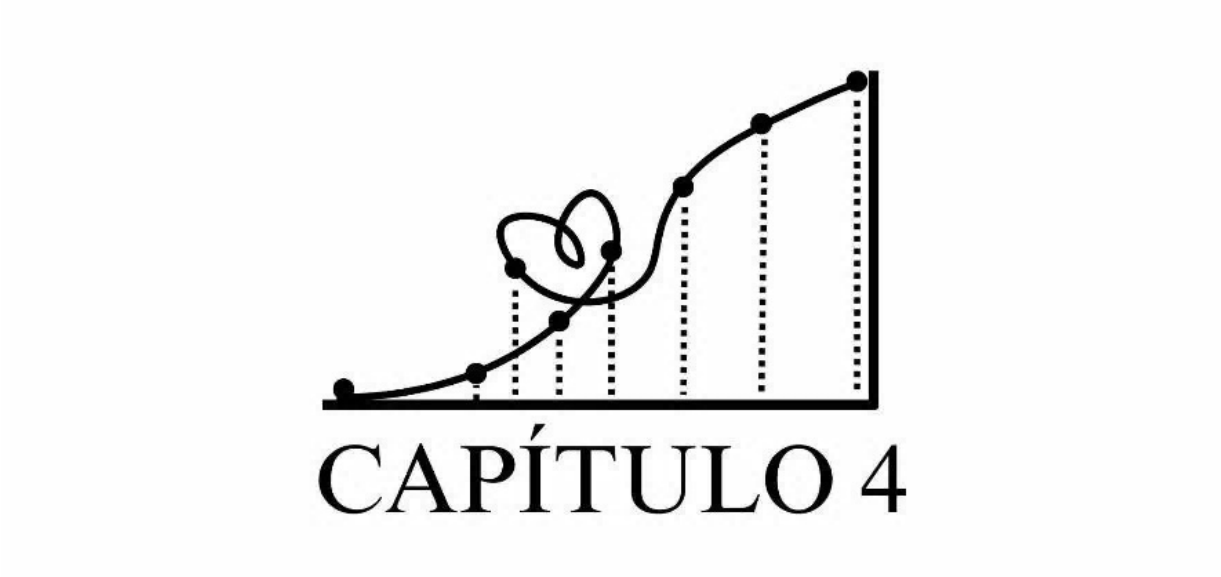
Él replicó de inmediato, con la mirada fija en mí, firme e inflexible:

—Es una tradición italiana, Dante, pasada de generación en generación. En la sangre de los Valentini corre esa responsabilidad —añadió con dureza—. Tú también llevas esa sangre.

—Puede que sea tradición, pero ahora mismo no es algo que contemple. Las empresas son lo que realmente importa, y ahí es donde quiero invertir mi tiempo. Cuando se trata de negocios veo sentido, veo dirección. Matrimonio, familia… quizá sean lujos que no están hechos para mí.

Guardó silencio, con la mirada recuperando esa expresión distante y cerrada. No insistió más, solo cruzó los brazos y asintió levemente, volviendo a mirar al vacío, como si aquella conversación nunca hubiese tenido lugar.

Y así, volvió a su estado habitual: inalcanzable, oculto tras sus propias barreras.



«Hay momentos en los que lo único que necesitamos es una sola oportunidad, aunque parezca cada vez más imposible.»

ELENA ROMANO

Tardé varios días en asimilar el resultado.

Aquel «positivo» que mostraba el test parecía resonar en mi mente cada vez que cerraba los ojos, y la idea de estar embarazada aún no me parecía real. Intentaba procesar la avalancha de emociones que acompañaron aquel descubrimiento: miedo, incertidumbre, sorpresa.

Entre momentos de duda y destellos de felicidad, notaba cómo mi corazón comenzaba a abrirse a ese nuevo papel, aunque el miedo permaneciera siempre presente.

Giovana vino a verme aquella tarde, como solía hacer cuando intuía que necesitaba apoyo.

Estábamos en mi salón, y acababa de contárselo todo.

Ella me observaba atentamente, tratando de captar cada detalle de la situación, mientras yo daba vueltas al test en mis manos, como si aquel pequeño objeto pudiera darme respuestas.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Lena? —preguntó, con una expresión preocupada, aunque llena de cariño.

Suspiré, intentando organizar mis pensamientos antes de responder.

—Creo que debo buscarlo, Gi —dije en voz baja, aún insegura—. Sé que probablemente no viva en São Paulo, pero, de alguna manera, necesito encontrar a Dante. No sería justo para él ni para… —hice una pausa, sintiendo todo el peso de aquella nueva realidad— el bebé.

Giovana asintió, tomando mi mano y sonriendo suavemente; ese tipo de sonrisa que solo una amiga de verdad sabe dar, la que te ofrece fuerza cuando más la necesitas.

—Te entiendo perfectamente. Estás haciendo lo correcto. Pase lo que pase, vas a poder con esto —dijo con convicción—. Y, decida lo que decida él, todo irá bien. Encontraremos la manera.

Sentí cómo sus palabras me confortaban, como si de pronto el peso que llevaba sobre mis hombros se hubiera aliviado un poco. Giovana siempre sabía qué decir para hacerme sentir que no estaba sola, que había esperanza, incluso en los momentos más difíciles.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, tratando de contener la emoción.

Apretó mi mano y sonrió con más determinación.

—Claro que sí. Y, si Dante es al menos la mitad del hombre que has descrito, lo entenderá y querrá formar parte de esto.

La miré y solté un suspiro profundo. Sabía que ella estaba allí para apoyarme, pero aun así, el miedo seguía dominándome.

Era un paso enorme, y no tenía idea de cómo reaccionaría él, pero algo en mi interior me decía que debía ser honesta y enfrentar esto, por difícil que fuera.

—Entonces, está decidido —afirmé, tratando de convencerme a mí misma—. Voy a buscarlo, y se lo contaré.

Ella asintió con ánimo.

—Y yo estaré aquí, contigo, a cada paso.

Después de que mi amiga se marchara, me quedé pensando cómo iba a encontrarlo. Tan solo tenía su nombre y apellido y, además, ni siquiera sabía dónde vivía exactamente, mientras yo estaba en São Paulo.

Me paseé por la sala, intentando ordenar mis pensamientos, pero la idea de buscarlo en internet no dejaba de rondarme. Finalmente cogí el portátil y escribí su nombre: Dante Valentini.

Pulsé «Enter» y esperé a que se cargaran los resultados, sin demasiadas expectativas. Sin embargo, para mi sorpresa, enseguida aparecieron múltiples fotos, acompañando artículos sobre negocios, eventos exclusivos y portadas de revistas.

Y allí estaba él, el mismo hombre que había conocido en aquel bar de Curitiba.

No había duda: era Dante. Sentí un escalofrío al ver su rostro en la pantalla, como si el impacto de la realidad finalmente me hubiera alcanzado.

Continué leyendo, absorbiendo la información como quien encaja las piezas de un puzle. Dante Valentini no era simplemente un nombre cualquiera; era uno de los multimillonarios más poderosos de Brasil, con una influencia que se extendía más allá de las fronteras del país.

Dirigía un conglomerado empresarial y poseía una fortuna que ni siquiera podía imaginar.

Todo aquello explicaba su porte, la seguridad en sí mismo y esa intensidad que desprendía.

En el fondo, ya había percibido que no era alguien corriente, pero verlo escrito con claridad aportaba una perspectiva completamente nueva.

Mientras miraba sus fotos, una vaga memoria salió a la superficie. Había visto aquel rostro antes, quizá en una entrevista en televisión o en alguna revista económica.

Ahora todo encajaba; por eso su cara no me había parecido completamente desconocida aquella noche.

Aparté el portátil y me senté en el sofá, tratando de procesar lo que acababa de descubrir.

Él era, sin duda, un hombre inaccesible, casi intocable.

Parecía la clase de persona rodeada por múltiples capas de seguridad, relaciones cuidadosamente calculadas y una vida donde cualquier intrusión sería considerada indeseable.

La idea de intentar contactar con él me inquietaba profundamente, y el solo hecho de imaginar que pudiera considerar hablar conmigo, una completa desconocida, parecía absurdo.

Sin embargo, al mismo tiempo, sentí una ligera sensación de alivio al comprobar que él también residía en São Paulo.

Saber que, al menos, estábamos en la misma ciudad me ofrecía cierto consuelo. Aun así, me costaba imaginar cómo podría acercarme a él, y mucho menos cómo contarle lo que estaba pasando.

Me llevé las manos al rostro, agotada por tantas emociones contradictorias e información repentina. Todo lo que deseaba en aquel momento era un poco de calma para procesarlo todo, pero el peso de la situación no me permitía relajarme.

Cerré los ojos, respiré profundamente e intenté aceptar que, de una manera u otra, tendría que encontrar la forma de llegar hasta él y decirle la verdad, aunque ahora mismo pareciera algo absolutamente imposible.



Aunque vivíamos en la misma ciudad, no veía a mis padres con mucha frecuencia. La vida parecía avanzar siempre a un ritmo frenético, pero en aquel momento sentía la necesidad de estar cerca de ellos.

Quizá buscaba algo de consuelo o, tal vez, reunir el valor que aún me faltaba para enfrentar todo lo que estaba por venir.

Aparqué frente a la sencilla pero acogedora casa que ellos llamaban hogar.

Era de esas casas que llevan la historia escrita en cada rincón, desde las macetas que mi madre cuidaba con tanto cariño, hasta las marcas de pintura desgastada en el porche, testigos mudos de las muchas reformas que mi padre siempre prometía terminar algún día, pero que jamás completaba.

Mi madre, Marta Romano, abrió la puerta incluso antes de que yo pudiera tocar el timbre. Tenía 55 años, pero su energía y optimismo hacían que pareciera que el tiempo no había pasado por ella.

Su rostro redondo, iluminado por una sonrisa cálida, estaba enmarcado por un pelo canoso y corto que ella describía como «muy práctico».

Siempre práctica, así era mi madre.

—¡Hija! —exclamó, tirando de mí para darme un fuerte abrazo apenas puse un pie en el porche—. ¡Qué sorpresa tan bonita!

—Hola, mamá —respondí, riendo mientras correspondía a su abrazo—. Espero que haya sobrado un poco del bizcocho que sueles preparar para el café.

—Sí que ha sobrado, pero solo porque lo escondí de tu padre —respondió, guiñándome el ojo con complicidad.

Mi padre, João Romano, apareció detrás de ella, empujando su silla de ruedas con la fuerza que aún conservaba en sus brazos. Era un hombre alto, con el rostro marcado por años de trabajo duro como mecánico antes de que un accidente lo dejara sin movilidad en las piernas.

Aun así, su presencia seguía siendo imponente, con una mirada firme y una voz cargada de autoridad, incluso al decir las cosas más simples.

—Mira quién se digna a aparecer —dijo con su habitual tono algo seco, aunque con un brillo en los ojos que revelaba su alegría al

verme.

—No exageres, papá. Sabes que vengo siempre que puedo —contesté, inclinándome para darle un beso en la frente.

Entramos en la casa y, enseguida, estábamos sentados en la cocina, el verdadero corazón de aquel hogar. Mi madre sirvió café y generosas porciones del bizcocho de zanahoria que tanto me gustaba.

Hablamos durante algunos minutos sobre cosas triviales: el tiempo, el trabajo, e incluso la telenovela que mi madre seguía religiosamente.

Aquella conversación era reconfortante y, por un momento, casi logró hacerme olvidar el peso de lo que estaba a punto de decirles.

Finalmente, tras respirar profundamente varias veces, reuní el valor necesario.

—Tengo algo que contaros —empecé, mirando mis manos entrelazadas sobre el regazo.

Ambos dejaron lo que estaban haciendo y me miraron fijamente. Mi madre, con ojos preocupados; mi padre, con el ceño fruncido.

—Estoy embarazada.

El silencio que siguió fue tan intenso que casi me arrepentí de haber hablado. Mi madre fue la primera en reaccionar, llevándose la mano al pecho y soltando una exclamación de sorpresa.

—¿Embarazada? ¡Pero, Elena, eso es maravilloso! —exclamó, levantándose para abrazarme.

Mi padre, por otro lado, permaneció callado durante un instante antes de cruzar los brazos y mirarme con seriedad.

—¿Y el padre del niño? ¿Lo sabe? —preguntó, con una voz cargada de una preocupación que sabía que era genuina.

—Lo sabe. Bueno, más o menos… —respondí, dudando—. Es complicado.

—¿Complicado en qué sentido? —insistió él, con ese tono directo que siempre conseguía ponerme nerviosa.

—Él es… alguien importante. Prefiero no entrar en detalles ahora mismo, pero está al tanto. Solo que no es del tipo de personas que facilitan las cosas.

Mi madre se sentó a mi lado y tomó mi mano.

—Elena, sabes que vamos a apoyarte pase lo que pase. Este bebé ya es una bendición, y tú eres fuerte. Podrás con esto, estoy segura.

Mi padre suspiró, pasando la mano por su cabello ya encanecido.

—No te voy a mentir, esto me preocupa. Quiero estar seguro de que estarás protegida y que ese hombre hará lo que le corresponde. Te mereces eso.

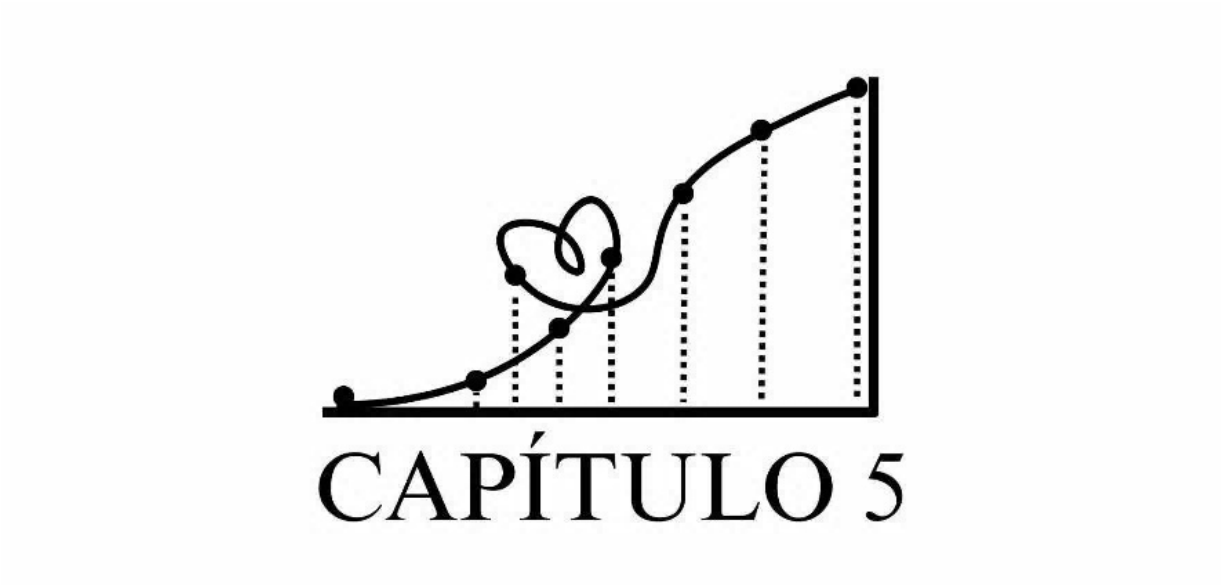
Asentí, tratando de contener las lágrimas.

—Lo sé, papá. Y prometo que voy a solucionar esto. Solo necesitaba que lo supierais.

Mi madre apretó mi mano con más fuerza y me ofreció una sonrisa que era justo lo que necesitaba en aquel momento.

—Y si necesitas ayuda, estaremos aquí. Siempre.

Aquella promesa me reconfortó profundamente y, por primera vez en semanas, sentí que no estaba completamente sola.



«En un mundo lleno de barreras, a veces es nuestro propio corazón el que se siente más aislado.»

ELENA ROMANO

1 mes después

Durante aquel mes hice lo posible y lo imposible por contactar con Dante, pero nada funcionó.

Intenté llamar a su oficina principal, envié correos electrónicos e incluso me infiltré en una lista de asistentes a un evento corporativo para tratar de encontrarlo personalmente.

Sin embargo, era como si él fuese un fantasma: intocable, inalcanzable. Cada intento acababa en una puerta cerrada.

Giovana me observaba atentamente mientras yo desahogaba mi frustración. Tras un momento pensativa, levantó un dedo y dijo con ese tono convencido de quien cree haber tenido una idea brillante:

—¿Y si pruebas con algo más atrevido? Por ejemplo, presentarte en su oficina literalmente y exigir una reunión. O mejor todavía, hacerte pasar por una clienta importante —sugirió, con una sonrisa desafiante en los ojos.

Solté una risa mitad incrédula, mitad desesperada.

—Gi, ¿tú crees que me dejarían pasar siquiera por la puerta principal? Probablemente el guardia de seguridad me echaría antes de que llegara al ascensor. No estamos hablando de cualquier empresa, es un imperio. Dante es como una leyenda urbana en los círculos de São Paulo.

Ella se encogió de hombros, sin desanimarse con mi respuesta.

—Bueno, al menos lo has intentado. Quizá algún día él vea lo decidida que eres y decida darte una oportunidad.

Suspiré mientras jugueteaba con la comida, pensativa, y entonces Giovana cambió de tema, como si se diera cuenta de que necesitaba distraerme de mi frustración.

Comenzó a hablar de su trabajo, algo que siempre aseguraba buenas risas.

—Y ayer mismo, ¿te lo puedes creer? —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Mi jefa me pide revisar un contrato enorme en el último minuto, vamos, media hora antes de la entrega. Se cree la reina de la puntualidad y me mira como si yo pudiera arreglarlo con un chasquido de dedos.

Me reí, imaginando la escena.

—¿Trabajas en una oficina o en un circo?

Ella soltó una carcajada.

—¡Creo que en un circo! Y por si fuera poco, tuve que aguantar a un cliente que cree saber más que yo. Insistió en explicarme una cláusula que yo ya le había aclarado tres veces. Fue un festival de paciencia que ni yo misma sabía que tenía.

Negué con la cabeza, riendo.

—La próxima vez, deja que redacte él el contrato. ¡Así verá el desastre que puede causar!

Ella asintió entre risas cómplices y seguimos almorzando, intercambiando más historias divertidas sobre las dificultades del trabajo, lo que me ayudó a relajarme un poco y olvidar por unos minutos el estrés que me causaba buscar a Dante.

Al cabo de un rato, noté que Giovana volvió a mirarme con un gesto más suave y cariñoso. Con una sonrisa amable, me preguntó:

—¿Y cómo estás tú? Me refiero al bebé y todo eso. ¿Va todo bien? ¿Te has hecho algún examen?

A pesar de lo complicada que era la situación, el bebé se volvía cada día más real para mí, y una sonrisa apareció en mis labios.

—Sí, me he hecho algunos análisis y por ahora todo va bien. Aunque es bastante surrealista, ¿sabes? Cada día soy más consciente de esta nueva realidad. Todavía estoy algo confundida, pero me estoy adaptando.

Ella tomó mi mano y la apretó con cariño, mirándome con un brillo especial en los ojos.

—Vas a ser una madre increíble, Lena. Sé que ahora todo parece una locura, pero en cuanto tengas a ese bebé en brazos, todas las piezas encajarán.

Le devolví la sonrisa, sintiendo cómo sus palabras reconfortaban mi corazón.

A pesar de todas las incertidumbres, saber que tenía a una amiga como Giovana a mi lado hacía que todo resultara un poco más fácil.



—No, señor, no me está entendiendo. ¡Necesito hablar con Dante, es cuestión de vida o muerte! —insistí una vez más, casi suplicando, dejando claro que no se trataba de un simple capricho.

Apreté con fuerza el teléfono, como si eso pudiera ayudarme a conectar de alguna manera con el hombre inalcanzable al que necesitaba desesperadamente localizar.

Al otro lado de la línea escuché un suspiro impaciente y profesional, de esos que dejan claro que a la otra persona no le importa en absoluto lo que estás diciendo.

—Lo siento mucho, señora Romano, pero el señor Valentini no está disponible para visitas ni llamadas sin cita previa, especialmente si

no figura en su lista de contactos autorizados —respondió en un tono frío y mecánico, como si tuviera memorizada esa respuesta.

Cerré los ojos, tratando de controlar mi frustración. Al parecer, no solo no estaba cerca de su lista de contactos autorizados, sino que probablemente figuraba en la lista de personas que preferían evitar a toda costa.

Era ya mi cuarto intento por contactar con alguien próximo a él, y todos los caminos parecían llevarme a una barrera infranqueable.

—Por favor, escúcheme, deme una oportunidad —pedí, intentando sonar más tranquila, aunque mi voz traicionaba mi creciente desesperación—. Realmente necesito hablar con él. Es un asunto personal… algo que él debe saber.

La respuesta fue exactamente la misma: un «lo siento mucho» impersonal seguido de un clic que indicaba que la llamada había terminado.

Respiré profundamente y, aunque sabía que sería inútil, decidí intentarlo con otro número. Esta vez llamé a la empresa responsable de su seguridad personal, como último recurso.

Expliqué que era una cuestión urgente, pero al igual que en las ocasiones anteriores, el operador mantuvo la compostura fría y distante.

—Señora, no estoy autorizado a facilitar ninguna información sobre el señor Valentini. Lo siento, pero no podemos ayudarla.

La llamada terminó y me quedé allí, sujetando el teléfono como si fuese un simple trozo de metal sin vida. Con cada intento, la sensación de frustración crecía, junto con el cansancio y el agotamiento emocional que empezaban a dominarme.

Era como si Dante estuviera rodeado por un muro invisible, demasiado alto para poder siquiera acercarme.

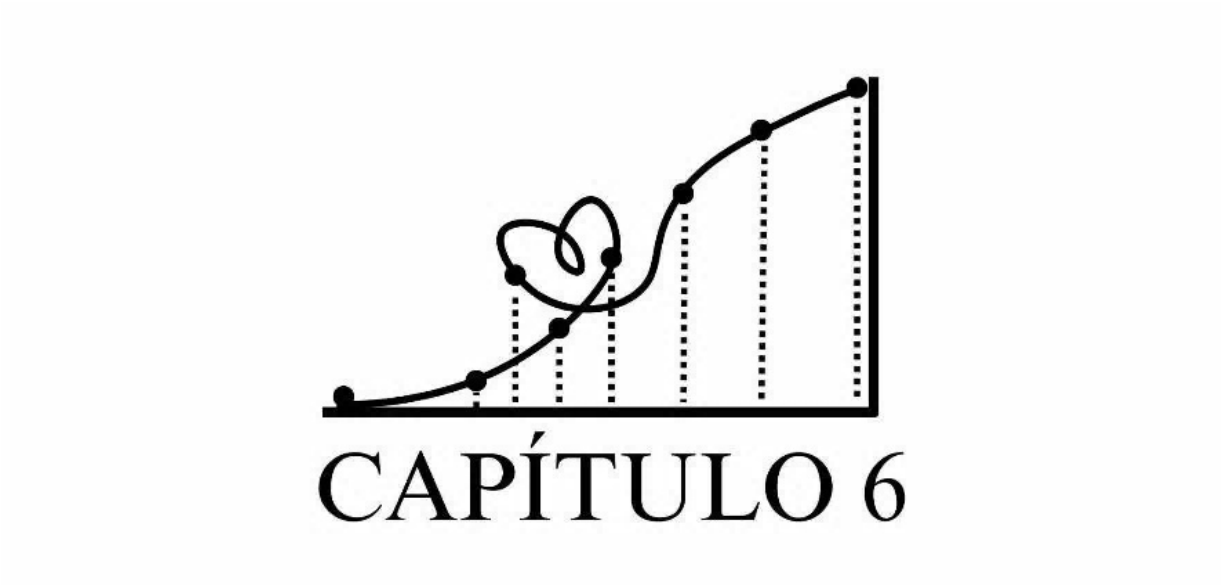
Me senté en el sofá, soltando el aire lentamente mientras trataba de pensar en alguna alternativa. Pero la verdad era que mis opciones se estaban acabando y me sentía cada vez más desanimada.

Encontrarlo parecía más imposible con cada intento, y mientras miraba hacia la nada, una pequeña voz cargada de dudas comenzó a instalarse en mi mente.

¿Llegaría alguna vez a atravesar esa barrera y a contarle lo que necesitaba saber?

A pesar de todo, no pensaba rendirme.

Llamaría todos los días a partir de ahora hasta resolver este asunto, o no me llamaba Elena Romano…



«A veces, llegar hasta alguien parece más imposible que escalar una montaña, pero es la insistencia la que dibuja el camino hasta la cima.»

DANTE VALENTINI

—Me he enterado de una noticia curiosa en los pasillos de la empresa —dijo Marco con ese tono de quien sabe que está a punto de provocar.

Le lancé una mirada de ligero desinterés mientras seguía caminando por los pasillos de la planta ejecutiva.

—¿Curiosa? La última vez que me dijiste algo parecido, estabas a punto de presentarme un problema disfrazado de broma —repuse con una sonrisa seca.

Él rio, ignorando mi provocación.

—Esta vez quizá sea diferente. Al parecer, hay una mujer que llama todos los días intentando concertar una reunión contigo. El personal de recepción ya ha escuchado todo tipo de excusas: desde «cuestión de vida o muerte» hasta «problemas personales». Se inventa una nueva razón en cada llamada.

Arqueé una ceja, sin darle demasiada importancia.

—¿Y crees que eso merece mi atención? —pregunté, anticipando ya alguna respuesta típica suya.

—Solo digo que es curioso. Normalmente la gente se rinde tras el tercer intento. Pero esta mujer no. Llama cada día, religiosamente. ¿Un poco de perseverancia, tal vez? ¿No te parece interesante?

Suspiré, sin conmoverme.

—¿Y cómo se llama?

Marco vaciló un segundo, como dudando si debería decírmelo o no.

—Helena. Eso es lo que ha dicho, al menos.

Por un instante, el nombre resonó en mi mente y me hizo recordar a la mujer que había conocido en aquel bar de Curitiba. Ese encuentro rápido e inesperado cruzó fugazmente por mis pensamientos.

¿Elena o… sería Helena?

Pero no, aquello era absurdo. La había conocido en un contexto casual y lo que ocurrió entre nosotros terminó aquella noche. No tenía sentido pensar que la mujer que insistía tanto en contactar conmigo pudiera ser ella.

—¿Y entonces? ¿Qué quieres hacer? ¿Vas a responder al llamado de la «dama persistente»?

Me encogí de hombros, indiferente.

—No haré nada. Si tanto quiere hablar conmigo, que siga intentándolo. Veremos hasta dónde llega su determinación.

Marco sonrió, moviendo la cabeza con una expresión entre admiración y leve burla.

—Así que quieres poner a prueba su perseverancia.

Asentí con un toque de sarcasmo.

—La perseverancia es una característica fundamental, Marco. La insistencia es la clave del éxito. Ya sabes, Edison fracasó innumerables veces antes de inventar la bombilla. Si esta mujer llama todos los días durante tres meses, quién sabe, quizá entonces acceda a conocerla.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una persona horrible? —preguntó Marco, riendo mientras sacudía la cabeza con fingida desaprobación.

—Sí, todos los días. Y no podría importarme menos. Si alguien realmente quiere algo de mí, que se lo gane —respondí, soltando un leve suspiro—. Ese es el problema de mucha gente: abandonan demasiado rápido. Quieren todo fácil, listo para servir. Pero así no funcionan las cosas conmigo.

Marco asintió, acostumbrado a mi manera de ver las cosas.

Siempre me provocaba, pero sabía que mis decisiones estaban meditadas y que mantener el control era casi un principio vital para mí.

—Hablando de control, es hora de esa reunión con los gerentes de las nuevas empresas adquiridas. ¿Listo para poner a cada uno en su sitio? —preguntó, sonriendo con sarcasmo, anticipando ya mi respuesta.

—Siempre —respondí, enderezando ya mi postura mientras entrábamos en la gran sala de reuniones.

La sala era imponente, como todo lo que rodeaba mi presencia y mi nombre. Grandes ventanales iban del suelo al techo, ofreciendo una vista espectacular de la ciudad de São Paulo.

Los gerentes y líderes de las nuevas empresas aguardaban en silencio, claramente conscientes de que yo estaba allí no solo para escucharlos, sino para asegurarme de que cada uno supiera exactamente qué esperaba de ellos.

Me senté en la cabecera de la mesa, mientras Marco se situaba a mi lado. Observé cada rostro, percibiendo los nervios de algunos y la expectación en otros.

Sabía que aquella fusión exigía mucho, tanto de ellos como de mí, pero precisamente ese era el tipo de situación que dominaba.

—Gracias a todos por venir —comencé en un tono firme, dejando claro que allí no habría rodeos—. Sé que la integración de nuestras empresas está presentando algunos desafíos, pero para eso estamos aquí. El éxito no es fruto de buenas intenciones, sino de resultados claros y objetivos.

Los rostros se pusieron aún más serios, y proseguí:

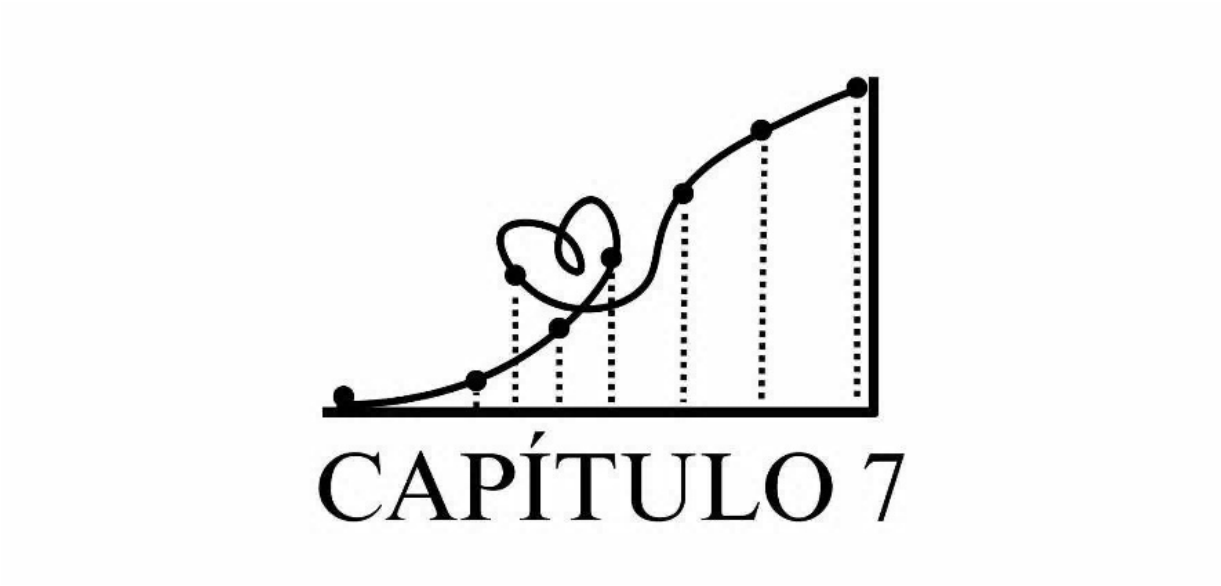
—Cada una de estas empresas ahora forma parte de un conglomerado cuya meta es destacar no solo en el mercado nacional, sino también en el internacional. Eso significa que nuestros estándares de eficiencia deben aumentar, y cada detalle debe tratarse con el máximo rigor.

Marco observaba la reacción de los gerentes, claramente disfrutando con mi estilo directo, mientras yo continuaba:

—No estoy aquí para escuchar excusas ni justificaciones —concluí, lanzando una mirada incisiva al grupo—. Si estáis a la altura del desafío, adelante. Si no, habrá reemplazos. Estamos aquí para ser los mejores, y no hay espacio para menos que eso.

La tensión en la sala era palpable, y las miradas intercambiadas entre los gerentes me confirmaron que el mensaje había quedado claro.

Eso era exactamente lo que buscaba: un ambiente donde el compromiso fuese innegociable.



«Cuando todas las puertas parecen cerradas, es la perseverancia la que encuentra la llave escondida.»

ELENA ROMANO

Estaba a punto de sobornar a alguien con tal de conseguir el «honor» de hablar con Dante. Por más complicado que fuese, estaba decidida a llamar cada día, durante los nueve meses del embarazo, si era necesario.

Sin embargo, en aquel momento ya me encontraba allí, frente a una de sus empresas, «fichando» y esperando una mínima oportunidad de verle.

Giovana y yo habíamos llegado temprano, esperando que él pasara por allí para una reunión, según una información algo dudosa que había obtenido la noche anterior.

Pero cada pregunta que hacía a los empleados era respondida con miradas vacías o excusas educadas. La mayoría fingía no escucharme o me dedicaba esa sonrisa impersonal antes de decir que no podían «facilitar información sobre el señor Valentini».

—Increíble —murmuré a Giovana mientras otra persona pasaba a mi lado fingiendo que yo era invisible—. Este hombre debe estar hecho de oro, a juzgar por lo difícil que es verle.

Giovana, evidentemente, no estaba callada. Observaba el movimiento, cada vez más impaciente. Cruzó los brazos, golpeó ligeramente el suelo con el pie y, finalmente, soltó un bufido seguido de una carcajada exasperada.

—¿Sabes qué? Si no hablan, montamos un numerito —dijo, elevando la voz más de lo necesario—. ¡Vamos a montar aquí un escándalo hasta que aparezca ese tal Valentini y nos escuche!

La miré con una mezcla de diversión y desesperación.

—Gi, por Dios, ¡tranquilízate! Ya está siendo bastante difícil…

Pero ella ya no me escuchaba. Estaba lista para hablar lo suficientemente alto como para que todo el edificio se enterara.

—¡Atención, por favor! ¡Estamos tratando de resolver aquí una situación de vida o muerte! —exclamó con un falso dramatismo que me hizo reír y querer esconderme a la vez—. ¿Alguien aquí conoce a Dante Valentini? ¡Porque necesita enterarse de que lo estamos buscando con una urgencia jamás vista en la historia de São Paulo!

Algunas personas del vestíbulo comenzaron a mirarnos, algunas con curiosidad, otras claramente incómodas. Yo quería desaparecer, pero al mismo tiempo estaba riendo internamente por la situación.

Mi amiga sabía perfectamente cómo romper el hielo y convertir el absurdo en algo un poco más soportable.

Finalmente, uno de los empleados pareció cansarse de nuestros intentos y de nuestras tácticas poco sutiles, acercándose con una expresión a medio camino entre agotada e irritada.

—Señoras —dijo, conteniendo la risa pero intentando mantener la seriedad—, el señor Valentini salió del edificio hace al menos una hora. Y no, realmente no puedo facilitarles información sobre dónde estará después. Ahora, por favor, ¿podrían dejar de interrumpir la recepción?

Giovana suspiró, poniendo dramáticamente los ojos en blanco, mientras yo dedicaba una sonrisa avergonzada al empleado.

—De acuerdo, ya nos vamos.

Se dio la vuelta, todavía protestando:

—¡Este hombre es más escurridizo que una anguila!



Derrotada, fui con mi amiga a una cafetería cerca de la empresa del «Dios que no puede ser visto», como mentalmente ya llamaba a Dante.

Después de semanas intentándolo, la sensación de frustración se había acumulado, y necesitaba un momento para respirar y procesarlo todo.

Me senté en una mesa, removiendo distraídamente el café con la mirada perdida. Giovana, a mi lado, observaba mi expresión cansada con un rostro en el que se mezclaban la preocupación y la solidaridad.

—Gi, ya no sé qué hacer —empecé, suspirando y soltando una risa débil, casi irónica—. Llevo casi dos meses intentando hablar con él, y nada. Ni una señal, ni una mínima oportunidad.

Ella negó con la cabeza, visiblemente frustrada por mí, intentando buscar alguna idea nueva, aunque hasta su creatividad parecía empezar a agotarse.

—Ya hemos probado todo, ¿no? Llamadas, mensajes, presentarnos allí personalmente… ¿Pero qué le pasa a ese hombre? ¿Se cree el mismísimo Highlander? —comentó, intentando hacerme reír, aunque yo solo conseguí suspirar aún más profundamente.

—Pues sí, es el Highlander del mundo corporativo, inmortal e intocable. Si uno de esos edificios se viniera abajo, apuesto a que él saldría intacto y sin un solo rasguño —murmuré con ironía, poniendo los ojos en blanco—. De verdad, no sé qué más intentar. Es inaccesible desde todos los ángulos.

Giovana guardó silencio por un momento, pensativa. No quería desanimarme, pero estaba claro que ni ella sabía ya qué sugerir.

—Bueno, quizás podríamos… no sé, ¿enviarle una carta formal? ¿O inventar alguna razón aún más creativa para llamar su atención? —vaciló, y pude notar que hasta para ella esas ideas comenzaban a sonar exageradas.

—Te juro que si tuviera una paloma mensajera, ese hombre ya habría recibido un mensaje mío a través del pobre animal —suspiré con un toque de ironía.

Ella rio, pero luego se puso seria, tomando mi mano y mirándome con determinación.

—Sabes que soy experta en insistir y montar dramas, pero incluso yo me estoy quedando sin ideas… —comentó, casi en tono de disculpa—. Pero escúchame bien, Lena: tienes más determinación que cualquier otra persona que conozca. Y este Dante Valentini, o como quiera que se llame, no va a poder evitarte eternamente.

Asentí, intentando contagiarme de su confianza.

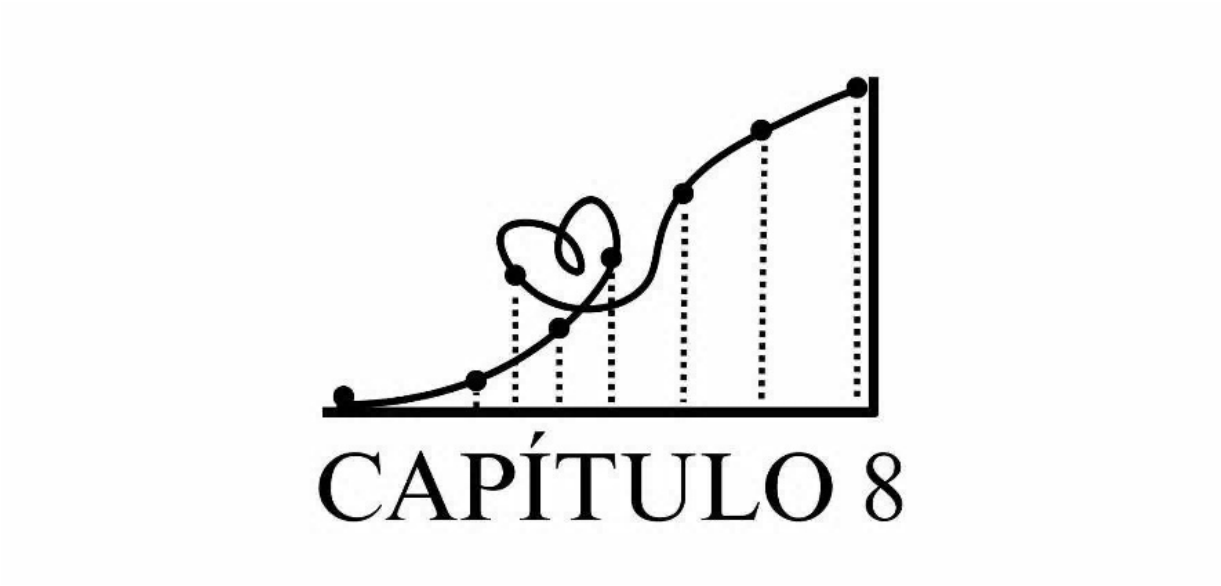
—Sí, tienes razón. Pensaré en algo, pero te prometo que, aunque sea solo por insistencia, conseguiré hablar con él. Ya sea llamando, apareciendo en persona, yendo a todos sus eventos corporativos… Me verá, quiera o no.

Giovana sonrió, asintiendo con aprobación.

—¡Esa es mi chica! ¿Qué sería de nosotras si no fuéramos un poco cabezotas?

Reímos juntas, y, por muy frustrada que estuviese, su confianza en mí hizo que surgiera una chispa de esperanza.

Aún no sabía cómo exactamente, pero algo me decía que, de un modo u otro, conseguiría llegar hasta él.



«En el mundo de los poderosos, la paciencia es una moneda escasa, pero el control es el único precio que realmente importa.»

DANTE VALENTINI

—Señor Valentini…

—Diga —respondí sin levantar la vista del informe que tenía delante.

Mi secretaria, Lorena, entró en la sala con su habitual cuidado, aunque su tono delataba que se trataba de algo que ella consideraba importante.

—Es sobre la mujer que lleva llamando todos los días —empezó, ajustándose las gafas y observándome con expresión

contenida—. Hoy se cumplen exactamente tres meses, tal como me pidió que le avisara.

Dejé de escribir y me recosté en la silla, pensativo.

Así que finalmente lo había conseguido. Tres meses enteros llamando día tras día, sin rendirse.

Mi mente volvió brevemente a aquella conversación con Marco en los pasillos, cuando mencioné que la perseverancia era una prueba clara de determinación.

Bien, ella había aprobado con nota.

Pero aun así, ¿eso significaba que yo debía detener mi vida para escucharla?

—Interesante —murmuré, todavía con la mirada fija en el informe, como si estuviese debatiendo conmigo mismo.

Lorena permaneció en silencio, esperando mi respuesta. Finalmente alcé los ojos hacia ella.

—Si mañana vuelve a llamar, aceptaré reunirme con ella y escuchar lo que tiene que decirme. Pero déjele claro que eso solo sucederá dentro de tres meses. Tengo viajes programados fuera de Brasil y compromisos que no puedo aplazar. Tendrá que esperar.

Lorena apuntó algo en su libreta, pero dudó antes de responder:

—¿Cree que seguirá insistiendo?

Solté una sonrisa ladeada, de esas que pocos entienden y que desconciertan a quienes no me conocen bien.

—Si ha sido capaz de llamar todos los días durante tres meses, ¿qué más le darán otros tres? Parece lo suficientemente decidida. Veamos hasta dónde llega.

Lorena asintió ligeramente con la cabeza, probablemente ya acostumbrada a mi manera metódica y calculadora de hacer las cosas.

—Me aseguraré de dejárselo claro, señor Valentini.

Asentí, volviendo a centrarme en mi trabajo, aunque en el fondo no pude evitar pensar en aquella mujer que no se daba por vencida.

¿Quién era ella? Y, sobre todo, ¿por qué tenía tanta desesperación por verme?

Por mucho que odiase admitirlo, había algo en su persistencia que despertaba mi curiosidad.

No obstante, yo tenía mis prioridades, y mi agenda estaba completa. Si realmente quería hablar conmigo, tendría que esperar el tiempo que yo estipulase. Así funcionaban las cosas en mi mundo, y ninguna mujer iba a cambiar eso.



—¿Alguna novedad? —preguntó Marco mientras entraba en mi despacho sin siquiera llamar, como solía hacer siempre. Era la única persona que parecía ignorar las formalidades que yo exigía al resto del mundo.

Levanté los ojos del ordenador y lo miré brevemente antes de responder:

—Depende de lo que quieras saber. —Señalé con un ligero gesto la silla que estaba frente a mi mesa.

Marco se dejó caer en ella con total tranquilidad, como si estuviera en su propia casa.

—La nueva adquisición. ¿Cómo va todo? Sabes que la integración de los equipos está siendo una auténtica pesadilla para mí. Necesito alguna buena noticia para variar.

Solté un suspiro, recostándome en la silla.

—Avanza según lo previsto. El mayor problema es la resistencia cultural, pero eso es lo habitual. Ya he enviado a Lorena a revisar los puntos críticos del contrato, y los cambios estructurales empezarán la semana que viene. No hay nada que tú no puedas solucionar.

Él me lanzó una mirada de falso agotamiento.

—Claro, porque siempre es así: «Nada que tú no puedas solucionar» —dijo haciendo comillas en el aire con sarcasmo antes de negar con la cabeza—. Pero está bien, lo solucionaré.

Marco se puso de pie, como si ya estuviera a punto de marcharse, pero al llegar a la puerta se detuvo y se giró hacia mí, con una expresión curiosa en la mirada.

—¿Algo más? —preguntó, con un tono que sugería que sabía algo que yo prefería no discutir.

Alcé una ceja, imperturbable.

—No. ¿Por qué?

Él sonrió ligeramente, esa sonrisa tan típica de cuando estaba a punto de provocarme.

—Tres meses, ¿eh? —comentó, apoyándose levemente contra el marco de la puerta—. Esa mujer tan persistente lo consiguió. Apuesto a que Lorena ya te lo ha dicho.

Asentí sin apartar la vista.

—Me lo dijo. Y, como prometí, hablaré con ella. Pero dentro de tres meses. Tengo la agenda llena y mis prioridades claras.

Marco soltó una carcajada, cruzándose de brazos.

—¿Tres meses más? De verdad, eres la peor persona del mundo, Dante.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Ya me lo han dicho antes. No es ninguna novedad.

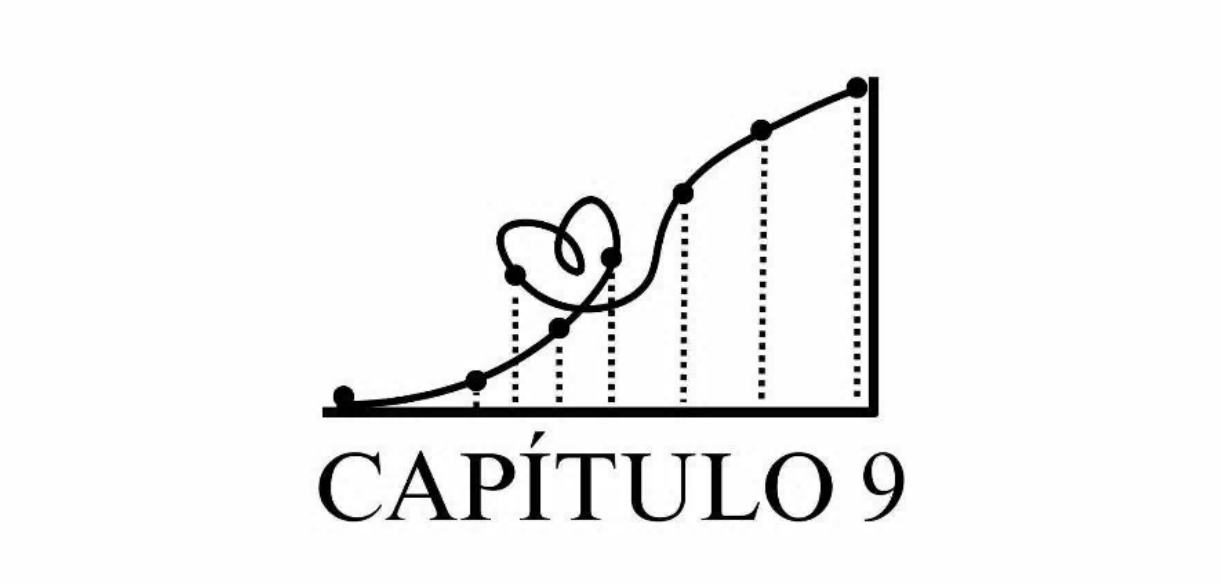
Marco sacudió la cabeza, todavía riendo, mientras comenzaba a salir del despacho.

—Muy bien, mientras tú sigues siendo un hombre imposible, iré a resolver los problemas que delegas en mí. Hablamos luego.

Sin responderle, volví mi atención al ordenador, escuchando al fondo el sonido de la puerta cerrándose tras él.

Tres meses.

Ese era el tiempo que tendría que esperar. Al fin y al cabo, en mi mundo, las cosas ocurrían según mis términos, no según los de los demás.



«A veces, la espera no es solo una prueba de paciencia, sino también de cómo eliges enfrentarte al tiempo que se empeña en no pasar.»

ELENA ROMANO

—Espera un momento... ¿Voy a poder hablar personalmente con él solo dentro de tres meses? —pregunté, incrédula, sujetando el teléfono como si pudiera explotar en cualquier instante.

—Técnicamente, son tres meses y cinco días, señora —respondió Lorena, la secretaria de Dante, con una calma desesperante. Su voz era fría, profesional y completamente indiferente a mi indignación.

—¡Esto tiene que ser una broma! —exclamé, poniéndome en pie y empezando a caminar nerviosamente de un lado a otro—. ¡Solo

necesito cinco minutos! Cinco míseros minutos para hablar con él. ¿Tan imposible es?

—No es cuestión de imposibilidad, señora —replicó Lorena, como si explicara algo evidente—. Es cuestión de agenda. El señor Valentini es un hombre extremadamente ocupado, con compromisos tanto nacionales como internacionales, y…

—¡Sé perfectamente quién es él! —la interrumpí, notando cómo la rabia empezaba a subir por mi cuerpo—. Pero estamos hablando de algo importante, algo personal. ¿No puede hacer un hueco de cinco minutos antes de esa fecha?

Hubo una pausa, pero no porque ella estuviera reconsiderando mi petición. Era el tipo de silencio que indicaba claramente que mi insistencia no estaba dando ningún resultado.

—Me temo que no. El señor Valentini ha dejado muy claro cuándo puede recibirla, y mi función es asegurar que su agenda se cumpla según lo previsto —respondió, sin emoción alguna.

Respiré hondo, tratando de no perder los nervios.

Pero entonces, en un impulso totalmente irracional, las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas.

—Estoy embarazada de él —solté de golpe, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba al escuchar mi propia voz.

Se hizo un silencio largo al otro lado de la línea, lo suficientemente largo como para arrepentirme inmediatamente de haber dicho aquello.

Finalmente, Lorena respondió, con un tono casi aburrido:

—Señora, si me dieran un euro por cada mujer que llama diciendo que está embarazada del señor Valentini, a estas alturas tendría mi propia empresa.

Me quedé sin palabras. Sentí que la cara me ardía, no sabía si por vergüenza, rabia o por una mezcla de ambas.

—¿Qué? ¿Me está insinuando que estoy mintiendo? —pregunté, alzando la voz más de lo necesario.

Lorena suspiró, como si ya hubiese tenido esta conversación demasiadas veces.

—No insinúo nada, señora. Simplemente le informo de que es algo que escuchamos con frecuencia. El señor Valentini es uno de los hombres más poderosos de Brasil, y el acceso a él es algo muy solicitado. Desafortunadamente, lo único que puedo hacer es reiterarle la fecha del encuentro, si decide aceptarla.

Me sentí tan impotente que, durante un instante, fui incapaz de responder.

Lo absurdo de la situación me dejó atónita. Lorena aprovechó mi silencio para continuar:

—Entonces, señora, ¿desea confirmar la cita para dentro de tres meses y cinco días? Será una oportunidad para hablar personalmente con él.

Ya no quedaba nada más que hacer.

Mi orgullo me gritaba que colgara el teléfono inmediatamente, pero mi razón sabía que aquella era la única oportunidad que tenía.

—Sí, acepto —contesté finalmente, en voz más baja, aunque cargada con una rabia creciente en el pecho.

—Perfecto. Nos pondremos en contacto con usted para confirmar el día y la hora exacta cuando se acerque la fecha —respondió ella sin mostrar el más mínimo rastro de emoción—. Que tenga un buen día.

La línea quedó en silencio. Me quedé allí, sosteniendo el teléfono, con el cuerpo entero temblando de frustración.

Tres meses.

Y ahora, además de todo, mi irritación hacia Dante Valentini estaba aumentando a una velocidad que ya no estaba segura de poder controlar.



—¿Y bien, amiga…? —preguntó Giovana, inclinándose sobre la mesa mientras removía distraídamente el zumo con la pajita.

Sus ojos brillaban llenos de curiosidad y, por supuesto, con un toque de impaciencia, ya que solo le había enviado un breve mensaje diciendo que por fin alguien había devuelto mi llamada.

Suspiré, empujando la ensalada en el plato como si tuviera la culpa de todos mis problemas. La miré, intentando encontrar una manera sencilla de resumir el desastre de aquella llamada.

—Bueno… me devolvieron la llamada —comencé, sabiendo ya que el tono de mi voz lo decía todo.

Giovana abrió los ojos como platos, inclinándose aún más.

—¿Y qué? ¿Pudieron arreglar algo? ¿Por fin vas a hablar con el hombre inalcanzable?

Negué con la cabeza, soltando una risa amarga.

—¿Arreglar? No exactamente. Su secretaria, Lorena, llamó para decirme que tengo una cita. Pero ¿sabes qué? Será dentro de tres meses y cinco días —enfatizé con sarcasmo esos cinco días extra, poniendo los ojos en blanco.

Ella parpadeó un par de veces, claramente sin palabras al principio, hasta que explotó en una carcajada incrédula.

—¿Tres meses? ¿Y cinco días? ¿Pero quién se cree que eres, un acontecimiento astronómico que solo ocurre cada mil años?

Suspiré de nuevo, apoyando la barbilla en la mano.

—Exactamente eso sentí yo. Pero fue inflexible. Traté de discutir, pedir al menos cinco minutos… nada. Y por si fuera poco, cuando le dije que estaba embarazada, me respondió que «muchas mujeres dicen lo mismo» —la indignación desbordaba en mi voz, aunque sabía que estaba más frustrada que realmente enfadada.

Giovana abrió la boca con incredulidad.

—¿Que te dijo qué? —exclamó, reprimiendo una carcajada que claramente intentaba salir—. ¿Esa mujer tuvo la audacia de decirte que formas parte del club de «mujeres embarazadas de Valentini»?

—¡Sí! —repliqué, levantando los brazos al aire—. Fue humillante. Lo dijo como si fuera algo normal, como si yo fuera una más en la cola de desesperadas. Y lo peor es que, al final, no pude hacer absolutamente nada más. Tuve que aceptar.

Giovana guardó silencio durante un segundo, analizándome, hasta que finalmente sacudió la cabeza y dijo:

—Mira, Lena, al menos ahora tienes una fecha. Puede que no sea ideal, pero al final vas a poder hablar con él. Y hasta entonces, crucemos los dedos para que no explotes de rabia y decidas invadir alguna de sus empresas con un megáfono.

A pesar del momento, solté una carcajada. Giovana siempre tenía esa capacidad de hacerme reír incluso en los momentos más difíciles.

—Invadir con un megáfono podría ser mi última opción —bromeé, riendo un poco más.

Ella sonrió, orgullosa de haber conseguido aliviar mi humor.

—¿Ves? No existe problema que no podamos convertir en chiste. Y si nada más funciona, escribimos un libro sobre ello: «Cómo cazar a un millonario: guía para desesperadas».

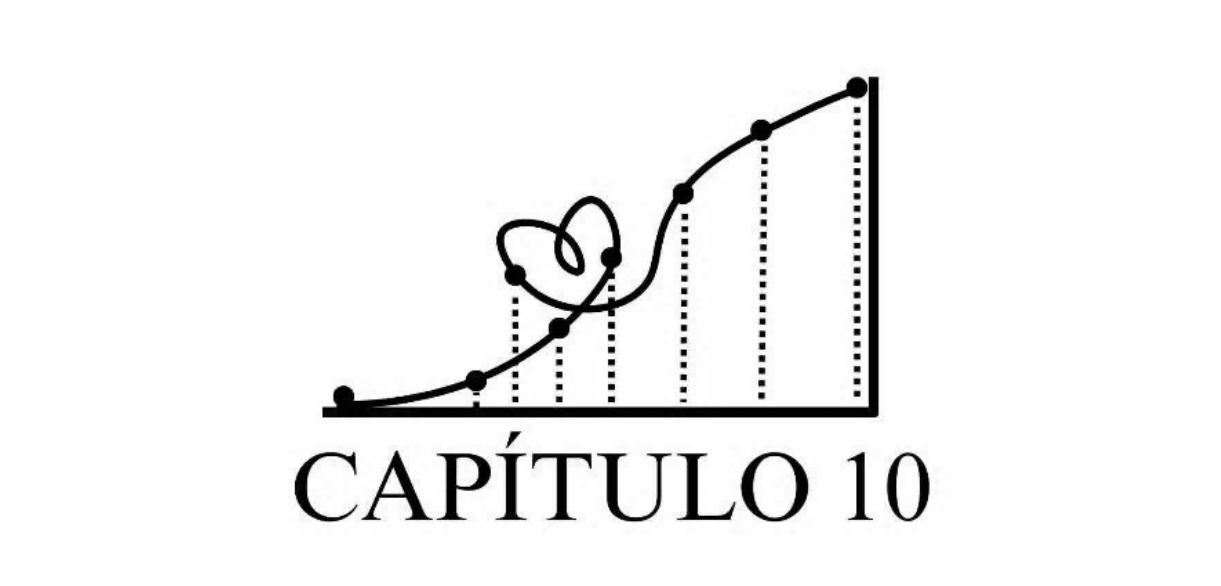
Esta vez reí aún más fuerte, sintiendo cómo una parte de la tensión se desvanecía.

—Gracias, amiga. Necesitaba esto —confesé, sonriendo con sinceridad esta vez.

—Siempre a tu disposición. Después de todo, ¿qué sería de tu vida sin mi maravilloso sentido del humor? —respondió, haciendo una pose dramática.

Negué con la cabeza, aún sonriendo, mientras ella comenzaba a contar otra divertida historia sobre su trabajo.

Durante un rato, aparté la frustración y simplemente disfruté del momento. Porque, si había algo que hacía la vida más llevadera, era tener a alguien a tu lado con quien reírse de todas las desgracias.



«La mayor batalla no es contra otra persona, sino contra la sensación de ser ignorada por quien debería escucharte.»

ELENA ROMANO

3 meses después

Estaba a punto de entrar en el séptimo mes de embarazo…

Mientras miraba mi barriga, sentía una mezcla de ansiedad y emoción. Era imposible ignorar el hecho de que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre. Pasaba la mano suavemente sobre la piel estirada, como intentando mantener una conversación silenciosa con el bebé.

—Hola, pequeñín o pequeñina —murmuré con una sonrisa cansada—. Dentro de pocos días por fin vamos a conocer a tu padre. Te prometo que pronto acabaremos con esta novela.

Aunque, en realidad, aquella promesa era más bien para mí misma. Saber que el encuentro con Dante estaba tan cerca hacía que mi corazón latiera con más fuerza.

Quería resolverlo todo de una vez por todas, quitarme ese peso de encima.

Pero, al mismo tiempo, tenía miedo de lo que él pudiera decir, de cómo reaccionaría. Dante parecía inalcanzable, pero pronto no tendría forma de escapar.

Mis pensamientos se interrumpieron con unos golpes en la puerta. Sonreí, sabiendo perfectamente quién era.

Me levanté con dificultad y abrí la puerta, encontrando a Giovana con una sonrisa radiante y una bolsa llena de comida.

—Pensé que podrías necesitar un almuerzo decente —dijo, entrando sin ceremonia.

—Eres un ángel —contesté, mientras ella colocaba las bolsas sobre la mesa—. ¿Qué has traído hoy?

—Comida italiana, obviamente. Pensé que necesitarías algo reconfortante después de la semana que has tenido.

Me senté mientras ella comenzaba a organizarlo todo.

Pronto estábamos comiendo y charlando, y como siempre, mi amiga fue la primera en romper el silencio con una historia divertidísima.

—No te vas a creer lo que pasó en la oficina esta semana —comenzó, con los ojos brillando de diversión—. A mi jefe se le ocurrió la brillante idea de usar un robot para redactar contratos más rápido.

Alcé una ceja, anticipando ya el desastre.

—¿Y cómo salió mal esta vez? —pregunté, riendo.

—¿Cómo? Pues pidió al sistema que redactara una cláusula sobre «daños morales», y lo que salió fue: «Toda persona que se sienta emocionalmente dañada debe buscar un psicólogo y no acudir a la empresa».

Casi escupí el zumo de tanto reírme.

—¡No me digas! ¿Se lo envió así al cliente?

—¡Sí! —respondió ella, carcajeándose—. ¡Lo mejor fue la cara del cliente! Estaba tan confundido que tuve que inventarme que era una broma del departamento jurídico.

Me reí tanto que sentí un leve pinchazo en la barriga, pero era imposible parar.

—Gi, ¿cómo puedes sobrevivir en ese circo? —pregunté, todavía riendo.

—¿Sobrevivir? ¡Yo soy el payaso principal! —replicó ella, haciendo una pose exagerada que me hizo reír aún más.

Nuestra conversación continuó durante un buen rato, llena de historias divertidas y comentarios sarcásticos sobre la vida.

Por unos instantes logré olvidarme de la ansiedad que me producía el encuentro con Dante.

Cuando finalmente se levantó para irse, me dio un fuerte abrazo y una sonrisa llena de ánimo.

—Todo irá bien, Lena. Al final, esto va a salir bien. Y cuando se lo cuentes, quiero saber absolutamente todos los detalles.

Asentí, sintiendo mi corazón más ligero, aunque la ansiedad todavía estuviera allí.



Había llegado por fin el día que tanto había esperado.

Iba camino a una de las empresas de Dante para, finalmente, hablar con él. El corazón parecía estar corriendo una maratón dentro de mi pecho, y las manos, aunque firmes sobre el volante, estaban húmedas por los nervios.

Me había preparado mentalmente para todas las posibilidades: indiferencia, negación, sorpresa… pero no para lo que estaba a punto de ocurrir.

Mientras conducía por las calles abarrotadas de São Paulo, intenté convencerme de que todo saldría bien.

Respiré profundamente varias veces, como si aquello bastase para calmar una mente que insistía en imaginar cada posible escenario. La radio sonaba con alguna canción genérica que no conocía, pero que parecía haber sido creada especialmente para aumentar mi ansiedad.

Aparqué frente al imponente edificio, cuyas ventanas espejadas reflejaban el cielo nublado de la ciudad.

Era imposible no sentir el peso de aquel lugar, la grandeza que parecía encajar perfectamente con el hombre inalcanzable que estaba a punto de conocer.

Me acomodé el vestido, me pasé las manos por el cabello y me dirigí a la recepción, donde me identifiqué.

—Espere un momento, por favor —dijo la recepcionista, con una sonrisa demasiado educada para la situación.

Y entonces comenzó la espera.

Quince minutos pasaron. Luego veinte.

Hasta que llegaron los treinta minutos y ya me estaba removiendo incómoda en la silla por la demora.

Fue entonces cuando apareció una mujer que avanzaba hacia mí con pasos decididos y expresión profesional, aunque sin ninguna prisa.

—¿Señora Romano? —preguntó, con una sonrisa tan protocolaria que tuve ganas de borrársela del rostro.

—Sí —respondí, poniéndome de pie inmediatamente—. Tengo una reunión con el señor Valentini.

Ella asintió, aunque su expresión cambió ligeramente, adoptando un tono más neutral.

—Lo siento, pero ha surgido un imprevisto. El señor Valentini tendrá que reprogramar la reunión. Ha tenido que salir urgentemente a un compromiso inaplazable.

Me quedé mirándola, intentando procesar sus palabras como si estuvieran dichas en un idioma que no entendía.

—¿Cómo que reprogramar? —pregunté, tratando de mantener la calma, aunque ya sentía cómo el calor de la rabia subía por mi rostro

—. Llevo esperando tres meses y cinco días para esto. No puede simplemente cancelarlo.

Ella intentó mantener su tono profesional, aunque se notaba incómoda por mi reacción.

—Comprendo su frustración, señora, pero lamentablemente no puedo hacer nada. El señor Valentini ha tenido un compromiso inesperado que requería su atención inmediata.

Solté una risa amarga, llena de incredulidad.

—¿Espera que acepte esto sin más? ¿Como si mi vida valiese menos que sus compromisos? —mi voz empezó a alzarse más de lo necesario, y algunas personas a nuestro alrededor empezaron a mirarme.

La mujer dio un paso atrás, manteniendo aún la compostura.

—Señora, por favor, no hay necesidad de…

—¿Que no hay necesidad? —la interrumpí, sintiendo cómo crecía la indignación—. ¿Sabe usted por lo que estoy pasando? ¿Sabe cuánto he esperado este momento? ¿Tan ocupado está que no puede concederme ni cinco minutos de su precioso tiempo?

Ella trató de intervenir nuevamente, pero alcé la mano indicando que no quería escuchar más. Respiré hondo, consciente de que estaba a punto de montar un verdadero escándalo.

En lugar de eso, me giré y salí pisando fuerte, pero no me marché. Caminé hacia el coche, el rostro aún ardiendo de rabia.

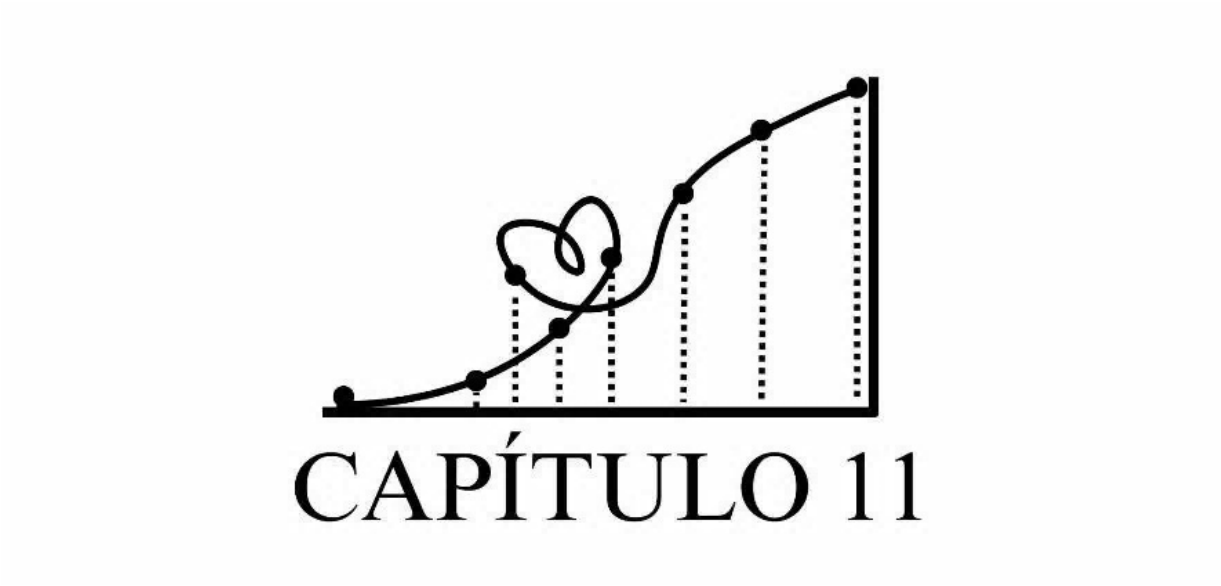
Ya en el interior del vehículo respiré profundamente, intentando recomponerme. Miré mi barriga y sentí cómo empezaban a formarse lágrimas en mis ojos.

No, no podía rendirme ahora. Estaba preparada para cualquier cosa, pero ¿ser descartada de esta forma?

Eso era demasiado.

Miré a mi alrededor, aún llena de ira, y entonces recordé algo que tenía en el asiento del copiloto.

—Si piensa que va a escapar tan fácilmente, está muy equivocado —murmuré decidida para mí misma—. Vamos a ver si no termina escuchándome…



«Las consecuencias no piden permiso para entrar en nuestras vidas, pero dejan muy claro que ignorarlas jamás será una opción».

DANTE VALENTINI

Odiaba las prisas, pero hoy todo había salido mal.

—¿De verdad vas a cancelar con la chica insistente? —preguntó Marco, siguiendo mis pasos mientras bajábamos por el ascensor panorámico de la empresa.

—Tengo problemas mayores que resolver, Marco, y creo que lo sabes —respondí, ajustándome el traje con un ligero suspiro—. Además, ya le pedí a Lorena que reagendara la cita. Ella sabe cómo manejar este tipo de situaciones.

Marco sacudió la cabeza, claramente conteniendo una sonrisa.

—Por lo que recuerdo, solo pidió cinco minutos.

Lo miré con indiferencia, sin paciencia para más provocaciones.

—Cinco minutos hoy, luego una hora mañana, y pronto estará pidiéndome una cena. Ya he visto esta película antes.

Marco abrió la boca para responder, pero fue interrumpido por el sonido de una voz potente resonando en el vestíbulo del edificio.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, nos encontramos con una escena inusual: una multitud formándose, empleados y visitantes mirando en la misma dirección con expresiones de sorpresa y curiosidad.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, frunciendo el ceño mientras caminaba hacia el alboroto.

Marco soltó una risa baja.

—Creo que tu «chica insistente» no ha aceptado muy bien el cambio de planes.

Al fondo, una voz femenina resonaba por todo el espacio con ayuda de un megáfono, cortando los murmullos de la multitud.

No entendí de inmediato lo que estaba diciendo, pero vi algo que definitivamente no era habitual: una mujer embarazada subida en el mostrador de mármol cerca de la recepción.

—Maldita sea… —murmuré, acelerando el paso mientras Marco me seguía, claramente encontrando todo aquello muy gracioso.

A medida que me acercaba, sus palabras empezaron a escucharse con más claridad.

—... ¡se niega a recibirme! ¡Seis meses esperando, embarazada y sola, y encima me tratan como una molestia! ¿Es así como el señor

Dante Valentini trata a todas las personas que tienen algo importante que decirle?

La mandíbula se me tensó mientras avanzaba aún más.

Con cada paso, más detalles de la escena se volvían evidentes: la mujer sujetaba el megáfono con una mano mientras gesticulaba con la otra, visiblemente alterada, el rostro enrojecido por la emoción.

Entonces, finalmente pude verla bien.

Era ella. La mujer del bar en Curitiba: Elena Romano.

El recuerdo de aquel encuentro fugaz me golpeó con fuerza en el estómago.

—¡Estoy embarazada de él! —exclamó, con voz cargada de frustración—. ¡Lo único que pido es que me escuche durante cinco minutos!

La multitud alrededor estaba completamente hipnotizada por la escena, y sabía que aquello sería noticia en menos de una hora si no lo solucionaba inmediatamente.

Respiré hondo, intentando procesar lo que estaba sucediendo mientras me acercaba más.

—Esto tiene que ser una broma —murmuré a Marco, que aún luchaba por contener la risa a mi lado.

Él simplemente se encogió de hombros.

—Bueno, al menos es creativa. Admito que estoy impresionado.

Ignoré su comentario y continué avanzando, con la mirada fija en ella. Una cosa era segura: esa mujer sabía cómo llamar la atención.

Y ahora, toda mi atención estaba puesta en ella.

ELENA ROMANO

Sabía que mi pequeño numerito no le sentaría nada bien a Dante, pero precisamente por eso lo estaba haciendo.

Y cuando lo vi aparecer entre la multitud, caminando hacia mí con aquella mirada indescifrable, supe que mi objetivo estaba parcialmente cumplido.

Era incluso más imponente de lo que recordaba.

Alto, con una postura impecable y una mirada capaz de atravesar a cualquiera que se atreviera a cruzarse en su camino. Dante Valentini era exactamente lo que decía su reputación: intimidante.

Pero en aquel momento, no podía echarme atrás.

Se detuvo frente a mí, sus ojos clavados en los míos, como si intentara entender exactamente lo que estaba pasando antes de decir nada.

El silencio entre ambos parecía eterno, pero mantuve la cabeza bien alta. No permitiría que percibiera ni una pizca de nerviosismo.

Finalmente rompió el silencio con pocas palabras, pero suficientes para hacer que mi corazón se acelerara:

—Acompáñame.

Solo eso. Simple, directo y sin emoción.

Dio media vuelta sin esperar siquiera mi respuesta, y comencé a seguirlo, consciente de todas las miradas curiosas de la multitud.

Atravesamos pasillos amplios y bien decorados hasta que abrió la puerta de una sala reservada, indicándome con un gesto que entrara. Cerré la puerta detrás de mí, preparándome mentalmente para el enfrentamiento que sabía que iba a suceder.

Cuando se giró hacia mí, su mirada era puro hielo.

—¿Qué demonios ha sido eso ahí fuera? —comenzó con voz baja, pero llena de irritación—. ¿Tienes idea de la exposición que has causado? Gente grabando, sacando fotos... No soy precisamente conocido por permitir este tipo de espectáculos.

Me crucé de brazos, intentando no dejarme intimidar.

—La exposición me da exactamente igual —respondí con firmeza—. Lo he hecho porque, de lo contrario, jamás me habrías escuchado. Seis meses y cinco días esperando, Dante.

Se pasó una mano por el pelo, visiblemente molesto.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres? —preguntó con ese tono cortante que parecía querer acabar la conversación antes incluso de empezarla.

Suspiré profundamente, tratando de mantener la calma.

—Quiero que sepas que estoy embarazada. De ti —afirmé sin rodeos, mirándolo directamente a los ojos.

Permaneció en silencio unos instantes antes de soltar una breve risa seca e incrédula.

—¿Embarazada? Vaya. Pues enhorabuena. Pero déjame adivinar: ¿quieres que reconozca al niño? Curioso, porque al menos diez mujeres me han dicho lo mismo en el último mes, y ni siquiera conozco a más de la mitad. Quizá deberías ponerte a la cola.

Noté cómo se me calentaba el rostro de la rabia.

—¿Entonces tienes tantos hijos? Porque si no, solo significa que eres un irresponsable.

Entrecerró los ojos, claramente irritado por mi tono.

—No tengo hijos —dijo con voz más dura—. Y, casualmente, tampoco me acuesto con nadie sin protección. Así que disculpa si no me estoy tomando esto demasiado en serio.

Me crucé de brazos, ladeando la cabeza en gesto desafiante.

—¿Ah, no? —pregunté con sarcasmo—. Porque, que yo recuerde, aquella noche en Curitiba no parecías muy preocupado por eso, ya que no usaste absolutamente nada.

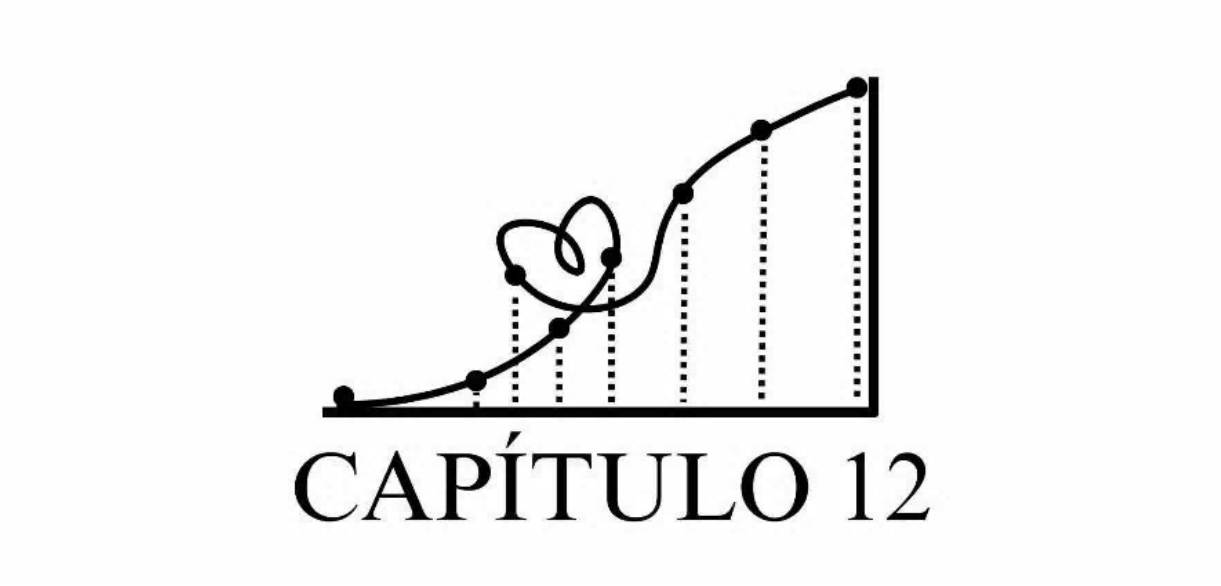
Vi el instante exacto en el que lo recordó. Su rostro se tensó aún más, y se pasó una mano por la barbilla, evidentemente tratando de procesar la información.

El silencio que siguió fue más revelador que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

—Aquello fue una excepción —acabó diciendo con voz tensa.

Solté una risa amarga, sintiendo la rabia hervir dentro de mí.

—Pues felicidades por tu excepción, Valentini. Porque ahora tienes una consecuencia de la que ocuparte.



«Algunas promesas son como hilos sueltos: tiras de ellos, pero nunca sabes qué te vas a encontrar al final».

DANTE VALENTINI

Mientras observaba a aquella hermosa mujer delante de mí, no pude evitar detenerme un instante para mirarla con más atención.

Había algo intrigante en Elena Romano que había captado mi interés desde el primer instante en que nos conocimos. Aquella noche en Curitiba, ella no era simplemente otra mujer atractiva; había algo más, algo que hizo que pensara en ella durante días después de despedirnos.

Claro que, con el tiempo, aquello pasó. Siempre pasa.

Pero ahora, al verla de nuevo —más bonita incluso de lo que recordaba— volvió a mí una avalancha de recuerdos y una punzada de

algo que no conseguía identificar. Sus ojos castaños brillaban con determinación y quizá con una pizca de rabia contenida.

La manera en que se comportaba, incluso en medio de todo ese caos, era la de alguien que no estaba dispuesta a ceder.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Valentini? —preguntó, interrumpiendo mis pensamientos. Su ceja arqueada y el tono sarcástico me arrancaron inmediatamente de cualquier ensueño—. ¿Piensas quedarte mirándome como si fuera una pieza de museo o tienes pensado decir algo?

Parpadeé un par de veces, recomponiéndome. Ella tenía una capacidad única para desestabilizarme, algo que muy pocos conseguían.

—Tengo compromisos urgentes —respondí secamente, recuperando mi tono habitual—. No puedo resolver esto ahora.

Entrecerró los ojos, y supe que aquello no sería sencillo. Cruzó los brazos e inclinó la cabeza, desafiante.

—¿Resolver esto? —repitió con una pizca de ironía—. ¿Te refieres al hecho de que estoy embarazada de ti? ¿Pretendes dejar algo así para más tarde? Porque, si crees que puedes ignorarme, estás muy equivocado.

Respiré profundamente y me pasé la mano por la cara. No necesitaba otro espectáculo como el que ya había montado.

—Escucha, Elena —dije con tono más firme—, hoy mismo contactaré contigo cuando termine mis compromisos. Vamos a hablar, pero de forma civilizada y lejos de cámaras o megáfonos.

—¿Y si no llamas? —replicó, mirándome con desafío.

—Yo cumplo mi palabra —respondí cruzando los brazos—. Pero que quede claro: eso no significa que te crea. Muchas mujeres han

afirmado cosas parecidas, y casi todas mentían. Pero quiero aclarar esto de manera definitiva.

Ella se quedó en silencio unos segundos, evaluando mis palabras, antes de sonreír de forma burlona.

—¿Aclararlo, dices? Parece que no entiendes mucho sobre responsabilidad, pero vale, Valentini. Esperaré tu llamada. Pero no olvides una cosa: si no llamas, volveré. Y la próxima vez el numerito será mucho peor.

Había algo fascinante en cómo ella no se amilanaba, aun sabiendo perfectamente quién era yo.

—No necesito amenazas para cumplir con lo que digo —repliqué—. Pero ten algo claro, Elena: esto no va a cambiar mi rutina. Mi vida sigue siendo mi prioridad. Mientras tanto, te sugiero que también pienses en la tuya.

Soltó una risa ligera y sarcástica antes de girarse hacia la puerta.

—Pensaba que mi prioridad estaba justo aquí, delante de ti —dijo, señalándose la barriga—. Hasta luego, Dante.

Mandona, y eso tenía cierto encanto.

Y salió sin esperar mi respuesta, dejando tras de sí un rastro de perfume floral y la sensación inequívoca de que mi vida estaba a punto de complicarse mucho más de lo que podía imaginar.

ELENA ROMANO

—¿Por qué no me llamaste para montar el numerito, tía? —preguntó Giovana, dejando el cappuccino sobre la mesa y cruzándose de brazos, fingiendo indignación—. Sabes perfectamente que vivo para esos momentos. Podría haber llevado una pancarta, gritado cuatro consignas… ¡habría sido épico!

—Improvisé —respondí riendo, mientras removía distraídamente el café—. Fue un momento de desesperación, Gio. Y, sinceramente, creo que solo habrías empeorado la situación.

Ella se llevó una mano al pecho, fingiendo sentirse ofendida.

—¿Empeorarla yo? Jamás. Soy la reina de la persuasión, Lena. Dante Valentini habría caído de rodillas en cinco minutos, llorando y pidiéndote perdón.

Solté una carcajada, atrayendo las miradas de algunas mesas cercanas. Giovana era todo un espectáculo, y era imposible no reírse cuando empezaba con sus numeritos dramáticos.

—Claro, porque él es exactamente el tipo de hombre que se pone de rodillas fácilmente —comenté, poniendo los ojos en blanco.

Ella rió conmigo, pero enseguida se puso seria, apoyando la barbilla en una mano.

—¿Y qué? ¿Crees que de verdad te va a llamar? Porque, sinceramente, esto parece de película barata. —Puso voz exagerada de narradora—: «El frío multimillonario promete llamar, pero ¿cumplirá su palabra?» —Movía las manos en el aire, como dibujando la escena.

Suspiré, mirando primero mi café y después el móvil que estaba sobre la mesa, como si fuera una bomba de relojería.

—Ha dicho que llamará hoy. Pero no lo sé. Una parte de mí quiere creerlo, mientras la otra piensa que solo me lo dijo para quitarme de en medio.

Giovana hizo una mueca, evidentemente poco convencida.

—Bueno, si no llama ya sabes lo que toca, ¿no? Segunda parte del numerito. Y esta vez, tienes que llamarme.

—Descuida, te llamaré —acepté riendo.

Pero mientras ella hablaba, mi mente volvió a él.

Dante Valentini.

Era imposible no recordar su rostro, esos rasgos tan marcados e impecables. Dante poseía esa belleza imponente que no se encuentra todos los días. Su piel bronceada, la mandíbula fuerte, aquellos ojos oscuros e intensos que parecían atravesar a cualquiera que se atreviera a sostenerle la mirada más de dos segundos.

Y ese cabello ligeramente despeinado, como recién salido de un anuncio. Era el tipo de hombre que parecía sacado directamente de una revista de moda o de algún sueño imposible.

—¿Estás suspirando, tía? —Giovana interrumpió mis pensamientos, sonriendo con malicia—. No disimules. Ya sé que estabas pensando en el guaperas.

La miré fingiendo indignación.

—No es verdad.

—¡Claro que sí! Seguro que acabas de describirlo mentalmente, ¿a que sí? —Apoyó el codo en la mesa y me miró, divertida—. Anda, di la verdad. Está más bueno de lo que recordabas, ¿no?

Suspiré, rindiéndome.

—Vale, Gio, sí. Lo está. Creo que el tiempo le ha sentado aún mejor, porque... madre mía. En serio, está incluso más guapo. —Sacudí la cabeza, aún incrédula—. Como si ya no fuera bastante difícil tratar con él, ahora encima tengo que aguantar mirarle a esa cara perfecta mientras intento convencerle de que me crea.

Giovana empezó a reírse.

—Oye, el bebé tiene que heredar esos genes, por favor. ¿Te imaginas? Una mini versión de Valentini, pero con tu personalidad. Sería el caos perfecto.

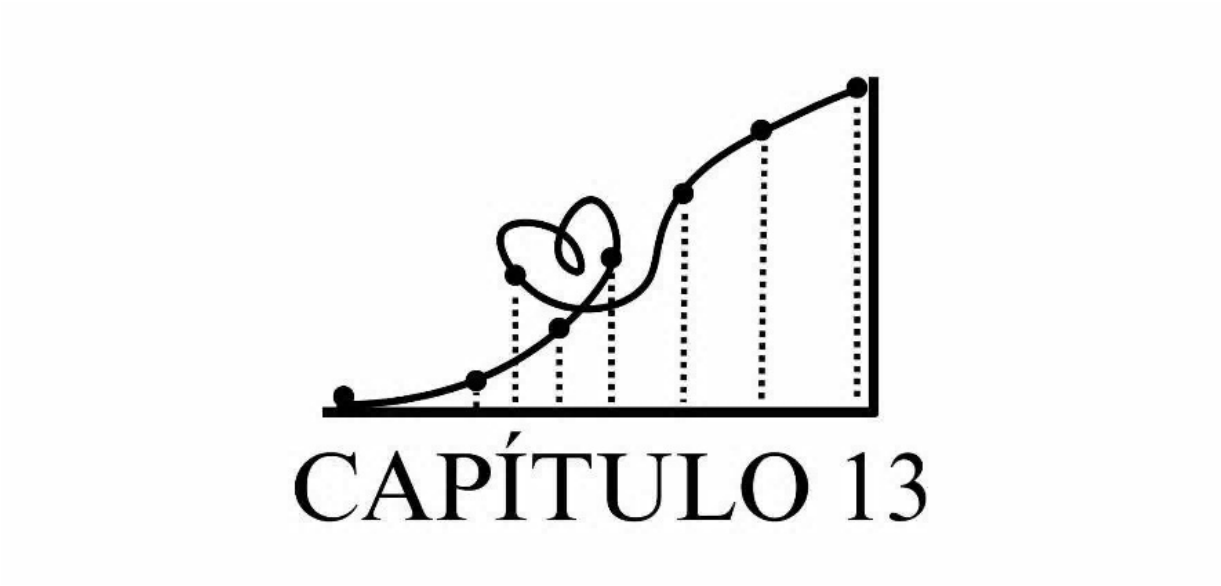
Reí con ella, sacudiendo la cabeza.

—Odio que te tomes todo a broma.

Ella se encogió de hombros, aún riéndose.

—Ese es mi papel en tu vida. Traigo caos y comedia. Ahora deja de pensar tanto y disfruta del café. Y si no llama, ya sabes lo que haremos. Y, sinceramente, si está tan bueno como dices, te ayudo gratis a montar el próximo numerito.

Solté una carcajada, sintiendo cómo el peso del día se aligeraba, al menos por un instante.



«Algunas verdades llegan despacio, como un tren en la distancia, pero cuando se acercan es imposible apartarse de las vías».

DANTE VALENTINI

—Por lo visto, te has metido en un buen lío… —comenzó Marco, con una sonrisa provocadora mientras reclinaba su asiento en el jet privado.

—Ni empieces.

Le lancé una mirada de advertencia, que él ignoró, obviamente decidido a divertirse todo lo posible con la situación.

—En serio. ¿Una mujer con un megáfono anunciando delante de todos tus empleados que está embarazada de ti? Es un nivel de drama que ni yo habría imaginado para tu vida tan perfectamente controlada.

Suspiré, ajustándome el nudo de la corbata y fingiendo que no me afectaba. Marco sabía exactamente dónde meter el dedo en la llaga.

—¿Has terminado ya o quieres seguir recitando titulares sensacionalistas que podrían haber salido en la prensa? —repliqué con sequedad.

Él se rio, ignorando completamente mi tono.

—No todos los días alguien pone contra las cuerdas al intocable Dante Valentini, y menos por algo que ni siquiera su dinero puede resolver en cinco minutos. Así que dime, ¿qué piensas hacer ahora?

Aunque de mala gana, sabía que no podía evitar la pregunta. Marco era mi socio y, por encima de todo, alguien en quien confiaba... hasta cierto punto.

—Lo resolveré. Voy a llamarla hoy, tal como prometí, y aclararé esta situación. Necesito entender qué quiere exactamente, y si es necesario, tomaré medidas legales.

Marco arqueó una ceja, curioso.

—¿Medidas legales? ¿Entonces ya has decidido que miente?

—No he decidido nada aún —respondí, intentando controlar mi irritación—. Pero voy a tratar esto con escepticismo. La gente miente, Marco. Lo he visto más veces de las que puedo recordar.

Él asintió lentamente, manteniendo aún esa sonrisa maliciosa.

—De acuerdo. ¿Pero y si por casualidad está diciendo la verdad? ¿Has pensado en la posibilidad de que haya un mini-Dante por ahí?

La sola idea era desconcertante, aunque intenté mantener una expresión impasible.

—Prefiero no pensar en eso —respondí con firmeza—. Al menos, no ahora.

El resto del vuelo transcurrió en un silencio cómodo, interrumpido únicamente por el ruido constante de los motores y las ocasionales provocaciones de Marco.

Cuando aterrizamos en Río de Janeiro, fui directamente a la reunión con los inversores, intentando concentrarme en el trabajo.

La sala de conferencias era lujosa, con enormes ventanales que ofrecían unas vistas impresionantes del Pan de Azúcar. Marco y yo nos alternábamos durante la presentación, pero mientras él hablaba, me di cuenta de que mi mente estaba lejos.

Elena.

Su rostro decidido y sus palabras desafiantes volvían a mi cabeza como un disco rayado. Incluso siendo tan escéptico como siempre había sido, una pequeña parte de mí se preguntaba: ¿y si estaba diciendo la verdad?

Siempre había evitado la idea de ser padre tan pronto. Tener un hijo significaba renunciar a muchas cosas: libertad, tiempo, concentración. Era una responsabilidad que no encajaba con el plan que había diseñado para mi vida.

—¿Dante? —La voz de Marco me devolvió a la realidad. Me estaba mirando, igual que los inversores—. ¿Algo que añadir?

Respiré hondo, asintiendo y recuperando la compostura. En el mundo de los negocios no se permitían distracciones, y yo era experto en ocultar cualquier señal que pudiera interpretarse como debilidad.

Pero mientras continuaba la reunión, tenía claro que el asunto con Elena no iba a desaparecer de mi cabeza fácilmente.



Ya en la suite del hotel de cinco estrellas en el que me alojaba, me quedé mirando el número de Elena que Lorena me había facilitado.

Pensaba en todo lo que iba a decirle y, más importante aún, cómo mantener la conversación bajo control. Una parte de mí no quería hacer aquella llamada.

Al fin y al cabo, no tenía la menor intención de ser padre tan pronto; complicaría absolutamente todo, desde mi rutina diaria hasta los planes a largo plazo que siempre había mantenido cuidadosamente organizados.

El móvil seguía en mi mano mientras reflexionaba sobre qué decir exactamente. Colgar y olvidarme era tentador, pero sabía que ella no iba a rendirse tan fácilmente.

Así que, tras un momento, finalmente pulsé el botón para llamar. Ella contestó casi al instante, como si hubiera estado esperando mi llamada todo el día.

—Ya era hora —fue lo primero que dijo, con una mezcla de alivio y provocación.

Ignoré su tono y fui directo al grano.

—¿Tanto tiempo llevas detrás de mí? —pregunté, intentando sonar más curioso que molesto.

—Desde que descubrí el embarazo, al primer mes —respondió inmediatamente, con voz firme—. Llamé, mandé mensajes, intenté concertar citas… incluso fui a tus empresas. Y cuando nada funcionó, recurrí a un megáfono, como ya bien sabes.

Hubo un breve silencio mientras enumeraba todos sus intentos, y pese a todo, sentí una ligera admiración. Era raro encontrar a alguien tan perseverante, especialmente cuando se trataba de lidiar conmigo.

Claro está, jamás se lo admitiría en voz alta.

—Entiendo —dije secamente—. Has sido insistente, lo reconozco. Pero por ahora, no puedo hacer nada al respecto.

—¿Cómo que no puedes hacer nada? —replicó, claramente dispuesta a empezar una discusión.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —la interrumpí antes de que pudiera continuar—. El bebé aún no ha nacido. Ahora mismo no hay forma de confirmar nada.

Guardó silencio un instante, pero sabía que eso no significaba que estuviera convencida. Finalmente, preguntó:

—¿Vas a hacer la prueba de ADN?

Mi primera reacción fue esquivar la pregunta, pero opté por ser sincero, al menos parcialmente.

—No lo sé. De momento, no tengo motivos para creerte.

—¿No tienes motivos? —soltó ella, elevando un poco la voz—. ¡Estoy embarazada, y tienes la cara dura de decirme que no sabes si harás una prueba!

—Escucha, Elena —intervine, endureciendo mi voz—. No es nada personal. Esto ya me ha ocurrido antes. Otras mujeres afirmaron estar embarazadas de mí, y cuando hicimos las pruebas, resultó ser mentira. En algunos casos, ni siquiera estaban embarazadas. ¿Te imaginas el tipo de lío que eso supone?

—¿Y por culpa de ellas me estás metiendo en el mismo saco? —Sonaba furiosa y, en cierto modo, tenía razón.

—No estoy diciendo eso. Pero tienes que entender que mi vida no es sencilla. Necesito estar completamente seguro antes de tomar cualquier decisión.

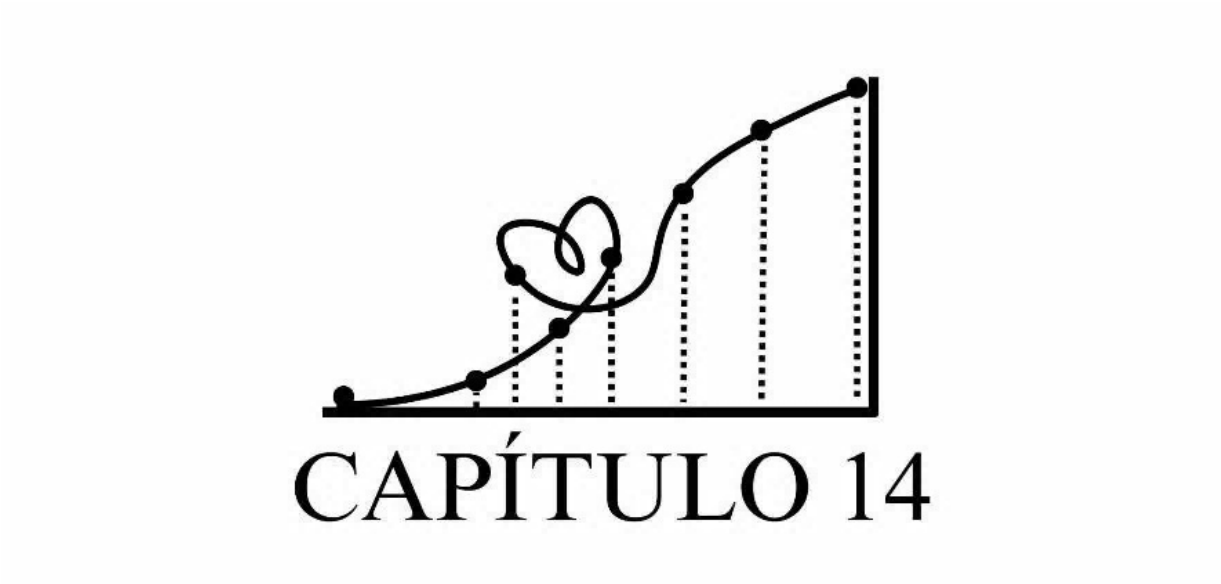
Ella bufó al otro lado de la línea, y pude imaginar perfectamente su expresión indignada.

—¿Y cuando el bebé nazca, qué vas a hacer? —preguntó con ese tono desafiante suyo.

—Cuando el bebé nazca, decidiré qué hacer —respondí de forma tajante—. Pero entiende esto: no se trata de ti ni de lo que hayas hecho. Se trata de proteger mi vida y a las personas que me rodean.

En realidad, ya había decidido que haría la prueba de ADN, pero debía ser prudente.

No se trataba únicamente de averiguar la verdad, sino de proteger todo lo que había construido hasta entonces. En el fondo, sabía perfectamente que aquella historia estaba lejos de acabar.



«Algunos cambios llegan en silencio, pero tienen el poder de transformar todo aquello que creíamos inmutable».

ELENA ROMANO

Tenía programada la cesárea para la semana siguiente.

Mientras observaba la pequeña habitación de mi infancia que mi madre había convertido en un espacio acogedor para recibir visitas, no pude evitar reflexionar sobre los últimos dos meses.

Habían pasado tantas cosas, pero, al mismo tiempo, parecía que nada había cambiado realmente.

Me senté en la cama, sintiendo el peso de la barriga y el cansancio acumulado.

Mi madre, siempre tan atenta, notó mi silencio y se acercó, sentándose a mi lado con aquella sonrisa tranquila que solo ella sabía regalar.

—¿En qué estás pensando, cariño? —preguntó, colocando su mano sobre la mía.

—En todo, mamá. En estos últimos dos meses, en Dante, en el bebé… —Suspiré profundamente, echando la cabeza hacia atrás—. Me dio su número personal, ¿sabes? Dijo que así sería más fácil mantenerlo informado sobre el bebé. Y bueno, lo he intentado. Siempre le escribo sobre cada novedad, cada ecografía, cada patada que da… pero no siempre me responde.

Mi voz se quebró hacia el final, y busqué en los ojos de mi madre alguna sabiduría oculta que me ayudase a comprender qué hacer.

—¿Y tú qué piensas de todo eso, hija? —preguntó con calma, como siempre hacía.

Mi madre tenía esa habilidad especial para formular preguntas simples que me obligaban a reflexionar.

—No lo sé —admití, cruzando los brazos—. A veces parece que realmente le importa. Otras veces parece que solo me está tolerando. Eso me descoloca completamente. No sé cómo tratar con él, mamá. Es tan… complicado.

Mi madre rió suavemente, y el sonido cálido logró calmarme durante un instante.

—Elena, hombres complicados ha habido desde que el mundo es mundo. Pero una cosa es segura: no necesitas que él sea perfecto ni que cambie de la noche a la mañana. Solo necesitas tener claro qué quieres tú y cómo vas a actuar, independientemente de él.

—Entonces, ¿qué debería hacer? —pregunté, mirándola con una mezcla de frustración y esperanza.

Ella apretó suavemente mi mano, sus ojos marrones brillando con una fuerza que siempre había admirado.

—Haz lo que sea mejor para ti y para el bebé. Si él quiere participar, estupendo. Si no, tienes todo lo que necesitas aquí —tocó mi pecho— y aquí —puso la mano sobre mi barriga—. Tú sola ya eres suficiente, cariño.

Sus consejos siempre conseguían hacerme sentir que todo era posible, incluso en los momentos más difíciles.

Suspiré, relajándome un poco.

—Hija, ¿por qué decidiste no saber el sexo del bebé? —preguntó entonces, cambiando de tema.

Me lanzó una mirada curiosa, y yo sonreí antes de responder:

—Porque quiero que sea una sorpresa, ¿sabes? En un mundo en el que todo tiene que estar tan planeado, tan controlado, quiero que al menos esto sea un misterio. Quiero conocerle en el momento exacto, sin anticipaciones. Quiero vivir ese instante como algo único.

Mi madre sonrió, con los ojos brillantes por la emoción, y me estrechó en un fuerte abrazo.

—Eres increíble, hija mía —afirmó, con la voz apagada contra mi hombro—. Y yo estaré aquí contigo, para lo que necesites. Siempre.

Me quedé así, abrazada a ella, sintiendo ese amor incondicional que solo una madre es capaz de ofrecer.

Aunque el mundo pareciera caótico, en aquel instante supe que, con ella a mi lado, podría enfrentarme a cualquier cosa.

DANTE VALENTINI

—¿Nervioso? —preguntó Marco, apoyándose casualmente contra la mesa de reuniones, con ese tono suyo tan típicamente provocador.

—¿Nervioso por qué exactamente? —repliqué sin levantar la vista del contrato que estaba revisando.

Mantener la voz indiferente era fundamental, aunque sabía perfectamente hacia dónde iba la conversación.

—Por el nacimiento del bebé de Elena, evidentemente. —Soltó una risa baja, como si el asunto fuese una comedia de primera categoría.

Le dirigí una mirada fría, de esas que cualquiera entendería como una advertencia para detenerse.

—No tengo nada que decir sobre eso —respondí tajante, volviendo mi atención al contrato.

Pero Marco no se dio por vencido. Él nunca lo hacía.

—Sé que últimamente has estado investigando a fondo sobre el hospital en el que va a dar a luz, sobre los médicos, incluso sobre los protocolos de seguridad —comentó con una sonrisa ladeada, claramente satisfecho con mi reacción inmediata—. Es curioso, viniendo de alguien que «no tiene nada que decir».

Cerré la carpeta con más fuerza de la necesaria y levanté la vista para encararlo.

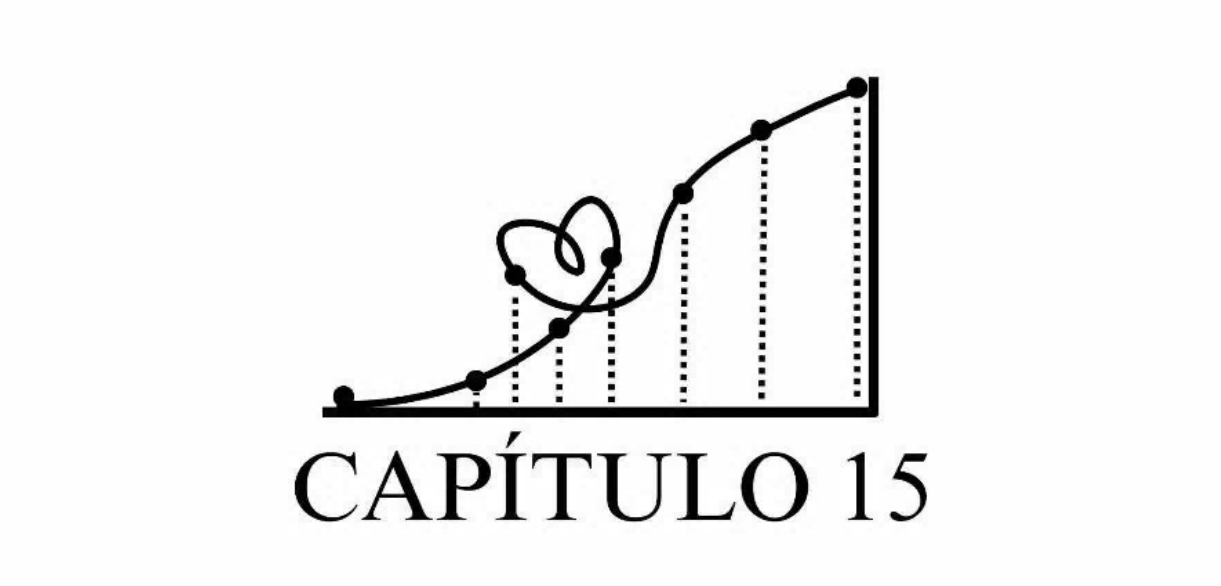
—Estás demasiado informado, Marco. Aquí nos centramos en el trabajo, y solo en el trabajo.

Él volvió a reírse, irguiéndose pero manteniendo ese brillo en los ojos que solo aparecía cuando sabía que me había acorralado.

—Claro, claro. El trabajo. Como siempre. Pero Dante, si quieres mi consejo —dijo, haciendo una pausa exagerada—, quizás deberías empezar a practicar cómo cambiar pañales entre una reunión y otra. Quién sabe, puede que tengas un talento oculto.

Puse los ojos en blanco, recuperando mi postura habitual, aunque noté cómo mis labios casi se curvaban en una sonrisa. Marco tenía esa capacidad irritante de acertar justo donde dolía y, en el fondo, quizá necesitaba escuchar precisamente eso.

Pero, por supuesto, él no tenía por qué saberlo.



«El amor que nace con el primer llanto de un hijo es capaz de acallar todos los miedos del mundo».

DANTE VALENTINI

—Parece que no te afectan demasiado las noticias que circulan sobre ti en la prensa, hijo —dijo mi padre con aquella voz profunda que siempre pesaba más que cualquier titular.

—Ya estoy acostumbrado —comenté, encogiéndome de hombros mientras me servía un café en su cocina.

—¿Incluso cuando dicen que tienes un hijo secreto? —continuó, sin apartar los ojos de mí.

Respiré profundamente, ajustando la taza en mi mano antes de girarme hacia él.

Mi padre tenía una mirada capaz de atravesar cualquier máscara que intentara ponerme.

—Sí. Ya he oído tantas historias absurdas que esta es solo una más.

Se quedó en silencio por un momento, observándome con esa expresión que dejaba claro que no estaba convencido. Finalmente, negó lentamente con la cabeza y suspiró con pesadez.

—Quizás para ti sea solo otra historia más, pero para mí es distinto. Un nieto es algo que debería celebrarse, no quedar escondido entre escándalos o dudas.

—Si resulta ser verdad, se celebrará —respondí cruzando los brazos—. Pero no pienso precipitarme en conclusiones, ni mucho menos dejarme llevar por algo que aún no sé si es real.

—No sé si admirar tu lógica o preocuparme por tu falta de corazón, Dante —comentó él, mostrando una leve sonrisa—. Pero voy a decirte una cosa, hijo. Toda esa tontería que os habéis inventado los ricos de casaros solo con gente de vuestro mismo nivel… no es más que una estupidez. Al final, lo único que importa realmente es formar una familia. Eso sí es riqueza.

Esas palabras me hicieron dudar.

Mi padre rara vez hablaba de familia con tanto fervor.

Normalmente, su prioridad era el legado, la empresa, los negocios. Notó mi reacción y continuó, ahora con un tono más tranquilo:

—Tu madre siempre soñó con eso, ¿sabes? Quería algo más que dinero o estatus. Ella deseaba una casa llena de risas, de niños correteando. Siempre decía que el verdadero éxito era tener algo por lo que vivir, más allá de cifras y contratos.

Mencionar a mi madre siempre tenía el poder de removerme por dentro. Ella había sido el equilibrio perfecto entre fuerza y ternura.

Perderla fue como perder el eje que mantenía todo en su sitio, tanto para mí como para él.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras.

Por fuera mantenía la misma expresión seria de siempre, pero por dentro algo empezaba a agitarse.

Algo que aún no estaba preparado para afrontar del todo.

—Tengo que irme, papá —dije finalmente—. Tengo una reunión.

Él asintió, como si ya esperase mi salida.

—Claro, Dante. Siempre tienes una reunión. Pero recuerda lo que te he dicho: no siempre lo que importa son los números.

Me despedí de él con un gesto breve, sin añadir nada más, y salí de su casa con pasos firmes, pero con la mente inquieta.

Sus palabras, especialmente las que habló sobre mi madre, resonaban en mí como un recordatorio incómodo de algo que llevaba demasiado tiempo tratando de ignorar.

ELENA ROMANO

Tenía miedo, pero aun así intenté mantener la calma mientras observaba el techo blanco del hospital.

El sonido constante de las máquinas y el movimiento acelerado del personal médico a mi alrededor aumentaban aún más mi ansiedad. El corazón me latía rápido, y respiraba profundamente, intentando controlar los nervios.

La enfermera que estaba junto a mí sonrió con dulzura.

—Todo saldrá bien, Elena. Estamos aquí para cuidaros a los dos.

Asentí, apretando las manos contra la sábana.

Estaba a punto de conocer a mi hijo, y esa idea me llenaba con una mezcla de emoción y nerviosismo. Ya me habían administrado la anestesia, y aunque no sentía dolor, la sensación de no controlar completamente mi cuerpo era bastante desconcertante.

—¿Lista, Elena? —preguntó el obstetra, lanzándome una mirada tranquilizadora por encima de la mascarilla.

—Más lista que nunca —respondí, intentando sonar confiada, aunque la voz me salió un poco temblorosa.

El procedimiento empezó, y aunque no podía ver más que la expresión concentrada del equipo, sentí que cada segundo transcurría con una lentitud desesperante.

Hasta que lo escuché.

Un llanto fuerte, claro y lleno de vida llenó la sala. El corazón se me detuvo un instante, y luego pareció explotar de emoción.

—¡Es un niño! —anunció el médico con una sonrisa.

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando lo acercaron hacia mí.

Era tan pequeño, tan perfecto. Tenía la carita rosada, los ojos aún cerrados y un puñito minúsculo que parecía luchar contra la mantita que lo envolvía. Cuando lo colocaron en mis brazos, la realidad finalmente me golpeó con fuerza.

—Heitor —susurré con la voz entrecortada—. Se llamará Heitor.

Dejó de llorar en cuanto entró en contacto conmigo, como si ya supiera que estaba a salvo. Nunca antes había sentido algo tan puro, tan arrollador como en aquel momento.

Horas después, ya en la habitación, llegaron mis padres y Giovana. Mi madre fue la primera en acercarse, con los ojos brillantes por la emoción mientras miraba a su nieto.

—Es precioso, Elena —dijo con la voz temblorosa—. ¡Mira esas mejillas! Parece un angelito.

Mi padre, que raramente expresaba sus emociones de forma tan abierta, se inclinó para observar al bebé y mostró una sonrisa breve, pero sincera.

—Fuerte como su nombre —comentó mientras acariciaba con delicadeza la pequeña mano de Heitor.

Giovana, por supuesto, aprovechó la oportunidad para emocionarse y bromear al mismo tiempo.

—Has hecho un trabajo fantástico, amiga. ¡Es perfecto! Pero, en serio, ¿cómo te ha salido tan guapo? Eso debe venir del padre. —Guiñó un ojo, haciéndome reír, aunque intenté contener las ganas de poner los ojos en blanco.

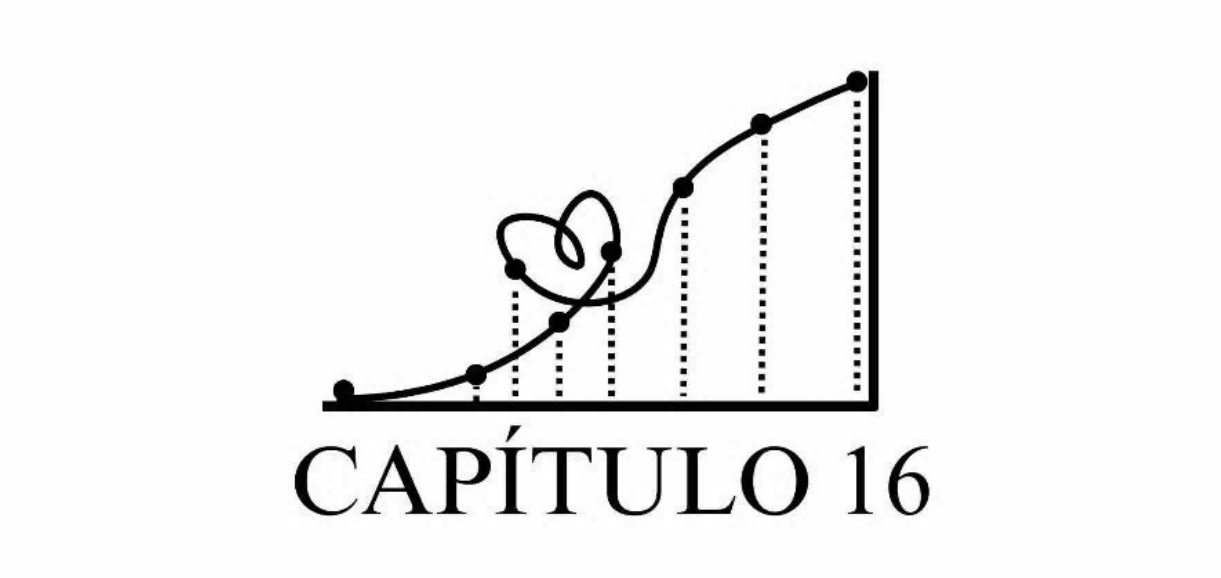
Observé a Heitor, que dormía tranquilamente en mis brazos, con las mejillas sonrosadas y sus pequeños labios formando un adorable pucherito. Mi hijo era perfecto.

Cada detalle suyo hacía que olvidara cualquier incertidumbre, cualquier miedo.

A pesar de toda la felicidad de ese momento, una parte de mí seguía preguntándose si Dante algún día formaría parte de la vida de nuestro hijo.

No lo sabía.

Y justo entonces, decidí que no permitiría que aquella duda empañara lo que sentía. Heitor era mi mundo ahora, y con Dante o sin él, sabía que lo daría todo por mi hijo.



«Algunas palabras, dichas con firmeza, tienen el poder de sacudir incluso los cimientos más sólidos de quien se cree inquebrantable».

DANTE VALENTINI

Aunque llevaba más de catorce horas dentro de la empresa, la pila de informes sobre mi mesa parecía no disminuir nunca. Cada gráfico, cada tabla, cada línea de texto tenía un peso que solo yo parecía ser capaz de cargar.

Al fin y al cabo, eso era lo que hacía: cargar con todo a mis espaldas, sin margen para errores.

Estaba concentrado en un informe trimestral cuando la puerta de mi despacho se abrió. Marco entró, trayendo en las manos lo que le había pedido antes.

—Aquí tienes los resultados que querías —dijo, colocando los papeles sobre mi mesa—. Algunas áreas están funcionando mejor de lo previsto, otras, como siempre, necesitan ajustes. El análisis detallado lo tienes en la última página.

Asentí sin apartar la mirada de lo que ya estaba leyendo, aunque noté claramente que no había venido solo para entregarme documentos.

—¿Y bien? ¿Adónde fuiste en tu hora de comer? —preguntó con tono casual, cruzando los brazos y mirándome con aquella sonrisa que ya delataba segundas intenciones—. No me invitaste, así que imagino que no fue precisamente una reunión de trabajo convencional.

Continué leyendo como si sus palabras no hubieran hecho mella en mí.

—Fui a resolver otros asuntos —respondí con indiferencia.

Él soltó una risa baja, suficiente para que yo supiera que no se tragaba mi respuesta.

—Ah, claro, «otros asuntos» —hizo el gesto de comillas con los dedos, provocando—. Dime, esos «asuntos» ¿tenían algo que ver con un hospital, quizás?

Dejé de leer, levantando la vista hacia él, aunque sin decir nada.

Durante unos segundos, el silencio fue la única respuesta que obtuvo. Marco era lo bastante listo como para saber que aquello no significaba ni una confirmación ni una negación.

Se encogió de hombros, como alguien que sabe más de lo debido.

—No hace falta que respondas, Dante. Ya me lo imaginaba. Solo espero que hayas tomado la decisión correcta. Porque, conociéndote, sé que esto te está afectando más de lo que admites.

—¿Has terminado ya? —pregunté, volviendo mi atención hacia los informes.

—Por ahora sí. —Marco volvió a reír, alejándose—. Pero sabes dónde encontrarme si necesitas un consejo… o si prefieres ignorarlo.

Salió del despacho, y el silencio volvió a dominar la sala. A pesar de su tono provocador, sus palabras se quedaron conmigo.

Me recosté en la silla, mirando al techo por un instante. Marco quizá no supiera la verdad, pero sus preguntas habían abierto una puerta que llevaba tiempo evitando.

No se trataba solo de Elena. Era el bebé.

El bebé que, si realmente era mío, cambiaría absolutamente todo.

Por más que intentara alejar esos pensamientos, se negaban a desaparecer. El rostro de Elena —decidido, testarudo, desafiante— se entremezclaba con la idea de aquel pequeño ser.

Sin darme cuenta, empecé a tamborilear con los dedos sobre la mesa. No era de los que admitían sus debilidades fácilmente, pero en aquel momento algo era evidente: había algo que no podía simplemente ignorar.

Intenté volver mi atención a los informes, pero la concentración no llegaba. El trabajo siempre había sido mi vía de escape, pero por primera vez en mucho tiempo, aquella estrategia parecía estar fallando.



Cuando llegué a casa alrededor de las nueve de la noche, me sentía inquieto. La casa estaba silenciosa, como siempre, pero, por primera vez en días, ese silencio parecía más una provocación que una calma.

Intenté distraerme con más trabajo, como si no hubiese hecho ya suficiente durante el día.

Abrí algunos informes en la *tablet*, revisé varias hojas de cálculo que ya estaban aprobadas, pero no conseguía concentrarme. Cada línea que leía parecía evaporarse de mi mente antes incluso de cobrar sentido.

Después de unos minutos, desistí y cogí el móvil, mirando la pantalla con más intensidad de la necesaria. Allí estaba su número, guardado sin nombre, solo un rastro de las conversaciones breves que habíamos mantenido en los últimos meses.

Sabía que ella esperaba algo de mí —una decisión, una actitud —, y quizás por eso cada cifra en la pantalla parecía pesar más que cualquier cifra en los contratos millonarios que revisaba a diario.

Pasé los dedos sobre su número, considerando la posibilidad de llamar.

Tras varios minutos en aquel dilema, respiré profundamente y dejé el teléfono a un lado.

La idea de llamar parecía… incorrecta, o tal vez fuese solo mi propia resistencia. Decidí darme una ducha, intentando aliviar el peso de la indecisión que parecía adherida a mis hombros.

El agua caliente caía sobre mi cuerpo, pero ni siquiera aquello conseguía despejar mi mente. Los pensamientos sobre Elena, sobre el bebé, sobre todo lo que llevaba tiempo evitando afrontar, seguían allí, dando vueltas como una tormenta interminable.

Era frustrante.

No estaba acostumbrado a ese tipo de distracción.

Cuando finalmente salí del baño, secándome el pelo con una toalla, la casa seguía tan silenciosa como antes. Cogí el móvil de nuevo, sin pensarlo demasiado, preparado para guardarlo, pero me detuve al ver que la pantalla se iluminaba. Apareció el número que menos esperaba.

Era ella quien llamaba.

Respondí antes de que dejara de sonar, y mi voz salió más tranquila de lo que realmente me sentía.

—Buenas noches, Elena.

—Buenas noches, Dante —respondió ella con tono firme, aunque con una suavidad que me pilló desprevenido. Durante un breve instante, solo el sonido de nuestras respiraciones llenó la línea. Finalmente continuó—: Te llamaba porque pensé que querrías saberlo. El bebé ha nacido hoy. Es un niño.

Sentí cómo se me cerraba el pecho por un instante, aunque mi voz se mantuvo controlada.

—¿Cómo está él? —pregunté, más porque parecía lo correcto que por verdadera curiosidad. O al menos, eso quería creer.

—Está bien. Fuerte y sano —contestó, y pude notar la leve sonrisa en su voz—. Ha nacido con 51 centímetros y 3 kilos 200 gramos. Es un niño. Lo he llamado Heitor.

Heitor.

El nombre resonó en mi mente durante unos segundos. Era fuerte, marcado, como ella misma. No supe qué decir, así que simplemente escuché mientras continuaba hablando.

—Tiene los ojos bien abiertos, como si ya tuviera curiosidad por el mundo —prosiguió, claramente orgullosa—. Es tranquilo… al menos por ahora. Veremos cómo evoluciona eso. —Soltó una risa breve, casi nerviosa, pero enseguida volvió a adoptar un tono más serio—. Creí que debías saberlo. Al fin y al cabo, tienes derecho a ello.

Me quedé callado, asimilando las palabras. No sabía exactamente qué esperaba sentir, pero algo en mí se removió de una forma que no podía explicar.

Antes de que pudiera responder, ella volvió a hablar, con una firmeza que captó mi atención:

—Quiero que sepas una cosa: si no quieres hacer la prueba, no pasa nada. Solo te busqué porque consideré que tenías derecho a saber que eras el padre, pero, si no quieres involucrarte, él y yo estaremos bien. No necesitamos a nadie en nuestras vidas.

Sus palabras flotaron en el aire, cargadas de convicción.

Podía sentir su determinación al otro lado de la línea y, al mismo tiempo, había algo dolorosamente honesto en lo que decía.

Me mantuve en silencio durante unos segundos. No por falta de cosas que decir, sino porque necesitaba procesar el significado de

aquellas palabras.

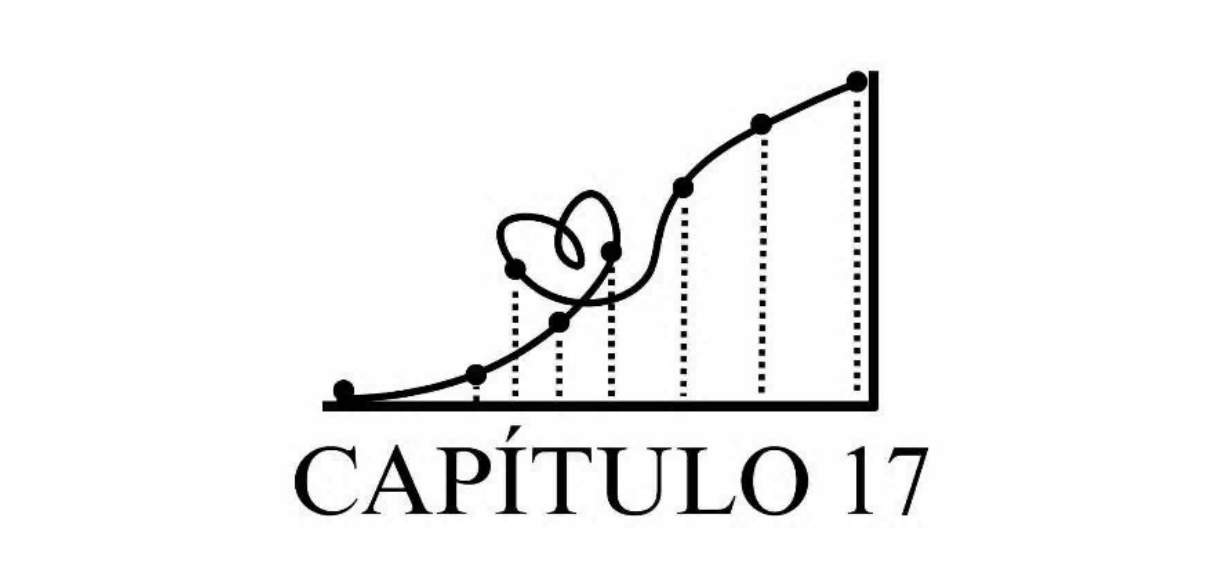
Ella no esperó mi respuesta.

—Eso es todo. Buenas noches, Dante —se despidió, antes de colgar.

Me quedé mirando la pantalla del móvil, rodeado otra vez por el sonido del silencio.

Sus palabras resonaban en mi cabeza, especialmente esa última parte: «Él y yo estaremos bien. No necesitamos a nadie en nuestras vidas».

Por primera vez en mucho tiempo, alguien parecía genuinamente dispuesto a dejarme atrás. Y, por alguna razón, aquello me afectó más de lo que estaba dispuesto a admitir.



«A veces, el pasado llama a la puerta cuando menos lo esperamos, pero es la fuerza del presente la que decide quién se queda».

ELENA ROMANO

Heitor había cumplido hoy una semana de vida.

El sol de la mañana iluminaba las tranquilas calles de mi barrio, y el aire fresco parecía demasiado tentador como para quedarme encerrada en casa.

Así que decidí que un breve paseo por la manzana sería buena idea, tanto para mí como para mi pequeño.

Mientras empujaba lentamente el carrito por la acera, mi mente divagaba.

Miré a Heitor, que dormía plácidamente, con su carita perfecta oculta bajo una mantita azul.

Él era lo único que importaba ahora. Cada llanto, cada pequeño movimiento hacía que mi corazón se llenara aún más de amor. Pero, a pesar de toda la felicidad que traía, había una nube que seguía flotando sobre mí.

Dante Valentini.

Todavía no sabía qué esperar de él. Parecía distante, pero sus palabras en nuestra última conversación aún resonaban en mi cabeza. A fin de cuentas, tenía derecho a decidir qué quería hacer.

Pero aquella incertidumbre pesaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

De repente, un escalofrío me recorrió la columna.

Levanté la mirada y lo vi. Mi exmarido: André Rocha.

Estaba al otro lado de la calle, pero no tardó en darse cuenta de mi presencia.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, sentí que mi cuerpo se congelaba. André siempre había tenido una presencia que parecía dominar cualquier espacio, pero para mí era asfixiante, cargada de malos recuerdos.

Él era abogado, igual que yo, pero utilizaba su profesión para manipular, controlar e intimidar. Durante nuestro matrimonio fue celoso y posesivo, convirtiendo mi vida en un auténtico infierno.

Antes de que pudiera reaccionar, cruzó la calle hacia mí, con pasos firmes y la mirada fija. Mi instinto inmediato fue sujetar con más fuerza el carrito, como si eso pudiera proteger a Heitor.

—¿Qué significa esto? —exclamó en voz baja, señalando hacia el carrito. Su tono era contenido, pero tenía esa intensidad que me hacía

querer huir.

—André, no te acerques —le advertí, intentando mantener firme la voz—. Sabes perfectamente que tienes una orden de alejamiento de 300 metros.

Él rio, con una risa seca y cínica.

—Ay, Elena, ¿en serio crees que eso me va a detener? —Dio un paso más hacia mí, haciendo que mi corazón latiera desbocado—. Entonces es verdad. Has tenido un hijo. ¿Y quién es el padre?

—No es asunto tuyo —respondí, intentando sonar más valiente de lo que realmente me sentía—. Vete, André. No puedes estar aquí.

—¿Crees que puedes ignorarme así como así, fingir que no existo? —Se inclinó ligeramente hacia mí, su rostro oscureciéndose aún más—. Solo quiero hablar contigo, Elena.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme —repliqué, mirando alrededor y calculando mentalmente la distancia hasta la casa más cercana—. Si no te vas ahora mismo, empezaré a gritar. Y no olvides que tengo la orden de alejamiento. Está todo documentado.

André se detuvo por un instante, tensando la mandíbula, y percibí lo mucho que estaba luchando para controlar su ira.

Siempre había odiado que lo contradijeran, y yo sabía perfectamente cuánto le irritaba eso. Sin embargo, para mi sorpresa, me dio la espalda. Antes de alejarse del todo, se giró una última vez hacia mí.

—Volveremos a encontrarnos, Elena. Y cuando eso suceda, te demostraré que solo quiero lo mejor para ti. Terminarás creyéndome.

Con aquellas palabras se marchó, aunque el peso de lo que había dicho permaneció conmigo.

El corazón me latía acelerado, y mis manos seguían temblando mientras sujetaba el carrito.

Miré a Heitor, que aún dormía plácidamente, ajeno a todo lo que acababa de suceder.

Respiré profundamente, intentando recuperar el control. Pero la verdad era que el miedo seguía ahí, creciendo lentamente en el fondo de mi mente.



Volví a casa casi corriendo, intentando quitarme de encima aquella sensación de angustia que parecía pegada a mi piel. Las manos aún me temblaban y el corazón latía con fuerza, pero ahora, más que nunca, necesitaba poner a Heitor a salvo.

Al girar la esquina, vi a Giovana acercándose. Llevaba algo en las manos —probablemente un paquete de comida, con ese aroma típico del *delivery* que siempre pedía cuando venía a verme.

En cuanto me vio, la sonrisa en su rostro se desvaneció, sustituida al instante por una expresión de preocupación.

—¿Qué pasa, Elena? —preguntó, acelerando el paso hacia mí.

No fui capaz de responder. Apenas se acercó, sentí cómo las lágrimas empezaban a deslizarse por mis mejillas. Solté con cuidado el carrito y me lancé a sus brazos, llorando sin control.

—¡¿Qué ha ocurrido?! —insistió ella, sujetándome por los hombros y mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Estás bien? ¿Heitor está bien?

—Yo… lo vi… —conseguí decir entre sollozos, con la voz rota—. He visto a André. Estaba ahí, en la calle. Vino hacia mí.

Giovana entrecerró los ojos y, sin decir nada más, agarró el carrito y me llevó rápidamente hasta la puerta de mi casa.

Una vez dentro, me ayudó a sentarme en el sofá, colocando el carrito con Heitor dormido a nuestro lado, ajeno a todo el caos.

Giovana se sentó junto a mí y tomó mis manos entre las suyas.

—Cuéntamelo todo. Desde el principio.

Respiré profundamente, intentando ordenar mis pensamientos mientras me secaba las lágrimas.

—Apareció de repente. Estaba al otro lado de la calle y me vio. Vino directo hacia mí, Giovana, y empezó a interrogarme sobre Heitor. Parecía tan… —me detuve, sintiendo un escalofrío al recordar— parecía tan fuera de sí. Dijo cosas horribles. Que volveremos a encontrarnos, que va a hacerme creer que solo quiere lo mejor para mí.

Giovana cerró los ojos un momento, como si estuviera intentando controlar su propia rabia.

—Maldito desgraciado. ¡No puede hacer esto! Tienes una orden de alejamiento contra él, Elena. Él lo sabe perfectamente. —Se puso de pie y comenzó a caminar nerviosa por el salón—. Abogado o no, no está por encima de la ley.

—Pero siempre ha sido muy hábil encontrando resquicios, Giovana. Siempre ha sabido manipular las situaciones a su favor. Sé perfectamente de lo que es capaz, y eso me aterra.

Se detuvo frente a mí, cruzando los brazos con la expresión más decidida que había visto jamás en ella.

—Escúchame bien. No va a hacerte nada, ni ahora ni nunca. Yo me voy a encargar de esto. Si cree que puede intimidarte porque conoce las leyes, entonces no me conoce a mí.

Solté una risa, corta y nerviosa. Giovana siempre tenía esa forma especial de hacerme sentir que no estaba sola, incluso cuando parecía que el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

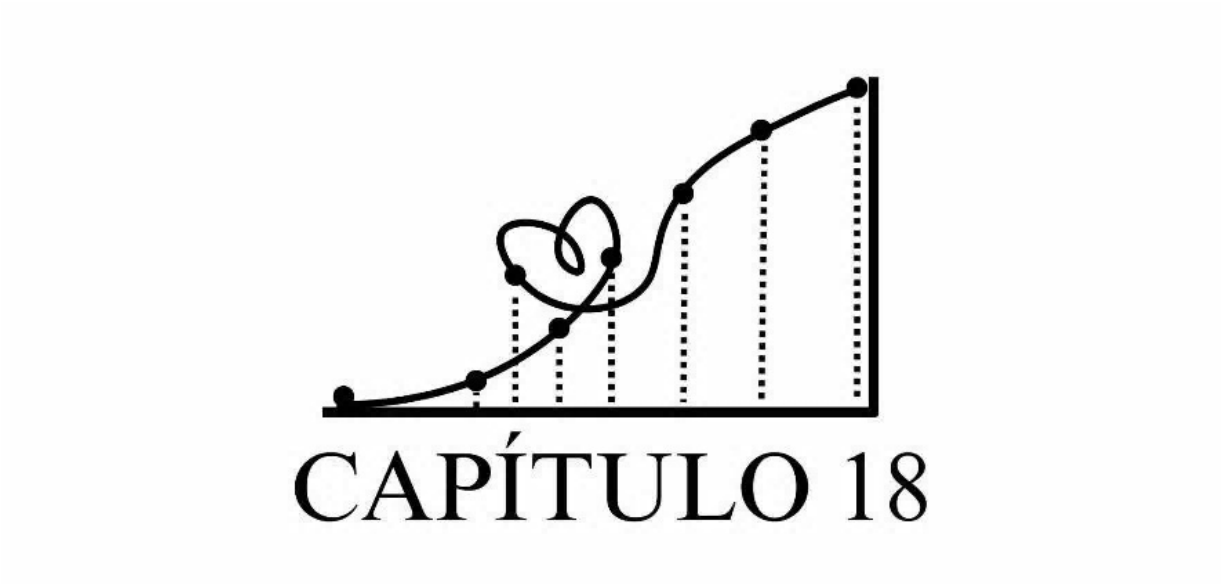
—Gracias, Gio —susurré, apretándole la mano.

Ella me devolvió el apretón y sonrió, aunque sus ojos aún reflejaban preocupación.

—Ahora respira. Por mucho que él se crea invencible, tú eres más fuerte que él. Y tienes a gente contigo, ¿vale?

Asentí, sintiendo cómo el peso que tenía en el pecho se aliviaba ligeramente.

Miré a Heitor, que aún dormía tranquilo en su carrito, y me prometí a mí misma que haría cualquier cosa por protegerlo, sin importar lo que viniera después.



«La vida nos pone frente a frente con nuestras mayores incertidumbres para recordarnos que somos más fuertes de lo que pensamos».

DANTE VALENTINI

—¿De verdad vas a vigilar a Elena sin que ella lo sepa? —preguntó Marco, reclinándose casualmente en la silla frente a mí.

Dejé de revisar los documentos que tenía en las manos y levanté lentamente la vista hacia él. Mantuve una expresión impasible, aunque la respuesta ya la tenía preparada.

—Prefiero cuando hablas conmigo sobre negocios, Marco —respondí con sequedad.

Él arqueó una ceja, desafiándome a continuar. Respiré profundamente, sabiendo que no se rendiría hasta arrancarme alguna

confesión.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí, la estoy vigilando —dije con un tono trivial, casi desinteresado—. He descubierto ciertas cosas que me han dejado… alerta.

—¿Como qué? —Se inclinó hacia adelante, claramente interesado.

—Ha estado casada antes —respondí, cruzándome de brazos—. Tiene una orden de alejamiento contra su exmarido. Y, por lo que me ha contado mi investigador, ese hombre parece ser del tipo que disfruta causando problemas.

Marco dejó escapar un silbido suave, negando lentamente con la cabeza.

—Eso complica las cosas. ¿Estás preocupado?

—No suelo preocuparme, Marco. Pero esto… —Hice una pausa, reorganizando los documentos sobre la mesa—. Esto requiere atención. Voy a mantenerme alerta. No quiero sorpresas.

Me observó durante un instante, la sonrisa habitual sustituida por una expresión más seria.

—Sabes que esto va más allá de tu típico afán obsesivo de controlarlo todo, ¿verdad? —preguntó, aunque no esperé para responder.

—No es cuestión de control, sino de seguridad. —Me encogí de hombros, dejando claro que la conversación había terminado—. Ahora, si has acabado con tus especulaciones, tengo trabajo pendiente.

Marco rio ligeramente, poniéndose de pie.

—Como quieras, Dante. Pero recuerda que la línea entre seguridad y obsesión es muy delgada. —Dicho esto, salió del despacho, dejándome otra vez en silencio.

Volví al trabajo, intentando concentrarme en los informes atrasados. Sin embargo, antes de poder sumergirme nuevamente en las hojas de cálculo, mi móvil vibró sobre la mesa.

El nombre de mi investigador privado apareció en la pantalla. Contesté inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin rodeos.

—Señor Valentini, pensé que debía avisarle. El exmarido de Elena la abordó hoy en la calle.

Me detuve en seco, apretando el teléfono con más fuerza.

—¿Cómo? —exclamé con voz baja y llena de ira.

—La siguió mientras ella iba con el bebé. No hubo agresión física, pero sí una discusión fuerte. Por lo que pude observar, él parecía bastante agresivo. Al final se marchó, pero dejó claro que esto no ha terminado.

La rabia que sentí fue inmediata y arrolladora.

Apreté los dientes, notando cómo la sangre empezaba a hervirme. Sentí un nudo en el pecho. La imagen de Elena —y del bebé — enfrentándose a un hombre así era suficiente para hacer perder la cabeza a cualquiera.

—Continúa vigilándola —ordené con voz fría—. No la pierdas de vista. Y quiero más información sobre él. Todo lo que puedas conseguir antes de esta noche, y hazlo ahora mismo.

Colgué antes de que pudiera responder y dejé el móvil sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Tenía la mente hecha un caos, pero una cosa era segura: no permitiría que ese hombre volviera a acercarse a ella ni a Heitor.

Esto no se trataba únicamente de ella. También se trataba de mí.

ELENA ROMANO

Me sentí más tranquila cuando cayó la noche.

Aunque el recuerdo del encuentro con André todavía estaba fresco en mi mente, observar a Heitor en la cuna me transmitía una calma que me envolvía, haciéndome creer que todo estaría bien.

Dormía plácidamente, con su carita serena y angelical, las pequeñas manos cerradas en puños, como si ya estuviera preparado para enfrentarse al mundo.

Me senté en el sillón junto a la cuna y ajusté suavemente la mantita para cubrirlo mejor. Pero, aunque aquel momento estuviese lleno de tranquilidad, el miedo seguía rondando mis pensamientos.

La imagen de André, su mirada posesiva, sus palabras amenazantes…

Todo eso me inquietaba profundamente. Él siempre había sabido cómo desestabilizarme, pero ahora ya no se trataba solo de mí.

Se trataba de Heitor.

Y yo no podía permitir que nada le sucediera.

El sonido del móvil me arrancó de golpe de mis pensamientos. Lo cogí distraídamente, pero al ver el nombre en la pantalla, sentí cómo se me aceleraba el corazón.

Dante.

Respiré hondo antes de responder, intentando ocultar cualquier rastro de nerviosismo en mi voz.

—Buenas noches, Dante —contesté, sonando más tranquila de lo que esperaba.

—Buenas noches, Elena. ¿Cómo estás? —Fue directo, sin rodeos, como siempre.

Por un instante pensé en contarle lo de André, pero algo me detuvo. Tal vez fuera orgullo o simplemente el temor de parecer vulnerable.

—Estoy bien. ¿Y tú? —respondí, desviando el tema.

—Ocupado, como siempre —dijo sin demasiado interés en hablar sobre él mismo. Tras una breve pausa, continuó con voz firme, sin dejar lugar a réplicas—: Mañana por la mañana iré a tu casa.

Fruncí el ceño, sorprendida por aquella afirmación tan repentina.

—¿Mañana? ¿Por qué? —pregunté, intentando entender sus motivos.

—Quiero hablar contigo —respondió con rotundidad—. Y he decidido que voy a hacerme la prueba de ADN.

Sentí cómo una ola de alivio recorría todo mi cuerpo al escuchar esas palabras. Finalmente estaba dando un paso adelante.

Aunque yo no tenía dudas sobre la paternidad de Heitor, saber que Dante estaba dispuesto a considerar la posibilidad me hacía sentir más segura.

Quizá realmente le importara, aunque jamás lo admitiera en voz alta.

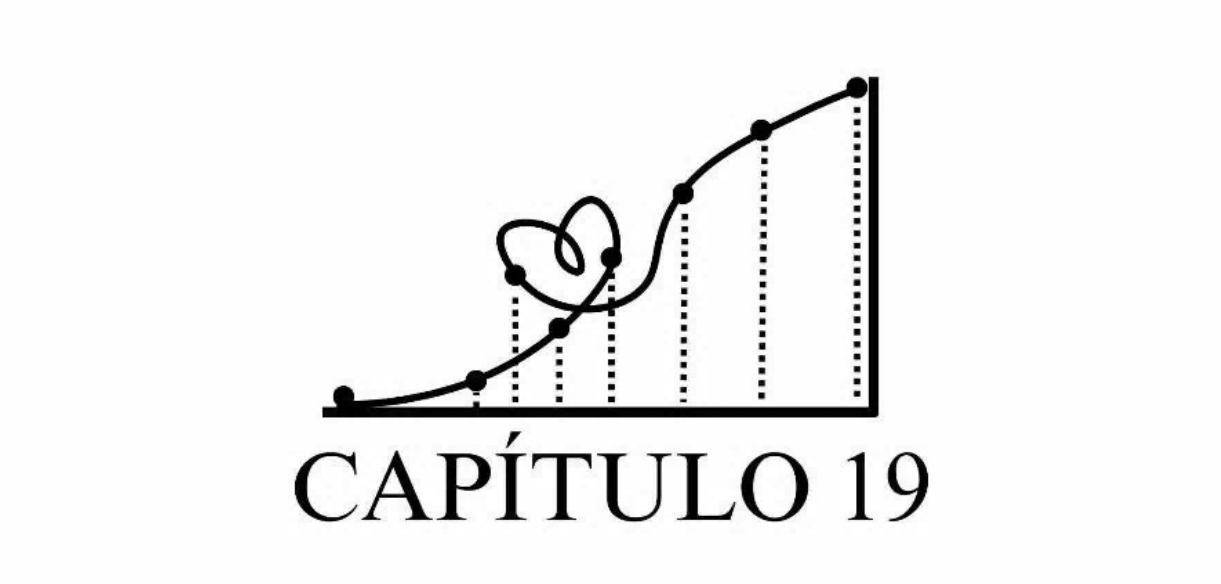
—De acuerdo —respondí, tratando de ocultar el alivio en mi voz —. Aquí estaré.

—Hasta mañana, entonces —se despidió, colgando antes de que pudiera añadir nada más.

Me quedé mirando el móvil durante algunos segundos, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

La idea de tener a Dante en mi casa, de hablar cara a cara sobre Heitor, era al mismo tiempo intimidante y tranquilizadora.

Miré nuevamente a mi hijo, sintiendo el peso de la responsabilidad y la fuerza que él me transmitía. No sabía qué esperar del día siguiente, pero una cosa tenía clara: haría todo lo posible por asegurar su bienestar.



«Algunas decisiones no se toman por voluntad propia, sino por la necesidad de proteger a quienes más amamos».

ELENA ROMANO

A pesar de todo lo que estaba pasando, no pude evitar sentir cierta expectativa cuando Dante dijo que vendría a mi casa.

Él parecía ser de esas personas que llegaban puntualmente a cualquier lugar, así que, cuando escuché el timbre sonar antes de las ocho de la mañana, no me sorprendió demasiado.

Respiré hondo, intentando aparentar más calma de la que realmente sentía, y abrí la puerta.

Allí estaba Dante, impecable como siempre, con un traje informal pero sofisticado. Me lanzó una mirada evaluadora, pero no dijo

nada más allá de un breve:

—Buenos días, Elena.

—Buenos días —respondí, intentando ocultar mis nervios—. Has llegado pronto.

—Tengo un día muy ocupado, como siempre —comentó, entrando sin esperar invitación.

Observó la habitación con esa mirada analítica que hacía parecer que estaba evaluando cada pequeño detalle. Cerré la puerta y lo seguí, notando claramente la tensión en el ambiente.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó directamente, sin rodeos.

Parpadeé, sorprendida por la rapidez con la que iba al grano.

—Está dormido en la habitación. ¿Quieres verlo?

Asintió, y lo conduje hasta la habitación de Heitor. Nada más entrar, se detuvo en la puerta, observando la pequeña cuna con una mirada que, por primera vez, no era fría.

Se le veía pensativo, casi vulnerable, contemplando a Heitor mientras dormía plácidamente.

Durante un largo instante, Dante permaneció en silencio, observando al bebé.

Me pregunté qué estaría pasando por su cabeza.

¿Vería algo de sí mismo en Heitor? ¿Estaría reconsiderando todo lo que había dicho hasta ese momento?

—Puedes cogerlo si quieres —dije finalmente, rompiendo el silencio.

Él dudó, mirándome como si no estuviera seguro de si debía hacerlo.

Sin embargo, terminó avanzando un paso hacia adelante.

Con movimientos cuidadosos, tomó a Heitor en brazos. Me sorprendió cómo sostenía al bebé: firme, pero delicadamente, como si supiera perfectamente lo que estaba haciendo.

Y entonces lo vi.

Por primera vez, una leve sonrisa apareció en el rostro de Dante.

No era aquella sonrisa calculada o provocadora que había visto antes. Era algo genuino, casi imperceptible, pero allí estaba.

—Es… pequeño —comentó, mirando al bebé como si fuera la cosa más intrigante del mundo.

—Los bebés suelen serlo —respondí, intentando aliviar un poco la tensión.

Me miró con un destello en los ojos que casi parecía humor antes de devolver cuidadosamente a Heitor a su cuna.

—Tenemos que hablar sobre algo serio —dijo entonces, retomando ese tono directo que yo ya conocía demasiado bien.

Me giré para encararlo, notando cómo se aceleraba mi corazón. Cuando Dante decía algo así, nunca era simple.

—Voy a hacerme la prueba de ADN —comenzó, cruzándose de brazos—. Pero con una condición.

Levanté las cejas, sintiendo inmediatamente cómo aumentaba mi nerviosismo. ¿Condición? ¿Qué estaba tramando ahora?

—¿Una condición? —pregunté, con un tono más defensivo de lo que pretendía.

Él ignoró mi reacción inicial y continuó con calma:

—He investigado sobre ti. Sé que estuviste casada. Sé lo que ocurrió entre tu exmarido y tú.

Me quedé sin aliento. El corazón comenzó a latirme aceleradamente, y por un instante, me quedé sin palabras.

—¿Has… investigado mi vida? —pregunté, incrédula.

—Por supuesto. Y no solo tu vida, sino todo sobre ti —respondió encogiéndose de hombros, como si fuera lo más normal del mundo—. Si voy a considerar la posibilidad de que este niño sea mío, necesito saber exactamente quién está involucrado.

Sentí la rabia hervir dentro de mí, pero antes de que pudiera decir nada, él continuó hablando:

—La condición es sencilla. Si la prueba confirma que Heitor es mi hijo, quiero que tú y él viváis conmigo por un tiempo en mi mansión.

Me quedé con la boca abierta, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Te has vuelto loco? —le espeté—. Tengo mi propia casa. No pienso mudarme a tu mansión, Dante.

Él no parecía perturbado por mi reacción. Se limitó a cruzar los brazos, mirándome con una calma calculada.

—Tu exmarido es un problema. Mi investigador confirmó que lleva rondando tu casa durante este último año, pese a la orden de alejamiento.

Sentí que las piernas me flaqueaban y tuve que apoyarme en el borde de la cuna. La idea de que André siguiera vigilándome era aterradora.

—Él no va a parar, Elena —continuó Dante con voz firme—. Lo sabes perfectamente. Y yo puedo protegerte. Quiero protegerte, especialmente si Heitor es hijo mío.

Estaba dividida.

Una parte de mí sabía que tenía razón. André era peligroso, y saber que estaba cerca me mantenía constantemente alerta. Pero, ¿mudarnos a la mansión de Dante? Parecía una solución extrema.

—¿Sería solo por un tiempo? —pregunté con voz baja.

—Hasta que decidamos qué hacer —respondió—. Pero sí, solo durante un tiempo.

Observé a Heitor, que seguía durmiendo tranquilo, completamente ajeno a todo el caos que nos rodeaba.

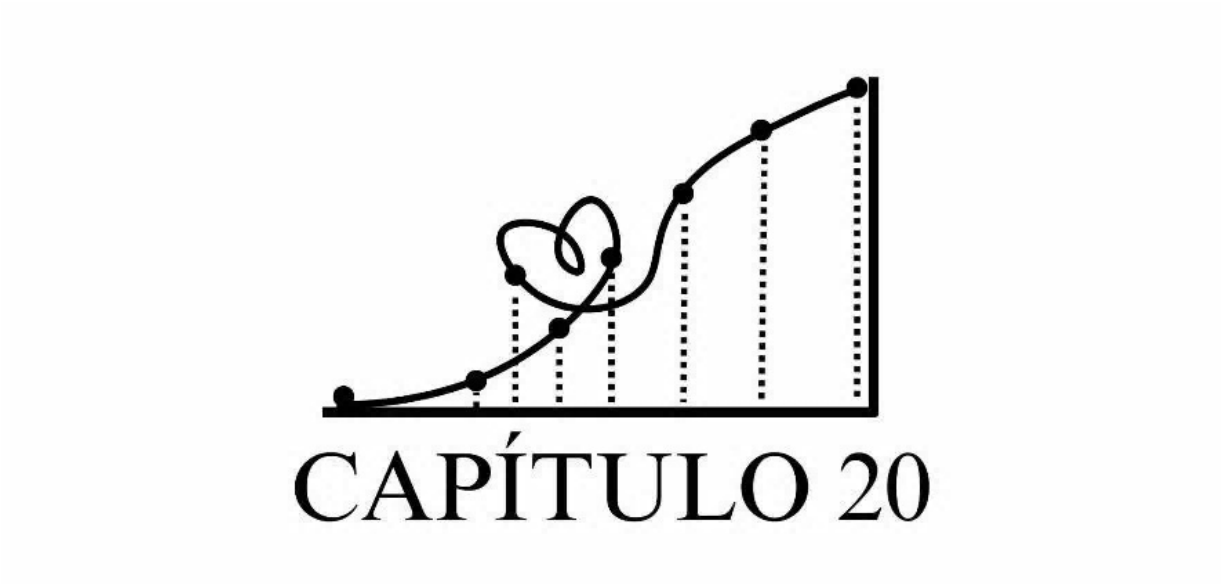
Al final, lo único que quería era garantizar su seguridad.

—De acuerdo. Pero solo temporalmente —acepté, aún dudosa.

Dante asintió, satisfecho, pero sin mostrar demasiada emoción.

Era un enigma y, de algún modo, sabía que aceptar aquella condición significaba entrar en un mundo completamente distinto al mío.

Pero por Heitor, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario.



«La verdad tiene el poder de enfrentarnos a nosotros mismos, incluso cuando creemos estar preparados para ella».

ELENA ROMANO

Todo sucedió demasiado rápido.

Desde la visita de Dante a mi casa hasta la cita para la prueba de ADN, y ahora, allí estaba yo, con el sobre en mis manos.

Era surrealista pensar cómo mi vida había cambiado tanto en tan poco tiempo, todo por una noche que, en aquel momento, solo había parecido un simple escape de mi realidad.

Giovana estaba a mi lado, observándome atentamente mientras yo miraba fijamente el sobre cerrado, como si pudiese darme las respuestas sin necesidad de abrirlo.

—¿Y bien, cómo estás? —preguntó ella, con la voz llena de preocupación.

Respiré profundamente, intentando organizar mis pensamientos antes de responder.

—Bien —mentí, aunque sabía perfectamente que Giovana podía ver a través de mí—. Quiero decir, tan bien como alguien puede estar en esta situación.

Ella no insistió. Solo me dedicó una sonrisa tranquilizadora, como siempre hacía cuando notaba que necesitaba tiempo para procesar las cosas.

Sujeté el sobre con más fuerza, deslizando los dedos por el borde como si eso pudiera disminuir la importancia del momento.

Sabía lo que diría la prueba.

No tenía ninguna duda en mi mente de que Heitor era hijo de Dante, pero verlo certificado en palabras concretas seguía siendo algo que me ponía nerviosa.

Abrí lentamente el sobre, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba con cada segundo. Cuando vi las palabras impresas en el papel, confirmé lo que ya sabía: Heitor era, en efecto, hijo de Dante Valentini.

Suspiré profundamente, una mezcla de alivio y ansiedad apoderándose de mí. No es que el resultado fuera una sorpresa, pero ahora era oficial. Ya no quedaba espacio para negaciones ni dudas.

Giovana se acercó, inclinándose para intentar leer el papel en mis manos.

—Ni siquiera voy a preguntarte nada, amiga. Confío en ti.

—Es tal como yo ya sabía —comenté, entregándole el documento para que pudiera verlo—. Heitor es hijo suyo.

Lo leyó rápidamente, asintiendo como si ella también lo hubiera sabido desde siempre.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo crees que se sentirá él al abrir el sobre con la prueba? —pregunté, más para mí misma que para ella.

Giovana frunció el ceño, pensativa.

—Creo que, por fuera, mantendrá esa apariencia de que todo le da igual. Pero por dentro… —Se detuvo un momento, ladeando la cabeza—. Seguro que lo está asimilando de un modo que ni él mismo esperaba. Al fin y al cabo, no todos los días un millonario frío y calculador descubre que tiene un hijo.

Me reí suavemente, pese a todo.

—No consigo imaginármelo sujetando de nuevo a Heitor —admití—. Aquel día, cuando lo tomó en brazos, parecía tan… humano. Por un instante dejó de ser el Dante Valentini que yo conozco y fue simplemente un hombre mirando a su hijo.

Giovana asintió, sonriendo.

—Creo que necesita algo así, ¿sabes? Una oportunidad de ser algo más que el millonario autoritario que todo el mundo ve.

Negué suavemente con la cabeza, todavía insegura.

Dante no era precisamente un libro abierto, y aunque la prueba confirmaba lo que yo ya sabía, seguía sin tener idea de cómo reaccionaría él a partir de ahora.

Había hecho promesas, había hablado sobre protección y estar presente, pero ahora que la verdad estaba justo frente a él, todo parecía más real.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Giovana, sacándome de mis pensamientos.

Miré el papel en mis manos, sintiendo el peso de lo que vendría a continuación.

—Esperar a que se ponga en contacto conmigo —respondí—. Él sabe cómo encontrarme. Y ahora, de todas formas, ya no tiene excusas.

Giovana rio, echándose el pelo hacia atrás con dramatismo.

—Exactamente, amiga. Se acabaron las excusas. Es hora de que él asuma la realidad. Al fin y al cabo, tú ya has cumplido tu parte.

Miré a Heitor, que dormía plácidamente en el carrito junto a nosotras, y sentí que el corazón se me encogía.

Lo único que quería era asegurarme de que él tuviera lo mejor, y pese a todas mis dudas y temores, sabía que Dante formaría parte de eso, de alguna manera.

Lo que viniera después, solo el tiempo lo diría.

DANTE VALENTINI

—Pensaba que abrir ese sobre sería lo primero que harías hoy —comentó Marco, apoyándose en el lateral de mi mesa con una sonrisa que no ocultaba su provocación.

Respiré hondo, intentando ignorar su tono, pero mi mirada cayó inevitablemente sobre el sobre que reposaba en mi mesa.

Llevaba ahí horas, un recordatorio silencioso de aquello que intentaba evitar.

—Tengo otras cosas que resolver, Marco. —Mi voz sonó controlada, casi aburrida, mientras le empujaba algunos papeles—. Toma, revisa estos contratos y dame tu opinión antes de que acabe el día.

—Tú siempre tienes cosas más importantes, Dante. —Se encogió de hombros y comenzó a salir del despacho, pero se detuvo en la puerta, mirándome por encima del hombro—. Solo te digo que no dejes que ese sobre acumule polvo. Quién sabe, igual hasta cambia tu forma de ver el mundo.

No respondí.

Simplemente esperé a que se marchara antes de devolver mi atención al sobre. Aunque había fingido indiferencia, seguía ahí, como una presencia pesada que no podía ignorar.

Extendí la mano y tomé el sobre, sintiendo el peso simbólico de aquel simple trozo de papel.

Respiré profundamente, abriéndolo despacio, y extraje lentamente la hoja doblada.

¿Qué esperaba sentir? ¿Alivio? ¿Rabia?

No estaba seguro, pero la respuesta estaba ahí, clara como el agua.

Era el padre de Heitor.

La confirmación, aunque esperada, me golpeó de una manera inesperada. Durante algunos segundos permanecí mirando fijamente aquellas palabras, leyéndolas una y otra vez, como si mi cerebro necesitara tiempo extra para asimilarlas.

Nunca había planeado tener hijos tan pronto.

De hecho, nunca había planeado tener hijos en absoluto.

Mi vida era trabajo, éxito, control absoluto. Sin embargo, ahora, con aquel resultado en mis manos, la realidad parecía más cercana, más palpable.

Me recosté en la silla, aún sujetando la hoja. Mi mente era un caos de pensamientos contradictorios.

¿Cómo se suponía que debía enfrentarme a aquello?

Pero, por encima de todo, algo nuevo comenzaba a crecer dentro de mí: un instinto protector que no podía ignorar.

Era mi hijo. Mi sangre. Y eso conllevaba una responsabilidad que jamás había contemplado antes.

Pensé en Elena, en todo lo que había afrontado para encontrarme, en cómo había luchado por asegurarse de que supiera la verdad. A pesar de toda mi resistencia, sabía que no podía ignorar aquel vínculo.

Heitor era mi hijo, y cuidaría de él como tal.

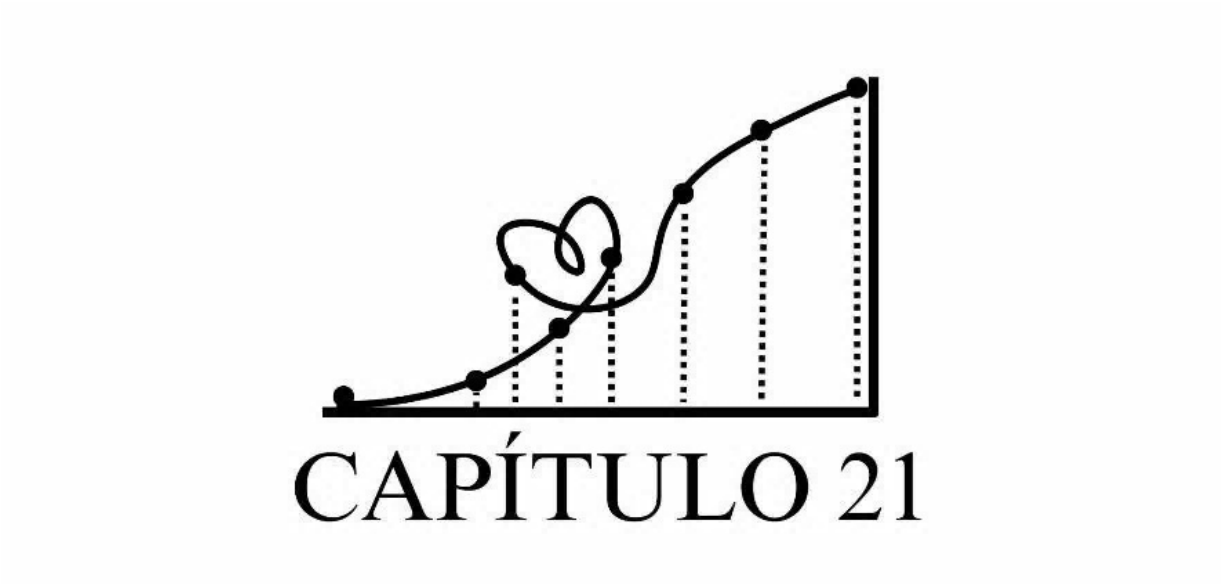
Aquello no era algo negociable.

Dejé el papel sobre la mesa y miré la ciudad de São Paulo a través de la ventana. La ciudad parecía más caótica que nunca, pero al mismo tiempo, había algo diferente en la manera en que ahora la veía.

Por primera vez, sentí que algo estaba cambiando en mí, aunque todavía no supiera cómo gestionarlo.

Una cosa tenía clara: Heitor tendría todo lo que necesitara.

Y si alguien se atrevía a amenazarlo a él o a Elena, yo estaría ahí para asegurarme de que estuvieran a salvo. Incluso aunque eso implicase salir de mi zona de confort y enfrentar sentimientos que jamás había querido afrontar.



«El poder puede rodear a alguien de lujo y protección, pero nunca lo libera del peso de su propia soledad».

ELENA ROMANO

Dante no me llamó el día que recogimos la prueba.

Llegué a pensar que ni siquiera iba a hacerlo, aunque, por alguna razón, eso no me sorprendía. Él no era el tipo de hombre que manejaba estas situaciones de manera convencional.

Aun así, su silencio me inquietaba.

Estaba sumergida en esos pensamientos cuando el móvil vibró a mi lado. Lo cogí inmediatamente, y el corazón dio un salto al ver su nombre en la pantalla. Era un mensaje breve y directo, como todo lo que él hacía.

«Estoy en la puerta. Baja.»

Durante un instante pensé en ignorarlo, pero conociendo a Dante, aquello solo complicaría más las cosas.

Respiré hondo, cogí a Heitor en el carrito y bajé hasta la entrada del edificio.

Nada más salir, allí estaba él, apoyado contra un SUV negro tan reluciente que parecía brillar bajo el sol. Llevaba un traje informal, pero impecable, con ese aire autoritario que hacía que cualquiera se lo pensara dos veces antes de cuestionarle.

—Dante —dije intentando sonar neutra.

Me miró con aquella expresión indescifrable y habló como si lo que iba a decir fuese obvio:

—He venido a recogeros a ti y a Heitor. Os venís a vivir conmigo. Ahora mismo.

Abrí los ojos sorprendida ante su brusquedad.

—Perdona, ¿qué? —pregunté intentando procesar sus palabras.

—Os venís conmigo —repitió, abriendo la puerta trasera del coche, como si eso cerrara cualquier discusión—. No hay nada más que discutir, Elena.

—No puedo ir así, Dante. Necesito coger mis cosas… las cosas de Heitor —argumenté tratando de mantener la calma.

Sacudió la cabeza, impaciente.

—No necesitáis nada. Todo lo que tú y Heitor podáis necesitar ya está en mi casa. Ahora mismo lo único que importa es que ambos estéis allí, a salvo. Vamos.

Me quedé mirándolo, atónita.

Era sábado y no había planeado absolutamente nada de esto. Aun así, la firmeza en su voz y la manera en la que parecía tenerlo todo bajo control me hicieron dudar.

—Esto es demasiado repentino —mi voz salió más débil de lo que me habría gustado—. No puedo simplemente…

—Sí puedes. Y lo harás. —Dio un paso hacia mí, fijando sus ojos en los míos—. No es una sugerencia, Elena, es una necesidad. Ya te he dejado claro que no permitiré que ni tú ni Heitor corráis riesgos. Así que, por favor, sube al coche.

Miré a Heitor, que dormía tranquilamente en el carrito, ajeno a todo aquello.

La idea de estar en un lugar más seguro, lejos de André y cualquier otra amenaza, era tentadora, pero a la vez sentía que estaba perdiendo el control sobre mi propia vida.

—¿Esto es realmente temporal? —pregunté, intentando establecer algún límite.

—Será lo que decidamos que sea —respondió él con voz firme, aunque sin sonar brusco—. Pero, de momento, os quedaréis allí. Es lo mejor para ti y para Heitor.

Suspiré, notando cómo la presión aumentaba en mi pecho.

Dante tenía una manera de hablar que hacía que todo pareciera inevitable. Y en el fondo, sabía que tenía razón. La seguridad de Heitor era mi prioridad y, por más difícil que fuera admitirlo, él podía ofrecer eso.

—Está bien —cedí finalmente, bajando la voz.

Asintió satisfecho y abrió aún más la puerta, como si estuviese sellando nuestra decisión.

—Perfecto. Ahora, sube.

Y así fue como mi vida dio otro giro inesperado. Mientras colocaba a Heitor en el coche, me pregunté qué más tendría planeado ese hombre para nosotros.

Al subir, me senté en el asiento trasero y, para mi sorpresa, ya había una sillita perfectamente instalada para el bebé.

Probablemente costaba más que la mayoría de las cosas en mi casa, pero de algún modo fue reconfortante ver que había pensado en ese detalle.

El chófer estaba delante, atento a la carretera, y Dante se sentó a mi lado, en silencio, mirando el móvil con aquella expresión neutra que parecía su sello personal.

El silencio dentro del coche era tan denso que parecía resonar en el ambiente, y yo, como siempre, me sentí obligada a romperlo.

—Así que tienes chófer —comenté, intentando aligerar el ambiente.

Me miró brevemente, arqueando una ceja como si la pregunta fuera innecesaria.

—Claro que tengo —afirmó, volviendo los ojos al móvil—. Facilita mi día a día.

Me mordí el labio para no poner los ojos en blanco.

Por supuesto que tenía chófer. Debería haber imaginado que Dante Valentini no conducía él mismo por las calles de São Paulo.

Observé discretamente el vehículo, fijándome en los acabados impecables y el olor a cuero nuevo que impregnaba el ambiente. Era el tipo de lujo que solo había visto en películas, pero para él parecía tan cotidiano como cualquier otro día.

—¿Y cómo haces para moverte por ahí sin que la gente te rodee continuamente? —pregunté, repentinamente curiosa—. Con el poder

que tienes, debe ser difícil pasear con libertad.

Levantó la vista del móvil, mostrando finalmente cierto interés en la conversación.

—Yo nunca paseo con "libertad", como tú dices. —Su voz era firme, pero con un ligero matiz de humor—. Siempre llevo guardaespaldas conmigo, aunque no los veas.

—¿Incluso ahora? —pregunté sorprendida.

Asintió, apoyando el brazo en el respaldo del asiento.

—Siempre. Ahora mismo hay al menos diez personas protegiéndonos. Algunos en este coche, otros en vehículos cercanos, y otros caminando discretamente por las calles. Así funcionan las cosas.

Abrí la boca, sorprendida, y miré hacia fuera intentando localizar a aquellos guardaespaldas.

Evidentemente no vi nada, pero la idea de estar rodeada de un equipo de seguridad me produjo una extraña mezcla de tranquilidad y desasosiego.

—¿Diez? —repetí, incrédula—. ¿No es un poco… exagerado?

Él esbozó una ligera sonrisa, la primera desde que habíamos subido al coche.

—No cuando vives en mi mundo, Elena —respondió con seriedad—. La seguridad no es cuestión de exageración, es una necesidad.

Tragué saliva, sintiendo el peso de sus palabras.

Hablaba como alguien que ya había enfrentado amenazas reales, y por la forma en que me miraba, parecía intentar hacerme entender algo que todavía escapaba por completo a mi comprensión.

—Debe ser difícil vivir así —murmuré mirando a Heitor, que dormía plácidamente en su sillita—. No tener nunca ni un momento de paz.

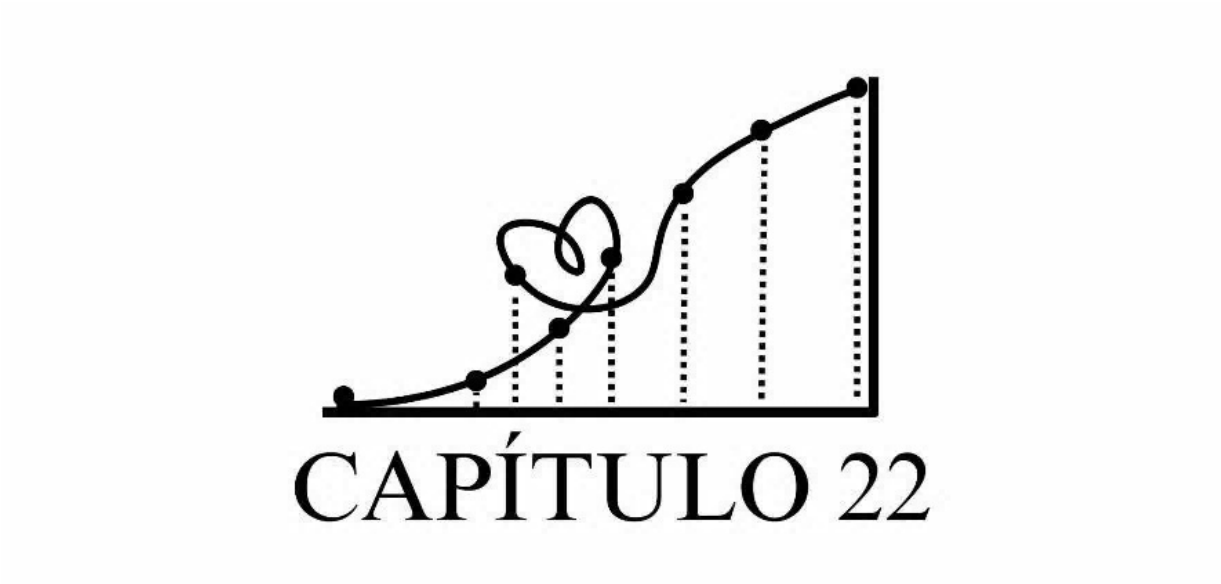
Se quedó en silencio durante unos segundos y, cuando finalmente respondió, su voz sonó más suave de lo que esperaba.

—La paz es un lujo, no una garantía.

No dije nada más, reflexionando sobre sus palabras. Quizá por primera vez estaba empezando a entender la complejidad del hombre que tenía a mi lado.

Dante Valentini no era solo el millonario frío y autoritario que yo conocía; era alguien que cargaba con un peso que muy pocos podrían comprender.

Y ahora, de alguna manera, Heitor y yo formábamos parte de ese mundo.



«Algunas verdades son como tormentas: inevitables, arrolladoras y capaces de cambiar todo lo que encuentran a su paso».

ELENA ROMANO

La casa de Dante era de otro mundo; mejor dicho, su mansión.

En cuanto entré, necesité unos segundos para asimilar la grandiosidad de aquel lugar.

No era solo grande, era colosal.

Un portón alto de hierro forjado daba paso a una entrada majestuosa, flanqueada por una avenida de árboles perfectamente alineados.

La fachada blanca e imponente de la mansión recordaba algo sacado de una película de *Hollywood*, con sus altas columnas, enormes ventanales y un jardín que parecía diseñado a mano.

Al entrar, el impacto fue aún mayor.

El suelo reluciente de mármol reflejaba la luz de una lámpara gigantesca, probablemente de cristal, que iluminaba el vestíbulo principal. Los muebles eran impecables, con un diseño moderno y extremadamente sofisticado.

Podía percibir el olor a riqueza, o tal vez era simplemente aquel perfume sutil y caro que parecía impregnar el ambiente.

—Bienvenida —dijo él con esa voz firme que ya era su seña de identidad—. Voy a enseñarte las principales habitaciones.

Asentí, todavía intentando asimilar todo aquello.

Mientras caminábamos, me guió por pasillos amplios decorados con obras de arte que yo jamás podría pagar ni en cien años. Una enorme sala con un piano de cola, una biblioteca sacada de un cuento de hadas y una cocina más grande que todo mi piso.

—¿Cuántas personas viven aquí? —pregunté, incapaz de ocultar la incredulidad en mi voz.

—Solo yo —respondió con naturalidad—. Aunque durante el día hay varios empleados haciendo diversas tareas.

Lo miré boquiabierta.

—¿Solo tú? —repetí—. ¿Y todas estas habitaciones?

Él se encogió de hombros.

—Me gusta tener espacio.

«Me gusta tener espacio», pensé, todavía procesando la magnitud del lugar. Si aquello no era exagerado, no sabía qué podría serlo.

Cuando llegamos al dormitorio que había preparado para Heitor y para mí, sentí que se me desencajaba la mandíbula. La habitación era tan amplia que hacía que mi casa pareciera poco más que un trastero.

Las paredes estaban decoradas en tonos suaves, con una cama enorme en el centro y una cuna impecable cerca de la ventana, que tenía vistas a un jardín espectacular.

—¿Esto es para mí? —pregunté, señalando el dormitorio como si fuera algo irreal.

—Por supuesto. —Cruzó los brazos, observándome con una expresión que indicaba que ya esperaba aquella reacción—. Consideré que merecíais lo mejor.

—¿Lo mejor? —Reí, todavía en shock—. Dante, ¡esta habitación es más grande que toda mi casa entera! Y…

Me detuve al observar la cantidad de detalles.

Había un armario con ropa nueva, tanto para mí como para Heitor. Una alfombra suave cubría parte del suelo y, al lado de la cuna, había un cambiador equipado con todo lo necesario para un bebé: pañales, toallitas, pomadas e incluso juguetes educativos.

Él me miraba con aparente calma, pero había algo en sus ojos que mostraba cierta satisfacción.

—Quiero que estéis cómodos —añadió, como si fuera obvio—. Heitor es mi hijo, y tú necesitas estar bien para cuidarlo.

Lo miré intentando comprender qué significaba todo aquello.

—¿Por qué haces todo esto? —pregunté, incapaz de ocultar mi curiosidad—. Es decir, no era necesario que hicieras tanto.

Me sostuvo la mirada durante un momento antes de responder:

—Como ya te dije, merecéis lo mejor —repitió con una sencillez desconcertante—. Y ahora que sé que Heitor es mi hijo, tendrá lo mejor. No pienso aceptar menos.

Sus palabras me dejaron sin habla por unos instantes.

Aunque había algo autoritario en su tono, también percibí sinceridad. Y de alguna manera, aquello me conmovió.

Miré a Heitor, tranquilo en mis brazos, y suspiré, aceptando que, al menos por el momento, aquel sería nuestro nuevo hogar. Aunque fuera totalmente diferente a todo lo que yo estaba acostumbrada, quizá fuera justo lo que necesitábamos.

—Entiendo.

—Hay otro tema del que tenemos que hablar.

Su voz tenía aquel tono grave y controlado que siempre me ponía nerviosa.

Me observaba con una intensidad casi palpable, como si estuviera eligiendo cuidadosamente cada palabra antes de pronunciarla.

—¿Cuál? —pregunté, intentando aparentar más confianza de la que realmente sentía.

—Tu exmarido.

La mención de André me revolvió el estómago.

Por un instante aparté la mirada, apretando las manos involuntariamente.

Sabía que este tema surgiría tarde o temprano, pero no esperaba que fuera justo en ese momento, con Dante mirándome

directamente como si quisiera descifrar todos mis secretos.

—De acuerdo —murmuré—. Hablemos entonces.

Él asintió e hizo un gesto para que lo siguiera.

Caminamos en silencio hasta el salón principal de la mansión, donde me indicó el enorme sofá de cuero para que me sentara.

Él permaneció de pie durante un instante, como si estuviera decidiendo por dónde empezar, antes de acomodarse finalmente en un sillón frente a mí.

—¿Qué necesito saber que aún no sepa? —preguntó directamente, sin rodeos.

Suspiré, ajustando mi postura en el sofá. Sabía que tenía que contárselo todo, aunque eso no hacía las cosas más fáciles.

—André… es complicado —comencé, eligiendo con cuidado cada palabra—. Cuando nos casamos, parecía perfecto. Atento, dedicado, pero con el tiempo se volvió posesivo. Extremadamente celoso.

Dante no me interrumpió; simplemente continuó mirándome, con la mandíbula ligeramente tensa.

—Al principio solo eran palabras. Me aislaba de mis amigos, controlaba lo que hacía, con quién hablaba. Después se volvió más agresivo. No físicamente —añadí rápidamente al ver cómo su mirada se oscurecía—, pero sí emocionalmente. Era cruel, manipulador. Cuando descubrí que me estaba engañando, decidí poner fin a todo. Solo estuvimos casados dos años, pero nos conocíamos desde hacía cinco.

Respiré hondo, sintiendo la conocida punzada de angustia al revivir aquellos recuerdos.

—Pero él no lo aceptó. Empezó a seguirme, a aparecer en los lugares donde estaba. Fue entonces cuando conseguí la orden de

alejamiento. Se suponía que debía mantenerse al menos a trescientos metros de mí, pero… —negué con la cabeza, amargada— eso nunca lo detuvo.

El silencio que siguió resultó casi ensordecedor. Dante permanecía inmóvil, pero su expresión reflejaba una mezcla de furia contenida y determinación.

—Aún te molesta —afirmó con voz baja y controlada, aunque con un toque peligroso.

Asentí, apretando las manos en mi regazo.

—Apareció hace unos días. Dijo que quería «arreglar las cosas» e insinuó que esto aún no había terminado. Tengo miedo, Dante. No por mí, sino por Heitor.

—No era una pregunta. Sé lo que hizo.

—Sí.

Durante un instante no dijo nada. Solo se pasó la mano por la mandíbula, con los ojos fijos en el suelo, como si estuviera elaborando un plan. Cuando volvió a mirarme, su rostro estaba más serio que nunca.

—No tendrás que preocuparte más por él —afirmó con una convicción que me hizo creer, aunque fuera por un momento, que todo estaría bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté, con la voz más débil de lo que me habría gustado.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, con los ojos clavados en los míos.

—Porque, como hombre, voy a ocuparme personalmente de que así sea y resolveré esta situación.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—De acuerdo.

No era solo lo que decía, sino cómo lo decía. Como si no hubiese alternativa, como si la simple idea de que André fuese una amenaza resultara inaceptable.

—Pero eso implica que tendrás que seguir algunas reglas —añadió con voz más tranquila, pero todavía firme.

—¿Qué reglas? —pregunté, desconfiada.

Se recostó en el sillón, pero no respondió inmediatamente. En lugar de eso, cruzó los brazos y me miró con una leve sonrisa enigmática.

—Pronto las sabrás.

—Dante… —empecé, pero él levantó una mano para detenerme.

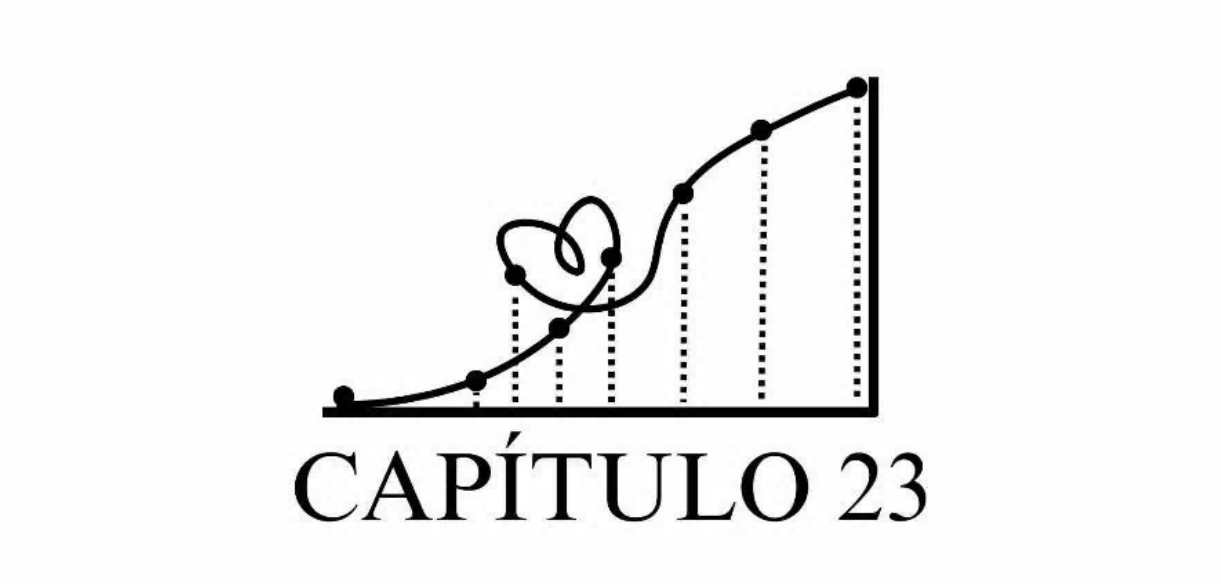
—Ahora no, Elena. Confía en mí.

Quise protestar, pero algo en su manera de mirarme me hizo retroceder.

Dante Valentini no era un hombre que explicara sus acciones. Él era del tipo que actuaba, y el resto simplemente afrontaba las consecuencias.

A pesar de eso, había algo reconfortante en su determinación. Quizá, por primera vez, sentía que no tenía que enfrentar todo esto sola. Y aunque la idea de tener reglas me incomodaba, sabía que, con Dante, la seguridad nunca sería negociable.

Ahora solo tenía que descubrir cómo sería vivir bajo las reglas de un hombre como él.



«Algunas batallas no se ganan con palabras, sino con decisiones que nadie más está dispuesto a tomar».

DANTE VALENTINI

Aún no había asumido que Elena iba a vivir conmigo, ni que yo tenía un hijo.

En realidad, jamás me había imaginado como un buen padre, y eso ahora me asustaba. No porque no quisiera serlo, sino porque no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Estaba en la cocina, con la mirada fija en la inmensa encimera de mármol, perdido en pensamientos sobre todos los cambios que se habían producido en las últimas semanas.

Toda mi vida había estado planeada al milímetro, y ahora parecía seguir un camino que nunca había contemplado.

De repente, escuché unos pasos y, al levantar la cabeza, allí estaba Elena, con Heitor en brazos.

Entró en la cocina con la naturalidad de quien ya parecía formar parte del entorno, aunque aún conservaba cierta cautela en la mirada, como si no quisiera sobrepasar ningún límite.

—Hola —dijo vacilante—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo —respondí con tono casual mientras cruzaba los brazos, observándola.

Puso los ojos en blanco, un gesto que ya empezaba a identificar como típico de ella.

—Quería saber si puedo encargarme de las cosas de Heitor... ya sabes, comida, bebida, esas cosas. Si tengo permiso para usar lo que hay en la casa.

Por un instante, me sorprendió.

No porque estuviese preguntando, sino porque el simple hecho de pedir permiso me parecía tan propio de Elena. Sabía que ella se preocupaba por no invadir el espacio ajeno, aunque esta casa ahora también era suya, aunque ella aún no lo hubiera comprendido del todo.

—Claro que puedes —respondí intentando sonar menos brusco —. No tienes que pedirme permiso. Todo lo que hay aquí también es para vosotros.

Ella asintió y sonrió, con esa sonrisa pequeña que tenía el poder de desarmarme por completo.

—Gracias.

Colocó a Heitor en el carrito y empezó a abrir los armarios con una confianza cautelosa. Poco después sacó un pequeño cuenco, mezcló algo que parecía una papilla casera y empezó a prepararla.

La observé trabajar con precisión, cortando y removiendo como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Cuando terminó, tomó a Heitor nuevamente y se acercó hasta mí, sosteniendo la cuchara.

—¿Puedes cogerlo un momento? —me preguntó.

Tragué saliva.

No era la primera vez que sostenía a Heitor, pero aun así, había algo en tener a ese pequeño ser en mis brazos que todavía me ponía nervioso. Asentí, y ella me lo entregó con cuidado.

Era tan pequeño, tan frágil, pero al mismo tiempo irradiaba una energía sorprendente. Sus grandes ojos me observaban con curiosidad y, por un instante, pensé que estaba sonriéndome.

—Lo estás cogiendo fatal, ¿lo sabes? —comentó Elena riendo, mientras se acercaba más.

Levanté una ceja al mirarla.

—No sabía que hubiera un manual para esto.

—Sí que lo hay, y claramente no te lo has leído —contestó divertida.

Se acercó todavía más, ajustando mis brazos para que Heitor estuviese más cómodo. Estaba tan cerca que podía sentir el suave perfume que siempre parecía acompañarla, un aroma que me hizo recordar la noche en que todo comenzó.

Mientras colocaba mis brazos correctamente, nuestras miradas se cruzaron brevemente, pero fue suficiente para recordarme todo aquello que intentaba evitar.

Sus ojos tenían ese brillo que siempre me había atraído, y durante un instante, lo único que pude pensar fue en cuánto aún la

deseaba.

Sin embargo, justo entonces Heitor hizo un sonido gracioso, una especie de balbuceo, y devolví mi atención hacia él.

Era como si estuviese riéndose de mí, o quizás simplemente curioso por mi rostro.

—Creo que le gustas —dijo ella sonriendo.

Miré al pequeño y sentí algo extraño, algo que no alcanzaba a identificar del todo. Tal vez fuera un instinto protector que empezaba a despertar, o quizá solo era la consciencia de que aquel niño era mío.

—Tiene algunos rasgos míos —comenté, más para mí mismo que para ella.

—¿Eso significa que también heredó tus defectos? —me provocó riendo, alejándose un poco para darme espacio.

—Si es como yo, eso no es ningún defecto —repuse con media sonrisa.

Ella volvió a poner los ojos en blanco, pero no dijo nada. Mientras la observaba, comprendí que, por complicado que pareciera el futuro, había algo en ese instante que encajaba perfectamente.

No sabía adónde nos llevaría todo esto, pero por primera vez estaba dispuesto a descubrirlo.

—Tengo que hacerte una pregunta, Dante.

—Te escucho.

—¿Tienes a alguien en tu vida? No quiero ser una molestia y… —Elena desvió la mirada, claramente incómoda, mientras jugaba nerviosa con las manos.

—No, no tengo a nadie.

Alzó los ojos hacia mí, como si quisiera comprobar que era sincero.

—¿No piensas en ello?

Respiré hondo, cruzando los brazos.

—El trabajo es lo único que realmente me importa —respondí sin rodeos.

Era una verdad sencilla y directa. Las relaciones nunca habían sido mi prioridad, ni siquiera antes de Heitor.

Sin embargo, ella no aceptó mi respuesta con tanta facilidad.

—¿Y sigues pensando así, incluso ahora que tienes un hijo?

Me quedé callado, y eso hizo que ella alzara una ceja, como si ya supiera que yo no tenía una respuesta adecuada.

La verdad era que aún estaba procesándolo todo. Heitor había cambiado mi vida de una manera que jamás habría imaginado, pero admitirlo en voz alta me parecía un paso demasiado grande.

—Es… algo que tengo que pensar —expliqué, intentando desviar el rumbo de la conversación.

—Entiendo. —Ella asintió, pero la expresión de su rostro dejaba claro que aún tenía mucho que decir—. Quiero que sepas que no pretendo darte problemas. Ni yo ni Heitor.

—No lo veo así.

Suspiró y se quedó en silencio durante unos segundos. Finalmente, con una mirada más seria, preguntó:

—¿Qué piensas hacer respecto a André?

Noté que mi cuerpo se tensaba al escuchar su nombre.

—Lo resolveré. Mañana.

Elena inclinó ligeramente la cabeza, intentando claramente comprender más de lo que yo estaba dispuesto a revelar.

—¿Resolver cómo?

—No tienes que saber los detalles —respondí con firmeza, dejando claro que aquel asunto quedaría bajo mi control.

—Dante…

Levanté una mano para detenerla, manteniendo un tono tranquilo pero definitivo.

—Me encargaré de esto, Elena. No volverá a ser un problema ni para ti ni para Heitor. Confía en mí.

Me sostuvo la mirada durante unos largos segundos, como si estuviera evaluando mi sinceridad.

Finalmente, suspiró y asintió, aunque la reticencia era evidente en sus ojos.

—Está bien.

Nos quedamos en silencio un instante, solo interrumpido por los leves balbuceos de Heitor, que llenaban la habitación.

En mi interior, mi mente ya trabajaba a toda velocidad.

Tenía muy claro lo que haría al día siguiente. André no volvería a ser una amenaza ni para Elena ni para mi hijo. Y aunque le había prometido que me encargaría de eso, había algo más profundo.

No se trataba solo de protección. Se trataba de control, de asegurarme de que nada ni nadie pudiera interferir en lo que ahora era mi responsabilidad.

No sabía exactamente cómo equilibrar todo aquello —ser padre, tratar con Elena, mantener el control sobre un imperio—. Pero de algo sí estaba seguro: Heitor era mío, y nadie amenazaría lo que ahora formaba parte de mi vida.



«La verdadera fuerza no está en la amenaza, sino en la certeza de que nadie se atreverá a desafiar tus palabras».

DANTE VALENTINI

Mientras revisaba los informes que tenía sobre la mesa, vi entrar a Marco con ese aire casual de quien viene dispuesto a hacer preguntas incómodas. Se dejó caer en la silla frente a mí, con su habitual sonrisa en los labios.

—Y bien, ¿qué has hecho con respecto a la paternidad? —preguntó, directo como siempre.

Suspiré, dejando sobre la mesa el bolígrafo que sostenía.

—Elena y Heitor están en mi casa —respondí con franqueza.

Marco arqueó las cejas, visiblemente sorprendido.

—¿En tu casa? ¿Y cómo va a ser la relación entre vosotros?

Por un instante me quedé en silencio, observándolo. Era una buena pregunta.

Una que yo mismo aún no sabía cómo responder.

—Todavía no lo sé. Pero hay algo que debo considerar —comencé, cruzándome de brazos y mirándolo con seriedad—. La tradición familiar exige que me case con la madre de cualquier hijo que tenga.

La sonrisa de Marco desapareció de inmediato, reemplazada por una expresión de incredulidad.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. —Asentí, inclinándome ligeramente hacia adelante—. Es una tradición que viene desde mis abuelos, quizás desde antes. En mi familia, los hijos deben nacer dentro de un matrimonio. Es una cuestión de honor, herencia, imagen… de todo.

—¿Y tú te lo tomas en serio?

—Así es —respondí con firmeza—. Es una de las razones por las que siempre he sido tan cauteloso con las relaciones. Nunca he querido involucrarme emocionalmente. Nunca quise verme en una situación como esta, precisamente porque sabía que tendría que asumir esta responsabilidad.

Marco soltó una pequeña risa, negando con la cabeza.

—Así que el hombre que siempre ha evitado el matrimonio y los hijos ahora tiene que lidiar con ambas cosas al mismo tiempo.

—Parece que sí —respondí, frío—. No significa que ya haya decidido casarme, pero necesito entender bien la situación antes de

tomar cualquier decisión.

Él me miró durante unos segundos, como si intentara descifrar lo que realmente sentía acerca de todo aquello.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Consulté el reloj en mi muñeca. Casi era mediodía.

—Voy a salir.

—¿A comer? —preguntó Marco, recuperando su tono curioso.

—No. Tengo que resolver un asunto urgente ahora mismo.

Me levanté, cogiendo la americana y colocándomela con un movimiento rápido. Marco me observó en silencio, aunque estaba claro que tenía más preguntas que hacer.

No le di pie a ello.

Mientras salía del despacho, sabía que él estaría preguntándose qué más podría ocurrir a partir de ahora. Y, siendo honesto conmigo mismo, yo también me lo preguntaba.

Cada decisión parecía pesar más que la anterior, y el tiempo para decidir parecía estar agotándose.



Ya había evitado enfrentar directamente a André demasiado tiempo, pero eso estaba a punto de acabarse.

No era propio de mí dejar asuntos pendientes, y él, claramente, era un problema que necesitaba ser eliminado de la ecuación, de una manera u otra.

Conduje hasta el edificio donde él trabajaba, un despacho de abogados mediano, discreto pero conocido. El tráfico de São Paulo no ayudaba, pero mi determinación era implacable.

Hoy sería el día en que entendería exactamente con quién se había metido.

Al llegar, no perdí tiempo con formalidades. Me dirigí hacia la recepción, ignorando las miradas curiosas de los presentes, y pregunté directamente por su despacho.

La recepcionista dudó por un momento, pero bastó con que le lanzara una mirada severa para que se tragase cualquier objeción y me diera la información.

Subí en el ascensor, ajustándome la americana mientras pensaba cuidadosamente las palabras que diría. Aunque sabía que el

enfrentamiento sería directo, cada uno de mis movimientos estaba calculado.

Cuando llegué a su despacho, la puerta estaba entreabierta.

André estaba sentado, conversando con un cliente, ambos absortos en la discusión. No llamé a la puerta ni esperé; simplemente entré, abriendo la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Tenemos que hablar. Ahora.

Los dos me miraron sorprendidos. El cliente frunció el ceño, claramente molesto.

—¿Quién es usted? —preguntó el cliente con voz indignada.

Ignoré la pregunta y dirigí la mirada directamente hacia André.

—Sea lo que sea que estés hablando, puede esperar.

André alzó las cejas, pero mantuvo la compostura típica de un abogado.

—Estoy en medio de una reunión. No sé quién te crees que eres, pero…

Lo interrumpí, girándome hacia el cliente con una mirada implacable.

—Salga.

—¿Cómo dice? —respondió el hombre, perplejo.

Di un paso hacia adelante, imponiéndome aún más.

—He dicho que salga. Esta conversación no es para usted.

El cliente dudó, lanzando una mirada a André, que parecía estar decidiendo cómo manejar la situación.

Finalmente, el hombre se levantó, murmurando algo sobre falta de respeto, y salió del despacho. En cuanto la puerta se cerró, centré toda mi atención en André.

Me observaba con cautela, aunque con una leve sonrisa en el rostro. Evidentemente, creía que podía enfrentarme.

—¿Quién eres tú y qué crees que estás haciendo? —preguntó cruzándose de brazos.

Me acerqué hasta él, deteniéndome tan cerca que podía ver cómo sus hombros se tensaban.

—Dante Valentini. —El nombre tuvo el impacto esperado. Sus ojos se estrecharon, y la sonrisa desapareció de inmediato—. El padre del hijo de Elena.

—Yo…

Abrió la boca para responder algo, pero lo interrumpí antes de que pudiera decir una palabra más.

—Y ahora vas a escucharme.

La rabia que había contenido hasta entonces se manifestaba en cada palabra y gesto.

—Si vuelves a buscar a Elena o intentas acercarte a mi hijo, tendrás que vértelas conmigo.

Trató de argumentar, alzando las manos en un gesto de falsa inocencia.

—No sé qué te habrá contado ella, pero…

Me incliné aún más cerca, mi voz baja y amenazadora:

—No me interesa lo que tengas que decir. Sé exactamente quién eres y lo que has hecho. Y te lo estoy diciendo ahora: esto se termina

aquí.

André intentó recuperar la confianza, señalándome con un dedo.

—¿Crees que puedes simplemente aparecer aquí y amenazarme? Soy abogado. Sé cómo manejar a tipos como tú.

Sonreí ligeramente, con una sonrisa fría y sin humor.

—¿Tipos como yo? André, no tienes ni idea de quién soy ni de lo que podría hacer contigo.

Intentó mantener su postura, pero la duda en sus ojos era evidente.

—Si intentas algo contra mí, yo…

Volví a interrumpirlo, mi voz ahora fría y cortante:

—Un hombre muerto no puede hacer absolutamente nada. Y si vuelves a cruzarte en mi camino, eso es exactamente lo que serás. No lo repetiré.

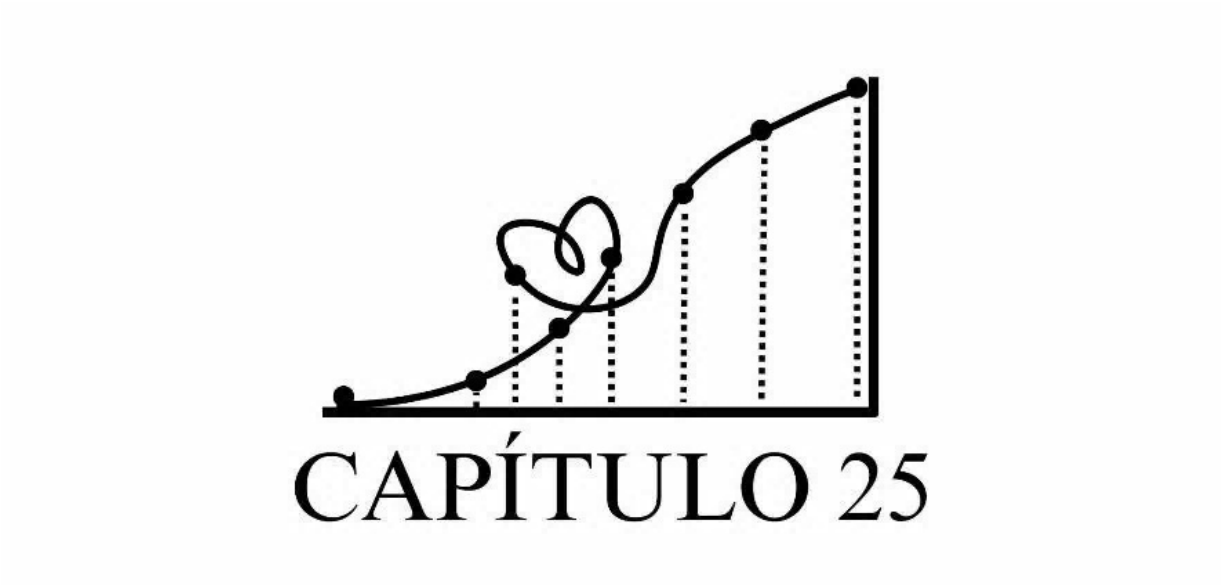
El silencio que siguió fue ensordecedor. André me observó, intentando descifrar hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—¿Ha quedado claro? —pregunté, levantando una ceja.

Él no respondió, pero el miedo en su rostro fue confirmación suficiente de que mi mensaje había llegado alto y claro.

Sin añadir nada más, me di la vuelta y salí del despacho, dejándolo allí sentado en silencio. Al pasar por la recepción, no me molesté en disimular mi satisfacción.

Hoy André había aprendido una valiosa lección. Y, lo más importante, Elena y Heitor estaban más seguros, y yo daría mi vida por asegurar que eso siguiera siendo así.



«Tomar la decisión correcta nunca es fácil, pero es precisamente eso lo que la convierte en la más necesaria».

ELENA ROMANO

Necesitaría tiempo para acostumbrarme a todo aquello, aunque ya había hecho una nueva amiga en la mansión de Dante. Se trataba de Yolanda, el ama de llaves, que parecía saber todo lo que sucedía en aquella inmensa casa, y más aún.

Tenía una manera tranquila, pero eficiente, y empezaba a gustarme tenerla cerca.

—Si necesita cualquier cosa, doña Elena, solo tiene que avisarme —me dijo Yolanda mientras ajustaba algunos detalles en la

cocina—. El señor Dante fue muy claro: usted y el pequeño Heitor tienen absoluta prioridad aquí.

—¿Él dijo eso? —pregunté sorprendida.

Ella esbozó una leve sonrisa, un gesto que transmitía más simpatía que muchas palabras.

—Puede ser rígido, pero sabe cómo cuidar lo que realmente importa.

Asentí, observándola terminar de guardar algunas cosas. Me resultaba extraño escuchar que Dante tuviese un lado atento o cariñoso. Hasta entonces, él había sido el hombre más enigmático y autoritario que había conocido jamás.

Yolanda continuó contándome anécdotas sobre la casa, desde antiguas reformas hasta fiestas que habían tenido lugar antes de que Dante lo controlara todo.

La conversación fluyó tan naturalmente que, por primera vez, no me sentí sola en aquel enorme espacio.

Era reconfortante tener alguien con quien compartir esos pequeños momentos cotidianos.

Estábamos riendo por una historia sobre uno de los empleados cuando la puerta del salón se abrió y Dante entró. Su presencia era inconfundible: su postura imponente y aquella mirada intensa cambiaban el ambiente al instante.

Yolanda se retiró enseguida, dejándonos a solas.

Él me saludó brevemente con un gesto, dejó su maletín sobre el sofá y miró hacia la cocina, como si estuviese esperando algo.

—Buenas noches —saludé, intentando entablar conversación.

—Buenas noches —respondió escuetamente, mientras abría la nevera y cogía una botella de agua.

—¿Qué tal el día? —insistí, sintiendo que debía al menos intentar romper el hielo.

Tomó un sorbo del agua y dejó la botella sobre la encimera.

—Agotador.

Respiré hondo, a punto de darme por vencida. Hablar con él era como conversar con una pared.

Cuando estaba a punto de levantarme, me sorprendió al romper él mismo el silencio:

—¿Qué hacías en aquel bar de Curitiba?

Parpadeé, sorprendida por la pregunta. Él se apoyó contra la encimera, cruzándose de brazos, claramente esperando una respuesta.

—Había ido a Curitiba por trabajo, a solucionar un caso sencillo. Mi cliente me invitó a una cena para agradecerme, y cuando se fue, decidí ir al bar a relajarme un poco antes de regresar al hotel —sonreí ligeramente—. No suelo frecuentar bares, pero aquel día me pareció una buena idea.

Dante asintió lentamente, como si estuviera asimilando mis palabras.

—¿Y tú? —pregunté, aprovechando la oportunidad.

Él dudó un instante, como valorando hasta qué punto debía abrirse.

—Había tenido una reunión con un inversor. Una de esas reuniones que no llevan a ningún sitio. Después solo quería encontrar un lugar tranquilo donde relajarme y pensar.

Tranquilo.

Curioso cómo la misma palabra que yo había utilizado tenía significados tan diferentes para ambos.

—Entonces, ¿ese bar te pareció tranquilo? —pregunté, arqueando una ceja con un leve tono de provocación.

Sonrió de lado, mostrando el primer destello de algo más humano que veía en él aquel día.

—Cuando estás rodeado de decenas de personas constantemente, incluso un bar lleno de desconocidos puede parecer el paraíso. Hasta que te vi allí.

Me quedé callada durante unos instantes, observándolo. Era poco frecuente ver a Dante mostrarse tan abierto, aunque solo fuera por unos segundos. En ese instante parecía casi… accesible.

—Gracias por preguntar —dije finalmente, rompiendo el momento.

Él frunció el ceño ligeramente.

—¿Preguntar el qué?

—Sobre lo que hacía yo en aquel bar —respondí con una pequeña sonrisa—. No parece propio de ti querer saber más sobre los demás.

No respondió enseguida, pero me lanzó una mirada intrigante.

—Tienes razón.

DANTE VALENTINI

Nunca antes había tenido a una mujer viviendo en mi casa.

Sabía separar muy bien mi vida personal de la profesional —o al menos eso creía hasta la llegada de Elena y Heitor—.

Ahora, todo parecía estar patas arriba, y necesitaba establecer algunas normas antes de que la situación escapase por completo de mi control.

Después de ducharme, bajé al salón y encontré a Elena jugando con Heitor. Verla allí, con nuestro hijo, todavía me parecía algo surrealista.

Él reía mientras sujetaba un juguete que ella balanceaba de un lado a otro, y Elena sonreía, completamente entregada a aquel pequeño instante de alegría. Era una escena capaz de conmover a cualquiera.

Pero mi mente, en cambio, solo era capaz de convertir ese instante en preocupaciones y estrategias.

—Elena, tenemos otro asunto que tratar.

Ella levantó la mirada, todavía sujetando el juguete.

—¿De qué se trata? —preguntó mientras se ponía en pie y acomodaba a Heitor en brazos.

—Algo importante —continué, acercándome y haciendo un gesto para que se sentara.

Pareció desconfiada, pero obedeció, mirándome con expectación.

—No vas a seguir trabajando —anuncié directamente, sin rodeos.

La reacción fue inmediata. Elena arqueó las cejas con evidente sorpresa y, por cómo cruzó los brazos, ya estaba preparada para llevarme la contraria.

—¿Perdona? —exclamó, casi riendo—. Dante, no puedes tomar esa decisión por mí así como así.

—Claro que puedo. —Mi tono no dejaba espacio para discusión —. Y ya está decidido.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué parte exactamente eso tiene sentido para ti? —replicó, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Suspiré, tratando de mantener la paciencia.

—Necesitas centrarte en Heitor. Ahora mismo él requiere toda tu atención.

—¿Y crees que no lo sé? —contestó rápidamente—. Pero eso no significa que deba renunciar a mi vida profesional.

La firmeza en su voz era admirable, pero no estaba dispuesto a ceder.

—Elena, ya lo he pensado bien. No estoy sugiriendo que dejes de trabajar, te estoy diciendo que lo vas a dejar. Al menos por ahora.

—No. —La respuesta fue inmediata, como si ya hubiera planeado esa negativa desde hacía tiempo.

Respiré profundamente, cruzando los brazos.

—Yo también estoy haciendo sacrificios —expliqué con un tono más controlado, aunque aún firme—. Estoy reorganizando mi vida para estar más presente con nuestro hijo. Él no puede tener solo a uno de nosotros. Nos necesita a ambos.

Aquello pareció afectarla.

Noté cómo relajaba ligeramente los hombros, aunque en sus ojos aún se percibía la determinación de quien odia recibir órdenes.

—No es justo. Mi trabajo es importante para mí. Siempre lo ha sido.

—Lo sé. Pero ahora mismo nada es más importante que Heitor. Ni tu trabajo, ni el mío.

Desvió la mirada y respiró profundamente, como si tratara de digerir mis palabras.

—¿Lo haces por él o por mí? —preguntó en voz baja, casi insegura.

Guardé silencio un instante, midiendo mis palabras antes de responder:

—Por los dos —admití finalmente.

Elena parpadeó sorprendida, como si no esperase aquella respuesta.

—Entiendo.

—No te estoy pidiendo que renuncies a todo lo que has construido. Solo estoy diciendo que, en este momento, tenemos que centrarnos en lo más importante.

Ella se quedó callada, claramente procesándolo todo.

—Eso no significa que vayas a tomar todas las decisiones por mí —dijo finalmente con firmeza.

—Nunca he querido eso. —Mi respuesta fue sincera.

Me observó unos segundos más, como intentando buscar algo en mis ojos. Finalmente, respiró hondo y miró a Heitor, que ya dormía plácidamente en sus brazos.

—Está bien. Pero que sepas que esto es temporal.

—Estoy de acuerdo.

Elena negó ligeramente con la cabeza, como si no pudiera creer que estuviera cediendo.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

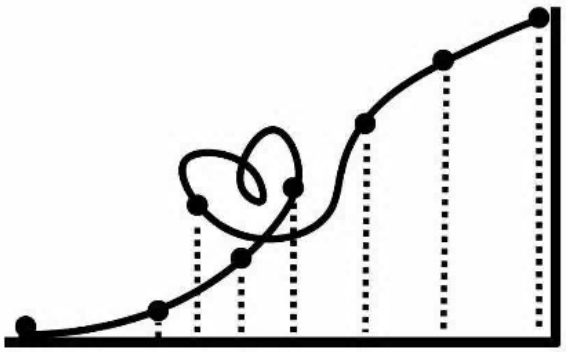
—Ya me lo han dicho antes. Muchas veces, de hecho —respondí, dejando escapar una leve sonrisa.

Ella soltó una pequeña carcajada, un sonido que pareció aliviar un poco la tensión entre nosotros.

Por el momento, parecía que habíamos llegado a un acuerdo. Aunque Elena siguiera mostrándose algo reacia, sabía que, en el fondo, esta era la mejor decisión para todos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que quizá estábamos empezando a actuar como una verdadera familia, aunque de una manera completamente inesperada.

CAPÍTULO 26



CAPÍTULO 26

«Los vínculos más fuertes son aquellos que nunca planeamos crear».

ELENA ROMANO

Era bastante extraño tener una casa tan grande solo para mí.

Dante salía antes de las siete de la mañana y volvía después de las ocho de la noche. Todos los días.

Llevaba poco más de una semana aquí, y aunque estuviera rodeada de lujo, el silencio de la mansión hacía que me sintiese más sola que nunca.

Pasé el día organizando algunas cosas en la habitación de Heitor, pero eso no ayudó a aliviar la sensación de que faltaba algo. Dante interactuaba con nuestro hijo, claro, pero solo cuando yo estaba cerca.

No era algo natural, parecía que se forzaba a participar, como si temiera algo relacionado con Heitor, aunque no supiera exactamente qué.

Quizá fuese el peso de la paternidad, o tal vez algo más profundo. Quería preguntárselo, pero no sabía cómo. La barrera entre nosotros parecía tan sólida que cualquier intento por cruzarla se sentía inútil.

Mientras pensaba en eso, mi móvil vibró sobre la encimera. Lo cogí y vi el nombre de Giovana parpadeando en la pantalla.

—¡Por fin! —exclamó ella nada más descolgar—. ¿Qué historia es esa de que te has mudado a la mansión de un multimillonario y yo me entero ahora?

Esbocé una leve sonrisa.

—Es una historia muy larga, Gi.

—Pues empieza a contarla ya mismo.

Suspiré, paseando por la habitación mientras se lo explicaba todo.

Le hablé sobre Dante, sobre André y sobre el acuerdo al que habíamos llegado. Mi amiga se quedó callada unos segundos, algo raro en ella.

—Todo esto es muy… precipitado, Lena —dijo finalmente—. Entiendo lo de André, ¿pero y Dante? Apenas le conoces.

—Ya lo sé, Gi —me senté en la cama, apoyando el codo en la rodilla—. Pero de momento parece la mejor solución.

—¿Parece? —su tono rebosaba escepticismo—. Lena, estás viviendo en la casa de un hombre que básicamente es un iceberg humano. ¿Estás segura de esto?

Asentí, aunque ella no pudiera verme.

—Es complicado, Gi. Siento que lo está intentando, pero hay algo en Dante… parece que siempre se guarda algo para sí mismo.

Resopló al otro lado de la línea.

—Los hombres complicados nunca merecen la pena, amiga. Y mira que yo ya tuve mi buena dosis para saberlo.

—No estoy buscando nada con él —mi voz sonó más firme de lo que pretendía—. Solo quiero que Heitor esté a salvo.

—Está bien, lo entiendo —su voz se suavizó—. Pero, por favor, Lena, si necesitas algo, llámame. Aunque sea para escapar de allí.

Me reí ante su exageración.

—Lo haré, tranquila.

—Ahora cambiemos de tema antes de que te ponga más nerviosa de lo que ya estás. ¿Quieres saber cómo fue mi día?

—Claro, cuéntame.

Giovana empezó a describir su día en el trabajo, dramatizando cada detalle. Me habló sobre una compañera que tropezó durante una presentación, sobre un cliente excéntrico que insistía en firmar documentos con una pluma de tinta dorada, y sobre cómo su almuerzo había sido interrumpido por una llamada del jefe.

—¿Te puedes creer que tuvo la audacia de quejarse de mi informe mientras yo comía? —preguntó, indignada.

—Quizá tuviera envidia de tu almuerzo —reí, intentando imaginar la escena.

—Probablemente. No todos los días te encuentras con un bocadillo tan perfecto como el mío.

—Gracias, amiga. Necesitaba esto.

—Para eso están las amigas, ¿no?

Después de algunos minutos más, nos despedimos y me sentí algo más ligera.

Todavía quedaban muchas preguntas en el aire, pero, al menos por el momento, tenía a alguien que me recordaba que, incluso en medio del caos, todavía era posible reírse.

DANTE VALENTINI

—¿Cómo es él?

—¿De qué hablas, Marco? —pregunté, manteniendo el tono casual mientras recorríamos el pasillo abarrotado, saliendo de aquella reunión que parecía haber durado una eternidad.

—Heitor. Más conocido como tu hijo. —Marco sonrió de lado con aquella expresión irritantemente curiosa grabada en el rostro.

Vacilé, ralentizando el paso por un instante antes de recuperar el ritmo.

No era fácil hablar de él.

No porque no quisiera, sino porque aún estaba aprendiendo a manejar todo aquello.

—Él es… —comencé, pero las palabras se atascaron— tiene sus cosas.

—¿Eso es una descripción? —Marco arqueó una ceja, obviamente insatisfecho.

Suspiré profundamente, sabiendo ya que no dejaría el asunto tan fácilmente. Estábamos cerca de mi despacho cuando él decidió ir un paso más allá.

—¿Tienes fotos? —preguntó, demasiado casual para alguien que sabía exactamente cómo pincharme.

No respondí enseguida, pero mi expresión probablemente me delató, porque su sonrisa se hizo todavía más grande. Irritantemente grande.

—Venga, enséñamela.

—Marco…

—¡Vamos, Dante! No finjas que no tienes ninguna foto. Apuesto a que incluso tienes algún vídeo.

Resoplé, pero finalmente saqué el móvil del bolsillo y, con unos cuantos toques, abrí la galería.

Escogí una foto que había hecho sin que Elena se diera cuenta.

Era de Heitor en el carrito, mirando directamente a la cámara con aquellos ojos que parecían sostener el mundo entero.

—Aquí tienes.

Marco cogió el teléfono con la emoción de quien acababa de ganar la lotería.

—Mira al pequeñajo. Tiene tu misma cara. —Rió, acercando el móvil al rostro—. ¿Hay más?

—Ya has visto suficiente.

—No tan rápido. —Ignoró mi intento de dar por cerrado el tema y siguió deslizando la galería hasta encontrar un vídeo.

Yo sabía perfectamente cuál era: Elena sosteniendo a Heitor mientras él soltaba una carcajada que parecía llenar toda la habitación.

El sonido resonó entre nosotros, aunque estuviera amortiguado por el bajo volumen del móvil. Marco se echó a reír también, negando con la cabeza.

—Para alguien que no quería ser padre, pareces bastante implicado, Valentini. Fotos, vídeos… ¿Qué más tienes por aquí?

—Dame eso. —Le quité el móvil antes de que siguiera curioseando.

—Entonces, ¿qué significa esto? —Cruzó los brazos, aún con aquella sonrisa idiota en la cara—. Estás pensando en ellos dos más de lo que admites, ¿verdad?

No respondí, porque tenía razón. Y odiaba que Marco tuviera razón.

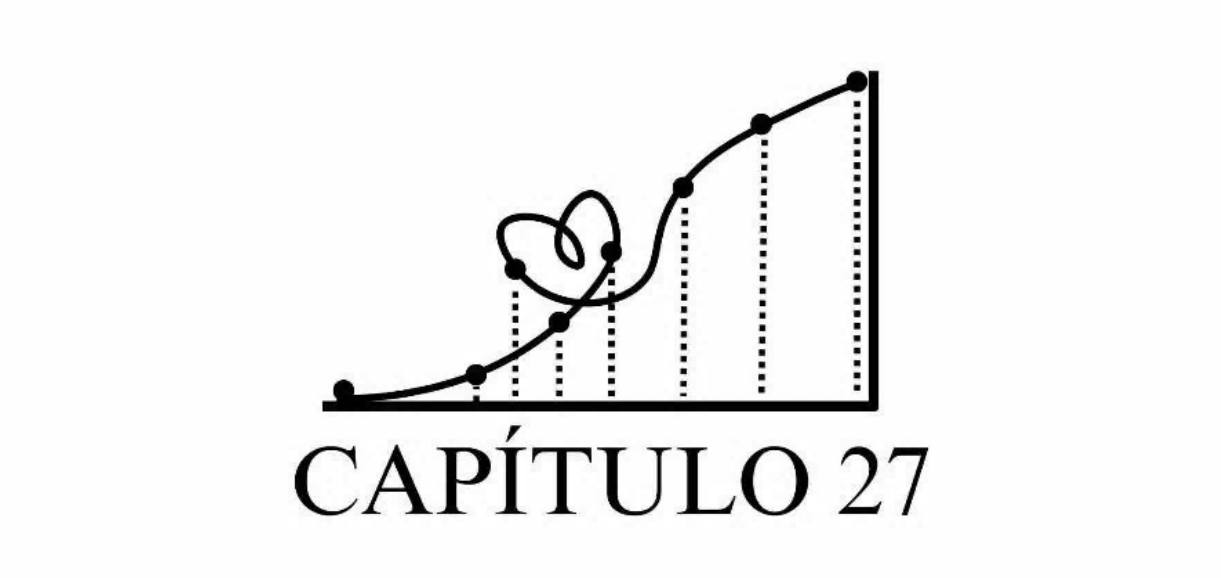
Mientras regresaba a mi despacho, dejé que el silencio contestara por mí. Marco no insistió más, pero el eco de sus palabras permaneció en mi cabeza.

Tenía razón. Pensaba en ellos. En Heitor. En Elena. Mucho más de lo que creía ser capaz.

Cuando entré en mi despacho y me senté en la silla de cuero, intenté concentrarme en el trabajo. La pantalla del ordenador estaba encendida, pero las hojas de cálculo parecían borrosas.

Dejé el móvil sobre la mesa, con los pensamientos regresando al vídeo. A la risa de mi hijo. A la sonrisa de Elena mientras lo sostenía.

No sabía cómo había llegado hasta ese punto. No sabía cómo, pero sí sabía que ya no había vuelta atrás.



«Los momentos más inesperados revelan facetas de alguien que ni siquiera sabíamos que existían».

ELENA ROMANO

Me llevé un susto tremendo cuando entré en la cocina y vi a Dante.

Todavía no eran ni las seis de la tarde, y él percibió mi sorpresa por la forma en que lo miré fijamente y por cómo me apoyé en la encimera, tratando de entender qué hacía allí tan pronto.

Normalmente, no cruzaba la puerta antes de las ocho, e incluso Heitor ya se había acostumbrado a dormirse antes de que su padre llegase.

—Has llegado pronto —comenté, cruzándome de brazos mientras observaba cómo se quitaba la americana y la colgaba en una

de las sillas del comedor—. ¿Algún problema?

Vaciló por un instante, pero enseguida su mirada se dirigió hacia Heitor, que estaba en mis brazos moviendo sus manitas inquietas.

—Pensé que estaría bien llegar más temprano de vez en cuando —respondió, desviando la vista hacia la encimera, como si buscara algo más interesante que mi rostro lleno de preguntas.

Sonreí con ironía, desconfiada, pero preferí no presionarlo.

—Voy a prepararle algo a Heitor —anuncié, caminando hacia la nevera—. ¿Quieres sostenerlo mientras tanto?

Levantó una ceja como si estuviera considerando la idea, pero luego extendió los brazos.

—Claro.

Le entregué al pequeño con cuidado, asegurándome de que lo sostenía correctamente, aunque ya se notaba la práctica en sus movimientos anteriores.

Aun así, aquella escena era algo que no imaginé ver tan pronto: Dante Valentini, con su traje impecable, sosteniendo a un bebé con la misma concentración de quien dirige una reunión internacional.

Mientras preparaba la leche y una papilla sencilla para Heitor, no pude evitar mirarlos de reojo. Para mi sorpresa, Dante empezó a hacerle pequeñas muecas, y Heitor respondía con sonidos parecidos a risitas, completamente fascinado por la atención de su padre.

¿Habrá venido antes solo para pasar tiempo con Heitor?, pensé, intentando no revelar lo mucho que esa posibilidad me emocionaba.

Cuando terminé, me acerqué con el platito en las manos, preparada para alimentar al pequeño.

—Está empezando a cogerte cariño —comenté, ofreciendo una sonrisa discreta.

Dante levantó los ojos hacia mí, y por un breve instante vi algo distinto en ellos. Quizás orgullo, o algo aún más difícil de nombrar.

—Parece que es fácil de contentar —comentó, aunque había un tono de tranquilidad en su voz.

Después de acomodar a Heitor en su sillita, Dante se recostó contra la encimera de la cocina, cruzado de brazos, observando cómo interactuaba yo con el bebé.

La conversación que siguió parecía extrañamente natural.

—¿Cómo estás? —preguntó de pronto, con una voz menos dura de lo habitual.

Alcé los ojos hacia él, algo sorprendida por la pregunta.

—Bien, creo. ¿Por qué lo preguntas?

Se encogió de hombros, pero su expresión decía algo más.

—Han pasado muchas cosas en poco tiempo.

—Eso es cierto. —Sonreí, más para mí misma—. Pero sobrevivo. Se me da bien.

—¿Se te da bien sobrevivir? —cuestionó él, arqueando una ceja —. No parece algo de lo que alguien deba enorgullecerse.

—Quizá no, pero es lo que me ha traído hasta aquí.

Guardó silencio un momento, como si reflexionase sobre mis palabras, y después cambió de tema con suavidad.

—¿Heitor duerme bien? ¿O te está dando trabajo?

—Es un ángel comparado con otros bebés que he visto —respondí con total sinceridad—. Creo que eso lo heredó de mí, seguro.

Soltó una pequeña risa, pero no comentó nada más.

En cambio, sus ojos permanecieron en Heitor durante algunos segundos más, como si intentara descifrar algo en el pequeño rostro de su hijo.

Yo podía ver que él se estaba esforzando, y eso significaba algo para mí.

Por mucho que Dante fuera un misterio, y que su manera autoritaria y reservada aún me irritara, había algo más allí.

¿Quizá un intento sincero? ¿El deseo de entender y formar parte de la vida de alguien más allá de él mismo?

La cercanía de aquel momento fue inesperada, pero, aunque breve, dejó algo nuevo flotando en el aire.

Y por primera vez sentí que había un pequeño destello de algo diferente, algo más humano, en Dante Valentini.

—Hoy voy a preparar la cena. ¿Qué te apetece comer? —preguntó con tanta naturalidad que tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo dices? ¿Sabes cocinar? —pregunté, arqueando las cejas, más para ocultar la risa que intentaba escaparse de mis labios.

La imagen de él en la cocina me parecía tan improbable como la de un pingüino surfeando en Copacabana.

Él cruzó los brazos, lanzándome una mirada entre desafiante y divertida.

—Sí, es... bueno, era uno de mis hobbies. —La naturalidad con que respondió aumentó aún más mi incredulidad.

—Vale, entonces sorpréndeme. ¿Qué te parece un risotto de gambas? —sugerí, esperando una respuesta del estilo "no hago milagros".

Él sonrió ligeramente, una sonrisa discreta pero auténtica.

—Risotto de gambas será entonces. Lo vas a probar y, quizás, aprendas algo.

No pude contener la carcajada que se me escapó.

—Eso lo quiero ver.

Mientras comenzaba a organizar los ingredientes con la eficiencia de quien realmente sabía lo que hacía, me giré para salir.

—Voy a dejar a Heitor con Iolanda y a darme una ducha rápida, así no estorbo al chef Valentini en su hábitat natural.

Él negó con la cabeza antes de que yo pudiera dar el primer paso.

—No hace falta. Déjame a Heitor conmigo. Yo lo cuido mientras te duchas.

Por un instante me quedé paralizada.

No era que nunca antes hubiese sostenido a Heitor, pero que él mismo lo propusiera… era nuevo. Mi corazón dio un vuelco y tuve que disimular la sonrisa que intentaba formarse en mis labios.

—¿Seguro? A veces puede ser un poco exigente —bromeé, tratando de ocultar mi felicidad bajo una capa de humor.

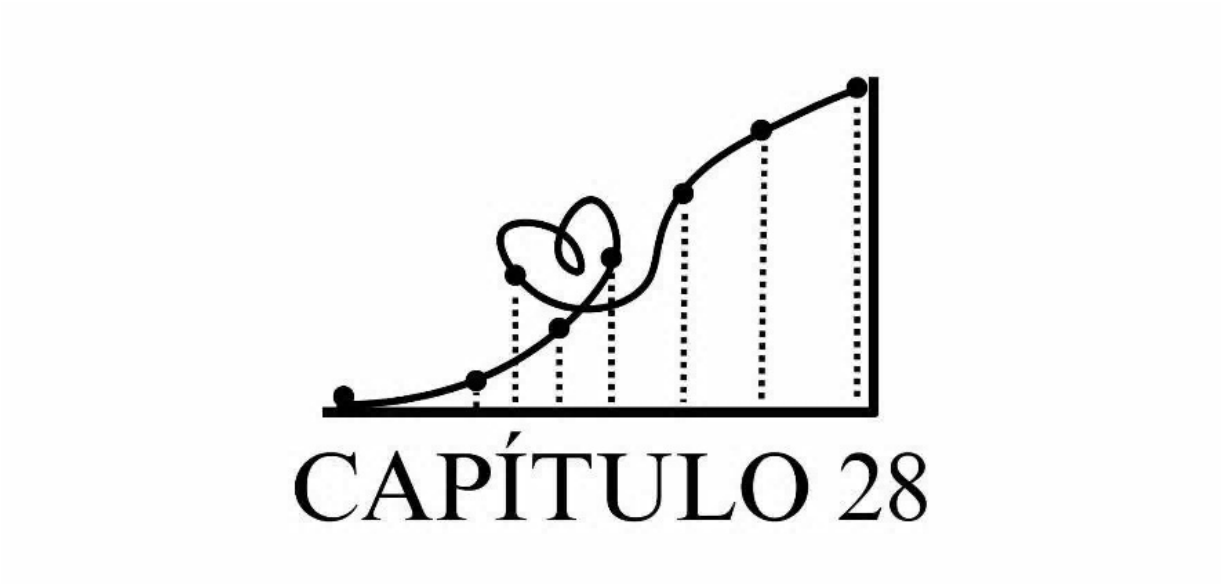
—No te preocupes. Nos entendemos —respondió Dante, tomando al pequeño con una facilidad que ya no me sorprendía—. Ve tranquila, disfruta de la ducha.

—Vale. Os estaré vigilando, ¿eh? —bromeé antes de salir de la cocina, sintiéndome un poco más ligera.

Mientras el agua caliente resbalaba por mi cuerpo bajo la ducha, me encontré pensando.

Algo estaba cambiando.

Él no solo estaba más presente, sino que también se permitía ser vulnerable de una forma que nunca pensé ver. Era como si estuviera intentando, aunque fuera con pequeños pasos, conectar no solo con Heitor, sino también conmigo.



«A veces, es en lo inesperado donde encontramos las respuestas que ni siquiera sabíamos que estábamos buscando».

DANTE VALENTINI

—¿Por qué me miras con tanta desconfianza, eh? —pregunté a mi hijo, aunque solo después me di cuenta de que estaba hablando con un bebé.

Heitor estaba en mis brazos, con sus ojos grandes y curiosos clavados en mí, como si yo fuera una especie de enigma por resolver.

Era desconcertante.

Hasta hace algunas semanas, apenas podía imaginar cómo sería sostener a mi hijo, y ahora aquí estaba, intentando descifrar lo que se pasaba por la cabeza de un bebé de pocos meses.

—Ya sé, seguro que te estás preguntando qué haces en brazos de un extraño como yo, ¿verdad? —continué, aunque tenía la sensación de que la conversación era completamente absurda—. Bueno, te contaré un secreto: yo también estoy intentando entender qué hago aquí.

Heitor movió sus manitas como si tratase de alcanzar algo. Era un gesto torpe, pero consiguió sacarme una sonrisa involuntaria.

Por algún motivo, ese pequeño movimiento parecía una respuesta, como si realmente estuviese prestando atención a lo que decía.

—¿Sabes? No soy la clase de persona que los demás describirían como cálida —suspiré, ajustándolo mejor en mi regazo—. Me gusta el orden, el control. En mi mundo, todo tiene que estar en su sitio. Y tú… bueno, tú llegaste y pusiste todo patas arriba.

Soltó un sonido suave, entre balbuceo y risa, lo que hizo que yo también riera.

—Ah, ¿te parece gracioso? —pregunté, arqueando una ceja—. Muy bien, pequeño. Te contaré algunas cosas sobre mí, ya que parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Acaricié suavemente su mejilla, sintiendo la suavidad de su piel.

Había algo profundamente tranquilizador en aquel instante. Inesperado, pero tranquilizador.

—Me gustan los deportes, ¿sabes? El fútbol, por ejemplo. —Hice una pausa, observando su expresión como si esperase una reacción—. Y no solo verlo; solía jugar cuando era más joven. Quizá algún día tú también aprendas.

Heitor volvió a emitir otro sonido que interpreté como aprobación.

—Así es, campeón. Algún día patearemos juntos una pelota. Pero no esperes que sea blando contigo, ¿eh? —añadí en tono bromista —. Al fin y al cabo, tienes sangre de los Valentini. Nosotros no hacemos nada a medias.

Apretó mi camisa con sus deditos, lo que me hizo sonreír de nuevo.

—¿Qué más podría contarte? Ah, sí: música. Me gusta el jazz y la música clásica. Seguro que tu madre intentará enseñarte otra cosa, quizás algo más moderno. —Hice una pausa, y la imagen de Elena riendo con Heitor apareció en mi mente—. Ella tiene una forma de ver el mundo que nunca entenderé del todo, pero quizá tú lo heredes. Quién sabe, a lo mejor consigues equilibrar un poco las cosas por aquí.

Lo miré otra vez, y ahora parecía fascinado con la corbata que llevaba puesta.

Su curiosidad era casi hipnótica, y por un breve instante sentí algo que no supe describir. Algo nuevo. Quizá orgullo. Tal vez miedo.

—Sabes, Heitor, voy a hacerte una promesa. Puede que yo no sea perfecto, pero intentaré ser el mejor padre posible. Te lo mereces. —Mi voz sonó más baja, casi en un susurro—. Solo espero que algún día entiendas esto, todo lo que estoy haciendo.

Respondió con un sonidito animado, y por primera vez deseé que aquel momento durara más tiempo.

—Parece que tú también tienes mucho que decir, ¿eh? —bromeé, acomodándolo nuevamente en mis brazos—. Quizá algún día tú me enseñes a ser más… ¿cómo decirlo? Menos rígido.

De repente, Elena entró en la sala, interrumpiendo el momento. Tenía una sonrisa en los labios y parecía sorprendida al verme tan cómodo con el bebé.

—Le gusta conversar contigo, ¿sabías? —comentó, cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Conversar? —pregunté arqueando una ceja—. Creo que estoy hablando solo, pero no importa. Él es buen oyente.

—Entiende más de lo que imaginas —respondió Elena, acercándose—. Y por lo que veo, no lo estás haciendo nada mal.

No supe qué contestar.

Simplemente observé cómo se sentaba a mi lado en el sofá, mirando al niño que aún sostenía en brazos.

—Se parece a ti, ¿sabes? —comentó Elena en un tono más suave —. Tiene tu mirada. Intensa, curiosa… y también un poco cabezota.

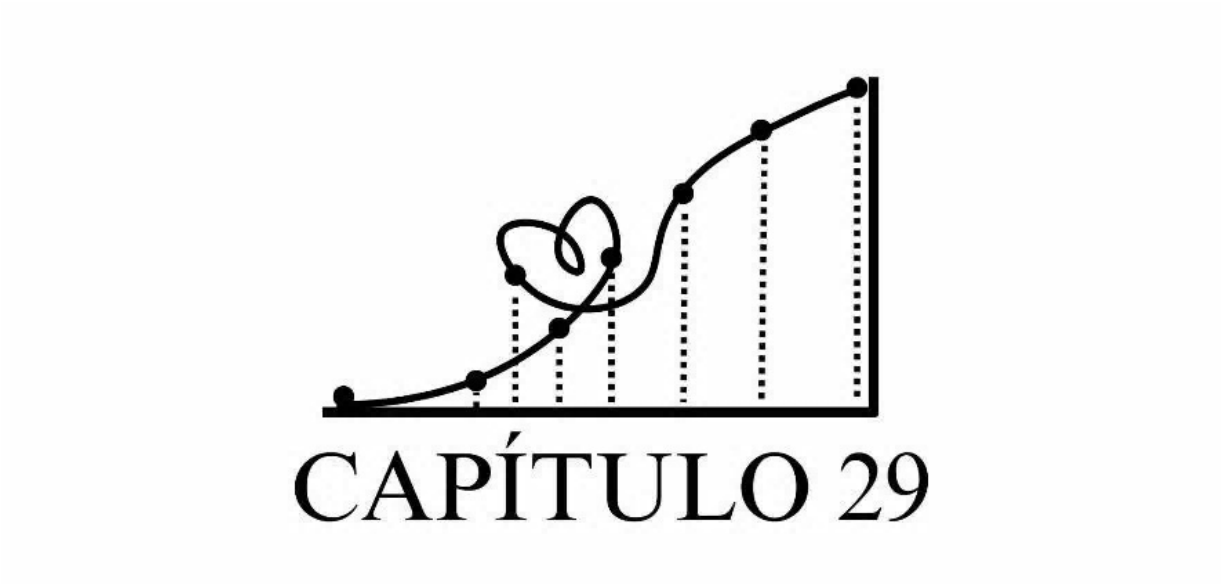
—Espero que la terquedad sea más culpa tuya que mía.

Ella negó con la cabeza, riendo.

—No, Valentini, esa es toda tuya —replicó con tono divertido mientras extendía la mano para acariciar la manita de Heitor.

Los observé a ambos un instante, y sentí que algo dentro de mí se contraía.

Probablemente era miedo a lo desconocido, o quizá la comprensión de que, por primera vez, formaba parte de algo que no podía controlar completamente.



«Son los momentos más sencillos los que revelan las facetas más inesperadas de las personas.»

ELENA ROMANO

Confieso que me quedé escondida detrás de una de las paredes de la mansión escuchando la interacción entre ellos durante algunos minutos antes de entrar en el salón.

Era difícil creer que aquel hombre, frío e inaccesible la mayor parte del tiempo, estuviera manteniendo una conversación —aunque unilateral— con un bebé.

Cuando por fin reuní el valor para aparecer, Dante tenía a Heitor en brazos, meciéndolo suavemente mientras murmuraba algo sobre cómo lanzar un balón de baloncesto.

La imagen era sorprendente y, de alguna manera, reconfortante. Él parecía estar totalmente fuera de su zona de confort y, a la vez, completamente entregado a ese momento.

—Es extraño —comenté, dudando un poco— escucharte hablar así con él. Pensaba que tú... no sé, quizá serías más distante.

Dante alzó una ceja, claramente divertido con mi comentario.

—Subestimas mi potencial, Elena.

Me entregó a Heitor con sumo cuidado, como si el bebé estuviera hecho de cristal.

—Ahora es tu turno. Voy a preparar algo para que comamos.

Antes de que pudiera salir del salón, tomé aire y me atreví a hablar.

—¿Dante? —lo llamé, y él se detuvo en la puerta, mirándome con curiosidad—. ¿Puedo quedarme en el salón mientras cocinas? Quiero decir, ¿puedo mirar?

Pareció sorprendido con mi petición, pero asintió rápidamente.

—Claro, si es lo que quieres. Solo voy a cambiarme primero.

Tan pronto como salió, acomodé mejor a Heitor en mis brazos e intenté no pensar demasiado en cómo ese simple gesto había logrado ponerme un poco nerviosa.

Pocos minutos después, Dante regresó vistiendo una camisa informal y unos vaqueros.

Era extraño verlo fuera de sus impecables trajes; sin embargo, de alguna forma, parecía aún más intimidante con ese aspecto relajado.

Se dirigió directamente a la cocina, moviéndose con la confianza de quien sabe exactamente lo que hace.

Me quedé en silencio durante unos minutos, repartiendo mi atención entre Heitor y los precisos movimientos de Dante. Cortaba los ingredientes con habilidad, los colocaba en distintos cuencos y parecía completamente cómodo.

Era fascinante verlo así, tan diferente del hombre que dirigía reuniones con aire de superioridad.

—Parece que te lo tomas muy en serio —comenté, incapaz de contener mi curiosidad.

—Siempre he sido perfeccionista. Sea en el trabajo o en la cocina. Uno es lo que es en todas las ocasiones.

—Hum... una cualidad impresionante.

Él me dirigió una mirada breve, claramente consciente de la provocación en mi tono, pero no dijo nada más. Seguí observando mientras añadía ingredientes a la sartén, removiendo con precisión.

Era casi hipnótico.

—Listo —anunció después de un rato, apagando el fuego—. Ve a la mesa.

Con Heitor aún en brazos, me levanté y me dirigí al comedor, donde él ya había colocado platos, cubiertos y copas. Sirvió el risotto con cuidado, poniendo una generosa porción en mi plato antes de servirse a sí mismo.

Probé el primer bocado sin grandes expectativas. Pero apenas el sabor tocó mi paladar, abrí los ojos con sorpresa.

—Dios mío, Dante. Creo que este es el mejor risotto que he comido en mi vida.

Él soltó una breve risa, evidentemente sin creerme.

—Sé que lo dices por complacerme.

—¡No es así! —insistí, cogiendo otro bocado—. Lo digo en serio. Está increíble.

Dante pareció considerar mis palabras durante unos segundos antes de encogerse de hombros, como si fuera algo habitual.

—Aprendí con mi abuelo —explicó—. Tenía un pequeño restaurante cuando yo era niño. Siempre me llevaba a la cocina, aunque a mi madre no le hacía mucha gracia la idea.

Me sorprendí con aquella información.

—Nunca te habría imaginado en una cocina siendo niño.

—Era curioso. Quería entender cómo funcionaba todo, aunque fuera un lugar sencillo. Mi abuelo decía que para ser bueno en algo, hay que aprender desde la base. Y tenía razón.

—Parece que fue una gran influencia en tu vida.

—Lo fue —admitió, cogiendo su propio tenedor—. Pero nunca pensé que usaría esto de verdad. Creo que ahora estaría orgulloso.

Continuamos hablando mientras cenábamos y, por primera vez, sentí que había algo más de tranquilidad entre nosotros.

Dante parecía menos rígido, más humano. Y, por un momento, pensé que tal vez existía la posibilidad de que algo realmente funcionara entre nosotros.

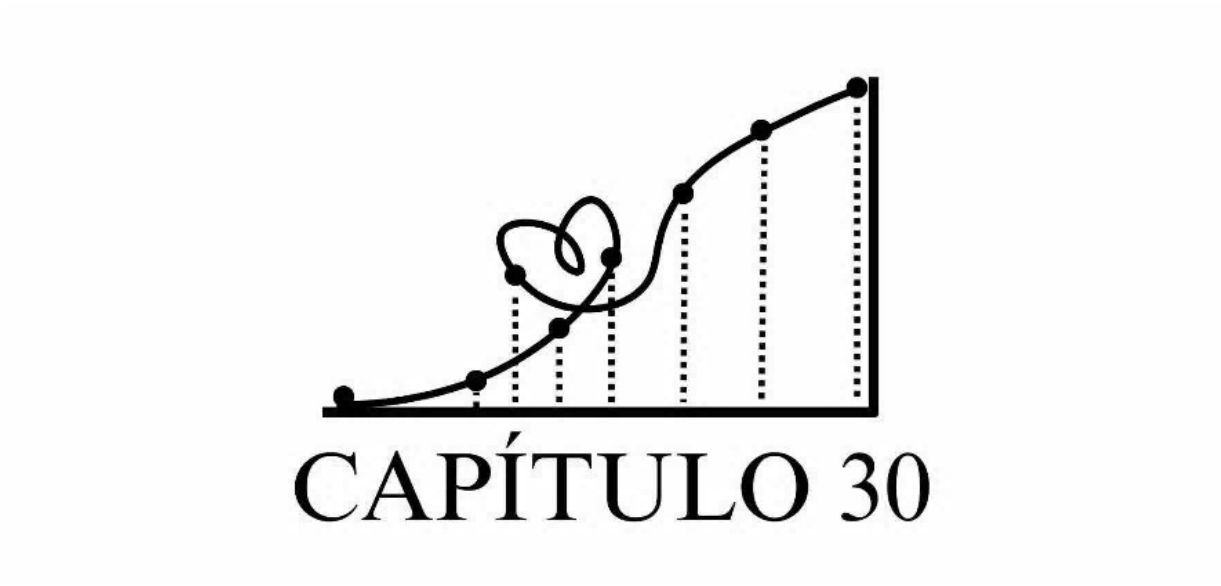
Cuando terminé de comer, lo miré y sonreí.

—Debo admitir que estoy impresionada.

—Bueno, espero que eso compense todas las demás cosas en las que probablemente piensas que soy pésimo.

—Ya veremos. Por lo visto aún nos queda un largo camino por recorrer.

Dante se limitó a mirarme durante un instante antes de sonreír, una sonrisa auténtica y poco común en él.



«Algunas batallas se libran en silencio, pero las más difíciles son aquellas en las que el corazón y la razón entran en conflicto.»

ELENA ROMANO

Había quedado para comer con mi amiga, y admito que estaba deseando contarle todas las novedades, especialmente ese otro lado de Dante.

Ayer parecía más afectuoso.

Fue como si, por un breve momento, aquel hombre impenetrable y autoritario hubiera bajado sus barreras.

Durante la cena, su presencia fue menos intimidante, casi acogedora, lo que me llevó a preguntarme si aquella versión más relajada suya podría volver a aparecer.

Con Heitor en brazos y el bolso colgado del hombro, caminé por el largo pasillo de la mansión, dispuesta a cruzar las puertas.

La casa era impecable e imponente, pero a veces sentía que me atrapaba más de lo que me acogía.

Necesitaba respirar un poco de aire fresco fuera de aquel lugar, encontrarme con mi amiga y hablar de todo lo que estaba pasando.

Sin embargo, cuando me acerqué al portón, uno de los guardaespaldas de Dante me sorprendió al interponerse en mi camino. Alto, corpulento y con una postura inflexible, se plantó frente a mí como si yo fuera algún tipo de amenaza.

—Disculpa —le dije, ajustando a Heitor en mis brazos y tratando de pasar.

—Lo siento, señora, pero no puedo dejarla salir.

Me quedé desconcertada por un segundo, creyendo que quizás había entendido mal.

—¿No puedes dejarme salir? ¿Por qué?

El hombre carraspeó, incómodo, pero manteniendo la firmeza en la voz.

—Órdenes del señor Valentini. Él ha prohibido que usted salga sola.

Fue como si la sangre empezara a hervirme de inmediato.

¿Prohibido? ¿Cómo que prohibido?

—Esto tiene que ser una broma. Ni siquiera me lo ha mencionado.

—Lo siento, pero no puedo desobedecer sus órdenes.

—¡No soy una prisionera! —exclamé, alzando la voz sin darme cuenta, lo que hizo que Heitor se removiera inquieto en mis brazos. Respiré hondo intentando calmarme, pero la indignación todavía me quemaba en el pecho—. Necesito salir. He quedado para almorzar con una amiga y no hay nada que justifique que me lo impidas.

El guardaespaldas cruzó los brazos, visiblemente firme en su postura.

—Si desea salir, tendrá que esperar a que él lo autorice.

—¡Esto es absurdo! —repliqué, sacudiendo la cabeza, incrédula —. Soy adulta, sé cuidar de mí misma y de mi hijo.

—De verdad lo siento, señora, pero como ya le he dicho, no puedo permitírselo.

Me di cuenta de que discutir con él era inútil.

Era como una pared de hormigón, inflexible y determinado a cumplir las órdenes de Dante, costara lo que costase. Resoplando de frustración, le di la espalda y volví al interior de la casa.

La mansión, que antes solo parecía demasiado grande, ahora se sentía asfixiante.

Subí hasta el salón, dejé a Heitor en el parque infantil y cogí mi móvil. Si Dante quería jugar así, yo misma me encargaría de enfrentarme a él directamente.

Busqué su número en la lista de contactos y pulsé el botón de llamada con más fuerza de la necesaria, casi deseando que él pudiera sentir mi irritación al otro lado de la línea.

Mientras el teléfono sonaba, intenté tranquilizarme, pero la indignación aún palpitaba en mí. No tenía derecho a decidir lo que yo podía o no hacer, y mucho menos sin haberme avisado antes.

Ahora era mi turno de poner las cosas claras.

DANTE VALENTINI

Descubrí que me gustaba hablar sobre Heitor, y ya que Marco preguntaba tanto, era con él precisamente con quien lo hacía.

—A ver si lo he entendido bien… ¿le preguntas a tu hijo y luego respondes por él? Peor aún, ¿te basas en sus gestos para saber lo que piensa?

Solté una risa, algo poco habitual en mí.

—Tiene expresiones muy claras, Marco. No es tan difícil entender lo que quiere.

—Claro, porque un bebé de dos meses ya sabe comunicarse perfectamente con su padre multimillonario —Marco puso los ojos en blanco, aunque su tono era de divertida provocación.

—¿Y por qué no? Deberías ver cómo reacciona cuando me ve. Estoy seguro de que sabe quién soy.

Marco cruzó los brazos, apoyándose contra la mesa.

—Vaya, Valentini, creo que Heitor está logrando algo que nadie había conseguido antes. Te está humanizando.

Mi expresión se endureció al instante, y la leve sonrisa desapareció.

—No empieces con eso, Marco.

—Lo digo en serio, Dante. Pareces… diferente. Menos rígido, más ilusionado. Hasta tu postura cambia cuando hablas de él.

Antes de que pudiera responder, mi móvil vibró sobre la mesa. Lo cogí, viendo el nombre de Elena en la pantalla. Algo me decía que aquella conversación no sería agradable.

—¿Elena?

—¡¿Qué demonios te crees que estás haciendo, Dante?! —Su voz era firme, casi un grito.

—¿De qué estás hablando?

—¡Sabes perfectamente de lo que hablo! ¿Cómo te atreves a prohibirme salir de la mansión? ¡Esto es absurdo!

Respiré profundamente, tratando de mantener la calma.

—Elena, es por tu seguridad y la de Heitor. No es nada personal.

—¿Nada personal? ¡Ni siquiera me lo avisaste! Lo he tenido que descubrir por uno de los guardias que, por cierto, ha sido extremadamente educado mientras me impedía salir de mi propia casa.

—No es tu casa.

—¿Ahora quieres discutir sobre semántica? Dante, soy adulta. Sé cuidar de mí misma y de mi hijo.

Estaba enfadada, y con razón, pero yo no podía ceder.

—Hablaremos sobre esto cuando llegue a casa esta noche.

—Ah, puedes estar seguro de que lo haremos.

Su tono de desafío me arrancó un suspiro pesado.

—Hasta luego, Elena.

Colgué antes de que ella pudiese seguir protestando, pero su indignación permanecía en el aire.

—Esa llamada parecía divertida —comentó Marco, con una sonrisa burlona, claramente entretenido con la situación.

—Está enfadada porque le prohibí salir de la mansión.

Marco abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio hiciste eso?

—Sí.

—Dante, ¿no crees que estás exagerando un poco?

Lo miré fijamente, endureciendo aún más mi expresión.

—No. No pienso arriesgarme en nada. No con Heitor y con ella.

Marco levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, Sr. Protector. Solo digo que quizás deberías considerar cómo se siente ella.

—Eso no va a cambiar nada.

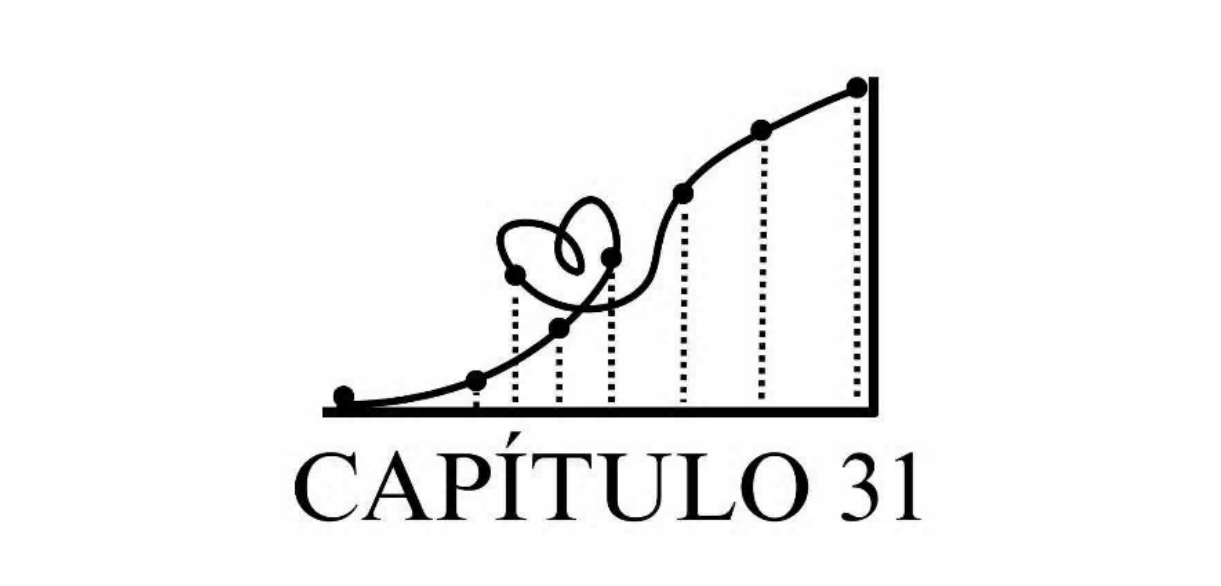
Sacudió la cabeza, pero no insistió más.

—Está bien, tengo que resolver algunos asuntos pendientes. Suerte con Elena esta noche.

Marco rio suavemente mientras salía del despacho, dejándome solo con mis pensamientos.

Me pasé la mano por el rostro, tratando de apartar la incómoda sensación de que quizá Marco tuviera razón. Pero no podía correr ningún riesgo. No ahora, con tantas cosas en juego.

El resto del día se presentaba largo, y la conversación con Elena prometía ser aún más difícil.



«No todas las batallas se ganan con armas; algunas empiezan y terminan con palabras que pesan más que el silencio».

ELENA ROMANO

Tuve que contarle a mi amiga por teléfono lo que había pasado, y después simplemente esperé a que Dante llegara a casa. Cuando cruzó la puerta, fui directa al grano, diciendo aquello que me martilleaba la cabeza:

—¿Por qué no puedo salir sola, Dante? —empecé, sintiendo cómo se me calentaba el rostro.

Él cerró la puerta con calma, se quitó la chaqueta y la dejó sobre una de las sillas antes de mirarme con ojos que eran como una tormenta a punto de estallar.

—Ahora estás bajo mi protección, Elena. Y eso incluye también a nuestro hijo —respondió, pronunciando cada palabra como si fuera una ley irrevocable.

—¿Protección o control? Porque, sinceramente, ¡parece que crees que puedes decidirlo todo por mí! —contraataqué, intentando mantener firme mi voz.

Dio un paso hacia delante, con las manos en los bolsillos, intensificando aún más su presencia.

—No es control. Es seguridad. No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer por vosotros dos —dijo con absoluta convicción.

—¡No necesito que nadie controle mi vida, Dante! Ya he pasado por eso antes y no pienso permitir que vuelva a suceder. —Crucé los brazos, notando cómo mi cuerpo entero reaccionaba a la tensión entre nosotros.

Negó despacio con la cabeza, fijando la mirada en mí como si tratase de hacerme entender algo a lo que me resistía.

—Pero necesitas a alguien que se asegure de que ambos estéis a salvo —respondió, con un tono que no admitía discusión.

—¿Cuándo dejarás de decidirlo todo sin consultarme? —Mi voz tembló, pero no era miedo. Era agotamiento mezclado con frustración.

Él inclinó la cabeza, analizando cada rasgo de mi rostro.

—Cuando aceptes que sé lo que es mejor para vosotros dos.

Eso fue el colmo.

Me reí, una risa amarga que escapó antes de que pudiera evitarlo.

—¡Crees que lo sabes todo, pero no sabes absolutamente nada de mí!

Durante un instante guardó silencio, aunque sus ojos se oscurecieron, cargados de algo que no fui capaz de descifrar.

—Quizás. Pero sé lo suficiente como para manteneros protegidos, aunque te cueste admitirlo —afirmó con una calma que resultaba aún más irritante que si hubiera gritado.

—No sé cómo puedes ser tan frío a veces.

—No es frialdad. Es enfoque —corrigió con firmeza.

—¿Enfoque en qué?

Dio otro paso adelante, su voz más baja pero llena de intensidad.

—En lo importante. Y ahora mismo, vosotros dos sois lo importante.

Mi respiración flaqueó.

Era difícil lidiar con Dante cuando hablaba así, porque en el fondo una pequeña parte de mí deseaba creerle. Sin embargo, no podía dejarlo pasar.

—Entonces, ¿de verdad crees que tienes el control sobre mi vida? —le reté.

—Elena, no lo creo. Lo sé.

—Esto es una broma, ¿verdad? —Mi risa volvió a sonar amarga, aunque su mirada permaneció impasible.

—¿Crees que he llegado hasta aquí jugando? —arqueó una ceja, con voz autoritaria.

Di un paso atrás, intentando ordenar mis pensamientos.

—¿No tienes miedo de perder lo más importante, Dante? —pregunté suavizando un poco mi tono.

Él vaciló y, por un breve instante, pude ver una grieta en su armadura.

—Tengo miedo de no proteger lo que es mío.

—¿Y qué es tuyo ahora? —Susurré antes de poder evitarlo.

Me miró directamente a los ojos, y algo en su mirada hizo que se me cortara la respiración.

—Tú y Héctor.

Esas palabras quedaron suspendidas en el aire, tan pesadas que parecían contener todo el significado del universo.

Intenté procesar lo que acababa de decir, pero mi mente parecía atrapada entre el asombro y el escepticismo.

—¿Yo y Héctor? —pregunté cruzando los brazos de forma defensiva—. ¿Es una especie de declaración de propiedad?

—No es propiedad. Es responsabilidad —respondió sin titubear, con los ojos ardiendo con esa intensidad tan suya.

—Ah, entiendo. ¿Crees que ahora eres nuestro salvador y que tu «responsabilidad» justifica controlar cada paso que doy? —mi voz sonó ácida, aunque mi corazón latía mucho más deprisa de lo que debería.

Respiró profundamente, pasando la mano por el pelo como si intentara contenerse.

Algo que raramente veía en él: duda.

—No quiero controlarte, Elena. Quiero asegurarme de que no os ocurra nada. Aunque no lo creas, el mundo es mucho más peligroso de lo que imaginas.

—Oh, gracias por la clase magistral sobre los peligros del mundo. Pero ¿sabes qué? Ya he afrontado peligros antes. Sola. —Mi voz

se quebró al final, y odié que sucediera.

Él avanzó aún más, acortando la distancia entre nosotros.

—Precisamente por eso, Elena. Ya no tienes por qué afrontarlos sola. No ahora, no mientras yo esté aquí.

Me reí de nuevo, una risa amarga que ni yo misma me creí.

—Es curioso. Hablas como si fueras la respuesta a todos los problemas de mi vida.

—Quizás lo sea —replicó sin un ápice de ironía.

La seguridad con que lo dijo me desarmó por un segundo.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —susurré negando con la cabeza—. No puedes decidir cómo tengo que vivir mi vida, aunque creas que lo haces por mi bien.

—No estoy pidiendo permiso, Elena. Te estoy diciendo cómo serán las cosas —afirmó con esa calma casi irritante.

Me acerqué más, desafiándolo con la mirada.

—¿Y si digo que no lo acepto? ¿Que no quiero vivir bajo tus reglas?

Él no pestañeó, no retrocedió ni un centímetro.

—Entonces seguirás luchando conmigo hasta que comprendas que todo lo que hago es por protegeros.

—¿Proteger o controlar? Porque contigo, parece que la línea entre ambas cosas es muy fina —repliqué, sintiendo cómo aumentaba mi rabia.

Inclinó la cabeza, observándome con una expresión casi curiosa.

—El control y la protección van de la mano cuando tienes algo que perder.

—¿Y qué exactamente crees que vas a perder?

Dudó durante un instante, algo poco habitual en él.

Luego, con una voz más suave, casi vulnerable, contestó:

—Todo.

Ese «todo» me desarmó más que cualquier argumento.

Por mucho que quisiera discutir, gritar o contradecirle, había algo en la forma en que lo dijo que me tocó de forma inesperada.

Respiré hondo, intentando ordenar mis ideas.

—Solo quiero vivir mi vida sin sentir que estoy en una jaula de oro. ¿Es pedir demasiado? —pregunté con tono casi suplicante.

Negó lentamente con la cabeza.

—No es pedir demasiado. Pero, por ahora, es lo único que puedo ofrecerte. Quizás ahora no lo entiendas, pero algún día lo harás.

Me quedé mirándole, sin saber si gritar o rendirme.

En el fondo sabía que sería inútil intentar hacerle cambiar de idea, aunque tampoco quería ceder por completo.

—Eso no significa que deje de luchar —le advertí decidida.

Él esbozó una leve sonrisa.

—Ya contaba con eso. Pero tampoco voy a ceder yo.

—Había quedado con mi amiga hoy.

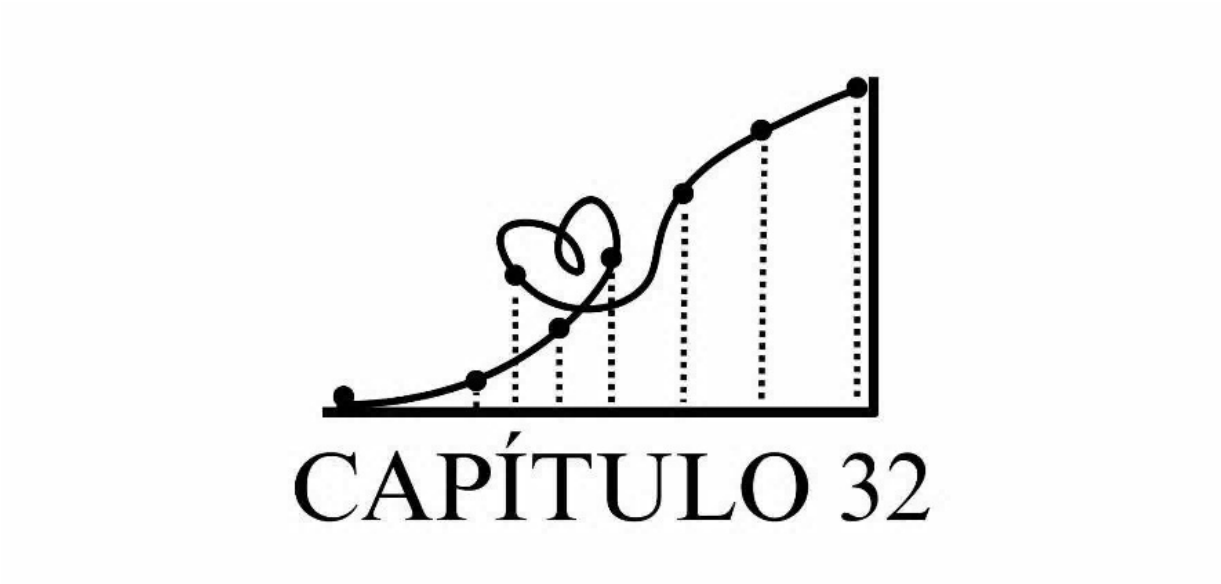
—Ella puede venir cuando quiera. Aquí tienes todo, y lo que necesites te lo daré. Solo haz esto por ahora, por favor.

—¿Tú pidiendo por favor?

—Sí, y será la primera y última vez.

A pesar de no estar de acuerdo con muchas cosas, acabé cediendo, al menos por ahora.

—Está bien.



«Algunas verdades son como tormentas: sabes que van a llegar, pero nunca estás realmente preparado para el impacto».

ELENA ROMANO

Todavía me costaba asimilar todo lo que estaba sucediendo.

Aquel sábado parecía ser un día más, pero en vez de disfrutar de un poco de tranquilidad, Dante me sorprendió desde bien temprano llamándome para hablar en el salón.

—Tenemos que hablar de algo importante —comenzó, directo como siempre, mientras cruzaba los brazos.

Noté cómo se tensaba mi cuerpo antes incluso de escuchar lo demás. Cuando Dante decía «algo importante», nunca se trataba de algo ligero.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, intentando mantener un tono casual, aunque mi corazón ya se había acelerado.

—Mi padre. Tiene que saber lo de Héctor.

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra.

Aquello no me lo esperaba, no en ese momento. No conocía a su padre, pero por lo poco que sabía de Dante, deduje que Giuseppe Valentini debía de ser tan intimidante como su hijo.

—¿Y por qué ahora? —logré preguntar, aún tratando de digerir la idea.

—Porque merece saberlo. Y porque se va a enterar, tarde o temprano. —Me sostuvo la mirada con firmeza, con una seriedad que no dejaba lugar a debate.

Suspiré, mirando al suelo durante unos instantes. No estaba preparada para ese tipo de encuentro.

De hecho, no sabía si alguna vez lo estaría.

—Vale.

—Elena, ¿confías en mí? —preguntó, mirándome con esos ojos penetrantes que parecían capaces de leerme por dentro.

Intenté evitar responder de inmediato, pero finalmente cedí.

—Está bien. Vamos.



La casa de Giuseppe era imponente, pero de una manera clásica y refinada; nada extravagante como me había imaginado.

Cuando entramos, Dante llevaba a Héctor en brazos, mientras yo intentaba respirar hondo y mantener la calma.

Giuseppe estaba sentado en el salón, leyendo un periódico. En cuanto nos vio, se ajustó las gafas y se levantó con una postura impecable.

Poseía esa presencia imponente de quien domina cualquier lugar con apenas unas palabras.

—Dante. —Su voz era profunda, y me evaluó brevemente antes de volver la mirada hacia su hijo—. ¿Quién es tu… invitada?

Dante avanzó un paso, sujetando a Héctor con seguridad.

—Padre, ella es Elena… y este es mi hijo, Héctor.

El rostro de Giuseppe se quedó paralizado por unos segundos.

Estaba claro que no era la presentación que esperaba. Sus ojos viajaron de mí al bebé, y luego regresaron hacia Dante.

—¿Tu… hijo, mi nieto? —repitió, todavía intentando procesar la noticia.

—Sí —contestó Dante con firmeza—. Es mi hijo, y tu nieto.

Se hizo un silencio cargado en la habitación, pero, para mi sorpresa, Giuseppe no parecía enfadado ni decepcionado.

Por el contrario, una sonrisa empezó a dibujarse lentamente en su rostro.

—Vaya, esto sí que es inesperado. Pero maravilloso. —Se acercó a Dante y puso una mano firme sobre su hombro—. Es lo que tu madre y yo siempre hemos querido para ti, Dante. Una familia.

Fue como si Dante hubiese recibido un golpe inesperado.

Una leve incomodidad cruzó su rostro antes de recuperar su habitual expresión controlada.

Giuseppe me observó con más atención y me dedicó una sonrisa sincera.

—Elena, ¿verdad? Bienvenida. —Me tendió la mano y yo se la estreché, intentando no parecer nerviosa.

—Gracias, señor Valentini.

Él asintió con la cabeza, aún sonriendo.

—El placer es mío. Y debo decir que mi nieto es precioso.

Héctor soltó un suave sonido, como si supiera que era el centro de atención. Dante ajustó al bebé en sus brazos, y noté un destello de orgullo en su mirada.

Ese momento fue… diferente.

Casi familiar. Casi cómodo. Incluso con toda la intensidad que caracterizaba a Dante Valentini.

Nos quedamos allí alrededor de una hora, y el padre de Dante hizo muchas preguntas, la mayoría dirigidas a él.

Me di cuenta de que no parecía irritado ni disgustado conmigo por no venir de una familia rica o algo parecido.

Vi claramente que su atención principal era Héctor, y percibí en sus ojos que tener un nieto parecía ser verdaderamente su mayor sueño.

Al salir, Giuseppe volvió a apretar el hombro de Dante una última vez.

—Has hecho algo bueno, hijo. Espero que sigas así. Pero… supongo que sabes lo que esto implica, ¿no?

—Sí, padre.

Algo cambió en Dante al escuchar eso. No entendí de qué hablaban exactamente, pero estaba decidida a averiguarlo.



En el coche, Dante iba más callado de lo habitual, aunque esta vez sabía que estaba asimilando las palabras de su padre. Yo, por otra parte, sentía una mezcla de alivio y algo más que todavía no conseguía identificar.

—Tu padre es distinto a como me lo imaginaba —me arriesgué a decir, observándolo de reojo.

—¿Distinto en qué sentido? —Apartó la mirada de la carretera, alzando ligeramente una ceja.

—Más cálido. Creía que sería tan frío como tú.

No pude resistirme a provocarle, pero, para mi sorpresa, Dante dejó escapar una leve risa.

—Tiene sus momentos.

Y en ese breve instante, mientras Héctor dormía en el asiento trasero, noté algo nuevo en Dante. Bajo aquella armadura rígida y autoritaria, había algo más.

Algo que quizás él mismo todavía estaba descubriendo.

—Ya veo.

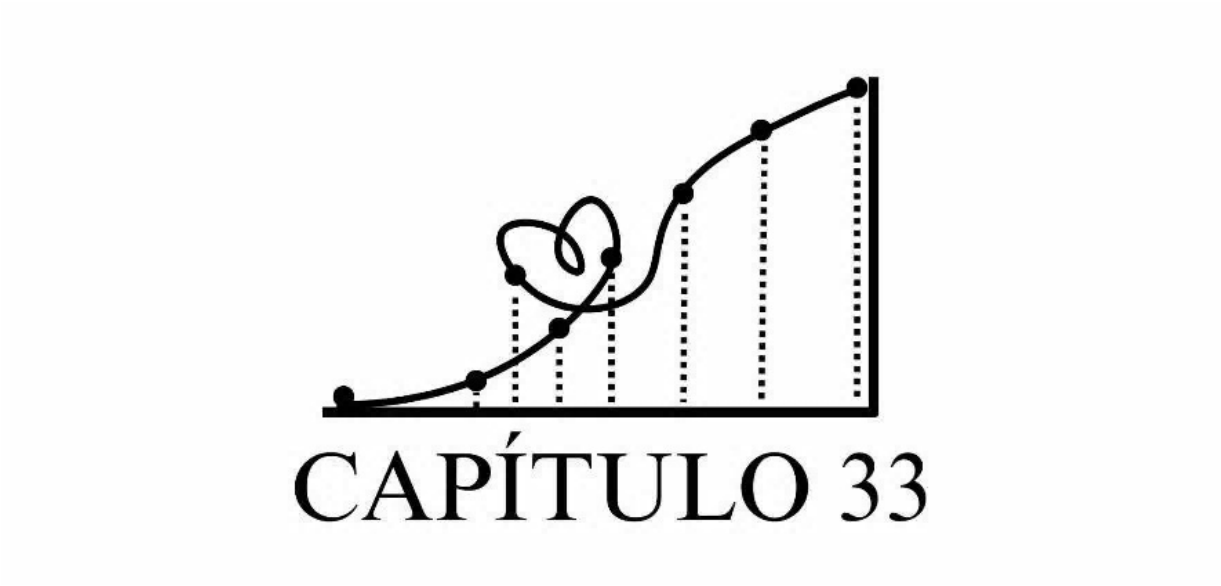
—Hay algo que necesito, y aún no lo he hablado contigo.

—¿Que necesitas?

—Exacto. Cuando lleguemos, te lo cuento.

Asentí con la cabeza.

No sabía de qué podía tratarse, pero estaba segura de que aquel asunto le atormentaba, porque su rostro había cambiado bruscamente…



«No todas las decisiones se toman con el corazón; algunas las impone el destino y se aceptan con la razón».

DANTE VALENTINI

Ese asunto ya no podía esperar más.

—¿Qué quieres decirme, Dante? —preguntó cruzándose de brazos e inclinando ligeramente la cabeza, como si ya estuviera preparándose para una mala noticia.

Di un paso hacia ella, pero mantuve cierta distancia, consciente de que aquella conversación requería tacto.

—Antes que nada, Elena, dime algo: ¿qué era lo que más deseabas en tu vida antes de que llegara Héctor? —pregunté con el tono más directo que pude emplear.

Parpadeó un par de veces, claramente sorprendida por la pregunta. Sus ojos se entrecerraron, tratando de descifrar mis intenciones antes de responder.

—¿Antes de Héctor? —repitió casi para sí misma—. Bueno… quería formar una familia. Una familia de verdad, con amor, respeto y estabilidad. Quería lo que nunca tuve realmente en mi último matrimonio. —Su voz se suavizó hacia el final, casi como si estuviera revelando un secreto.

No aparté la mirada, observando cómo cada palabra parecía cargar con años de esperanzas y frustraciones.

Cuando notó que la analizaba, levantó la barbilla y preguntó con desconfianza:

—¿Pero a qué viene esa pregunta ahora? ¿Qué estás tramando, Dante?

—En mi familia existe una tradición, Elena. Algo que ha pasado de generación en generación.

Frunció el ceño, sin entender a dónde quería llegar.

—¿Qué tradición? —preguntó, con la curiosidad desbordándose en su voz.

—Si un hombre de mi familia deja embarazada a una mujer, debe casarse con ella —solté la frase como un veredicto, directo y firme, dejando que el peso de aquellas palabras ocupara el silencio posterior.

Elena abrió mucho los ojos y retrocedió un paso, como si necesitase espacio para asimilar lo que acababa de oír.

—¿Qué…? —La palabra salió casi como un susurro, cargado de sorpresa—. ¿Me estás diciendo que tenemos que casarnos por culpa de una tradición?

—Sí. —Crucé los brazos, sosteniéndole la mirada mientras continuaba—: Y debemos hacerlo pronto.

Abrió la boca para contestar, pero no dijo nada.

Estaba claro que la idea la había pillado completamente desprevenida. Tras unos segundos, sacudió la cabeza, incrédula.

—Dante, esto no tiene ningún sentido. ¡Ni siquiera crees en el matrimonio! —replicó, alzando la voz más de lo habitual.

—No se trata de creer o no, Elena. Es una cuestión de honor. Es lo que se espera de mí como hombre. —Mi voz permaneció firme, aunque sabía que no lo aceptaría tan fácilmente.

—¿Honor? —rió sin pizca de humor, pasándose la mano por el pelo en señal de frustración—. Entonces ahora, por una tradición, ¿crees que casarse lo resolverá todo?

—No se trata solo de la tradición, Elena. Se trata de hacer lo correcto. Te guste o no, tú y Héctor sois mi responsabilidad ahora. —Avancé un paso más, mirándola fijamente.

Tragó saliva, aún visiblemente alterada.

—Esto no puede estar pasando… —murmuró casi para sí misma, antes de mirarme de nuevo—. ¿Y crees que el matrimonio es la solución? ¿Que mágicamente esto lo convertirá todo en un cuento de hadas?

—No creo en los cuentos de hadas. —Mi voz sonó más fría de lo que pretendía—. Pero creo en mantener mi palabra y proteger lo que es mío.

Por un instante pensé que replicaría, pero Elena simplemente suspiró, pareciendo agotada.

Cuando finalmente habló, su voz era más calmada, aunque todavía mostraba incredulidad:

—¿Realmente crees que un matrimonio fingido puede funcionar?

—Creo que no tenemos otra opción. —Me encogí de hombros, aunque mi mirada siguió firme—. Y, siendo sincero, creo que en el fondo sabes que tiene sentido.

Ella se quedó observándome unos segundos más, como buscando algo en mi rostro.

Finalmente, cruzó los brazos y desvió la vista.

—Eso no es una petición. Es una imposición.

—Yo no hago peticiones. Ya deberías saberlo. —Mi voz era baja pero contundente.

Ella volvió a reír sin humor, sacudiendo la cabeza.

—Claro que no. Tú nunca pides. —Sus ojos regresaron a mí, llenos de emociones encontradas—. ¿Pero crees que así deben ser las cosas? ¿Que el matrimonio es algo que una sola persona puede decidir sin más?

—No estoy pidiendo un matrimonio de cuento de hadas. Estoy proponiendo algo real. Algo que tenga sentido para nosotros dos y para Héctor —solté esas palabras con más sinceridad de la que pretendía, y durante un instante percibí un cambio en su mirada.

Guardó silencio unos segundos antes de soltar un profundo suspiro.

—Dante, no pones las cosas fáciles, ¿lo sabes? —murmuró finalmente.

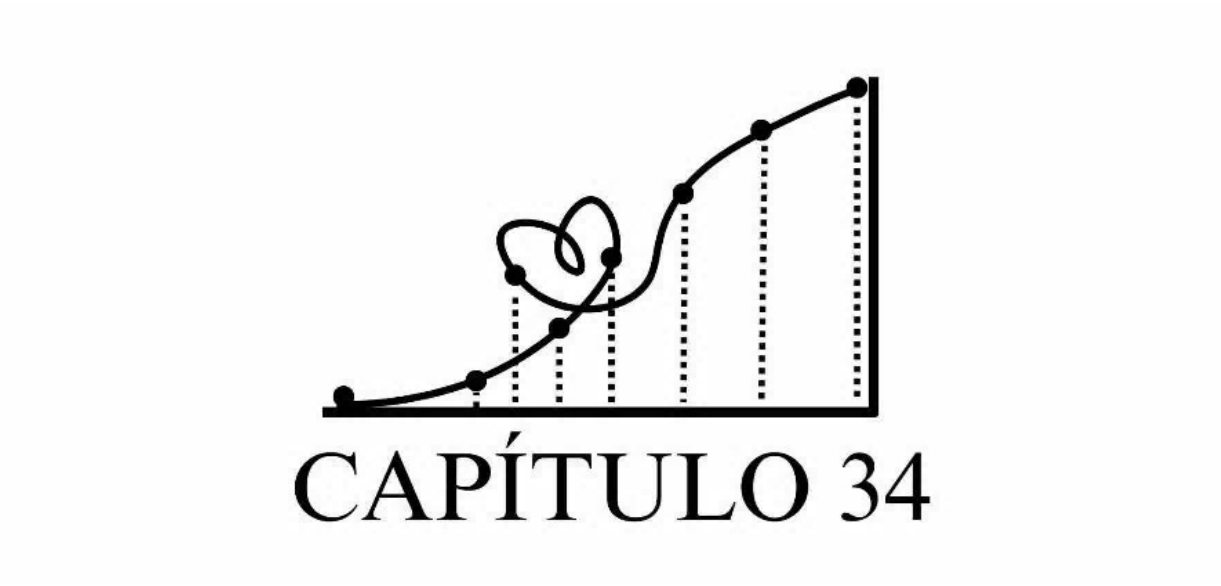
—Nunca dije que sería fácil —respondí, observándola con atención—. Pero jamás he faltado a mi palabra. Necesito que te cases conmigo.

—¿Esto es un matrimonio por contrato?

—Sí. Y aceptaré todo lo que me pidas.

—¿Todo? ¿De verdad?

—Sí. ¿Qué quieres?



«Algunas verdades solo se revelan cuando estamos preparados para afrontarlas… o cuando alguien nos obliga a mirarlas de frente».

ELENA ROMANO

Yo no formaba parte de la tradición familiar de Dante, pero de alguna manera comprendía lo que aquello representaba para su familia. Aun así, no iba a casarme por amor, así que tomé una decisión.

—Necesito tiempo —dije finalmente.

Dante permaneció en silencio unos segundos, observándome como si intentara descifrar cada palabra que acababa de pronunciar. Sus ojos, siempre tan calculadores, parecían buscar algún resquicio, algo que aún no había dicho.

Cuando por fin abrió la boca, lo hizo con un tono directo:

—¿Qué quieres decir con eso?

Crucé los brazos, intentando protegerme de la intensidad de su mirada.

No era fácil enfrentarse a Dante Valentini sin sentirse como una niña reprendida por su profesor.

Sin embargo, yo sabía exactamente lo que quería decir y no iba a echarme atrás.

Respiré hondo y continué:

—Significa que, si acepto este matrimonio, será solo durante un tiempo. Únicamente hasta que decidas qué hacer. No pienso quedarme casada contigo para siempre. Este acuerdo será temporal.

Él arqueó una ceja, una clara señal de que estaba molesto, aunque aún trataba de controlarse.

Dante no era de los que estallaban; te hacía sentir pequeña simplemente con su silencio. Y ese silencio se prolongó durante mucho tiempo antes de que finalmente lo rompiera:

—¿Y crees que es tan sencillo?

—No es sencillo, Dante. —Di un paso hacia adelante, intentando igualar su intensidad—. Pero tampoco pienso renunciar a mi vida por una tradición que ni siquiera es mía.

—Elena… —comenzó, pero le interrumpí:

—Es eso, o no me caso. No quiero nada de ti a cambio, salvo mi libertad. Quiero poder salir cuando me apetezca, sin necesitar autorización o alguien vigilando cada uno de mis pasos. Quiero vivir una vida normal. Y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

Volvió a mirarme fijamente, esta vez con una mezcla de sorpresa e irritación.

Aquel era Dante Valentini siendo desafiado, algo que estaba segura de que no sucedía a menudo.

A pesar de ello, no respondió nada de inmediato. Se quedó allí, con las manos en los bolsillos y esa mirada penetrante que parecía capaz de atravesar mi alma.

—¿Me estás imponiendo condiciones? —preguntó con un leve tono provocador.

—Estoy poniendo límites, Dante. Hay una diferencia.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como considerando mis palabras. Entonces se me ocurrió que quizá, por una vez, realmente podría ceder.

Dante Valentini era un hombre acostumbrado a mandar, pero quizás entendiera que esta vez no tenía el control absoluto.

—¿Y si no acepto? —me desafió, más como una prueba que como una amenaza.

—Entonces sé perfectamente dónde está la puerta de salida —respondí cruzando nuevamente los brazos. Mi tono era tranquilo, pero firme. No pensaba ceder.

Una sonrisa lenta apareció en la comisura de sus labios, como si estuviera evaluando la situación desde otro ángulo. Tras un largo suspiro, finalmente habló:

—Está bien, Elena. Acepto tus términos.

Mi expresión de sorpresa debió ser evidente, porque dio un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Pero no te equivoques. Puede que ceda en algunas cosas, pero eso no significa que haya perdido el control.

—El control nunca fue mi problema. Mi problema es que alguien trate de decidir por mí cómo vivir mi vida.

Él no contestó enseguida, solo me miró con esa intensidad suya. Tras un momento, se encogió de hombros y añadió:

—El matrimonio será temporal, como quieres. Pero no esperes que sea sencillo.

—Nunca lo esperé —afirmé, intentando mantener la seguridad en mi voz.

Dante asintió sin más y salió del salón, dejándome a solas con la sensación de haber ganado una batalla contra él por primera vez.

Pero, en el fondo, sabía que aquello era solo el comienzo de algo mucho más complicado.

DANTE VALENTINI

Cuando salí del salón, me encontré con Héctor en brazos, intentando mantener una interacción que aún no me salía con naturalidad.

Él era tan pequeño, tan frágil… y yo, acostumbrado a tomar decisiones rápidas y estrategias calculadas, me sentía completamente desarmado frente a algo tan simple y complejo a la vez.

Mi vida había cambiado drásticamente, pero de alguna manera parecía que todo empezaba a tener sentido.

Algo poco frecuente en mí.

El control siempre había sido mi mayor arma y escudo, pero ahora resultaba insuficiente.

—¿Por qué nunca me dijiste antes que no querías tener hijos? —La voz de Elena me sacó de mis pensamientos.

Estaba apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observándome con una curiosidad casi analítica.

Alcé los ojos hacia ella, sosteniendo su mirada unos segundos antes de responder:

—Porque hasta que conocí a Héctor, realmente no los quería.

Entró en la habitación lentamente, como si no quisiera romper aquel momento. Se sentó en el sofá cercano e inclinó ligeramente la cabeza, analizándome como si fuese un rompecabezas que necesitaba resolver.

—¿Y ahora? —preguntó, suavizando su voz.

—Ahora no sé qué haría sin él. —Las palabras escaparon antes de que pudiera controlarlas.

Era extraño admitir algo así, pero era la verdad, simple y sin adornos.

—Me he dado cuenta de que siempre te quedas callado cuando estás con Héctor. Es como si tuvieras miedo de algo.

No se equivocaba, aunque el modo en que lo expresó me hizo soltar un leve suspiro.

—Quizá lo tenga —confesé, mirando al pequeño en mis brazos, cuyos ojos curiosos me observaban como si intentara descifrar algo en mí.

Elena se inclinó ligeramente hacia delante, intensificando la curiosidad en sus ojos.

—¿Miedo a qué?

Vacilé. Hablar de sentimientos nunca había sido mi fuerte, mucho menos admitir vulnerabilidades.

Pero allí estaba ella, esperando una respuesta. Y quizá, por primera vez, quisiera dársela.

—Miedo a no ser lo bastante bueno para él como padre — respondí finalmente, con una voz más baja de lo que pretendía.

Elena parpadeó, claramente sorprendida por mi sinceridad. No era algo que ofreciera fácilmente.

—Dante, nadie nace sabiendo cómo ser padre. Es algo que se aprende día a día. Nadie es perfecto en esto, pero el simple hecho de que te preocupe ya dice mucho. —Su voz tenía un tono alentador imposible de ignorar.

—Dices eso porque aún no has visto cómo me equivoco —repliqué, mirando de nuevo al bebé—. Paso el día tomando decisiones que afectan a miles de personas, pero con él… cada pequeño gesto parece enorme, demasiado importante.

—Quizá porque realmente lo sea. —Elena sonrió suavemente—. Pero eso no quiere decir que vayas a equivocarte. Significa que te importa. Y créeme, eso es más de lo que muchos padres pueden decir.

Guardé silencio, reflexionando sobre sus palabras.

Elena siempre tenía esas observaciones aparentemente sencillas, pero que siempre daban en el blanco.

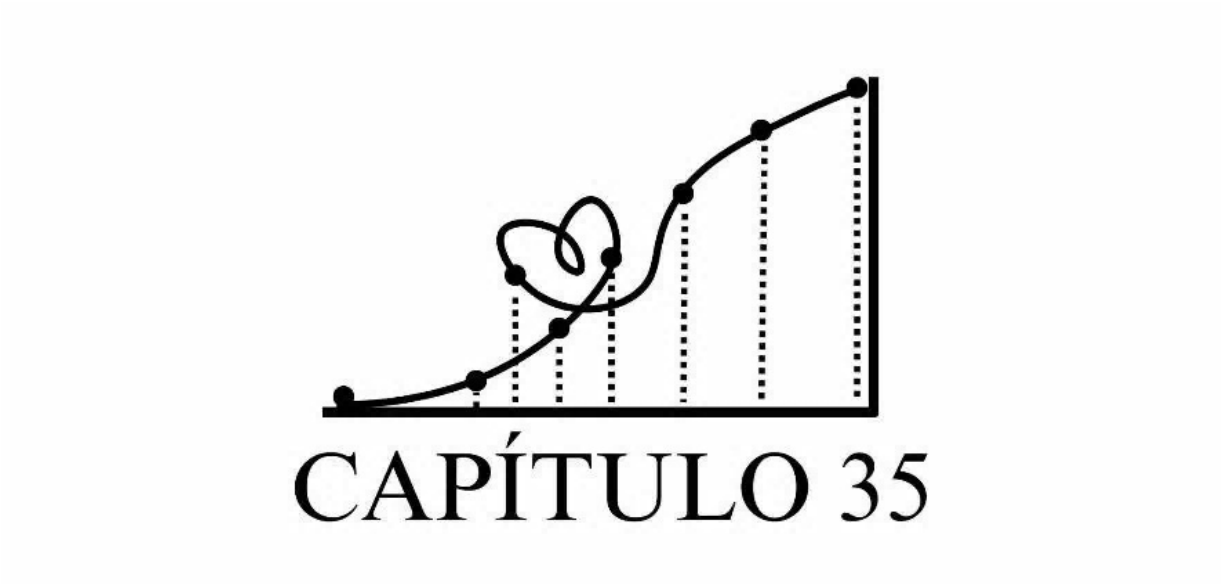
Tras un instante, se levantó y se acercó.

—¿Puedo? —preguntó, señalando con la cabeza hacia Héctor.

Asentí, entregándoselo con cuidado. Ella lo cogió con la naturalidad de quien ya lo había hecho decenas de veces, y Héctor inmediatamente se acomodó en sus brazos.

—Él confía en ti —dijo Elena, mirando al bebé—. Ahora solo falta que confíes en ti mismo, Dante.

No supe qué responder.



«La libertad es como el viento: solo aprecias su valor cuando intentan encerrarla en una jaula».

DANTE VALENTINI

El día se me estaba haciendo demasiado largo y, además de las responsabilidades habituales, parecía que los problemas se acumulaban más rápido de lo que podía resolverlos.

—¿No crees que cancelar todos los viajes del mes ha sido un poco exagerado? —me preguntó Marco mientras repasaba un informe que yo acababa de revisar también.

—No —respondí sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

—¿Me estás diciendo que lo hiciste para quedarte con Héctor y Elena? —Dejó los papeles sobre la mesa, con un tono lleno de

curiosidad y cierta provocación.

Levanté la vista un instante y arqueé una ceja.

Marco era persistente, eso había que reconocérselo.

—Me necesitan ahora mismo —fue todo lo que concedí, devolviendo mi atención al trabajo.

—No me engañas, Dante. —Cruzó los brazos y se reclinó en la silla—. Te has encariñado.

—No confundas las cosas. No es cariño, es responsabilidad —respondí con firmeza, intentando poner punto final al asunto.

Marco no insistió, pero aquella expresión de «sé más de lo que piensas» se dibujó claramente en su rostro.

—¿Y qué me dices de los titulares de hoy? Están hablando de la chica del megáfono. La prensa ya sabe que vive en tu casa.

Dejé de escribir, mis dedos se quedaron inmóviles sobre el teclado.

—¿Y qué están diciendo exactamente? —pregunté sin mirarlo.

—Que el multimillonario más reservado está viviendo una auténtica telenovela. El hijo, la madre del hijo… el megáfono. Les encanta esta historia. Pero la pregunta que todo el mundo se hace es: ¿qué vas a hacer tú?

Levanté la vista, mirándolo directamente y respondí sin rodeos:

—Vamos a casarnos.

Marco casi se cae de la silla.

Literalmente.

—¿Que vais a qué? —Abrió los ojos de par en par, incrédulo—. ¿Estás hablando en serio?

—Sí —contesté, cruzando los brazos, sin intención alguna de prolongar su sorpresa—. Es una tradición familiar. Si tienes un hijo, te casas con la madre.

Marco se pasó la mano por el pelo, tratando de digerir aquella información.

—¿Y ella aceptó? —preguntó finalmente, como si le costara creerlo.

—Aceptó —admití—. Pero con algunas condiciones.

—¿Qué condiciones? —Su curiosidad era insaciable.

No respondí inmediatamente.

Simplemente cerré el informe que tenía delante y me levanté.

—No importa, ya lo tengo todo resuelto —dije finalmente, indicando que la conversación había terminado.

—Puede que resuelvas los problemas, Dante, pero no siempre puedes hacer lo mismo con las personas. Buena suerte con eso.

Ignoré su comentario y lo vi salir del despacho, pero sus palabras se quedaron conmigo.

¿Realmente tenía todo bajo control, o solo estaba fingiendo que lo tenía?

ELENA ROMANO

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto, cariño? —murmuré, observando el rostro sereno de Héctor mientras él me agarraba el dedo con sus manitas pequeñas.

Estábamos en el salón, con la luz de la tarde entrando por los grandes ventanales de la mansión.

Él me miraba con esos ojitos curiosos, como si entendiera cada palabra, aunque fuese imposible.

—A veces siento que toda esta situación es un sueño loco —continué, ajustándole la mantita alrededor—. Tu padre... bueno, no es exactamente como yo esperaba, ¿sabes?

Me quedé en silencio unos segundos, esperando alguna reacción, pero Héctor solo soltó un sonidito suave, como si tratara de responder.

—Exactamente, mi amor. Papá es complicado. —Sonreí, aunque por dentro me sentía perdida—. Es cabezota, mandón y tiene un ego tan grande como esta casa. ¿Pero sabes lo más gracioso? También es un buen padre… o al menos lo está intentando.

Levanté a Héctor, acercándolo a mi rostro. Su suave olor a bebé me reconfortaba.

—Solo quiero que crezcas feliz, con unos padres que se entiendan… o al menos que lo intenten —bromeé, dejando un beso en su mejilla regordeta—. Y te prometo que haré todo lo posible para que así sea, ¿vale?

Durante unos minutos, estuve jugando con él, tratando de arrancarle más de esas sonrisas que iluminaban mi día.

Era increíble cómo una criatura tan pequeña podía cambiar tanto mi vida. Él era mi refugio en medio del caos.

En ese momento, escuché unos pasos ligeros detrás de mí. Me giré y vi a Iolanda entrando en el salón con una sonrisa amable.

—Señora Elena —comenzó, sosteniendo una tablet y deteniéndose a una distancia respetuosa—. Tengo una noticia que creo que le va a gustar.

—¿Cuál? —pregunté con curiosidad.

—El señor Dante me ha pedido que le comunique que puede salir cuando quiera. Tan solo solicitó que mantuviéramos un pequeño operativo de seguridad, como él hace diariamente. —Hizo una pausa breve, esperando mi reacción—. Nada invasivo, por supuesto. Se mantendrán a una distancia prudente, pero atentos.

Por un instante me sorprendí, pero enseguida una sonrisa apareció en mi rostro.

Estaba cumpliendo con lo que prometió.

—Gracias por avisarme, Iolanda —le agradecí, sujetando a Héctor aún más cerca de mí—. Esto significa mucho para mí.

Ella asintió con simpatía y salió, dejándome a solas otra vez con mi hijo. Miré a Héctor, que ahora jugaba con una punta de la mantita, y solté un suspiro aliviado.

—Parece que papá está aprendiendo a ceder, ¿verdad, cariño? —bromeé, aunque en el fondo sentía un calor distinto en el pecho.

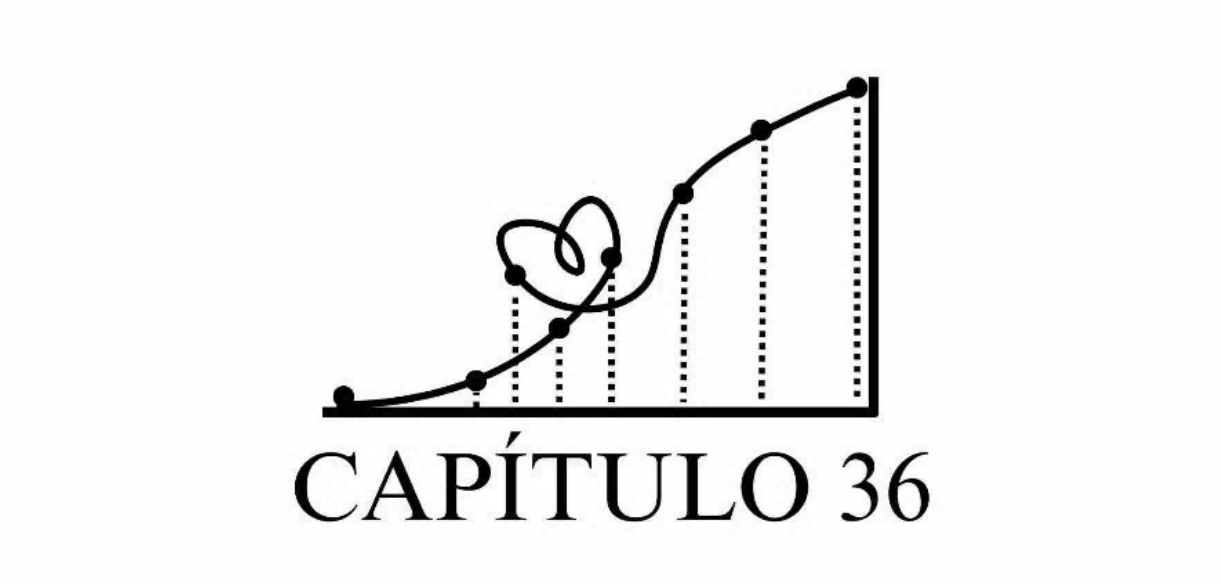
Dante estaba demostrando que, por muy cabezota que fuera, sabía escuchar.

Eso era algo que yo no esperaba, pero que me daba esperanza.

Mientras mecía suavemente a Héctor en mis brazos, comencé a hacer planes.

Quizás fuera el momento de salir un poco, respirar aire fresco y reconectar con el mundo exterior.

Al fin y al cabo, era un pequeño paso hacia recuperar mi libertad. Y quizá, también, hacia construir algo nuevo.



«A veces, el caos es el único camino para descubrir lo que realmente importa».

ELENA ROMANO

—¡Ay, cuánto echaba de menos a este bebé con mofletes! —Giovana prácticamente canturreó, mientras hacía cosquillas a Héctor, que estaba cómodo en su regazo soltando pequeños gritos de alegría.

No pude evitar sonreír.

Ver a Héctor interactuar así con ella me proporcionaba una ligereza que no sabía que necesitaba.

—Le caes bien —comenté, apoyando el codo en la mesa y la barbilla en la mano—. O quizás solo le gustan las caras raras que le pones.

—¡Es imposible resistirse a estos mofletes! —continuó Giovana, fingiendo mordisquear las manitas regordetas del bebé—. Bueno, ¿me lo cuentas ya o tendré que sacártelo a la fuerza? Ya sé que Dante está súper paranoico con lo de salir, pero ¿qué más está pasando?

Suspiré, ajustando la servilleta sobre mi regazo, y miré alrededor.

El restaurante estaba moderadamente lleno, pero nadie parecía prestarnos atención, lo que suponía un alivio. Aun así, bajar la guardia últimamente me resultaba difícil.

—Pues… ya que preguntas —empecé, girando distraídamente el vaso de zumo delante de mí—. Sabes que él no quería que saliera de casa por toda esa paranoia sobre la seguridad debido a André.

—Eso ya me lo habías contado. Y, sinceramente, lo entiendo un poco. André está loco perdido. Pero ahora estás aquí fuera, ¿no? ¿Cómo conseguiste convencerlo?

—No fue exactamente convencerlo. Terminó cediendo, pero con condiciones —respondí, evitando su mirada directamente. Había llegado el momento de soltar la bomba.

Giovana arqueó las cejas, curiosa.

—¿Condiciones? ¿Qué tipo de condiciones?

—Pues… —Me mordí el labio inferior, buscando la manera de decirlo sin parecer que había perdido el control de mi vida—. Voy a casarme con él.

Giovana abrió los ojos de par en par, tanto que pensé que se le saldrían.

—¿¡Que vas a qué!?

—Ya te dije que era una bomba —murmuré, inclinándome hacia delante en la mesa.

—¿Me estás diciendo que vas a casarte con el multimillonario mandón que prácticamente te encerró en su mansión? ¿Y por qué? ¿Por amor? Porque mira, amiga, si es por amor, necesito un tiempo para procesarlo.

—No es por amor —respondí rápidamente—. Es una tradición de su familia. Tienen esta regla de casarse con la mujer que tenga un hijo suyo. Me explicó que es importante para la imagen y el honor familiar.

—¿Honor? ¿En qué siglo cree este hombre que vive? —Giovana resopló, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Y lo aceptaste así, sin más?

—¡Claro que no! —protesté, levantando la mano—. Impuse condiciones. Será temporal, solo hasta que encuentre otra solución a su famosa tradición. Y podré vivir mi vida normalmente, salir cuando quiera, hacer mis cosas. Él aceptó.

—¿Temporal? —Giovana entrecerró los ojos—. Elena, esas cosas nunca son temporales. ¿De verdad crees que él te dejará ir cuando todo esto acabe?

—Espero que sí. Quiero decir, es solo un acuerdo, ¿entiendes?

Giovana inclinó ligeramente la cabeza, examinando mi rostro.

—Vale, ¿y cómo te sientes tú con eso? —preguntó, sorprendentemente seria.

—Confusa. Agotada. Pero… ¿quizás un poco aliviada también? —admití, buscando las palabras adecuadas—. Dante tiene muchos defectos, pero lo está intentando. Es un buen padre para Héctor. Y, en cierta manera, siento que puedo confiar en él para protegernos. Aunque lo haga con su forma mandona y controladora.

Giovana guardó silencio unos segundos, balanceando suavemente a Héctor en brazos. Luego soltó una carcajada alta.

—¡Casada con Dante Valentini! Amiga, esto será un capítulo estupendo para tu biografía. ¿Puedo autoinvitarme a la mansión entonces? Quiero ver de cerca tu nueva vida de princesa.

—No empieces… —murmuré, notando cómo se me calentaban las mejillas—. Pero sí, puedes venir a visitarme.

—Vale, vale. Pero lo digo en serio, quiero ir. Necesito echarle un vistazo al hombre que está convirtiéndote en una mujer casada. Debo aprobar a este multimillonario controlador.

—¡Giovana!

—No me perdería esto por nada del mundo. Además, quiero ver cómo se las arregla con Héctor. Apuesto a que se queda tan perdido como yo cuando intento cocinar.

No pude evitar reírme de nuevo, sintiéndome más ligera ahora. Giovana tenía ese don de transformar cualquier situación complicada en algo casi divertido. Por un instante, parecía que todo estaría bien.

—¿Y tú qué, Giovana? ¿Cuándo vas a encontrar a alguien que te ayude a quemar sartenes? —le pregunté, cruzando los brazos sobre la mesa y arqueando una ceja.

Ella rio fuerte, echando la cabeza hacia atrás, haciendo que algunas personas a nuestro alrededor nos mirasen.

—Mi talento para quemar sartenes es exclusivo, amiga. Nadie me quitará ese título —contestó con una sonrisa amplia.

—Lo digo en serio, Giovana. Te pasas tanto tiempo cuidando de los demás, del trabajo, de mí y ahora de Héctor, que parece que te olvidas de que también mereces a alguien.

Suspiró, apoyando la barbilla en la mano mientras observaba a Héctor, que estaba fascinado tocando el borde de la mesa.

—No es tan sencillo —me miró de reojo, como valorando hasta dónde quería sincerarse—. No es como si aparecieran príncipes azules así como así. Y sinceramente, después de besar tantos sapos, a veces creo que ya no merece la pena.

—Sí que merece la pena —insistí, tocándole suavemente la mano—. Eres increíble. Tienes un corazón enorme y un sentido del humor que salva mi cordura. Y no me digas que te conformarás con una vida sin romance solo por unas cuantas decepciones.

Giovana rio de nuevo, pero esta vez sonó algo más amarga.

—¿Unas cuantas? Seamos realistas. Mi historial amoroso es tan desastroso que daría para un libro de comedia romántica. Comedia, claro, para quien lo lee. Para mí es una tragedia continua.

—Tal vez simplemente aún no hayas encontrado al hombre adecuado —sugerí, tratando de aportar algo de ligereza a su tono.

—¿Y si no existe ese hombre adecuado? —preguntó, seria, desarmándome momentáneamente—. No digo que quiera quedarme sola para siempre, pero a veces creo que es mejor centrarme en lo que puedo controlar. Trabajo, amigos, mi vida. Los sentimientos… son demasiado complicados.

—¿Me lo dices a mí? —Reí, señalándome a mí misma—. Yo, que ahora estoy en medio de todo este lío con Dante, el matrimonio, Héctor… ¿Crees que yo tenía control sobre algo?

—Puede que no tuvieras control, pero sí valentía. Es lo que admiro de ti, Elena. Afrontas las cosas, aunque no sepas cómo terminarán.

Me quedé en silencio por un momento, asimilando sus palabras.

Giovana era de esas personas que parecían tenerlo todo bajo control, pero ahora veía que detrás de su humor ácido había una mujer cansada de luchar sola.

—Gi, no tienes que hacerlo todo sola. Y quién sabe, quizá cuando menos te lo esperes aparezca alguien para ayudarte a quemar sartenes y poner patas arriba tu cocina —le dije bromeando.

—Vale, pero solo si es guapo, huele bien y sabe fregar los platos después. —Me guiñó un ojo, recuperando ese tono ligero tan característico suyo.

Héctor soltó un sonido gracioso, como si intentara participar en la conversación, y ambas reímos.

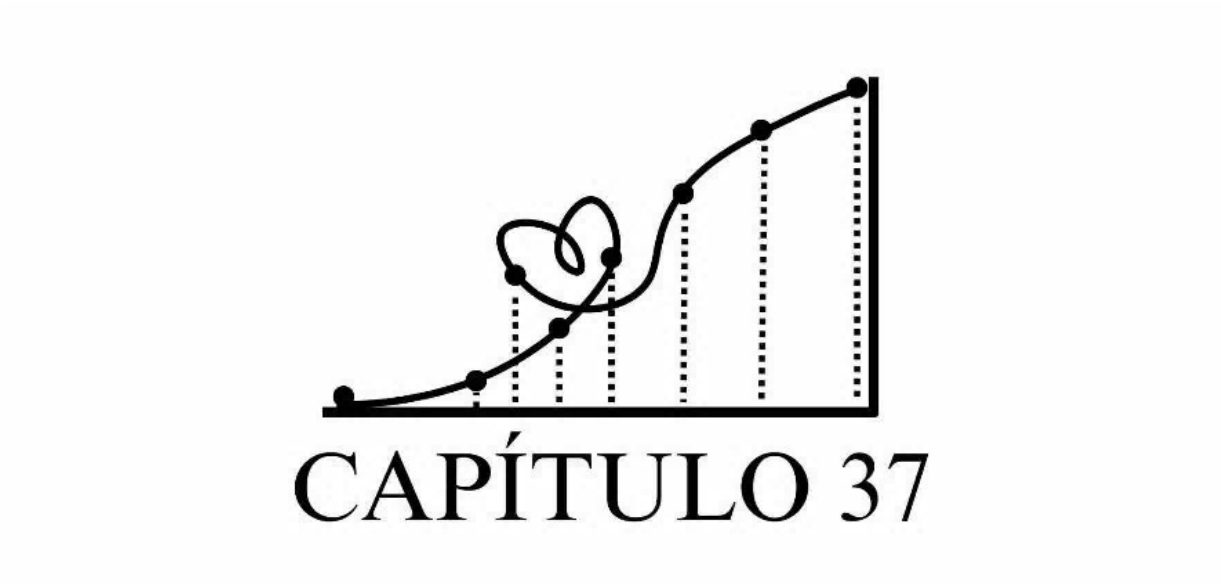
Era imposible estar seria con ella cerca. Incluso con todas las dudas y complicaciones en mi vida, sabía que siempre podría contar con Giovana para recordarme que, al fin y al cabo, la vida también tenía espacio para las risas.

Giovana suspiró teatralmente.

—Está bien, Elena, lo pensaré. Quizá me meta en una de esas aplicaciones para ligar. Pero si sale mal, te culparé a ti.

—Acepto la culpa. Pero cuando encuentres al hombre adecuado, exigiré una cena de agradecimiento.

—Hecho —aceptó, levantando el vaso de zumo en un brindis imaginario.



«Los mayores cambios ocurren en los momentos más sencillos, como una cena, una sonrisa o una confesión inesperada».

ELENA ROMANO

Salí del restaurante con el corazón más ligero.

A pesar de los recientes giros que había dado mi vida, pasar algunas horas con Giovana siempre me ayudaba a ver las cosas con más claridad… o al menos, con más dramatismo.

Subir a uno de los coches de Dante, con un conductor que apenas intercambió conmigo más que un «buenas tardes», me devolvió a la realidad complicada que estaba viviendo.

No había visto a ningún guardaespaldas durante el almuerzo, pero sabía que estaban cerca, como sombras invisibles.

Era extraño pensar que alguien, en algún rincón, me vigilaba, asegurándose de que nada escapara al control. Incluso en eso, Dante lograba imponerse sin estar presente.

Cuando llegué a la mansión, vi su coche en el garaje y entendí que ya estaba en casa. Entré, dispuesta a relajarme un poco después del día intenso, y me sorprendió percibir un aroma familiar proveniente de la cocina.

Fruncí el ceño.

—¿Dante? —llamé, aún de pie en la entrada de la cocina.

Estaba de espaldas, removiendo algo en una olla grande. Llevaba una camisa elegante con las mangas dobladas hasta los codos, dándome una visión inesperada de sus fuertes brazos mientras trabajaba con calma.

—Has vuelto pronto —comentó sin mirarme.

—¿Y tú ya estás en casa? Eso sí es una novedad —repliqué, entrando en la estancia y acercándome lentamente—. ¿Qué estás haciendo?

Giró ligeramente la cabeza hacia mí, con aquella expresión impasible que era casi su marca personal.

—Carbonara.

Me detuve donde estaba y crucé los brazos.

—¿Carbonara? —repetí, sorprendida—. Me encanta la carbonara.

Una leve sonrisa apareció en la comisura de sus labios, como si supiera exactamente el efecto que aquellas palabras provocarían en mí.

—Lo sé —respondió con naturalidad, como si no fuese gran cosa.

—¿Lo sabes? —pregunté, ahora incrédula.

Apagó el fuego, apartó la olla a un lado y me encaró completamente.

—Claro. Presto atención a las cosas, Elena.

No supe qué responder.

Estaba preparando mi plato favorito, no porque fuese algo conveniente, sino porque sabía que me gustaba.

Por un instante, el Dante que imaginaba tan frío y ajeno a las emociones pareció humano.

—¿Así que prestas atención, eh? —le cuestioné, intentando disimular lo mucho que aquello me había afectado.

—Sí, y tú te encargas de facilitarme las cosas. Siempre comentas lo mucho que te gusta —respondió, con un tono casual pero firme.

—Ah… claro —murmuré, desviando la mirada para ocultar la ligera oleada de calor que subió a mi rostro.

Volvió a ocuparse de la olla, terminando el plato con precisión, como si ya lo hubiera hecho mil veces antes.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté, curiosa y algo desconfiada.

Se detuvo un instante, mirándome por encima del hombro.

—Porque has tenido un día complicado. Pensé que merecías algo que te gustara.

Aquella respuesta tan simple me desarmó por completo. Nunca habría esperado algo así viniendo de él.

Dante Valentini, el hombre implacable, había pensado en mi día y había querido hacer algo agradable para mí.

—Gracias —logré decir, casi en un susurro.

No respondió, simplemente sirvió un plato y lo colocó en la encimera frente a mí.

—Quiero tu opinión sincera sobre si está bueno —dijo, observándome atentamente mientras yo probaba el primer bocado.

El sabor estalló en mi boca de un modo que no esperaba. La cremosidad, la textura perfecta de la salsa, el equilibrio de sabores…

Sabía cocinar, y lo hacía realmente bien.

—¡Está increíble! —exclamé con los ojos abiertos por la sorpresa—. De verdad, podrías abrir un restaurante.

Arqueó una ceja con una leve sonrisa ladeada.

—No hace falta exagerar.

—No estoy exagerando. Probablemente sea la mejor carbonara que he probado en mi vida. Y créeme, soy bastante exigente con la comida.

Se sentó en la silla frente a mí, pareciendo ligeramente satisfecho con el cumplido.

Cogió su propio plato y empezó a comer, manteniendo la mirada atenta sobre mí y Héctor, que estaba en su sillita a nuestro lado, moviendo las piernecitas como si estuviese siguiendo la conversación.

—¿Y tu día? —pregunté, aprovechando el momento más distendido—. ¿Alguna reunión que te haya hecho querer lanzar a alguien por la ventana?

Soltó una risa breve, un sonido poco habitual en él, que hizo vibrar algo dentro de mí.

—Algunas, pero nada fuera de lo común —respondió dejando el tenedor a un lado—. ¿Y el tuyo?

—Ah, nada demasiado emocionante. Fui al restaurante con Giovana, charlamos un poco y, por supuesto, me recordó que quiere venir a visitar la mansión.

—Giovana es tu amiga habladora, ¿no? —parecía recordarla.

—Exactamente. Y acabará apareciendo por aquí pronto, así que prepárate —bromeé, notando cómo no apartaba los ojos de mí.

—¿Y Héctor? —preguntó, cambiando la atención hacia el bebé —. ¿Cómo se está adaptando?

—Está genial. Siempre curioso, siempre atento. Creo que empieza a reconocerte.

Dante miró al pequeño, que le devolvió una sonrisa desdentada.

Parecía encantado, aunque probablemente no lo admitiría.

—A partir de mañana regresaré antes a casa —dijo de repente, tomándome por sorpresa.

—¿En serio? —no pude ocultar la felicidad en mi voz.

—Sí. Quiero pasar más tiempo con vosotros dos.

Había algo diferente en él esa noche.

Parecía más presente.

Como si realmente intentara acercarse, no simplemente cumplir un papel.

—Eso es estupendo. Estoy segura de que a Héctor le encantará pasar más tiempo contigo —comenté, observando al bebé, que seguía atento a nuestra conversación.

Dante dudó un instante, como si ponderara algo. Finalmente bajó la vista hacia el plato y empezó a hablar, con una voz algo más baja de lo habitual:

—Cuando era pequeño, mi padre era todo lo que tenía. Mi madre era maravillosa, pero el trabajo siempre estuvo primero para él. Y me prometí a mí mismo que, si tenía un hijo, lo haría diferente.

Aquello me tomó por sorpresa. Dante Valentini, el hombre arrogante e inalcanzable, estaba dejándome ver un lado vulnerable de su vida.

—Nunca he tenido el valor de decirlo en voz alta, pero creo que siempre he tenido miedo de repetir sus errores.

Guardé silencio, absorbiendo lo que acababa de compartir conmigo. Tras esa fachada fría y controladora, había un hombre que llevaba heridas aún abiertas.

—Dante… —comencé, escogiendo cuidadosamente mis palabras —. Ya lo estás haciendo diferente. Mira cómo estás aquí, ahora mismo, con Héctor. No necesitas ser perfecto, solo necesitas estar presente.

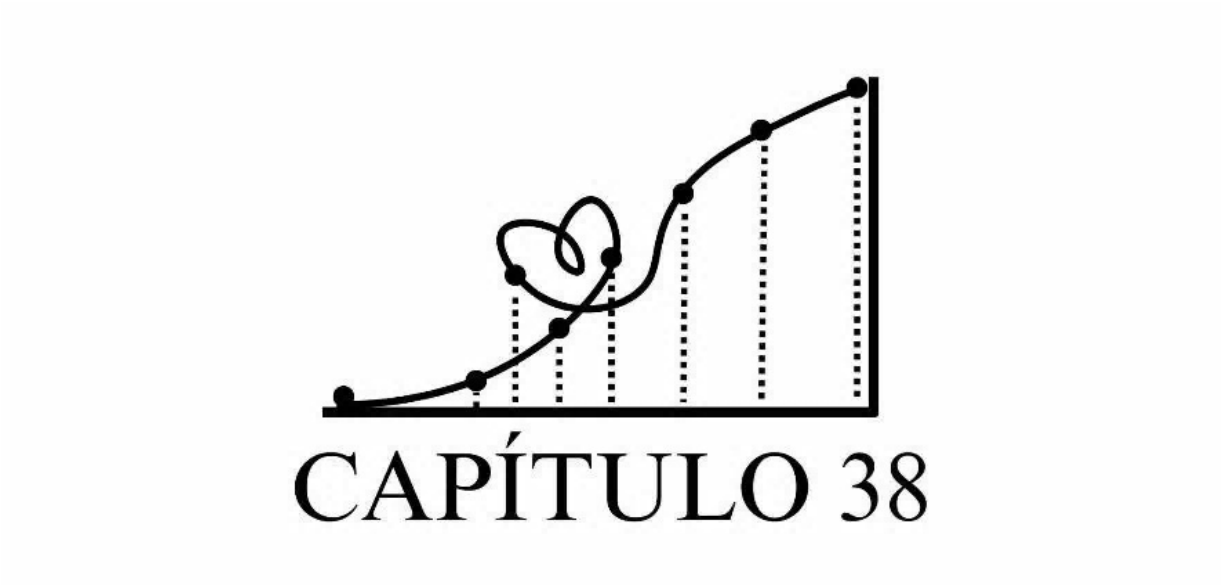
Él levantó la vista hacia mí y, por un instante, vi algo más en su mirada.

Una mezcla de gratitud y alivio, como si mis palabras le hubieran quitado un peso de encima.

—Quizá tengas razón —afirmó con una pequeña sonrisa.

Hablamos un poco más, y me di cuenta de que lentamente se estaba abriendo conmigo.

No era demasiado, pero era suficiente para hacerme creer que Dante no era solo el hombre frío e implacable que había conocido.



«Algunas batallas no se libran con palabras o acciones, sino con miradas que dicen todo aquello que el corazón se empeña en negar».

DANTE VALENTINI

Me estaba acostumbrando a tener a Elena y a Héctor en casa, y cuando quise darme cuenta, ya tenía a mi hijo en brazos, gesticulando algo que, probablemente, para él tenía todo el sentido del mundo.

—Pues verás, Héctor, hoy he tenido un día muy largo —comencé, sentado con él en la alfombra del salón—. Me ha tocado tratar con gente que cree saberlo todo, pero ¿adivinas qué? No saben absolutamente nada. —Él me miraba con aquellos grandes ojos curiosos, como si entendiese exactamente lo que decía.

Hizo un gesto, señalando los juguetes esparcidos alrededor. Solté una carcajada.

—Ah, ¿quieres saber cómo me fue? ¿Y tú qué tal? Seguro que has tenido un día lleno de aventuras aquí con mamá, ¿verdad? —respondió con una especie de balbuceo, un sonido que solo hacía más divertida la situación—. Creo que tomaré eso como un «sí».

Pasamos un rato jugando.

Yo, el hombre acostumbrado a reuniones tensas y decisiones que movían millones, ahora estaba en el suelo, apilando bloques uno tras otro solo para que él los derribara segundos después con una sonrisa traviesa.

Al cabo de un rato, noté que sus movimientos se volvían más lentos, sus ojos parpadeaban más despacio y un pequeño bostezo se le escapó.

—¿Tienes sueño, campeón? —pregunté, cogiéndolo en brazos.

Se acurrucó contra mí de una manera que me hizo sentir una presión en el pecho.

Sin saber exactamente qué hacer, improvisé.

—Está bien, voy a contarte una historia… A ver… Érase una vez un hombre muy ocupado que nunca había aprendido a bajar el ritmo. Hasta que un día apareció en su vida el niño más increíble del mundo. Era tan especial que hacía que ese hombre quisiera dejarlo todo solo para estar cerca de él. —Su respiración se fue ralentizando poco a poco, los ojos ya casi cerrados.

Seguí hablándole, inventando una historia sobre aventuras y castillos, hasta que finalmente se quedó dormido en mis brazos.

El silencio que siguió fue tranquilo, aunque en mi interior algo no me dejaba en paz.

Observé el rostro sereno de Héctor. Era tan pequeño, tan indefenso, pero aun así me hacía sentir una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.

—Te prometo que nadie te hará daño, Héctor. Nunca. —Mi voz fue apenas un susurro, pero la promesa era firme como una roca.

Durante unos minutos permanecí así, sosteniéndolo, sintiendo el peso de ser padre y el orgullo que eso conllevaba. Mi mirada se dirigió hacia la puerta, como esperando que Elena apareciera en cualquier momento.

E inevitablemente pensé en ella.

Elena era un misterio. Una mujer que, aun rodeada de dificultades, encontraba fuerzas para seguir luchando.

A veces me costaba mirarla sin sentir que, de alguna manera, tenía que ser mejor… por ella, por él, por nosotros.

ELENA ROMANO

Todavía no me había acostumbrado del todo a la interacción entre ellos dos, pero cada día me hacía más feliz ver cómo Dante, poco a poco, se iba convirtiendo en un padre para Héctor.

Desde que empezó a dedicarle más tiempo a nuestro hijo, momentos como aquel, en los que los veía juntos, me llenaban de orgullo.

Incluso con su aire de multimillonario inalcanzable, había algo profundamente humano y conmovedor en él cuando estaba con Héctor.

Me quedé en la puerta unos minutos, observando cómo Dante improvisaba una historia mientras Héctor gesticulaba como si entendiera cada palabra.

Fue imposible no sonreír.

Dante podía ser muchas cosas, pero en ese instante solo era un padre intentando conectar con su hijo.

En cuanto Héctor finalmente se quedó dormido, lo tomé con cuidado en mis brazos. Dante me observó en silencio mientras lo acostaba en la cuna delicadamente.

—¿Se ha dormido? —preguntó, apoyándose en el marco de la puerta.

—Como un angelito —respondí con una sonrisa—. Creo que tu historia sobre el multimillonario que lucha contra dragones ha ayudado bastante.

Él se encogió de hombros, con ese aire de superioridad que tan bien conocía, pero había un brillo distinto en sus ojos.

—Tengo mis talentos.

Reí, sacudiendo la cabeza.

—¿Y cuáles son los planes para lo que queda de noche, señor Valentini?

—Voy a cocinar —anunció, como si fuese lo más normal del mundo—. Prepararé la cena para nosotros al menos tres veces por semana.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—¿En serio? —pregunté cruzando los brazos—. ¿Estás intentando impresionarme o algo así?

—Solo quiero asegurarme de que tengas comidas hechas por mí; es algo que puedo hacer —respondió con el tono seco que tanto le gustaba utilizar, aunque había algo divertido en su forma de mirarme.

—Bueno, si están tan buenas como la carbonara, creo que podré sobrevivir —lo provoqué.

—¿Sobrevivir? —arqueó una ceja—. Yo diría más bien que me suplicarás que cocine más.

—Vaya, qué confianza. ¿Eso viene de serie o está incluido en el pack «soy multimillonario»?

Él rio.

No una risa ensayada o forzada, sino una auténtica y espontánea que me tomó por sorpresa. Era casi… encantador.

—Eres imposible —dijo, negando con la cabeza.

—¿Imposible? Apenas estoy empezando —respondí, guiñándole un ojo.

La conversación fluyó naturalmente después de eso, llena de bromas y risas. Por primera vez, la tensión constante entre nosotros no

estaba presente y me permití disfrutar del momento.

Pero mientras cortaba los ingredientes y reía de algo que yo había dicho, sentí una presión en el pecho.

Era como si, por un instante, Dante Valentini hubiese bajado todas las defensas que usaba como armadura. Y aquello me afectaba más de lo que quería admitir.

—¿Estás pensando en desafiarme a un concurso de cocina? —preguntó, arqueando una ceja mientras echaba los trozos de tomate en una sartén.

—Mejor no. Tengo miedo de herir el ego del gran Dante Valentini si gano —repliqué, apoyando el codo sobre la encimera y sonriendo.

—¿Ganar? ¿Tú? —Él rio, dejando el cuchillo y girándose para encararme con expresión divertida—. Ni en un millón de años.

—No subestimes mis dotes culinarias —lo reté—. Ni mis habilidades en otras áreas.

—¿Otras áreas? —inclinó la cabeza con un brillo curioso en la mirada—. Esto se está poniendo interesante. Continúa.

—Quizá lo descubras… algún día —respondí, intentando sonar misteriosa, aunque el calor que subió por mis mejillas me traicionó.

—Creo que ya sabes que me gustan los desafíos, Elena —dijo con la voz un tono más bajo—. Y tú pareces ser el mayor de todos.

Se me secó la garganta.

La manera en que me miraba, con una sonrisa ladeada y los ojos fijos en mí, era como si intentara descifrar cada pensamiento que yo trataba de ocultar.

Dio un paso hacia mí, lo justo para hacerme sentir su presencia.

Mi corazón se aceleró, pero me negué a retroceder.

—Tienes esta irritante habilidad de dejarme sin palabras a veces —confesé, intentando romper ese momento tan intenso.

—Eso es porque te esfuerzas demasiado en esconder lo que sientes —murmuró, levantando una mano y apartando suavemente un mechón de pelo que caía sobre mi rostro.

Su contacto fue ligero, pero suficiente para provocarme un escalofrío inmediato.

Sus dedos se deslizaron despacio por mi cabello antes de reposar brevemente sobre mi mejilla. Sus ojos oscuros me mantenían inmóvil en aquel lugar.

—Sé que todo esto ha sido rápido y quizá muy distinto a lo que imaginabas para tu vida —empezó, con voz baja, casi en un susurro—. Pero ahora mismo, tú y Héctor sois lo único importante.

Sentí una punzada en el pecho. Eran exactamente las palabras que necesitaba oír, pero dichas por Dante tenían un peso distinto.

Él no era el tipo de hombre que hablaba de sentimientos, mucho menos con sinceridad.

—Hablas como si esto fuera fácil para ti —susurré, tratando de ignorar el calor que su cercanía provocaba.

Sonrió casi imperceptiblemente, acariciando la curva de mi rostro con el pulgar antes de bajar lentamente la mano.

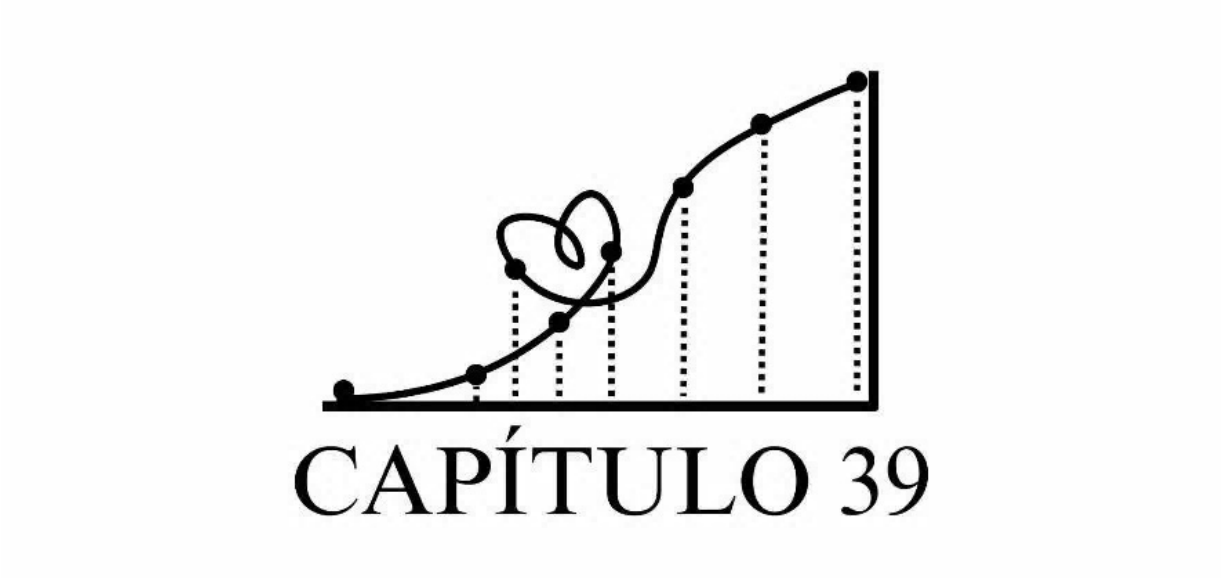
—Nada de esto es fácil. Pero algunas cosas merecen el esfuerzo.

Quise preguntarle qué quería decir con aquello, pero estaba paralizada por la mezcla de emociones que me invadía.

Antes de que pudiera encontrar una respuesta, se apartó, devolviendo su atención a la sartén en el fuego.

—La cena está casi lista —anunció, como si nada hubiera ocurrido.

Sería muy difícil vivir bajo el mismo techo que Dante Valentini sin desearlo…



«Los mayores cambios comienzan en los momentos más sencillos».

DANTE VALENTINI

Nunca antes había llegado al trabajo deseando estar en otro sitio.

Para mí, mi despacho siempre había sido un pequeño mundo cerrado donde podía concentrarme sin interrupciones y solucionar problemas que para otros resultarían imposibles.

Sin embargo, aquella mañana, sentado ante mi escritorio impecablemente ordenado, mi mente insistía en regresar a casa.

Al sonido de Héctor balbuceando algo que parecía un intento de llamar mi atención. A la mirada de Elena, mitad burlona, mitad

intrigada, que últimamente parecía perseguirme incluso cuando ella no estaba presente.

Me pasé la mano por el pelo, intentando apartar aquellos pensamientos.

El trabajo siempre había sido mi refugio seguro, pero ahora sentía que algo estaba cambiando.

O más bien, alguien.

—¿Me llamabas, socio? —La voz de Marco interrumpió mis pensamientos, obligándome a alzar la mirada.

Entró sin ceremonia en el despacho, luciendo la misma sonrisa confiada de siempre.

—Sí, cierra la puerta.

Obedeció y se sentó en la silla frente a mí.

—Quiero que vayas en mi lugar a los viajes del mes que viene también —empecé, yendo directamente al grano.

Marco arqueó las cejas, claramente sorprendido.

—¿Quieres decir que no vas a ir? —Cruzó los brazos, estudiándome con curiosidad—. ¿Alguna razón especial o simplemente quieres cargarme con trabajo extra?

Mantuve el tono firme:

—Tengo otras prioridades aquí.

Él inclinó la cabeza, dejando que una lenta sonrisa apareciera en sus labios.

—Ah, ya veo… prioridades bajitas, con mofletes regordetes y un par de ojos que probablemente ya te han conquistado, ¿no es así?

Mi expresión permaneció impasible, pero Marco no desistió.

—Y tampoco podemos olvidarnos de su madre, claro. Elena te está cambiando, ¿verdad? ¿O todavía vas a negarlo?

Nuestras miradas se cruzaron, y supe que estaba esperando mi reacción.

Podría mentir. Podría decirle que nada había cambiado, que solo era una cuestión logística. Pero en aquel momento, mentir parecía innecesario.

—Tal vez sí —admití finalmente, con voz firme.

Marco golpeó suavemente los brazos de la silla con las manos y soltó una sonora carcajada.

—¡Por fin, progreso! Sabía que había algo diferente en ti. Estoy hasta orgulloso, jefe. Ahora solo falta que sonrías más y dejes de parecer un viejo cascarrabias.

Puse los ojos en blanco, pero él continuó:

—Aunque tómatelo con calma, no queremos que Elena se entere de que tienes un lado sentimental. Sería un shock para todos nosotros.

—¿Has terminado ya? —le pregunté, mirándolo fijamente, aunque sin la severidad habitual.

Se levantó, todavía riendo.

—Por ahora sí. Pero ya sabes dónde encontrarme si quieres admitir algo más.

Cuando Marco salió, el despacho volvió a sumergirse en el silencio. Dejé escapar una sonrisa, casi involuntaria, al recordar sus bromas. Él siempre sabía cómo provocarme y, de alguna forma, hacerme pensar.

Mi mirada se desvió hacia la ventana, desde donde los edificios de São Paulo parecían extenderse infinitamente. Pero en lugar de sentirme sumergido en el trabajo como siempre, mi mente regresó a casa.

Al sonido de la risa de Elena. A Héctor intentando comunicarse conmigo.

Negué lentamente con la cabeza, tratando de concentrarme, pero era inútil. Por primera vez en mucho tiempo, mi prioridad no estaba allí, en aquella oficina.

Estaba con ellos.



Tal como le había prometido a Elena, y a mí mismo, llegué a casa sobre las seis de la tarde. Al entrar en la mansión, el sonido de risas llenaba el ambiente, algo que no parecía muy habitual en mi mundo antes de que ellos llegaran.

Desde lejos vi a Elena sentada en la alfombra del salón junto a Héctor, que balbuceaba emocionado mientras ella agitaba un juguete colorido frente a él.

Parecía tan cómoda, tan genuinamente feliz, que me hizo detenerme por un momento. Allí estaba el motivo por el cual quería llegar temprano a casa.

La razón por la que había empezado a priorizar algo más allá del trabajo.

Cuando Elena notó mi presencia, se levantó con Héctor en brazos y vino hacia mí, con la sonrisa más radiante dibujada en su rostro.

—¿Otra vez en casa temprano, Valentini? —bromeó, con ese tono burlón que ya empezaba a gustarme—. Esto se está convirtiendo en una costumbre peligrosa.

—Tal vez esté probando nuevos límites —repliqué, cogiendo al niño cuando ella me lo entregó suavemente.

Él me miró con ojos curiosos, como si también se preguntara por qué había llegado tan pronto.

—¿Puedo ayudarte hoy con la cena? —preguntó Elena, cruzando los brazos e inclinando la cabeza, esperando mi respuesta.

Me sorprendió. Elena en la cocina parecía algo improbable.

—¿Estás segura de querer arriesgar tu reputación? —la provoqué arqueando una ceja—. No quiero ser el responsable de arruinar tu legado como mujer moderna e independiente.

Ella soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Solo acepto desafíos cuando sé que puedo ganarlos. Y además, alguien tiene que enseñarte a cocinar algo más que carbonara.

—Ya veremos —afirmé, entregando a Héctor a Iolanda, que siempre sabía el momento exacto para aparecer en escena—. Voy a darme una ducha y vuelvo enseguida.



Cuando regresé a la cocina, Elena estaba de pie junto a la encimera, mirando los ingredientes que había dejado preparados.

—Puedes elegir el plato —le ofrecí, cruzando los brazos.

—Algo fácil, así no lo estropeas —bromeó, con aquella sonrisa traviesa que siempre conseguía desarmarme.

Mientras decidíamos el menú, finalmente acordamos preparar una lasaña. Era lo suficientemente sencilla para una colaboración improvisada. Elena insistió en participar en cada etapa, incluso cuando quedó claro que sus habilidades culinarias no eran exactamente refinadas.

—Ten cuidado, Valentini, lo estás manchando todo con salsa —señaló una mancha que accidentalmente dejé en la encimera.

—Como si tú no estuvieras cubierta de harina —repliqué, cogiendo un paño y acercándome a ella.

Antes de que nos diéramos cuenta, parecíamos un par de niños, con harina y salsa por toda la ropa y las caras.

En un impulso, cogí un poco más de harina y se la puse en la punta de la nariz.

—Ahora estamos en paz.

Ella me miró entre indignada y divertida.

—Eres imposible.

—Y a ti te encanta —respondí, limpiándole suavemente la mancha de salsa que tenía en la mejilla con la punta de los dedos.

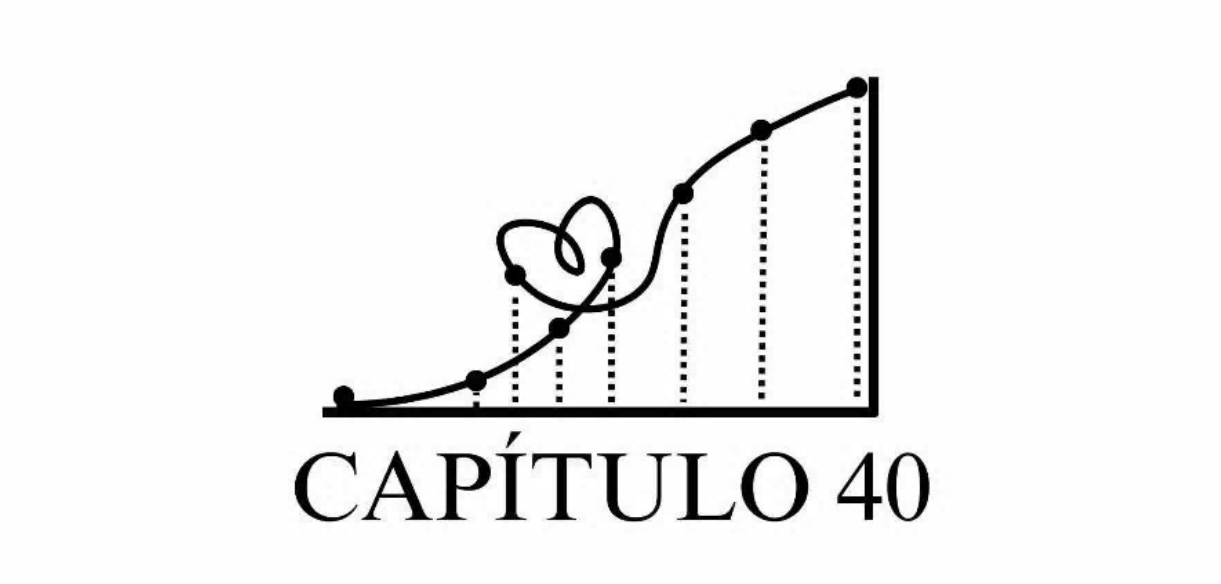
Aquel gesto hizo que las risas fueran desapareciendo lentamente.

Nos quedamos allí, en silencio, con nuestros ojos encontrándose y sosteniéndose mucho más tiempo del que ninguno de los dos habría previsto.

La conexión que sentí en ese instante fue diferente a todo lo anterior. Simple, pero poderosa. Un tipo de cercanía que nunca antes había permitido a nadie.

Ella apartó la mirada primero, soltando una risa nerviosa y volviendo a ocuparse del relleno de la lasaña.

—Será mejor que nos concentremos en la cena antes de que se nos queme todo.



«Algunas decisiones no solo cambian el rumbo de tu vida, sino también aquello que creías ser capaz de sentir».

ELENA ROMANO

La proximidad con Dante era como caminar sobre la cuerda floja.

Sentada en la mesa mientras cenábamos, me sorprendía a mí misma mirándolo constantemente.

Era imposible no notar cómo las facciones fuertes de su rostro parecían suavizarse bajo la cálida luz del comedor.

Tenía ese aire de serenidad que me recordaba al hombre que conocí aquella noche en Curitiba, en el bar, antes de que nuestras vidas

se entrelazaran en toda su complejidad.

Mi corazón parecía dividido entre la incredulidad y algo más… peligroso.

—¿Por qué me miras así? —preguntó de repente, con un tono más ligero del habitual, pero cargado aún de curiosidad.

Sentí cómo me ardían las mejillas y solté lo primero que se me vino a la cabeza:

—Me gusta este lado tuyo. Más humano, ¿sabes?

Él arqueó una ceja, claramente interesado.

—¿Humano? Elena, soy la misma persona.

—Quizá —comenté apretando ligeramente los labios—. Pero esta versión… me gusta.

Se quedó mirándome durante unos segundos, con esa intensidad que parecía llegar a cada rincón de mi alma.

No dijo nada, aunque una leve sonrisa bailó en sus labios.

Volvimos a comer en silencio, pero había algo en el aire, algo que hacía que mi corazón latiera más deprisa.

Después de cenar, insistimos en lavar los platos juntos. Él los lavaba y yo los secaba, pero de vez en cuando nuestras manos se rozaban.

Nuestras miradas se encontraban y yo sentía cómo aquella energía entre nosotros crecía con cada segundo. Cuando dejé el paño para coger el siguiente plato, noté su presencia más cerca.

Dante se acercó por detrás, abrazándome con firmeza. Mi cuerpo se tensó por un instante. Su voz grave sonó cerca de mi oído, dejándome sin aliento.

—Elena… —empezó con cierta vacilación, pero al mismo tiempo convencido de lo que quería decir—. Ya no puedo resistirme. No puedo más. Te necesito ahora.

Me giré para encararlo, y esa mirada que me lanzó… era indescriptible.

Vulnerable y decidida al mismo tiempo.

Mi corazón latía desbocado, pero antes de que pudiera siquiera pensar en una respuesta, inclinó el rostro y sus labios encontraron los míos.

El primer contacto fue suave, casi tímido, pero pronto profundizó el beso, sosteniendo mi rostro con una mano mientras la otra permanecía en mi cintura, atrayéndome aún más hacia él.

Mi cuerpo reaccionó al instante, mis manos subieron hasta sus hombros y luego se enredaron en su cuello. El encaje era perfecto. Sus labios firmes se movían contra los míos en un ritmo que parecía exclusivamente nuestro.

Mi mente se quedó en blanco, dejando que el corazón y el cuerpo guiaran el momento.

A cada segundo, el beso se hacía más profundo, más lleno de una pasión largamente reprimida.

El mundo alrededor desapareció, y lo único que quedaba era él. Nosotros.

Dante sostuvo mi rostro con delicadeza, pero la firmeza de sus dedos transmitía toda la intensidad de aquel momento. Me acerqué aún más, mis dedos aferrándose a la tela de su camisa como si fuera lo único que me mantuviera en pie.

La fuerza de sus brazos alrededor de mi cintura me hizo sentir completamente protegida. Sus labios se movían con una precisión casi

ensayada, pero había una urgencia cruda y vulnerable que hacía que todo fuera muy real.

Cuando inclinó ligeramente la cabeza para profundizar aún más el beso, sentí como si me quedara sin aire en los pulmones, aunque no me importaba en absoluto.

Interrumpió el beso brevemente, solo lo justo para mirarme a los ojos. Su mirada tenía algo que jamás había visto antes: una mezcla de deseo, admiración y, sorprendentemente, vulnerabilidad.

—Elena… —murmuró con voz ronca y cargada de emoción, como si confesara algo que ni él mismo comprendía.

Antes de que pudiera responder, volvió a besarme, esta vez más lentamente, con más intensidad.

Era un beso que decía más que cualquier palabra.

Se estaba entregando por completo, y aunque mi mente me gritaba que retrocediera, no podía hacerlo. Algo dentro de mí cedió, derribando una barrera que ni siquiera sabía que existía.

—Esto era inevitable —susurró con voz baja pero llena de una certeza que me hizo estremecer.

No supe qué responder.

Cuando finalmente nos separamos, respirando aceleradamente, nuestras miradas volvieron a encontrarse.

Y entonces escuchamos un sonido que nos hizo girar al mismo tiempo: Héctor, en su carrito a nuestro lado, estaba aplaudiendo, con los ojos brillantes, como si comprendiera exactamente lo que acababa de ocurrir.

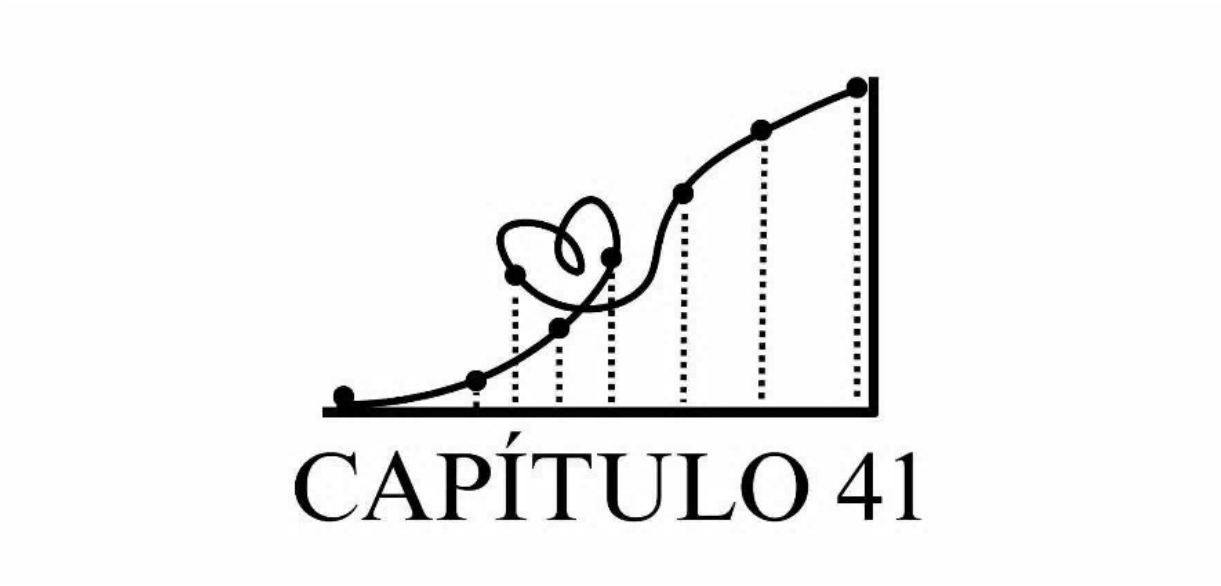
No pude evitar reír, contagiando a Dante, que también soltó una risa baja y ronca.

Él se pasó una mano por la nuca, ligeramente avergonzado, pero había algo en su mirada que me decía que no se arrepentía ni lo más mínimo.

—Parece que tenemos un pequeño admirador —comentó, mirando a nuestro hijo con una sonrisa que, por primera vez, parecía totalmente genuina.

—Creo que le ha gustado el espectáculo —bromeé, tratando de recuperar el aliento y la cordura.

Mientras Dante lo tomaba en brazos, la sonrisa en sus labios me hizo dar cuenta de que algo había cambiado entre nosotros. No era solo el beso. Era la forma en que nos mirábamos ahora, como si un muro se hubiera venido abajo.



“Às vezes, o destino nos empurra para caminhos que jamais escolheríamos, apenas para nos mostrar que são exatamente os que precisamos percorrer”

ELENA ROMANO

Los días fueron pasando lentamente, y ayer Héctor cumplió tres meses.

Sentada en el sofá del salón junto a Giovana, no podía evitar pensar en cuánto había cambiado todo durante el último mes.

Dante se había acercado más a mí y a Héctor, casi como si aquel hombre frío y autoritario que conocí fuera tan solo una sombra de lo que realmente podría llegar a ser.

Estaba distinto: más presente, más atento, y eso, poco a poco, empezó a afectarme.

Ahora era imposible no verlo de manera diferente, imposible no sentir cómo algo crecía con nuestra convivencia.

—¿Y bien, señora Elena? ¿Cómo va la vida en la mansión del multimillonario? —me preguntó Giovana con una sonrisa divertida en los labios mientras acunaba a Héctor en sus brazos—. Esto parece un plató de telenovela. ¿Ya te has dado una vuelta por las cincuenta habitaciones o todavía no has encontrado todos los baños?

Reí, negando con la cabeza. Giovana siempre encontraba la manera de hacerme reír, incluso cuando mi corazón estaba un poco confundido.

—Creo que solo conozco la mitad de la casa por ahora —bromeé encogiéndome de hombros—. Pero, mira, la verdad es que me estoy acostumbrando.

—¿Acostumbrando, eh? —Arqueó una ceja con clara intención de provocarme—. ¿Y qué tal con el magnate? ¿Te has acostumbrado también a él o sigue siendo el jefe mandón de siempre?

Me mordí el labio, dudando. Me resultaba difícil expresar con palabras lo que sentía ahora mismo respecto a Dante.

—Es distinto a lo que pensaba, ¿sabes?

—¿Distinto cómo? —Giovana inclinó la cabeza con curiosidad, dibujándose una sonrisa traviesa—. ¿Distinto «mejor» o distinto «peor»?

Suspiré, acomodándome mejor en el sofá, sintiendo cómo se calentaba mi rostro.

—Mejor. Mucho mejor, la verdad. Ha sido muy bueno conmigo y con Héctor. Es atento, mucho más de lo que jamás habría imaginado que podría ser. Y… —vacilé, pero decidí terminar la frase— a veces parece que realmente le importamos.

Giovana abrió mucho los ojos y sonrió ampliamente.

—¡Ah, entonces el multimillonario sí tiene corazón! Cuéntame más, ¿ya ha hecho algo romántico o solo cubre lo básico como no dejar que te mueras de hambre?

Me reí, negando con la cabeza.

—No es solo eso, Gio. Algunas noches cocina para nosotros, me pregunta cómo fue mi día, se preocupa por Héctor de una manera que nunca habría imaginado. Es atento. Y yo…

—¿Y tú qué? —Giovana exageró un guiño—. Ya te estás derritiendo por el encanto del mandón, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar la sonrisa que se formó en mis labios.

—Tal vez. Es difícil no fijarme en él cuando está tan cerca. Me trata de un modo que jamás habría esperado.

Giovana se llevó la mano al pecho, fingiendo dramatismo.

—Madre mía, es oficial. Elena ha caído bajo el encanto del hombre más complicado de todo São Paulo. ¡Quiero detalles! ¿Ya te ha hecho alguna declaración épica?

—No, nada así —contesté, riendo—. Pero tiene sus gestos, ¿sabes? Y eso dice mucho, de alguna manera.

Me miró entornando los ojos, claramente tratando de descifrar algo.

—¿Y crees que es solo por Héctor o hay algo más ahí?

Suspiré de nuevo, aunque esta vez con una tímida sonrisa.

—No lo sé. Creo que está descubriendo su faceta como padre, pero también… parece que está intentando algo conmigo. Y,

sinceramente, no sé qué pensar.

Héctor comenzó a reír en sus brazos, como si supiera que hablábamos de su padre. Giovana lo miró con una sonrisa luminosa.

—Este bebé se ríe porque ya sabe que su mamá está enamoradita —bromeó mientras le hacía cosquillas—. A ver, Héctor, ¿a quién prefieres, a mamá o a papá?

—¡Giovana! —protesté entre risas—. Ni siquiera entiende lo que estás diciendo.

—No importa —respondió, guiñándome un ojo—. Pero yo que tú, vigilaría a ese tal Dante. A veces, el hombre más complicado es el que más merece la pena.



Tenía un sitio donde ir hoy, y necesitaba decir la verdad.

Después de todo lo que estaba sucediendo, sabía que mis padres merecían escucharlo directamente de mí antes de que la noticia llegara por otras bocas.

No sería justo con ellos, especialmente después de todo el apoyo que me habían brindado. Además, la sonrisa de mi padre al ver a Héctor

en brazos de mi madre hacía que mi corazón se tranquilizara un poco.

—¡Este niño es la alegría de la casa, Elena! —exclamó mi padre, acariciando suavemente a Héctor, que soltaba risitas alegres—. Se parece muchísimo a ti cuando eras bebé.

Mi madre, a su lado, contemplaba al nieto con ojos llenos de amor.

—Pero tiene la nariz del padre, ¿no crees? —Me lanzó una mirada curiosa, esperando mi respuesta.

Respiré profundamente, acomodándome en la silla. Tenía que decirlo ya.

—Mamá, papá… necesito contaros algo importante.

Ambos dejaron inmediatamente de jugar con Héctor y me miraron con total atención.

Mi padre frunció ligeramente el ceño, aunque mantuvo la sonrisa, mientras mi madre apoyaba suavemente una mano en su brazo, como preparándose para lo que venía a continuación.

—Ya sabéis que estoy viviendo con Dante —comencé, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba—. Pero… hay más. Vamos a casarnos.

La sorpresa fue inmediata. Mi padre abrió una amplia sonrisa, mientras que mi madre arrugó ligeramente la frente, claramente preocupada.

—¿Casaros? —exclamó mi padre—. ¡Es una noticia maravillosa! Héctor merece crecer en una familia, con sus padres juntos.

Mi madre, sin embargo, parecía menos entusiasmada.

—Cariño… ¿estás segura de esto? —preguntó en tono más serio —. No es solo por Héctor, ¿verdad? Necesito saber si realmente te gusta ese hombre.

Tragué saliva, experimentando una mezcla de nervios y emociones.

No quería mentir a mi madre, ni a mí misma.

Pero también sabía que mis sentimientos estaban más confusos que nunca. Aun así, había una verdad que no podía negar.

—No, mamá —respondí con sinceridad—. No es solo por Héctor. Siento algo por Dante. Quizás más de lo que creía posible. Especialmente después de estas últimas semanas. Ha cambiado tanto, está tan presente… no sé muy bien cómo explicarlo, pero siento que estamos conectando de verdad.

Mi madre entrecerró ligeramente los ojos, pero su expresión se suavizó.

—Entonces, ¿crees que puede funcionar? ¿Que él es alguien con quien podrías ser feliz?

—Creo que sí —respondí con una sonrisa tímida—. Al menos, estoy dispuesta a intentarlo. Él es mucho más de lo que pensé al principio, mamá. Es difícil explicarlo, pero siento que está haciendo un esfuerzo, por mí, por Héctor… por nosotros.

—Si crees que esto es lo correcto, entonces estaremos contigo, hija. Siempre estaremos contigo.

Mi madre suspiró, mirándome con ternura.

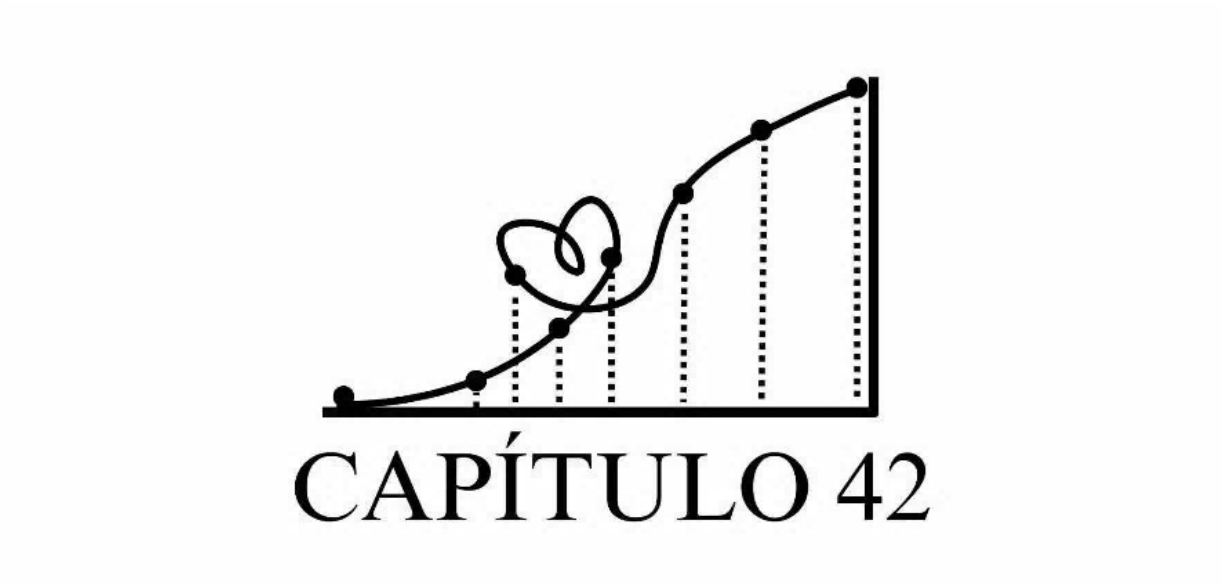
—Solo quiero que estés segura. Y que sepas que no estás sola, pase lo que pase. ¿Me prometes que cuidarás de ti misma?

Asentí, sintiendo cómo mis ojos se humedecían ligeramente.

—Te lo prometo, mamá.

Y mientras Héctor reía alegremente en brazos de mi padre, sentí que, quizás, estaba en el camino correcto… aunque el futuro siguiera

siendo un completo misterio.



«El mayor desafío no es enfrentarse al mundo, sino admitir lo que ocurre dentro de nuestro corazón».

DANTE VALENTINI

Acabé cumpliendo lo que había prometido, y aunque el trabajo se acumulaba para Marco y para mí, el tiempo que pasaba en casa era esencial.

Seguir el crecimiento y los progresos de Héctor me hacía darme cuenta de cosas que antes ignoraba por completo, y aquello era algo nuevo para mí.

En cuanto entré en el salón, vi a Elena sentada en el sofá con Héctor en brazos, balanceándolo suavemente mientras tarareaba una melodía en voz baja.

Aquella escena debería haberme transmitido la calma que siempre esperaba al volver a casa, pero había algo que no encajaba. Tenía el rostro pálido, profundas ojeras bajo los ojos y sus movimientos parecían más lentos de lo habitual.

—¿Elena? —Mi voz sonó más severa de lo que pretendía, pero la preocupación ya comenzaba a crecer en mí—. ¿Estás bien?

Ella me miró y forzó una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Estoy bien, Dante. Solo un poco cansada. Debe ser por la noche que he pasado.

No me convenció.

Me acerqué a ella dejando mi carpeta en algún lugar por el camino, y me arrodillé a su lado. Antes de que pudiera protestar, le toqué la frente con el dorso de la mano.

Estaba caliente, demasiado caliente.

—Tienes fiebre. —Mi expresión se volvió seria al instante—. ¿Desde cuándo estás así?

—No es nada, Dante. Solo estoy un poco indispuesta —intentó restarle importancia mientras ajustaba a Héctor en su regazo—. Se me pasará.

—¿Desde cuándo? —insistí, ignorando su intento de desviar la conversación.

—Desde anoche, quizá. Pero no es nada grave. —Se encogió de hombros, aunque su voz sonaba más débil de lo normal.

—¿Nada grave? —La miré, incrédulo—. Elena, ve a tomarte la temperatura. Ahora mismo.

—Dante… —empezó a protestar, pero mi mirada seria la hizo suspirar y ceder—. Está bien. Solo para que dejes de insistir.

Me entregó a Héctor y se dirigió al baño a por el termómetro.

Mientras tanto, comencé a pasear por el salón sosteniendo a mi hijo, que al parecer encontraba la situación bastante divertida.

Él reía suavemente mientras jugaba con el cuello de mi camisa, completamente ajeno a la tensión en el ambiente.

Cuando Elena volvió, se tomó la temperatura bajo mi atenta vigilancia. El termómetro emitió un pitido y, aunque intentó ocultar su expresión preocupada, fui más rápido.

—¿Cuánto tienes? —pregunté, anticipando la respuesta.

—Treinta y nueve grados —suspiró, cruzando los brazos como si eso fuera suficiente para dar por terminado el asunto.

—Recoge tus cosas. Nos vamos al hospital ahora mismo. —Mi voz no admitía discusión.

—¿Qué? ¡No, Dante, no hace falta! Es solo fiebre. Necesito descansar y ya está. —Negó con la cabeza, pero yo ya estaba cogiendo mi chaqueta.

—Elena, no voy a discutir contigo. ¿Tienes fiebre alta desde anoche y esperas que desaparezca por arte de magia? No pienso arriesgarme.

—¡No quiero ir al hospital! —elevó un poco la voz, pero claramente estaba demasiado débil para mantener una discusión seria —. Estás exagerando.

—¿Exagerando? —La miré directamente, con tono firme—. No permitiré que descuides tu salud. Esto no es negociable. Ahora, recoge tus cosas. Es una orden.

Abrió la boca para replicar, pero algo en mi expresión la hizo detenerse. Finalmente, suspiró, derrotada.

—Está bien. Has ganado, Valentini. —Puso los ojos en blanco, aunque en el fondo sabía que yo tenía razón.

—Siempre gano, Elena. —La provocación salió automáticamente, pero esta vez ella simplemente negó con la cabeza, demasiado agotada para preocuparse.

Con Héctor seguro en brazos y Elena finalmente colaborando, nos preparamos para salir.

Sabía que odiaba ceder, pero en aquel momento, mi prioridad estaba clara: cuidar de ella, incluso si eso implicaba ser todavía más mandón de lo habitual.



Llevé a Elena al hospital y me quedé con Héctor mientras ella estaba en la consulta.

Por mucho que intentaba mantenerme tranquilo, la preocupación era como una tormenta constante en mi cabeza.

Nunca me había gustado depender de otras personas para resolver problemas, y eso incluía a médicos y diagnósticos que escapaban a mi control.

Sentado en la sala de espera, Héctor estaba tranquilo en mis brazos, entretenido jugando con los botones de mi traje.

Su risa suave y ocasional era lo único que conseguía aliviar mínimamente la tensión que sentía en el pecho.

Miraba constantemente hacia la puerta por la que Elena había entrado, intentando calcular cuánto tiempo llevaba allí dentro.

—¿Por qué tarda tanto? —murmuré de nuevo para mí mismo.

Mi vista volvió al pasillo, como si con eso consiguiera hacer que ella apareciera más rápido.

La paciencia, si es que alguna vez tuve, ya estaba llegando al límite.

Me levanté, acomodando a Héctor en brazos, y comencé a caminar hacia la puerta.

No pensaba esperar más. Si algo iba mal, necesitaba saberlo cuanto antes.

Sin embargo, antes de que pudiera llegar allí, la puerta se abrió y apareció Elena. Estaba pálida, pero tenía una leve sonrisa en el rostro que logró aliviarme un poco de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunté directamente, acercándome a ella—. ¿Qué ha dicho el médico?

Ella suspiró, apoyándose en la pared un instante antes de responder:

—Ha dicho que es una infección leve. Probablemente algo que comí. Me ha recetado antibióticos y algo para bajar la fiebre —levantó ligeramente un papel con las recetas médicas.

La observé detenidamente, tratando de detectar cualquier indicio de que estuviera restándole importancia a la situación.

No me gustaba esa palabra, «probablemente», pero al menos parecía algo tratable.

—¿Estás segura de que te ha revisado bien? —insistí, incapaz de contenerme.

—Dante, solo era una consulta. Estoy bien. —Me lanzó una mirada cansada pero paciente—. Solo tengo que tomar la medicación y descansar.

La palabra «descansar» me hizo fruncir el ceño.

Elena no era del tipo de persona que se quedaba quieta por mucho tiempo, incluso cuando lo necesitaba. Parecía tener una terquedad parecida a la mía.

—Entonces volvamos a casa.

Mi prioridad en ese momento era asegurarme de que ella siguiera al pie de la letra las indicaciones médicas.

Ella asintió y salimos juntos del hospital. Durante el camino de regreso a la mansión, Héctor permaneció tranquilo, casi dormido en mis brazos.

Elena parecía un poco más relajada, aunque todavía podía verse claramente el cansancio en sus ojos.

—En cuanto lleguemos, vas directa a descansar. Yo me ocuparé de todo —le dije mirándola con seriedad.

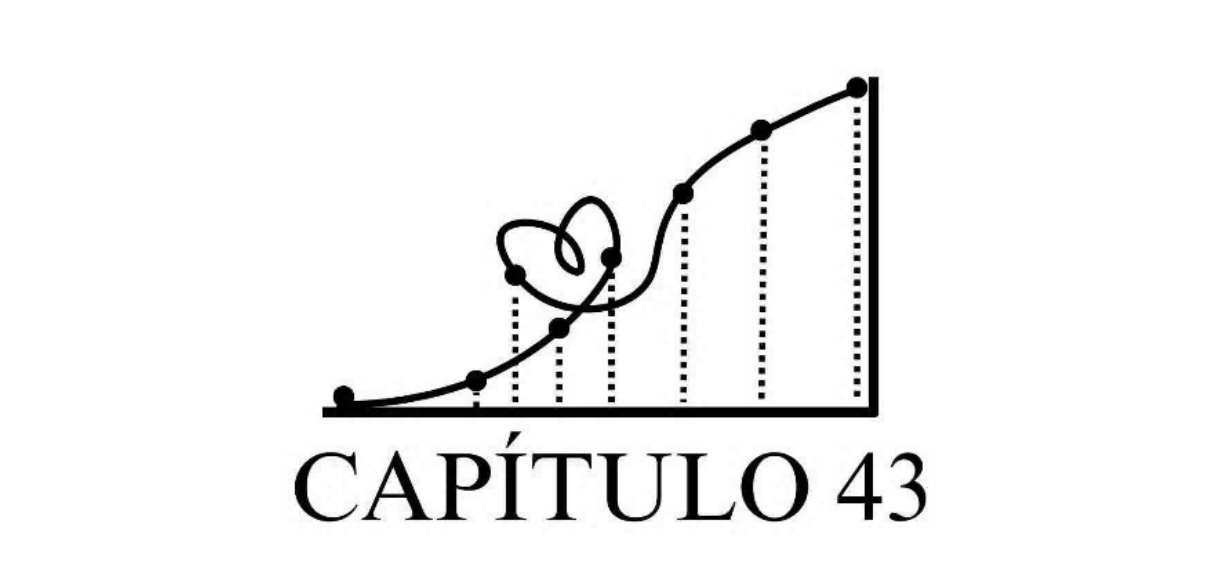
Ella arqueó una ceja y respondió con cierto tono sarcástico en la voz:

—¿Te ocuparás de todo? ¿Incluyendo a Héctor? Eso quiero verlo.

A pesar de las palabras y provocaciones, era consciente de que algo había cambiado dentro de mí. La preocupación que sentía por

Elena iba más allá de cualquier sentido de la responsabilidad.

Era genuina, profunda, y eso me aterraba.



«Uno solo se da cuenta de que se está enamorando cuando empieza a perderse en los pequeños gestos».

ELENA ROMANO

Me daba cuenta de que Dante me miraba constantemente, cada vez más preocupado, como si esperara que fuera a derrumbarme en cualquier momento.

—¿Estás segura de que estás bien? —me preguntó por tercera vez desde que habíamos salido del hospital, con esos ojos fijos en mí, intensos y analíticos.

Suspiré, intentando sonar lo más convincente posible, aunque era casi imposible ocultar el agotamiento que sentía.

—Sí, de verdad. Los medicamentos harán efecto pronto. No hace falta que te preocupes tanto.

No pareció muy convencido.

Dante Valentini rara vez aceptaba respuestas simples, sobre todo cuando se trataba de algo que no podía controlar del todo.

El coche se detuvo frente a la mansión, y él fue el primero en bajar, abriéndome la puerta; un gesto que antes me habría parecido totalmente extraño en él, pero que ahora comenzaba a parecer natural.

Nada más entrar, noté que se apartaba hacia el pasillo, cogiendo el móvil. Por un momento pensé en simplemente ignorarlo, pero algo en su postura me hizo dudar. No era el Dante frío y calculador de siempre. Parecía… tenso, casi vulnerable.

Me acerqué discretamente, sin querer invadir su espacio, pero lo suficiente para escuchar lo que decía.

—Marco, no voy a ir a trabajar mañana, quizás tampoco pasado mañana. Reorganiza las reuniones para encargarte tú.

Mi mente se quedó en blanco por un instante.

Él jamás se tomaba días libres.

Nunca.

Pensé en interrumpirle, decirle que eso era exagerado, que no necesitaba alterar toda su rutina por mí; sin embargo, algo me frenó.

Había algo reconfortante en saber que, por primera vez en años, alguien estaba dispuesto a cuidar de mí.

Cuando colgó y regresó al salón, su mirada se cruzó inmediatamente con la mía.

—He decidido que me quedaré en casa. Necesitas descansar, y yo puedo ocuparme de Héctor.

Me quedé sin reacción durante unos segundos, asimilando el peso de aquellas palabras.

Él lo estaba haciendo por mí… por nosotros.

—Dante, no tienes que hacer esto. Estoy bien —dije con voz vacilante, como si no estuviera segura de querer realmente que cambiase de idea.

Dio un paso hacia mí, cruzó los brazos y me miró con esa expresión firme, casi desafiante.

—No es negociable. Vas a descansar y yo me encargaré de que lo hagas.

Tragué saliva, sin saber cómo responder.

Una parte de mí quería insistir, mantener el control de la situación, pero otra parte… otra parte quería aceptar.

Había algo inexplicablemente tranquilizador en dejar que me cuidara, en darme cuenta de que no solo decía que le importaba, sino que lo demostraba.

—De acuerdo —fue todo lo que logré decir, con una voz casi en un susurro.

Dante relajó ligeramente los hombros y asintió.

—Bien. Ahora ve al dormitorio y descansa. Yo me quedo con Héctor.

Su tono era firme, pero no brusco.

Casi podía considerarse amable. Era una faceta de Dante Valentini que yo no estaba acostumbrada a ver, pero que, poco a poco, empezaba a descubrir. Y por más que intentaba resistirme, no podía evitar verlo de otra manera.

Más cercano.

Mientras caminaba hacia la habitación, una pequeña parte de mi corazón se preguntaba si ese Dante sería alguien a quien podría llegar a amar.



Ya en mi habitación, intenté acomodarme entre las almohadas y dejar descansar mi mente, pero resultó imposible. Mis pensamientos insistían en volver constantemente hacia Dante y Héctor.

La conexión que ambos habían creado en estas últimas semanas era algo que reconfortaba mi corazón. Jamás habría imaginado que él pudiese ser tan cercano, tan atento. Y verlo así hacía crecer en mí algo que todavía no estaba preparada para admitir.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió mis pensamientos, y allí estaba él, entrando en la habitación con Héctor profundamente dormido acurrucado en sus brazos.

Dante se acercó hasta la cuna con pasos silenciosos, acomodando al bebé con extrema suavidad y cuidado.

Era imposible no sonreír al verlo así, tan paternal, tan humano.

—Eres un buen padre, Dante —las palabras salieron antes de que pudiese pensar en ellas, y noté cómo giraba la cabeza, mirándome con una expresión mezcla de sorpresa y curiosidad—. Y algún día serás un marido excelente.

El silencio que siguió fue casi palpable.

Me miraba intensamente, como intentando descifrar algo en mis ojos, y sentí cómo mis mejillas se encendían. Las palabras habían escapado y ahora flotaban en el aire entre nosotros.

Intentando romper aquel ambiente, murmuré:

—Sobre la boda ficticia… no has vuelto a decir nada.

Dante esbozó una media sonrisa, esa sonrisa tan suya que parecía ocultar más de lo que revelaba, y respondió mientras se acercaba a mí:

—No pienses en eso ahora, Elena. Lo importante es que te recuperes.

Se inclinó ligeramente hacia mí, colocando su mano grande y firme sobre mi frente para comprobar si aún tenía fiebre.

Sus ojos, más serenos de lo habitual, recorrieron lentamente mi rostro, como si estuviese buscando algo más allá de simples signos de enfermedad.

—¿Te has tomado la medicación? —preguntó, y asentí suavemente.

—Sí, ya estoy mejor —mi voz salió más baja de lo previsto, casi en un susurro, como si temiera romper la calma de aquel instante.

—Perfecto. Pero voy a estar atento. Si necesitas algo, llámame, aunque sea en plena madrugada. ¿Entendido? —habló con esa autoridad suya que parecía imposible de cuestionar, aunque en esta ocasión su tono era amable, casi cariñoso.

—Entendido —murmuré, y por primera vez no me sentí incómoda ante su determinación. De hecho, resultaba reconfortante.

—Buenas noches, Elena.

—Buenas noches, Dante —respondí, observando cómo salía de la habitación, cerrando la puerta cuidadosamente tras él.

Me quedé allí sola otra vez, pero mi corazón estaba muy lejos de tranquilizarse.

Mi mente volvió de inmediato hacia él, hacia esos gestos inesperados de cariño, hacia esa mirada que contenía algo que aún no lograba descifrar.

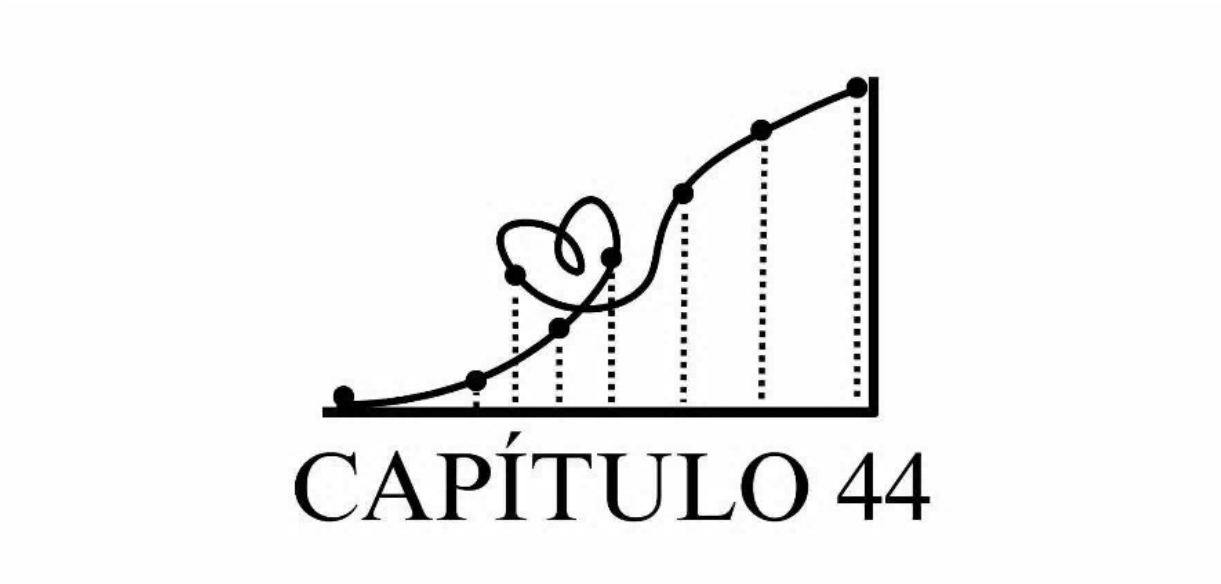
Cada detalle parecía acumularse, creando una avalancha de sentimientos que no sabía cómo manejar.

Fue en ese momento cuando lo comprendí.

Me estaba enamorando de Dante Valentini.

No del multimillonario frío y arrogante que había conocido al principio, sino del hombre que sostenía a nuestro hijo con una delicadeza infinita, que cancelaba reuniones para asegurarse de que yo estuviera bien, que me miraba como si pudiese ver más allá de mis palabras.

Y esa certeza me asustaba tanto como me hacía sonreír.



«Algunas verdades llegan en silencio, otras lo hacen como un susurro que resuena en el corazón».

DANTE VALENTINI

Hacía ya bastante tiempo que no tenía una noche de sueño tranquila.

Tumbado en la cama, mi mente parecía más inquieta que nunca. Siempre había sido un hombre que valoraba el control absoluto, pero ahora pensar en Elena y en Héctor se estaba convirtiendo en una costumbre inevitable.

Aquello me incomodaba y, a la vez, lo sentía como algo correcto.

Yo nunca había sido así.

Antes, mi única preocupación era yo mismo, mis negocios, los objetivos que me trazaba y siempre alcanzaba. Pero de repente, mis prioridades habían cambiado por completo.

La idea de que Elena estuviese enferma, vulnerable, despertaba en mí una necesidad inmediata de solucionar cualquier problema incluso antes de que ella misma supiera que necesitaba ayuda.

Y Héctor… él era un universo nuevo, repleto de posibilidades que yo aún no sabía cómo explorar.

Giré en la cama, frustrado por mis propios pensamientos.

¿Qué había cambiado tanto en mí? ¿Por qué no podía simplemente seguir con mi vida como siempre había hecho?

Respiré profundamente, sabiendo que no encontraría respuestas fácilmente.

Me levanté despacio, sin hacer ruido, y caminé hacia la habitación de Elena. La luz tenue del pasillo iluminó suavemente el cuarto cuando abrí la puerta.

Ella dormía tumbada de lado, con el rostro parcialmente cubierto por la manta. Su respiración era tranquila, y su expresión transmitía tanta serenidad que me pregunté si era consciente de hasta qué punto me había transformado.

Me acerqué con cierta duda, quedándome junto a la cama, contemplándola.

Cada detalle en ella parecía sencillo y al mismo tiempo profundamente complejo. Elena no era simplemente una mujer. Ella representaba fuerza, valentía y una especie de pureza que yo creía extinguida.

Y, de algún modo inexplicable, allí estaba ella, en mi casa, en mi vida, logrando que me cuestionase todo lo que hasta entonces había

dado por seguro.

Mi mirada descendió hasta su mano, que descansaba sobre las sábanas, y por un instante sentí el impulso de tocarla.

Pero no lo hice.

Simplemente permanecí allí de pie, intentando comprender qué significaba todo aquello para mí.

Pasados unos minutos, retrocedí en silencio y salí de la habitación, cerrando la puerta cuidadosamente tras de mí.

Regresé a mi cama, aunque sabía que el sueño tardaría en llegar.

Aunque fuese en contra de mi voluntad, mi percepción sobre lo que realmente importaba estaba cambiando, lentamente, con cada momento que compartía con ella y con nuestro hijo.

Y por mucho que quisiera resistirme, una parte de mí sabía perfectamente que ya no había vuelta atrás.

ELENA ROMANO

Me desperté algo mejor.

El agotamiento que se había apoderado de mí en los últimos días parecía más leve, como si por fin mi cuerpo hubiese aceptado la idea de descansar.

Me desperecé, sintiendo cómo se estiraban mis músculos, y me levanté lentamente.

Lo primero que hice fue comprobar cómo estaba Héctor. Lo encontré dormido plácidamente, con el rostro sereno, lo que hizo que sonriera. Mi hijo era la viva imagen de la paz.

Al regresar, me fijé en algo junto a la cama: una nota doblada. La tomé, intrigada, y al abrirla leí unas palabras escritas con una caligrafía impecable:

"No sé si lo sabes, pero roncas. Y sí, fui hasta ahí para asegurarme de que estuvieras bien."

Solté una leve carcajada, sorprendida por aquella mezcla de provocación y ternura.

¿Dante Valentini, el hombre que jamás mostraba debilidad, había dejado una nota?

Me quedé mirando aquellas palabras, casi escuchando su tono sarcástico al leerlas.

Era extraño, pero también entrañable.

Aún con la sonrisa en los labios, doblé con cuidado la nota y decidí guardarla.

Fui hacia la cocina, decidida a preparar algo para desayunar, pero al entrar me recibió el inconfundible aroma a café recién hecho y algo caliente en los fogones.

Dante estaba allí, apoyado en la encimera, removiendo con calma el contenido de una cazuela. Esta vez no vestía su habitual e impecable traje de trabajo; llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta de algodón, algo tan sencillo que por un instante casi no lo reconocí.

Era como ver una versión distinta de él, menos rígida, más accesible.

—Buenos días —saludé, aún algo sorprendida.

—Buenos días —respondió sin apartar la vista de la cazuela—. El desayuno está listo. Pensé que merecías un descanso después de ayer.

Me senté en la barra, observándolo mientras terminaba de poner la mesa.

No pude resistirme.

—Yo no ronco, ¿sabes? —comenté, cruzándome de brazos y arqueando una ceja.

Él se rio, un sonido bajo y genuino que templó el ambiente.

—Claro que roncas. Fui a tu habitación de madrugada para ver cómo estabas y lo escuché. No es un ronquido fuerte, pero roncar, roncas.

Me quedé sin palabras un instante, no tanto por el hecho de que escuchase algo que yo misma desconocía, sino por la idea de que me hubiese visitado mientras dormía. Él notó mi silencio y aprovechó para añadir:

—No te preocupes, no molesta. Solo me pareció gracioso.

Solté una risa nerviosa, intentando disimular el nudo que se formaba en mi garganta.

Realmente se preocupaba. Me costaba creerlo, pero allí estaba, en su mirada, en sus palabras simples y hasta en aquel desayuno.

—Te preocupas de verdad por mí, ¿no? —pregunté, con la voz más vacilante de lo que me habría gustado.

Él se detuvo un instante, mirándome directamente a los ojos, y respondió con una sinceridad desarmante:

—Sí, Elena. Mucho más de lo que pensé que podría preocuparme.

Aquello me impactó de lleno. Sentí cómo mis defensas empezaban a desmoronarse, porque nunca nadie me había tratado antes con tanto cuidado.

—Ningún hombre ha sido así conmigo, ¿sabes? —confesé en voz baja, casi susurrando—. Siempre he tenido que ser fuerte sola. Pero contigo... es distinto.

No respondió inmediatamente, pero su mirada lo decía todo.

Estaba tan acostumbrada a cargar con el peso del mundo yo sola, que tener allí a alguien dispuesto a compartir parte de esa carga resultaba tan aterrador como reconfortante.

—Ya no tienes que hacerlo sola. Nunca más —dijo con una firmeza que hizo que mi corazón temblase ligeramente.

Aquel momento sencillo, rodeado por el aroma del café y la suave luz de la mañana, significaba más de lo que podía expresar.

—Gracias, y… hoy me encuentro mejor —dije mientras me acomodaba en la mesa, mirando la taza de café humeante que él había preparado.

—¿Estás segura? —preguntó, con un tono lleno de preocupación.

Asentí, intentando aparentar más fuerza de la que sentía.

—Sí, la medicación está funcionando. Te prometo que no intento librarme de ti.

Él arqueó una ceja, con una sombra de sonrisa bailando en sus labios.

—Espero que no lo hagas. No es tan fácil deshacerse de mí.

Reí, sorprendida por la ligereza en su voz, algo poco común en él.

—Ni aunque lo intentara, ¿verdad?

—Ni aunque te esforzaras mucho —se inclinó ligeramente, como si evaluara mi expresión más de cerca—. Pero, por si acaso, seguiré vigilándote.

—¿Y quién dice que necesito un guardián las 24 horas? —contraataqué, cruzándome de brazos, aunque sin poder borrar mi sonrisa.

—Tu estado de anoche, por ejemplo —señaló, tan directo como siempre—. Además, Héctor todavía es demasiado pequeño para cuidar de ti.

Puse los ojos en blanco, aunque el calor en mi pecho crecía.

—Está bien, señor Valentini, acepto mi derrota.

Él rio, bajo y ronco, sentándose en la silla frente a mí. Sus ojos, habitualmente fríos y calculadores, eran diferentes.

—La verdad es que… —comenzó, escogiendo cuidadosamente sus palabras— estoy más tranquilo sabiendo que estoy cerca.

Tragué saliva, sin saber qué responder. Él no decía ese tipo de cosas a menudo, pero cuando lo hacía, lograba desarmarme por completo.

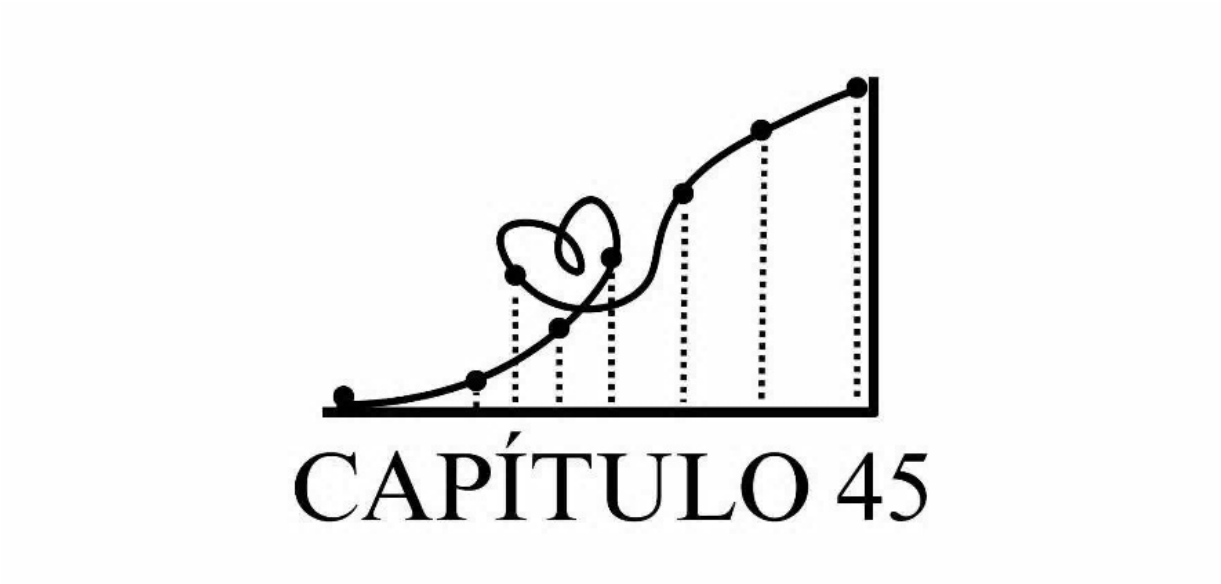
—Gracias por preocuparte —dije suavemente, sintiendo cómo mis mejillas se calentaban.

Negó suavemente con la cabeza, como si aquello no requiriese ningún agradecimiento.

—Él te necesita. Y yo también.

Aquella frase me alcanzó como una ola inesperada.

No solo por las palabras, sino por la sinceridad en su mirada. Era una faceta de Dante que comenzaba a descubrir, y que, pese a todas mis barreras, empezaba a gustarme.



«Algunas verdades llegan como un susurro, pero golpean con la fuerza de un trueno».

ELENA ROMANO

Mientras jugaba con Heitor, sentí una tranquilidad que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Los últimos tres días habían sido distintos a todo lo que había vivido al lado de Dante.

Él se quedó en casa, algo que jamás pensé que podría ocurrir, ayudando en absolutamente todo: desde las pequeñas tareas hasta el cuidado de Heitor.

Fue surrealista verle cambiar pañales, calentar el biberón e incluso mecer al bebé hasta que se quedaba dormido.

Más surrealista aún fue descubrir cuánto me hacía feliz aquello.

Estaba sentada en el suelo con Heitor acurrucado en mi regazo mientras hablaba con él:

—¿Sabías que papá ha estado con nosotros todos estos días? Parece mentira, ¿verdad? Pero ha ayudado muchísimo. Creo que está intentando hacerlo mejor, ¿tú qué piensas?

Heitor respondió con una sonrisa capaz de derretir cualquier corazón, balbuceando sonidos incomprensibles mientras agitaba alegremente sus pequeños brazos.

Al mencionar el nombre de Dante, su sonrisa se ensanchó todavía más.

—Ah, te gusta mucho, ¿verdad? —le pregunté, pellizcando suavemente sus mofletes—. A mí también me gusta. Pero no se lo digas, ¿vale? Será nuestro secreto.

—¿A quién te gusta? —La voz grave de Dante me tomó completamente por sorpresa.

Levanté rápidamente la mirada y lo vi apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en los labios.

Noté cómo mis mejillas ardían inmediatamente.

—No estaba hablando de ti, si eso es lo que piensas —intenté defenderme mientras me levantaba del suelo con Heitor en brazos.

—¿Ah, no? —arqueó una ceja, claramente divertido—. Entonces, ¿quién es el afortunado?

—Alguien que no interrumpe conversaciones ajenas —repliqué, tratando de disimular mi vergüenza.

Él soltó una carcajada, pero enseguida cambió de tema.

—Arréglate, vamos a salir.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Sorpresa. —Se encogió de hombros, pero su tono firme dejaba claro que no aceptaría un no por respuesta.

Bufé, pero hice lo que me pidió.

Minutos después estaba lista, y nos dirigimos juntos al coche.

Dante no reveló nada durante el trayecto; solo me lanzaba miradas divertidas cada vez que insistía en preguntarle.

Cuando llegamos, me di cuenta de que estábamos en un parque precioso, rodeado de árboles altos y con un lago en el centro. El sonido de niños jugando y la brisa suave creaban una atmósfera de paz que hacía tiempo no sentía.

Extendimos una manta sobre la hierba y pusimos a Heitor encima; él parecía más entusiasmado que nunca.

Sus intentos torpes de moverse nos hicieron reír a ambos. Aunque aún no tenía edad para conseguirlo, insistía con determinación, algo que me llenaba de orgullo.

—Está tan feliz —comenté sin apartar la vista del bebé.

—Es como si supiera lo que significa estar aquí, con nosotros.

Miré a Dante, sentado a mi lado, completamente concentrado en los pequeños logros de nuestro hijo.

Por un instante no parecía el millonario autoritario que conocía, sino un hombre común disfrutando de las pequeñas alegrías de la vida.

—¿Eres feliz? —pregunté casi sin pensar.

Él giró el rostro para mirarme.

—Antes creía que el trabajo era lo máximo a lo que podía aspirar en términos de felicidad. Pero ahora sé que no es así.

Su respuesta fue tan sincera que me dejó sin palabras.

Volví a mirar a Heitor, que balbuceaba alegremente intentando agarrar la hierba con sus manitas pequeñas. Por primera vez en mucho tiempo sentí que tenía una familia.

Dante interrumpió mis pensamientos al tomar mi mano.

Cuando lo miré, sus ojos estaban fijos en los míos, como si intentara expresar algo que las palabras no lograban decir.

—Tú y Heitor sois lo único que consigue hacer que quiera frenar un poco —dijo suavemente, casi para sí mismo.

Mi corazón dio un vuelco.

—Creo que lo estamos haciendo bastante bien, ¿no te parece? —pregunté sonriendo, intentando suavizar la intensidad del momento.

Él no me devolvió la sonrisa. Sus ojos, clavados en mí, mostraban una seriedad que me inquietaba.

—No sé si "bastante bien" sea suficiente, Elena —respondió con voz baja, cargada de significado.

—¿A qué te refieres? —pregunté, confundida, mientras me colocaba el pelo que el viento insistía en despeinar.

—Quiero decir que ya no puedo tomar esto a la ligera. Vosotros dos… —señaló a Heitor, que ahora sostenía una ramita de hierba con total concentración— sois importantes. Más que cualquier otra cosa que haya tenido jamás.

—Dante… —empecé a decir, pero levantó una mano pidiendo silencio.

—Escúchame —pidió con firmeza, pero sin arrogancia—. Toda mi vida se ha basado en objetivos y resultados. Conseguía todo lo que quería. No había espacio para dudas ni para sentimientos que pudieran interferir con mis planes.

Hizo una pausa, mirando al horizonte, como si repasara cada elección hecha.

—Y entonces apareciste tú —continuó, volviendo a mirarme—, con un megáfono, una prueba de ADN y un equipaje que jamás planeé cargar.

Solté una risita, pero él no me siguió.

—Elena, tú y Heitor lo habéis cambiado todo. Y por primera vez, no sé cómo manejarlo. No sé si seré suficiente, pero quiero intentarlo. Quiero que esto funcione, como nunca he querido nada antes.

Sus palabras me golpearon profundamente, pero de un modo positivo.

Era vulnerabilidad pura.

Dante Valentini, el hombre que controlaba un imperio con mano firme, estaba allí, mostrándose ante mí de un modo que jamás habría imaginado.

—Nunca pedí nada de esto —confesé en voz baja—. Ni a ti ni a nadie. Solo quería un poco de paz.

Él asintió, como si entendiera exactamente lo que estaba diciendo.

—Y eso es precisamente lo que quiero darte —afirmó acercándose más a mí—. Paz. Seguridad. Un verdadero hogar. No solo para Heitor, sino también para ti.

El peso de sus palabras me hizo apartar la mirada unos instantes, como si enfrentar tanta intensidad fuera demasiado.

—No sé qué decir —admití con sinceridad.

—No hace falta que digas nada ahora. Simplemente confía en mí.

Era la frase más simple, pero dicha por él sonaba como una promesa.

—Confío.

Sin embargo, Dante no se detuvo ahí.

Sus ojos oscuros estaban clavados en mí, y su expresión parecía aún más seria, como si estuviera a punto de revelar algo importante.

Se acercó, reduciendo la distancia que había entre nosotros.

—Hay algo que debes saber, Elena —dijo con voz más baja, pero firme—. Estuve allí cuando nació Heitor.

Mi corazón se aceleró, y parpadeé, confundida.

—¿Qué? —pregunté, casi susurrando.

—En el hospital —continuó, cruzando los brazos, quizá como un intento de protegerse de mi reacción—. No estuve en la sala, pero... lo seguí todo a distancia. Desde el momento en que supe que estabas ingresada, vigilé cada paso que dabas: las pruebas, las consultas, el parto. Sabía exactamente cuándo llegó Heitor al mundo.

La revelación me golpeó como una descarga.

Mi primer impulso fue cuestionarlo, exigir explicaciones, pero algo en la seriedad de Dante me lo impidió. No parecía intentar justificarse; simplemente estaba soltándolo todo, así, sin filtros.

—¿Y por qué no me buscaste? —pregunté con la voz entrecortada—. ¿Por qué no apareciste? ¿Por qué no dijiste nada?

Él apartó la mirada durante un instante, como si estuviera organizando sus pensamientos antes de responder.

—Porque no sabía qué hacer, Elena —confesó con un tono casi amargo—. Nunca me había visto en una situación así. Llegaste a mi vida como un huracán, poniéndolo todo patas arriba, y estaba perdido. Durante ese tiempo intentaba decidir quién era realmente, qué debía hacer contigo y con Heitor.

—Lo sabías desde el principio… —murmuré, más para mí misma que para él.

—Lo sabía —confirmó, volviendo a mirarme—. Verte en el hospital, tan fuerte, tan centrada en Heitor, a pesar de todo lo ocurrido... Eso me cambió. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de que el trabajo, el control, todo lo que creía que importaba, quizá no fuese suficiente.

Sentí una opresión en el pecho.

Era como si todas las piezas empezaran a encajar, pero al mismo tiempo, el peso de sus palabras me arrastraba hacia abajo.

—¿Y nunca pensaste en hablar conmigo? —insistí.

—Lo pensé, sí —respondió sin vacilar—. Todos los días. Pero necesitaba estar seguro de que, si entraba en vuestras vidas, sería para hacer lo correcto. No podía actuar por impulso y complicarlo todo aún más.

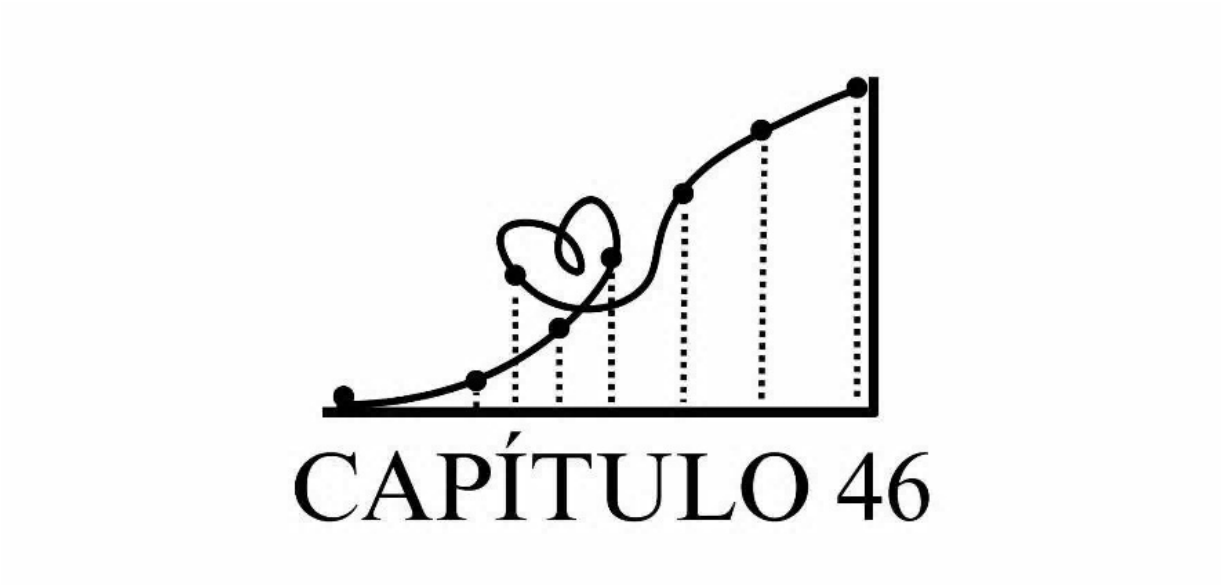
La sinceridad en su voz resultaba desconcertante.

Por un lado, deseaba gritarle por haberse quedado al margen, por no haber participado antes. Pero, por otro, lo entendía perfectamente. Era Dante Valentini. Él no hacía nada sin planificación, sin absoluta certeza.

—¿Y ahora? —pregunté, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarme—. ¿Estás seguro ahora?

Se acercó aún más, sus ojos perforando los míos con tal intensidad que olvidé respirar.

—Ahora sé que vosotros sois lo único que importa.



«No todos los caminos conducen al destino con el que soñamos, pero algunos nos sorprenden de formas que jamás imaginamos».

ELENA ROMANO

—Sois míos.

—Eso suena demasiado posesivo, ¿no crees?

—Sí. Pero es la verdad.

La firmeza en la voz de Dante encerraba una intensidad que me dejaba sin palabras. La forma en que me miraba, con aquella mirada profunda e impenetrable, aceleraba los latidos de mi corazón, pero no podía evitar provocarle.

Era casi irresistible.

—¿Y si decido que no quiero ser de nadie? —repliqué, cruzando los brazos y arqueando una ceja desafiante.

Él dio un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros hasta hacerla casi inexistente.

—¿Decidir? —murmuró, con voz grave y profunda, como si cada palabra estuviera cargada de intención—. Tú no has decidido nada, Elena. Desde el instante en que entraste en mi vida, ya eras mía.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda, pero no retrocedí. Era una batalla de voluntades, y aunque sabía que estaba perdiendo, no iba a admitirlo fácilmente.

—¿Siempre tienes tanta confianza en ti mismo? —pregunté, con la voz más débil de lo que pretendía.

—Siempre.

Avanzó otro paso y levantó una mano, tocándome el rostro con una delicadeza que contrastaba con la fuerza de sus palabras.

Su pulgar acarició mi mejilla, y su mirada, clavada en la mía, dejaba claro que sabía perfectamente el efecto que tenía sobre mí.

—Y, para que quede claro, Elena… —continuó, inclinándose hasta que sus labios quedaron a pocos milímetros de los míos— no comparto lo que es mío.

Antes de que pudiera reaccionar, sus labios se encontraron con los míos con una fuerza arrolladora, como si llevara mucho tiempo esperando ese momento.

El beso comenzó intenso, pero rápidamente se volvió más profundo, más envolvente. Sus manos me sujetaron, acercándome aún más.

Mi mente se detuvo, incapaz de procesar el torbellino de sensaciones.

Cuando finalmente separó sus labios, lo justo para respirar, apoyó su frente contra la mía, ambos respirando con dificultad.

—Espero que esto responda a tu provocación —murmuró, con los ojos fijos en los míos, todavía llenos de esa intensidad que hacía latir mi corazón desbocado.

—Sí que ha respondido… —susurré, todavía aturdida.

Pero, en el fondo, sabía que aquello era solo el principio. Porque, por primera vez, sentía que las barreras de Dante estaban empezando a caer... y las mías también.



Llegamos a casa, y sentí cómo el cansancio del día se acumulaba sobre mis hombros.

Aun así, acosté a Heitor, meciéndolo suavemente mientras él sujetaba mi dedo con sus pequeñas manitas.

Era imposible no sonreír ante aquella pureza, a pesar de la tormenta de pensamientos que daba vueltas en mi mente.

Cuando por fin lo dejé en la cuna, escuché pasos detrás de mí. Me giré y vi a Dante apoyado en la puerta de la habitación,

observándonos con una expresión seria pero tranquila.

—¿Podemos hablar? —preguntó en voz baja, para no despertar a Heitor.

Asentí y lo seguí al salón.

Parecía más serio de lo habitual, y algo en su mirada me hizo intuir que se trataba de un asunto importante.

—La boda civil será la semana que viene —anunció, directo, sin rodeos.

Me quedé en silencio por unos segundos, intentando procesar sus palabras.

Simplemente asentí de nuevo, evitando mirarlo directamente a los ojos. Sabía que se trataba de un acuerdo, algo necesario dadas las circunstancias, pero aun así, la idea de un matrimonio tan frío y calculado me oprimía el pecho.

No era lo que había imaginado para mí, mucho menos lo que soñaba después de mi divorcio.

Dante frunció el ceño, observándome con atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó con una voz más suave de lo habitual—. ¿Te preocupa algo?

Negué con la cabeza, forzando una sonrisa.

—No es nada —mentí, tratando de desviar la mirada.

Dio un paso adelante, deteniéndose justo frente a mí, e inclinó ligeramente la cabeza como si intentara descifrar algo en mi expresión.

—Elena, no me mientas. Si algo te incomoda, quiero saberlo.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba. No sabía exactamente qué decir, porque revelar la verdad me hacía sentir vulnerable. Y Dante no parecía saber manejar la fragilidad.

O quizá sí lo supiera y lo utilizase a su favor; todavía no lo tenía claro.

—Es solo que… nunca imaginé casarme así, ¿sabes? —confesé finalmente, con cuidado de no exponer demasiado mis sentimientos—. Una boda en papel, sin nada más que una simple firma.

Me miró en silencio por unos instantes, y pude notar una sombra de algo —¿culpa, quizá?— cruzando su rostro. Cuando finalmente habló, su voz sonó más controlada:

—Tampoco era lo que había imaginado para ti. —Desvió la mirada un segundo, como si estuviese escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero, dadas las circunstancias, es lo que podemos hacer ahora mismo.

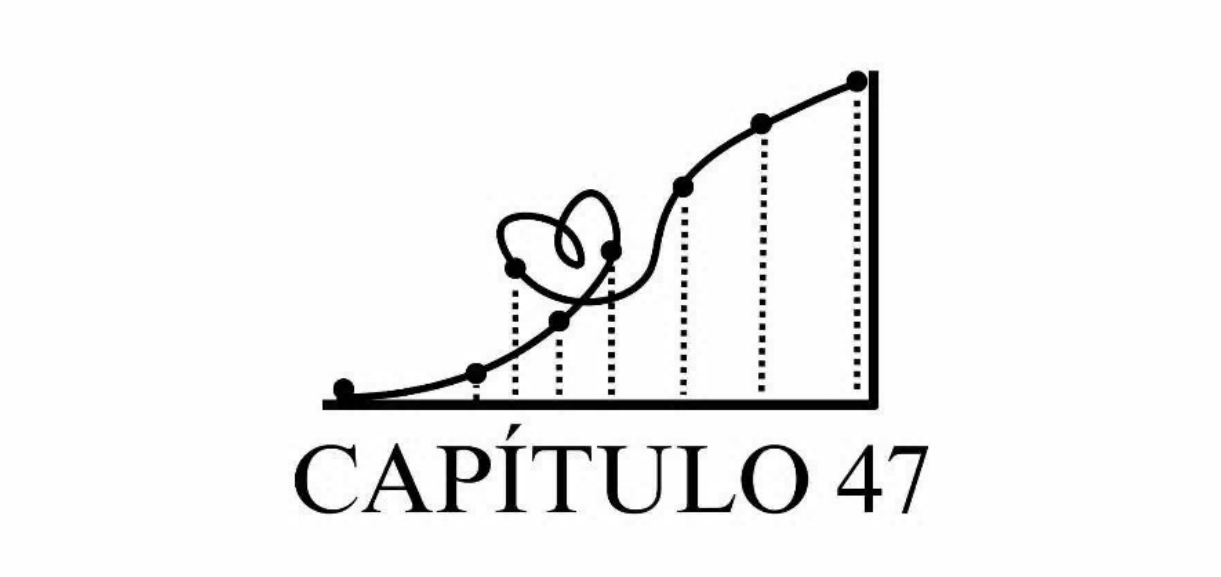
Tragué saliva, intentando aliviar el nudo que sentía en la garganta.

—Lo entiendo. Es solo que… es diferente, ¿sabes?

Dante avanzó otro paso más, reduciendo aún más la distancia entre nosotros.

Levantó una mano y me sostuvo delicadamente la barbilla, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Te prometo que voy a dar lo mejor de mí —aseguró con una voz firme y cargada de algo que no lograba identificar del todo—. Por ti, por Heitor, por nosotros.



«Las decisiones más simples pueden cambiar el rumbo de todo, incluso cuando crees tener el control».

DANTE VALENTINI

Estaba sentado en el salón con Heitor en brazos, meciéndolo suavemente mientras escuchaba los sonidos procedentes de la cocina.

El ruido de los cubiertos, el agua corriendo y, de vez en cuando, algún murmullo de Elena.

Seguramente estaría distraída con alguna canción o con alguna de sus ideas locas.

—¿Seguro que no debo preocuparme? —pregunté lo bastante alto para que pudiera escucharme, mirando a Heitor—. ¿Tu madre es fiable en la cocina, tú qué crees?

La sonrisa que él me dio parecía indicar que entendía perfectamente lo que acababa de decir.

Era extraño cómo en tan poco tiempo me había acostumbrado a tener a esa pequeña criatura en mis brazos.

—¡Por supuesto que sí! —gritó desde la cocina, sin perder ese tono provocador suyo—. ¡Y deja de poner a mi hijo en mi contra, Dante!

—Nuestro hijo —la corregí, más para mí mismo que para ella—. ¿Y cuál es el menú?

—Pronto lo sabrás. Ese es el concepto de una sorpresa, Valentini.

Alcé una ceja, aceptando su respuesta. Sabía defenderse bien. Mucho mejor que la mayoría de la gente.

—Normalmente, las sorpresas vienen acompañadas de alguna advertencia del tipo «puede provocar arrepentimiento inmediato».

—Si es así, serás el primero en saberlo —respondió, asomándose por un instante en la puerta de la cocina con esa sonrisa que me desarmaba.

Volví mi atención hacia Heitor, aunque no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

Era demasiado fácil sentirme tranquilo cerca de ella. Cerca de ellos dos.

—Entonces, campeón, ¿qué opinas? ¿Mamá sabe lo que hace o deberíamos prepararnos para pedir pizza?

Él rio agitando las manitas, y eso bastó para convencerme de confiar.

—¡Te he oído! —volvió a gritar ella, y esta vez no pude contener la risa.

Minutos después, apareció sosteniendo una fuente que desprendía un aroma demasiado delicioso como para ignorarlo.

Me levanté con Heitor en brazos, curioso.

—Linguine con salsa de limón siciliano y gambas —anunció, colocando el plato en la mesa con la confianza de alguien que sabía que había hecho un buen trabajo.

—No está mal —comenté, con la clara intención de provocarla —. Esperaba algo más sencillo.

—Claro que lo esperabas —replicó ella, cruzando los brazos—. Ahora siéntate y come. Quiero escucharte admitir que estabas equivocado.

Puse a Heitor en el parque infantil a nuestro lado, desde donde podía observarnos, y me senté. Cogí el tenedor y probé la comida, masticando lentamente. Ella me miraba expectante, como si su vida dependiera de mi aprobación.

—¿Y bien? —preguntó, ansiosa.

Me llevé otro bocado a la boca, prolongando el suspense solo para irritarla.

—Está excelente —admití por fin—. ¿Contenta ahora?

—Mucho —respondió triunfante, mientras comenzaba a comer también.

Conversamos durante la cena y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí relajado.

Mientras Elena hablaba sobre algo trivial, mis ojos se posaron en su rostro. La forma en que gesticulaba, el brillo en sus ojos cuando contaba algo sencillo… todo en ella irradiaba vida. Era un contraste absoluto con mi realidad.

Mi rutina siempre había estado dominada por agendas ajustadas, reuniones interminables y el silencio vacío de una casa demasiado grande.

Pero ahora, con ella y con Heitor, todo parecía distinto.

—¿Me estás escuchando? —su voz interrumpió mis pensamientos, devolviéndome a la realidad. Elena me miraba con una ceja levantada, entre divertida y desconfiada.

—Sí —respondí rápidamente, aunque no tenía ni idea de lo que acababa de decir. Mejor no darle pie a que me provocara aún más.

—Claro —replicó, entrecerrando los ojos, aunque con una sonrisa ladeada—. ¿Y qué opinas entonces?

—Opino que a partir de hoy tú y Heitor vais a dormir en mi habitación.

Su sonrisa desapareció al instante, sustituida por una expresión de puro asombro.

—¿Qué?

—Estoy seguro de que lo has oído perfectamente, Elena. —Crucé los brazos y mantuve el tono firme, dejando claro que no se trataba de una sugerencia.

—Pero, ¿por qué? —Parecía buscar una explicación, cualquier cosa que tuviera sentido.

La miré directamente, sin apartar la vista.

—Porque os quiero cerca de mí. Y no aceptaré un «no» como respuesta.

Ella parpadeó varias veces, claramente sin saber qué decir.

—Solo… para dormir, ¿verdad? —preguntó con un poco de vergüenza, pero con ese humor característico suyo que siempre aparecía.

—Esa es la intención —repliqué, manteniendo el rostro serio, aunque incapaz de esconder la sonrisa que comenzaba a aparecer en mis labios—. Por ahora.

Ella rio, y sentí cómo algo cambiaba entre nosotros.

Era imposible no notar cómo se relajaba al oír mi respuesta. Era como si, detrás de sus provocaciones, buscara una seguridad que solo yo podía ofrecerle.

—Realmente no sabes cómo pedir las cosas, ¿no? —bromeó Elena, cruzando los brazos y mirándome con aquel aire desafiante.

—Nunca lo he necesitado —repliqué, encogiéndome de hombros—. Pero no parece importarte demasiado.

Su risa aumentó, y aproveché el momento para observarla más de cerca.

¿Por qué ejercía aquel efecto sobre mí? ¿Desde cuándo me preocupaba tanto por hacer sentir cómoda a alguien? Más aún, ¿desde cuándo me importaba lo que alguien pensara sobre mis decisiones?

—Entonces, decidido —afirmé, inclinando ligeramente la cabeza a un lado, desafiándola a retroceder.

Me miró fijamente durante un largo instante, su sonrisa desapareciendo poco a poco y dejando algo más profundo en su lugar.

—Decidido —respondió finalmente, con la voz más suave de lo que esperaba—. Pero que sepas que esto no significa que puedas mandarme siempre.

Me acerqué a ella, invadiendo deliberadamente ese espacio personal que intentaba mantener.

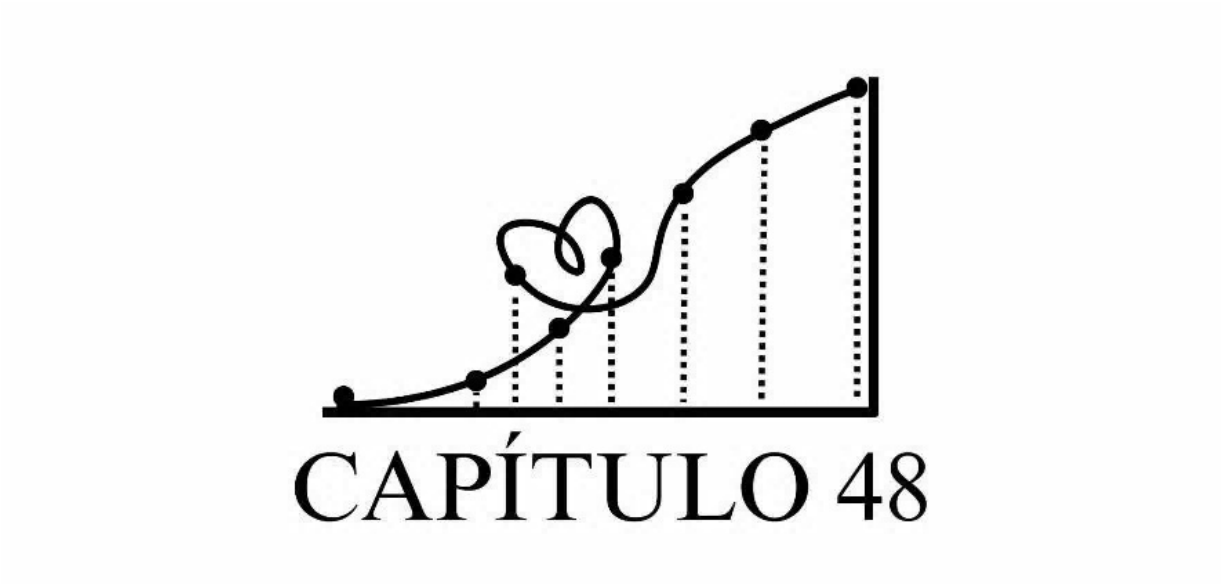
—Creo que ya sabes que siempre consigo lo que quiero, Elena.

Su sonrisa volvió, esta vez más tímida, y durante un instante el aire se cargó entre nosotros.

Ella bajó los ojos, desconcertada, y supe que tenía el control de la situación.

No porque quisiera dominarla, sino porque sentía que, de algún modo, estaba empezando a ganarme su confianza.

—Ya veremos hasta dónde llega esto…



«Algunas verdades son como tormentas: llegan de golpe y lo ponen todo patas arriba».

ELENA ROMANO

Cogí a Heitor en brazos con cuidado, meciéndolo suavemente mientras lo colocaba en la cuna que estaba en una esquina del dormitorio de Dante.

El pequeño ya dormía profundamente, su respiración suave y acompasada traía una calma que contrastaba por completo con el torbellino de pensamientos que giraba en mi cabeza.

La habitación era enorme y, para ser sincera, bastante intimidante. La cama grande, los muebles impecables, todo desprendía la esencia de Dante Valentini.

Sin pensarlo demasiado, me senté en el borde de su cama.

El día había sido largo, y mis pensamientos eran un auténtico caos. Antes de que pudiera ponerlos en orden, escuché pasos acercándose. Cuando levanté la mirada, allí estaba él, entrando en la habitación sin camiseta.

Mi corazón dio un vuelco.

Dante parecía ajeno al efecto que causaba, o quizá era muy consciente de ello, lo que era incluso peor. Se pasó la mano por el cabello mientras me miraba, como si aquella escena fuese completamente normal.

—¿Estás cómoda ahí? —preguntó, con voz baja y cargada de ese tono provocador que ya era habitual en él.

—Supongo que sí. —Mi respuesta salió algo vacilante. Trataba de no mirarle directamente, pero mis ojos parecían empeñados en desobedecerme.

Sus hombros anchos, su abdomen definido, cada detalle era una provocación directa a mi autocontrol.

Quisiera o no, lo deseaba.

Era imposible negarlo, y quizás fuese algo natural dada la proximidad que estábamos construyendo. Pero eso no hacía la situación menos complicada.

—Deberías acostarte ya —dijo, rompiendo el silencio mientras cogía una almohada y la acomodaba en la cama—. Mañana será un día largo.

Asentí intentando aparentar tranquilidad, aunque mi corazón latía acelerado. Me acomodé en la cama, observando cómo él se acercaba y se sentaba en el otro extremo.

Era un instante simple, pero cargado de algo más profundo. Algo que no lograba descifrar del todo, o que quizás no quería reconocer.

—¿Estás bien? —preguntó de repente, girando la cabeza hacia mí.

—Sí, estoy bien. —Sonreí levemente, tratando de apartar el peso de mis pensamientos—. Solo estoy cansada.

Él asintió, y la conversación murió allí.

Cada uno se acomodó a su lado de la cama, y el silencio se instaló entre nosotros de forma cómoda. Pero por más que lo intentaba, el sueño no llegaba.

Me quedé tumbada, mirando al techo, con el sonido suave de la respiración de Heitor de fondo y los pensamientos sobre Dante dominando mi mente.

Estar tan cerca de él, compartir momentos sencillos como aquel, comenzaba a afectarme de un modo que no esperaba. Con cada día, con cada gesto suyo, algo más fuerte crecía en mi interior.

Tal vez fuera la forma en que cuidaba de Heitor, o cómo inesperadamente siempre estaba presente cuando lo necesitaba.

Fuera lo que fuera, no podía negar que estaba empezando a sentir algo por Dante Valentini.



Estaba un poco inquieta, lo reconozco, pero cumpliría lo prometido a Dante, al menos durante un tiempo.

El lugar donde íbamos a celebrar la boda civil era discreto, casi sin ceremonia, exactamente como él había pedido.

Mientras esperábamos nuestro turno, yo me sentía nerviosa. Él, en cambio, estaba totalmente tranquilo, como si se tratase solo de firmar un contrato más.

El silencio entre nosotros era cómodo, pero mis pensamientos estaban lejos de serlo.

Cuando finalmente nos llamaron, el trámite fue rápido e impersonal.

Dante firmaba los documentos con la seguridad de alguien acostumbrado a hacerlo a diario, mientras yo trataba de seguir su ritmo, a pesar del peso que sentía en el pecho.

—Listo —dijo él con naturalidad al firmar el último papel—. Ahora estamos oficialmente casados.

Casados.

La palabra resonó en mi mente, cargada de significados que parecían mucho mayores de lo que deberían.

Sabía que era solo un acuerdo, pero la formalidad del momento hacía que todo se sintiera más real.

Poco después pedí permiso para ir al baño. Necesitaba un momento para respirar y asimilar todo lo ocurrido. Me miré al espejo durante unos segundos, intentando entender lo que el futuro me reservaba.

Ya no era solo un matrimonio de conveniencia, al menos no para mí. Los últimos meses habían cambiado tantas cosas... Mi corazón estaba implicado, aunque mi mente intentaba resistirse.

Volví al salón y los encontré conversando.

Por lo que escuché, el hombre, llamado Marco, era socio y amigo de Dante. Estaba a su lado, ambos con expresiones relajadas.

No sabía exactamente de qué hablaban hasta que escuché a Marco preguntar con tono ligero y despreocupado:

—¿Y cuánto tiempo estaréis casados?

Sonreí ligeramente, esperando oír a Dante mencionar algo sobre nuestro acuerdo. Sin embargo, lo que respondió hizo que se me helara el corazón:

—Para siempre.

Dante parecía serio. Crucé los brazos sintiendo una incomodidad que crecía rápidamente en mi pecho.

Él sabía perfectamente que lo nuestro era algo temporal. De hecho, había aceptado expresamente que así fuera.

—Nunca ha habido divorcios en mi familia —continuó Dante, con voz grave y controlada—. Las tradiciones son importantes, y no

seré yo quien las rompa.

Marco alzó las cejas, pero sonrió con cierta sorpresa e impresión.

—Entonces, ¿Elena es tuya ahora?

Dante asintió con firmeza.

—Sí. Ella y Heitor. Son míos y no pienso dejar que se vayan.

Sentí cómo la garganta se me cerraba al escuchar aquello.

Dante hablaba como si yo fuera una posesión, como si tuviese derecho a decidirlo todo él solo. Me quedé quieta por un instante, intentando entender lo que acababa de ocurrir.

Había confiado en él.

Creí en la sinceridad de sus palabras anteriores. Y ahora... parecía que todo formaba parte de un plan mayor.

Intenté no reaccionar allí, delante de Marco. Mi cuerpo estaba rígido y la sonrisa que intentaba mantener comenzaba a tambalearse.

Cuando Dante finalmente notó mi presencia, algo en su expresión cambió.

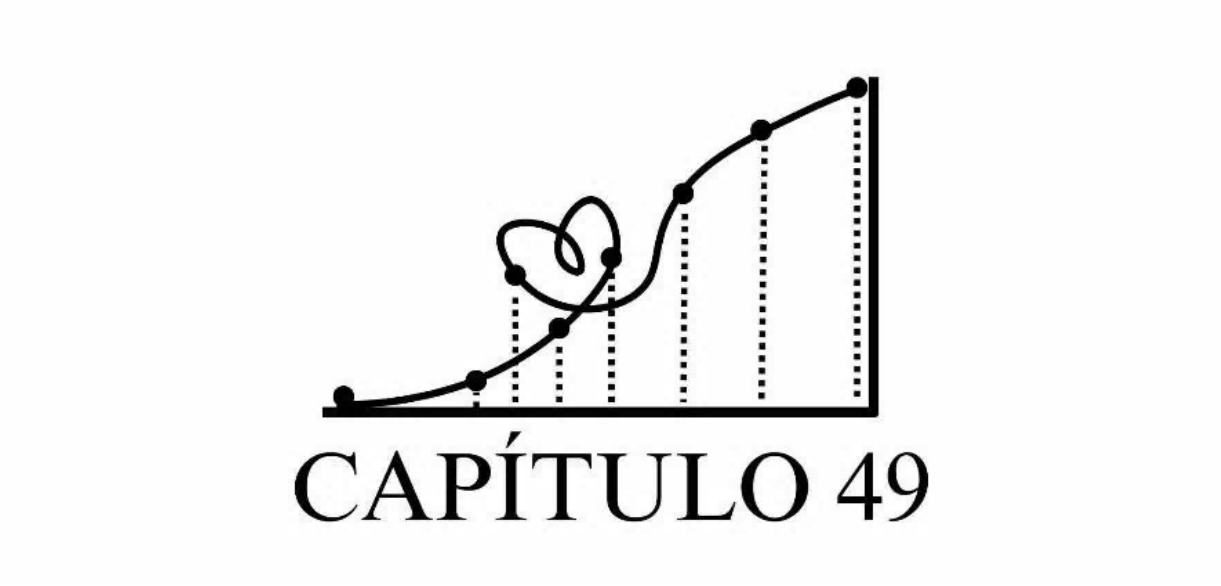
Dio un paso hacia mí, pero yo permanecí inmóvil.

—¿Nos vamos? —preguntó, intentando suavizar la tensión del momento.

Asentí, incapaz de decir nada más.

Salimos del lugar, aunque sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

Él había decidido por los dos. ¿Y yo? ¿Acaso no tenía voz en esto?



«El mayor silencio no proviene de la ausencia de palabras, sino del peso de lo que nunca se ha dicho».

ELENA ROMANO

Llegué aturdida a la mansión.

No pronuncié palabra alguna durante el camino de vuelta, pero dentro de mí hervían mil pensamientos. Cada palabra que había escuchado, cada promesa rota resonaba en mi cabeza como un martillo constante.

Yo confiaba en él.

Creí cuando me dijo que esto sería algo temporal, pero ahora… ahora no era más que una pieza en su engranaje, y eso me estaba consumiendo.

Entré en el salón y me detuve en medio de la habitación, intentando ordenar mis pensamientos. Tenía las manos temblorosas, y el peso del descubrimiento parecía mayor del que podía soportar.

Antes de que lograra recomponerme, apareció Dante, con aquella expresión tranquila que solo servía para aumentar mi rabia.

—¿Qué ocurre? —preguntó, pero noté en su voz un ligero tono de impaciencia, como si no quisiera lidiar con aquello.

Levanté la cabeza, mirándolo con toda la indignación acumulada en mi interior.

—¿Que qué ocurre? —repetí, soltando una risa amarga—. Me has mentido, Dante. Desde el principio.

Él frunció el ceño, cruzando los brazos mientras me observaba.

—No ha sido eso lo que ha ocurrido.

—¿Ah, no? Entonces explícamelo. Dijiste que este matrimonio sería temporal. Dijiste que era por Heitor, que luego podríamos seguir nuestras vidas. Y ahora soy tu prisionera, atada a una tradición que ni siquiera sabía que existía.

Él resopló, visiblemente molesto, y dio varios pasos hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros.

—No eres mi prisionera, Elena. Estoy haciendo esto por nosotros.

—¿Por nosotros? —solté una carcajada amarga, negando con la cabeza—. Esto no es por nosotros, Dante. Esto es por ti. Porque crees que puedes controlar todo y a todos a tu alrededor.

—Una familia debe permanecer unida —respondió con voz firme, casi cortante.

—¡Esto no es una familia! ¡Esto es una cárcel!

Él respiró profundamente, visiblemente luchando por mantener el control.

Sin embargo, vi en sus ojos algo que rara vez dejaba ver: una mezcla de rabia y frustración.

—Estoy haciendo lo que creo mejor, Elena. Por Heitor, por ti. Estoy intentando…

—¿Intentando qué? ¿Comprarme con esa idea retorcida que tienes del amor? —le interrumpí, sintiendo que mis palabras salían como cuchillos afilados—. Podrás ser un hombre poderoso, Dante, pero eso no te convierte en un verdadero hombre.

Vi el impacto de mis palabras.

Le habían golpeado como un puñetazo. Él bajó los brazos y, por un momento, el silencio fue tan pesado que casi me arrepentí. Casi.

—No sabes lo que estás diciendo —susurró él, con voz baja, casi como una advertencia.

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo. Me has mentido. Y ahora me estás obligando a vivir una mentira a tu lado.

—No es mentira —respondió dando otro paso hacia mí—. Es lo correcto.

—¿Correcto para quién? ¿Para ti? —Las palabras salieron casi como un grito—. Porque para mí, Dante, esto es asfixiante. Es injusto. Intenté ayudarte, intenté que funcionara, pero ahora veo que todo siempre ha sido a tu manera.

Se quedó callado unos segundos, mirándome fijamente. Cuando finalmente respondió, su voz tenía una intensidad que me desarmó:

—Nunca he mentido sobre quién soy. Jamás oculté que haría cualquier cosa por Heitor. Y por ti también, aunque no quieras aceptarlo.

—Entonces demuéstralo —repliqué con la voz quebrada—. Demuestra que esto no va solo sobre ti. Porque, hasta ahora, lo único que veo es a un hombre obsesionado por controlarlo todo.

El silencio entre nosotros era casi ensordecedor.

Me miró como si estuviera intentando encontrar las palabras adecuadas, pero no las encontraba. Y yo, por más que lo deseara, tampoco conseguía fuerza para seguir.

—No puedo demostrártelo.

—¿Pretendes controlarme para siempre, Dante?

—No.

—Entonces, ¿cuándo terminará esto?

—Cuando tenga la certeza de que ya no me necesitáis.

—Eso nunca sucederá, ¿verdad?

—Probablemente no.

El silencio se hizo aún más profundo tras su respuesta.

Había algo implacable en su voz, algo que me indicaba que él realmente creía eso. Y, de alguna manera, aquella certeza me asustaba más que cualquier otra cosa que Dante Valentini pudiera decir.

—¿Realmente crees que dependemos tanto de ti? —pregunté, cruzando los brazos, tratando desesperadamente de mantener una barrera entre los dos.

Él suspiró, pasándose una mano por el pelo, en un gesto inusual de frustración.

—No se trata de dependencia, Elena. Se trata de responsabilidad.

—¿Responsabilidad? —reí con amargura—. Dante, esto no es responsabilidad. Es control. Y eso no es vida. Al menos no para mí.

Él dio un paso más hacia mí, con una mirada intensa clavada en mis ojos.

—No intento controlarte, intento protegerte. Existe una diferencia.

—Tal vez para ti. Para mí, son exactamente lo mismo.

Respiró hondo y, por un instante, pensé que iba a abandonar la conversación, que simplemente se marcharía del salón como tantas otras veces antes.

Pero en lugar de eso, permaneció allí.

—¿Crees que no entiendo cómo te sientes? —dijo finalmente, bajando la voz—. ¿Crees que yo nunca me he sentido atrapado, asfixiado por algo que no elegí?

Por primera vez había algo en su postura que no era arrogancia ni superioridad.

Era vulnerabilidad.

—Entonces, ¿por qué me encierras a mí? —pregunté con la voz quebrada.

—Porque… —titubeó, desviando la mirada un instante— porque no sé hacerlo de otra forma, Elena. No conozco otra manera de garantizar que tú y Heitor estéis a salvo. No sé cómo mantener esta familia intacta de otra manera.

La palabra «familia» flotó entre nosotros con un peso que él no parecía advertir.

—Una familia no significa mantener a las personas atrapadas, Dante. Significa confiar en ellas, darles espacio para crecer y que

decidan quedarse porque así lo desean, no porque lo necesiten.

Él permaneció en silencio, absorbiendo mis palabras. Y, por primera vez, vi algo en sus ojos parecido al arrepentimiento.

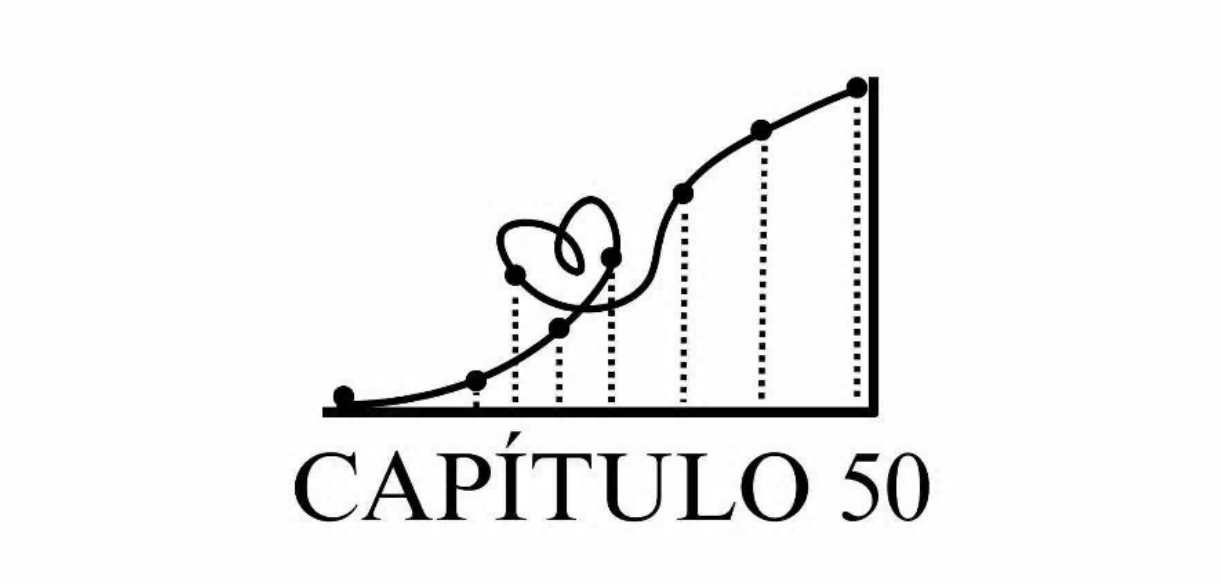
—No sé si sé hacer eso —admitió, y la honestidad en su voz era tan clara que casi olvidé mi enfado.

—Tal vez sea hora de aprender —respondí intentando mantener la firmeza en mi voz.

Él asintió ligeramente, sin decir nada más. Por un momento pensé que tal vez estaba comenzando a entender.

—No vas a marcharte, ¿verdad? —Su voz era baja, casi inaudible.

—No hoy —contesté, y no sabía si aquello era una promesa o una advertencia.



«A veces, el silencio entre dos personas puede decir más que cualquier discusión».

DANTE VALENTINI

Todo en mi vida giraba en torno al poder.

Siempre había sido así.

Me senté en mi sillón, con la mirada perdida en ninguna parte, mientras una pila de informes permanecía intacta sobre la mesa. Por primera vez, era incapaz de concentrarme en el trabajo.

Las palabras de Elena resonaban en mi cabeza como una sentencia: «Crees que puedes controlar todo y a todos. Pero las personas no son propiedades, Dante».

Por primera vez sentía miedo. No miedo a perder dinero o poder, sino miedo a perderla a ella. Y a Heitor.

Era como si mi mundo, perfectamente estructurado, estuviera a punto de derrumbarse.

La puerta se abrió y Marco entró sin ningún tipo de ceremonia, sujetando una carpeta.

Me observó un instante antes de cerrar la puerta detrás de él.

—¿Qué pasa? —pregunté intentando sonar indiferente.

—Eso debería preguntártelo yo. Hoy has hablado menos de lo habitual. Y para alguien que ya habla poco, eso es preocupante.

Suspiré. Marco era el único que se atrevía a confrontarme de vez en cuando.

—Elena —confesé, sorprendiéndome incluso a mí mismo por la vulnerabilidad en mi voz—. Hemos discutido. Me acusó de tratarla como una posesión.

Marco arqueó las cejas y se sentó en la silla frente a mí. Me estudió durante unos segundos antes de hablar:

—¿Quieres oír la verdad o solo quieres que te dé la razón?

—No estoy de humor para rodeos.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Tu mayor error es tratar a las personas como objetos. Como si fueran piezas en un tablero que puedes mover a tu antojo. La gente, Dante, no funciona así.

Apreté los puños, pero permanecí en silencio. Él continuó:

—Escucha, eres brillante en los negocios. Has construido un imperio. Pero nunca has encontrado a alguien que te quiera realmente ni a quien tú puedas querer, porque tratas a todos a tu alrededor como algo que puedes poseer. Y eso, amigo mío, no funciona con Elena. Ni con nadie.

Cada palabra suya era como si me estuviera arrancando una capa de armadura.

Resultaba incómodo, pero sabía que tenía razón.

—Lo tienes todo, Dante. Dinero, poder y ahora una familia. Pero vas a perderlo todo si continúas con esa mentalidad. ¿Mantener a alguien a tu lado contra su voluntad? Eso no está bien. Si lo haces, perderás a Elena. Y a tu hijo.

—Lo sé —murmuré, casi imperceptiblemente.

—No, no lo sabes. No se trata de darme la razón. Se trata de cambiar tu actitud. Si de verdad sientes algo por ellos, primero tienes que cambiar tú.

Guardé silencio, dejando que sus palabras calaran hondo en mí. Marco se puso de pie y colocó la carpeta sobre mi escritorio.

—Piénsalo bien, Dante. Tienes mucho más que perder de lo que crees.

Cuando salió, un pesado silencio inundó el despacho. Me recosté en el sillón y cerré los ojos.

Por primera vez en años, mis pensamientos no estaban en mis logros ni en mis estrategias, sino en algo mucho más importante.

En alguien mucho más importante.

Elena y Heitor no eran posesiones. Eran mi oportunidad para convertirme en alguien mejor.

La pregunta era: ¿sería capaz de cambiar por ellos?

ELENA ROMANO

—Vas a estar mejor, amiga.

Le conté a Giovana todo lo que había ocurrido, cada detalle de mis últimas conversaciones con Dante, sin filtrar nada.

Su reacción fue exactamente la que esperaba: una mezcla de indignación y apoyo.

—¿De verdad dijo eso? «Hasta el día que yo quiera» —repitió Giovana, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar—. Este hombre tiene un ego más grande que su propia mansión.

Me reí, pero el sonido salió débil, casi sin vida.

Removí la ensalada frente a mí, sin mucho apetito. Todo parecía demasiado pesado, y oír aquello de Dante, después de todo lo que habíamos vivido juntos, me había dejado completamente perdida.

—Vuelvo a sentirme atrapada, Gi. Pensaba que estábamos empezando a entendernos, que las cosas iban mejor… pero escuchar eso fue demasiado para mí.

Me miró con una mezcla de compasión y frustración.

—Elena, otra vez te estás poniendo en segundo plano. Esto es típico de ti, ¿lo sabías? Siempre intentando creer en el lado bueno de las personas, incluso cuando ellas mismas te muestran claramente que tienen también un lado oscuro.

—Lo sé, pero… tiene sus momentos —traté de justificarme mirándola—. Está intentando cambiar. Por Heitor. Por mí.

—Eso está muy bien, pero la pregunta es: ¿intenta cambiar porque realmente quiere o porque siente que necesita mantenerte a su lado, como dijo él? Son cosas diferentes, amiga. Muy diferentes.

Suspiré, recostándome en la silla. Ella tenía razón, como siempre.

Pero aun así, algo dentro de mí insistía en creer que Dante podía ser mejor. Que había algo bueno en él que quizás ni siquiera él mismo veía.

—¿Qué hago entonces? —pregunté, mirándola con ojos cansados—. ¿Me quedo? ¿Me voy? ¿Cómo sé qué es lo correcto?

—Escucha a tu corazón, Elena. —Me tomó la mano sobre la mesa—. Pero también usa un poco la lógica. Porque si de verdad te quiere, cambiará y lo notarás claramente. Pero si no es así, no tienes por qué quedarte atrapada ahí.

Asentí, aunque estaba lejos de llegar a una conclusión. Guardamos silencio unos segundos, hasta que Giovana soltó:

—Ahora, si él sigue actuando como si fuera el dueño del mundo, haces esto: coges a Heitor, vuelves aquí y te instalas en mi sofá hasta que él espabile. Y si no espabila, pues nada, lo arreglamos a base de helado y series malas.

No pude evitarlo y esta vez sí me reí de verdad.

Giovana tenía esa habilidad especial para hacer soportables incluso los momentos más difíciles.

—No sé qué haría sin ti, ¿lo sabes?

—Probablemente estarías encerrada en aquella mansión, volviéndote loca. —Me guiñó un ojo y luego se inclinó hacia atrás en la silla con una sonrisa traviesa—. Pero hablando en serio, amiga. Te

mereces un amor que te haga sentir ligera, no que te haga cuestionarlo todo continuamente.

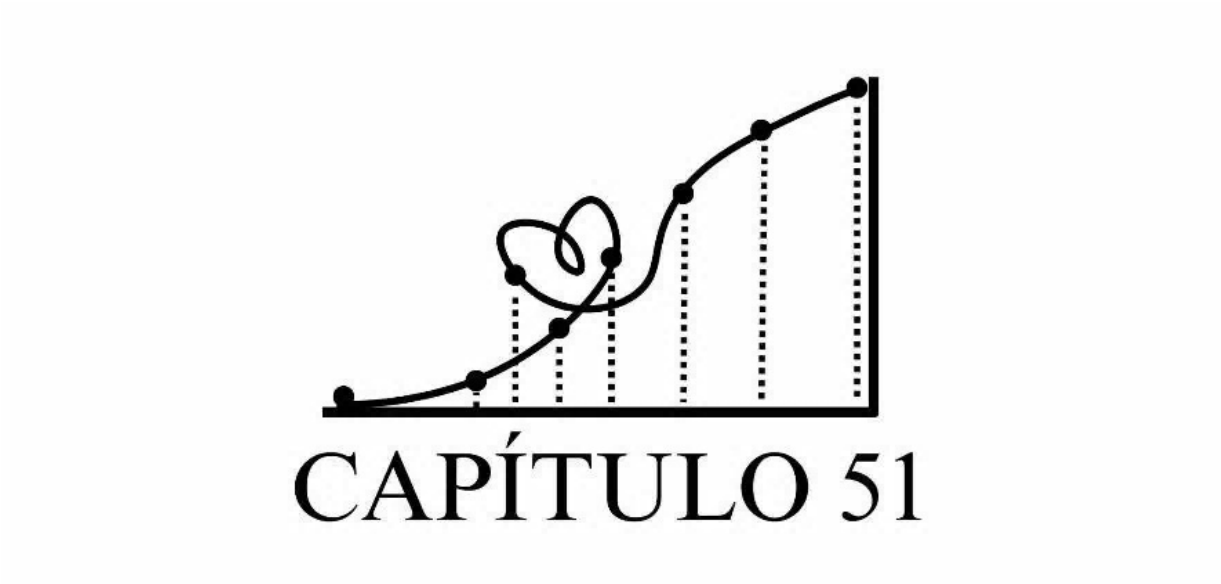
—¿Y si él no puede ser ese amor? —pregunté en voz baja, más para mí misma que para ella.

Giovana sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Solo sonrió ligeramente, dejando que la pregunta flotara en el aire entre nosotras.

Ambas sabíamos que la respuesta dependía de Dante y, quizás, también de mí.

Mientras terminábamos de almorzar, ella siguió distrayéndome, hablándome de su trabajo, de un compañero insoportable e incluso compartiendo algún cotilleo absurdo sobre alguien conocido de la universidad.

Poco a poco, sentí cómo la presión en mi pecho comenzaba a aliviarse, aunque fuera solo un poco.



«La mayor batalla no es contra los demás, sino contra quién eres cuando nadie te está mirando».

DANTE VALENTINI

Con Heitor en brazos, sentado en el sofá del salón, observé a Elena cruzar por el pasillo. Ni siquiera miró en mi dirección, ignorando mi presencia como si fuera un mueble más de la mansión.

Mi paciencia, que nunca había sido mucha, estaba siendo llevada al límite durante estos últimos días.

Sabía que me había equivocado —algo raro de admitir para mí —, pero esta distancia que ella había puesto entre nosotros empezaba a incomodarme de una forma imposible de ignorar.

Regresó unos minutos después, tomando a Heitor de mis brazos con una delicadeza casi ensayada. Sus ojos evitaron los míos, lo que

incrementó aún más mi inquietud.

—Elena —llamé, con mi voz firme de siempre, pero sin la dureza habitual—, voy a cambiar algunas cosas.

Finalmente me miró, aunque su mirada ya no era la misma.

Estaba cargada de desconfianza, casi como si quisiera decirme que ya había oído esa promesa antes.

—No creo que eso suceda, Dante —respondió con una calma que sonaba a desafío—. Tú eres quien eres.

Me levanté, ajustándome la americana como si estuviera preparando mi próximo movimiento.

Fijé mis ojos en los suyos, y esta vez no desvié la mirada.

—Si es por vosotros dos, Elena, te aseguro que va a suceder. Haré lo que tenga que hacer.

Ella se rio, aunque fue una risa corta, casi incrédula.

Heitor, que ahora estaba en sus brazos, movió sus pequeñas manitas, rompiendo brevemente la tensión del momento.

—Ya he escuchado esto antes —replicó, sin bajar la guardia—. ¿Cómo esperas que te crea ahora?

Di un paso adelante, acercándome lo suficiente para que sintiera el peso de mi determinación.

—Porque ahora no son solo palabras, Elena. Esta vez lo estoy haciendo. Ya lo verás.

Me miró fijamente durante unos largos segundos y, por primera vez en días, vi algo distinto en su mirada.

No era aceptación, pero quizás sí un pequeño destello de esperanza.

—Veremos, entonces, Dante. Porque las palabras ya no me bastan. Ya no.

Asentí con la seriedad de quien acababa de hacer una promesa irrevocable.

Porque esta vez, ya no había margen para más errores.

ELENA ROMANO

—Tienes razón, así me han educado desde pequeño —dijo Dante estas palabras, y solo después de un rato me miró—. Como te he dicho, eso forma parte de quien soy, pero las personas cambian.

—Para peor o para mejor —repliqué, observándole atentamente.

Dante suspiró, algo extraño en él.

Había una vulnerabilidad en sus ojos que me desarmó por completo. Cruzó los brazos, como si reuniera el valor para seguir hablando.

—Tienes razón, así me han educado desde pequeño —repitió, bajando un poco más la voz, como si confesar aquello fuera una carga —. Desde que tengo memoria, me han enseñado que el poder y el control son las únicas cosas importantes. Es así como funciona el mundo. Al menos, mi mundo.

Quise responder, pero la sinceridad en su tono hizo que me detuviera.

En aquel instante parecía tan humano, tan diferente al hombre frío y calculador que siempre había conocido.

—Pero ahora… —vaciló, sus ojos encontrándose con los míos, y durante un segundo me quedé atrapada en aquella mirada—. Ahora, cuando pienso en vosotros dos, todo eso parece insignificante. Antes, la riqueza, el estatus, mi trabajo… eran lo único que me importaba. Pero vosotros habéis cambiado eso. Vosotros lo habéis cambiado todo.

Sentí que el corazón se me encogía.

Quería mantener la guardia alta, seguir siendo escéptica, pero había algo en su forma de decir aquello, con tanta convicción y honestidad, que me atravesó por completo.

Él dio un paso hacia delante, acortando la distancia que nos separaba. La gravedad en su rostro era casi abrumadora.

—No estoy diciendo que sea perfecto. Sabes bien que no lo soy —soltó una breve risa, sin humor—. Soy arrogante, controlador, testarudo. La lista es larga.

—Estoy de acuerdo —interrumpí, intentando aliviar la tensión con una sonrisa.

—Pero lo estoy intentando. Por primera vez en mi vida estoy intentando cambiar. Por ti. Por nuestro hijo. —Su voz se hizo aún más baja, pero cada palabra transmitía sinceridad—. Y necesito tu ayuda.

Me quedé callada, sintiendo mis emociones a flor de piel.

¿Dante Valentini pidiéndome ayuda?

Parecía algo imposible.

Pero allí estaba él, vulnerable, reconociendo sus errores, algo que jamás habría imaginado que hiciera.

—No es fácil para mí, ¿sabes? —confesó con la voz un poco ronca—. Admitir que necesito a alguien. Pero si tengo que aprender, quiero aprender contigo.

Sentí que las palabras se atascaban en mi garganta. Un nudo comenzó a formarse, y mis ojos empezaron a escocer con lágrimas que no quería derramar.

Nunca nadie me había tratado así. Nunca antes nadie había sido tan transparente conmigo.

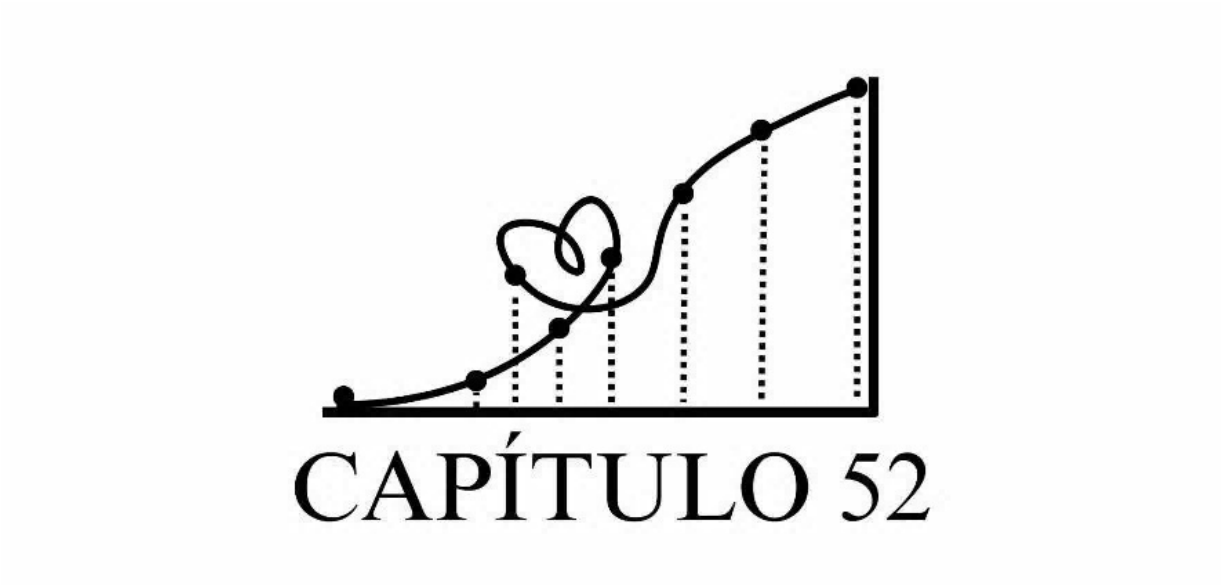
—Dante, yo… —intenté decir, pero él levantó una mano, interrumpiéndome.

—No tienes que responderme ahora. Solo piénsalo. Solo quédate conmigo.

Asentí sin poder hablar.

Dio un paso atrás, pero antes sus dedos rozaron suavemente mi rostro, un contacto tan leve que parecía un susurro.

—Gracias por escucharme —dijo, antes de darse la vuelta y salir, dejándome allí, sola con mis pensamientos y con la certeza de que quizá, solo quizá, él estuviera empezando a cambiar.



«Algunas verdades llegan como un susurro, pero impactan como un trueno».

ELENA ROMANO

Un mes después

Pensé que este mes se haría eterno, pero resultó ser algo distinto a lo que imaginé.

Dante seguía cumpliendo su promesa de llegar antes a casa, y ahora pasaba realmente más tiempo con Heitor.

No era solo estar presente físicamente; él lo estaba intentando de verdad.

Lo notaba en los pequeños detalles, en cómo sostenía a Heitor en brazos con más seguridad, en las historias que inventaba para hacerlo reír, e incluso en la paciencia con la que afrontaba los pocos momentos en los que el pequeño lloraba desconsolado.

Mientras hablaba con Giovana, me di cuenta de lo mucho que necesitaba desahogarme.

Tenía el pecho lleno de dudas y emociones contradictorias.

—Entonces… ¿realmente está esforzándose? —preguntó ella, apoyando el rostro sobre las manos con curiosidad.

—Sí —asentí, dejando que una ligera sonrisa apareciera en mis labios—. No es perfecto, pero… se nota que lo está intentando. Quiere mejorar, quiere estar presente. Creo que se ha dado cuenta de que no puede seguir siendo ese hombre cerrado, enfocado solo en su trabajo.

Giovana me lanzó una mirada desconfiada, de esas que solo saben poner las mejores amigas.

—¿Y tú cómo lo estás llevando? Porque la última vez que hablamos estabas lista para lanzarle un zapato.

Suspiré, bajando la mirada al café que tenía frente a mí. Giovana siempre iba directa al grano, sin rodeos.

—Estoy confundida —admití—. Ha hecho tanto. Y, ya no resulta raro compartir cama con él.

Casi derramó su café, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Espera! ¿Seguís durmiendo en la misma cama? ¿Eso quiere decir que…?

—¡No! —la interrumpí antes de que empezara con sus teorías —. No ha pasado nada. Pero ya no se siente extraño. Es como… no sé, como si ahora fuera algo natural.

Me miró unos segundos, evaluando cada palabra. Luego esbozó una sonrisa divertida.

—¿Elena, lo dices en serio? ¿Natural? ¿Estás enamorada del multimillonario más complicado del país?

Puse los ojos en blanco, pero noté cómo mis mejillas ardían. Era imposible ocultarle algo a mi amiga.

—Creo que sí —murmuré, apenas creyendo que hubiese dicho aquello en voz alta—. Siento algo por él. Algo real. Pero todavía no estoy cien por cien segura de que él cambie de verdad por nosotros.

Giovana inclinó la cabeza, pensativa.

—¿Qué te dice tu corazón?

—Que debería intentarlo, seguir adelante. Pero la parte racional de mí está gritando que tenga cuidado.

Ella extendió la mano y tomó la mía, mirándome con cariño y apoyo.

—El corazón nunca se equivoca, Lena. A veces solo te plantea decisiones difíciles. Si tú crees que él está cambiando, si ves que existe una posibilidad, ¿por qué no intentarlo? Pero solo si eso te hace sentir bien. Te mereces ser feliz, amiga.

Suspiré de nuevo, pero esta vez sintiendo algo de alivio. Giovana tenía razón, como siempre.

—Voy a seguir a mi corazón —afirmé, más para mí misma que para ella.

—Y después quiero que me cuentes todos los detalles, ¿eh? —Giovana me guiñó un ojo, volviendo a su habitual tono bromista.

No pude evitar sonreír.

En ese instante, entendí que estaba realmente dispuesta a darle una oportunidad a lo que sentía por Dante. Lo que significaría aquello para el futuro, todavía no lo sabía.



Mientras regresaba a la mansión, aún tenía la cabeza llena de dudas.

La conversación con Giovana me había aliviado en parte, pero el peso de todas las decisiones y la incertidumbre aún me agobiaba.

Sin embargo, nada más entrar en el salón y ver a Dante con Heitor, sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

Estaban en la alfombra, Dante sujetando un juguete mientras Heitor reía y gesticulaba emocionado. La escena era tan sencilla, tan cotidiana, y al mismo tiempo tan inesperada.

No era la imagen que yo asociaba con Dante Valentini, pero ahí estaba él, totalmente entregado en su papel de padre.

Y aquello me hizo sonreír, quizá más de lo que debería.

—Has llegado —dijo él, levantando la mirada hacia mí con una pequeña sonrisa en los labios—. Te estábamos esperando.

—Parece que lo estáis pasando bien —comenté, dejando el bolso a un lado y acercándome a ellos.

Cogí a Heitor en brazos y sentí cómo el pecho se me llenaba con la felicidad que veía reflejada en su rostro.

—Así es, pero ahora necesito hablar contigo.

La forma en la que dijo eso hizo tambalear mi sonrisa.

Dejé a Heitor en su parque y me giré hacia Dante, intentando ocultar la inquietud que comenzaba a sentir.

—¿Qué ocurre?

Se puso en pie y respiró profundamente, como si estuviera escogiendo cada palabra con sumo cuidado.

—Quiero hablar sobre nuestro matrimonio, y sobre lo que vendrá después.

Sentí que el estómago se me encogía. Antes de que pudiera responder, él continuó:

—Después de que Heitor cumpla seis meses, si tú quieres, te daré el divorcio.

Aquello me golpeó como un puñetazo. Parpadeé, intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Si eso es lo que deseas, no voy a retenerte. —Su expresión era seria, pero sus ojos… ¿parecían casi vulnerables?

Me quedé en silencio, sintiendo un torbellino de emociones.

Antes de que pudiera encontrar una respuesta, él dio un paso hacia adelante, y la intensidad de su voz me dejó paralizada.

—Pero eso no es lo que yo quiero, Elena.

Contuve la respiración por un instante. Él parecía tan sincero, tan diferente del hombre controlador que conocía.

—Dante…

—Escúchame —me interrumpió, con la voz profunda pero sin rastro de arrogancia—. Sé que te he decepcionado. Sé que he cometido errores. Pero quiero arreglar esto. Quiero demostrarte que puedo ser diferente. Quiero probar que puedo ser el hombre que te mereces, el padre que Heitor merece.

Sentí cómo se me cerraba la garganta. Sus palabras tenían un peso con el que no sabía cómo lidiar.

—Y necesito que sepas algo más. —Respiró hondo, sus ojos clavados en los míos, tratando de transmitir todo lo que sentía—. Me he enamorado de ti, Elena. De ti y de Heitor. Sois lo único que importa ahora. Daría todo lo que poseo, toda mi fortuna, para que estéis bien. Y no son solo palabras.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

No sabía qué decir.

Dante Valentini, el hombre que parecía tener siempre todo bajo control, estaba allí, abriéndose conmigo de una manera que nunca hubiera imaginado.

—No espero que me creas ahora mismo, pero voy a demostrártelo. Voy a mostrarte, cada día, que vosotros dos sois mi prioridad, que puedo ser el hombre de tu vida.

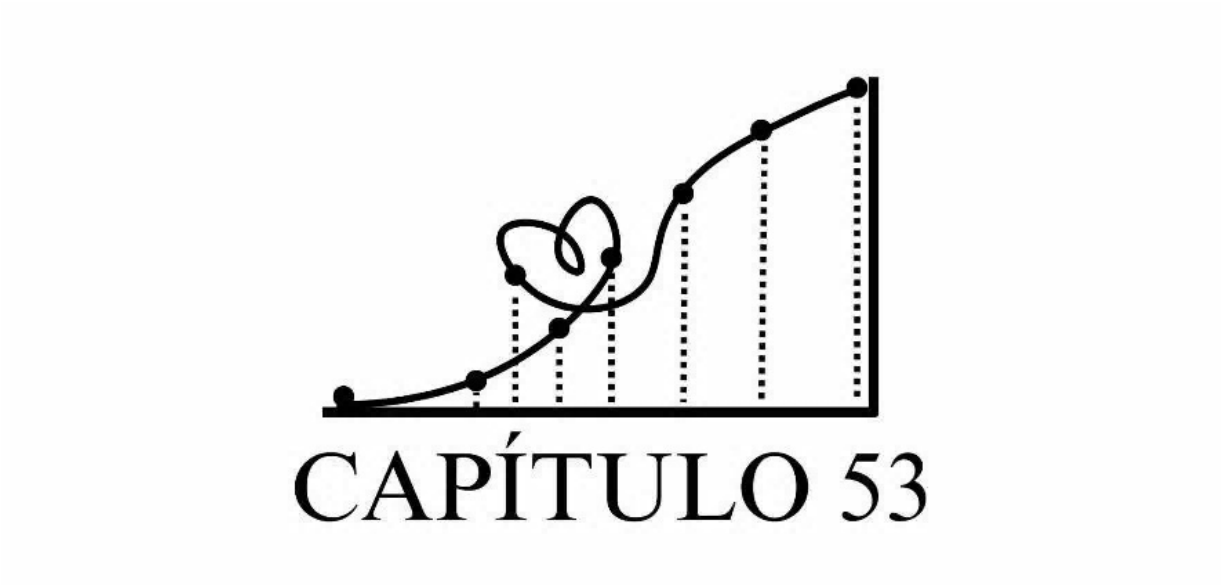
Sus palabras resonaban en mi cabeza mientras intentaba asimilarlo todo.

¿Estaba siendo sincero? ¿Era posible que el hombre al que yo consideraba incapaz de amar estuviese realmente enamorado?

Él dio un paso atrás, respetando mi espacio, pero sin apartar en ningún momento la mirada.

—No tienes que responderme ahora. Solo déjame demostrártelo. Solo dame esta oportunidad.

El silencio cayó entre nosotros, pesado, lleno de todo lo que no habíamos dicho.



«Algunas verdades tienen el poder de poner patas arriba el corazón, mientras que otras simplemente confirman lo que este ya sabía».

ELENA ROMANO

Nunca había sido de celebrar especialmente mi cumpleaños.

Desde que me divorcié, esa fecha parecía recordarme siempre que no todos mis planes habían salido como esperaba. Pero, aun así, aquel día me sorprendí hablando con Heitor, intentando poner un poco de alegría en la rutina.

—¿Y tú qué piensas, cariño? ¿Debería celebrarlo? —le pregunté, mientras él me observaba con curiosidad, sin entender absolutamente nada de lo que decía—. ¿Quién sabe? Cuando cumplas un añito, podemos hacer algo muy especial, ¿qué te parece?

Él me regaló una sonrisa como si aprobase la idea, y yo también sonreí. Hablar con mi hijo siempre me transmitía calma, incluso en los días más grises.

Después de acostarle, decidí salir a tomar un poco de aire. Caminé por la mansión hasta llegar a la zona exterior, donde me recibió la brisa fresca de la noche.

Entonces ocurrió lo inesperado.

Me quedé paralizada en el sitio.

Las luces que antes estaban apagadas se encendieron de golpe, revelando una decoración preciosa llena de flores y luces colgadas. Personas aparecieron de todas partes, aplaudiendo y gritando al unísono:

—¡Feliz cumpleaños, Elena!

Mis padres estaban allí, junto con Giovana, que sostenía una copa mientras me saludaba emocionada. Había música, risas, e incluso una pequeña tarta en una mesa en el centro.

Me quedé completamente sin palabras, incapaz de creer que aquello estuviera pasando realmente.

Giovana fue la primera en acercarse. Me abrazó y susurró:

—¡Sorpresa!

—¿Pero qué es esto? ¿Cómo habéis organizado todo esto? —pregunté todavía aturdida.

—Ah, fue idea de tu marido —dijo con una sonrisa traviesa.

Automáticamente mis ojos le buscaron, y ahí estaba él: Dante Valentini, el hombre con el don de sorprenderme de todas las formas posibles.

Estaba de pie, junto a una de las mesas, charlando con uno de los invitados, pero sus ojos no tardaron en encontrarse con los míos.

Al notar que le observaba, me dedicó una sonrisa breve pero genuina, algo poco habitual en él.

Dante rara vez hacía algo sin una intención clara, pero aquello parecía diferente. Estaba feliz, orgulloso, como si quisiera hacerme entender que aquella noche era solo para mí.

Volví mi atención hacia Giovana, que parecía ansiosa por provocarme un poco más.

—Parece que realmente se está esforzando, ¿no crees? —comentó ella, dando un sorbo a su copa—. Ya no parece aquel tipo frío que describiste hace unos meses.

—Lo sé —admití, todavía asimilando lo que ocurría a mi alrededor—. ¿Ha sido realmente él quien ha hecho todo esto?

—Hasta el último detalle. Quería asegurarse de que fuera perfecto. Creo que le gusta verte feliz.

Intenté disimular el nudo que se me formaba en la garganta.

Lo que más me impresionaba no era la fiesta en sí, sino el hecho de que Dante hubiera hecho semejante esfuerzo por agradarme de una manera tan personal.

—Quizá realmente esté cambiando, Giovana… —dije mirando al suelo con una leve sonrisa.

—¡Entonces ve a agradecérselo! —me animó ella, dándome un leve codazo.

Reí, pero permanecí en mi sitio unos instantes, observando a las personas a mi alrededor y cómo todo parecía encajar perfectamente.

Mi padre reía con mi madre, Giovana estaba encantada con los detalles de la fiesta, y Dante, el hombre que había considerado incapaz de cualquier gesto amable, estaba en el centro de todo, pareciendo más humano que nunca.

Respiré hondo y me acerqué a él, que notó mi presencia antes de que yo dijera una sola palabra.

—Así que… ¿fuiste tú quien organizó todo esto? —pregunté, intentando que no se notara demasiado la emoción en mi voz.

—Alguien tenía que preparar algo decente para tu cumpleaños —respondió él, con ese tono burlón que siempre usaba.

—No sé qué decir…

—Basta con que me digas que te ha gustado —dijo encogiéndose ligeramente de hombros, aunque sus ojos revelaban mucho más que sus palabras.

—Me ha encantado —respondí con una sonrisa sincera, sintiendo cómo una ola de gratitud y algo más que no podía explicar me invadía por completo.

Dante asintió, permitiendo que una leve sonrisa apareciera en sus labios. Y en aquel instante comprendí que, a pesar de todos los altibajos, había algo real creciendo entre nosotros.

Algo que ya no podía ignorar.

—Por cierto, conocí a tus padres personalmente, antes de que me preguntes.

—¿Cómo dices?

—Cuando pensé en la fiesta, fui a hablar con tu amiga, y ella sugirió que invitara también a tus padres. Así que decidí buscarles personalmente. Quería que todo fuera perfecto para ti —lo explicó con

su habitual calma, pero había algo más en su voz, algo que me provocó una emoción difícil de gestionar.

—¿Fuiste a verlos tú mismo? —pregunté, intentando asimilar aquella información. Mis padres nunca habían sido exactamente fáciles de tratar, especialmente cuando se trataba de mi vida personal.

—Sí. Pensé que sería importante. Se sorprendieron bastante, claro —respondió con una ligera sonrisa que enseguida volvió a adoptar una expresión más seria—. Pero creo que al final acabé cayéndoles bien.

Me reí por lo bajo, imaginándome aquella escena.

Mis padres siempre habían sido muy protectores, especialmente mi padre, y pensar en Dante enfrentándose a eso por mí hizo que sintiera un nudo en el pecho.

—No puedo creer que hicieras eso… —murmuré, más para mí misma que para él.

—Elena, ya te lo he dicho: quiero demostrarte que puedo ser el hombre que tú y Heitor merecéis. Y eso incluye hacer cosas fuera de mi zona de confort. —Me miró directamente a los ojos, y había algo en la intensidad de aquella mirada que me dejó sin palabras.

Respiré hondo, intentando recuperar el control de mis pensamientos.

Él estaba yendo más allá de lo que jamás había imaginado, aunque resultaba complicado olvidar todo lo que había ocurrido entre nosotros. El dolor todavía estaba ahí, pero al mismo tiempo no podía ignorar las señales de cambio.

—No era necesario que hicieras todo esto… —susurré, sintiendo cómo se me volvía a cerrar la garganta.

—Sí que lo era. Este día merece ser celebrado, Elena. Tú merecías una noche especial, rodeada de la gente que quieres. —Dio un paso hacia mí, su presencia ocupando todo el espacio entre ambos—. Puede que antes no lo entendiera, pero estoy aprendiendo.

Me quedé inmóvil, absorbiendo cada palabra.

Era imposible no sentir la sinceridad en ellas, y mi corazón empezó a latir más rápido.

—Realmente lo estás intentando, ¿verdad? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Sí. Lo intento por ti. Por Heitor. Por nosotros. —Hizo una pausa, respirando profundamente antes de continuar—. Pero sé que no puedo obligarte a creer en ello. Solo espero que algún día puedas ver lo que yo veo ahora.

Había tanta vulnerabilidad en su voz que me dejó completamente desarmada.

Por primera vez veía a Dante Valentini sin esas máscaras que siempre insistía en llevar. No era el multimillonario autoritario y seguro de sí mismo; era un hombre tratando de hacer lo correcto.

Antes de que pudiera contestar, dio un paso atrás, como si quisiera darme espacio.

—Disfruta de tu fiesta. Tus padres están esperando para hablar contigo —dijo, señalando con un gesto hacia donde ellos estaban, sonriendo y charlando con Giovana.

Asentí, aún incapaz de decir nada. Cuando empezó a alejarse, mi mano se movió casi por instinto y agarró suavemente su brazo.

—Dante… gracias.

Él no dijo nada, simplemente asintió, pero la leve sonrisa en sus labios fue suficiente para hacerme entender que lo había comprendido

todo.

Mientras se alejaba para hablar con los demás invitados, permanecí allí, inmóvil, sintiendo una mezcla de emociones que me dejaban confusa, pero también llena de esperanza.



Cuando me acerqué a mis padres, noté la sonrisa cálida en el rostro de mi madre y la expresión algo más relajada de mi padre.

Parecían haber alcanzado un consenso poco habitual, algo que solo ocurría en ocasiones realmente especiales.

—Es un hombre interesante, Elena —empezó mi madre con voz suave, pero con esa curiosidad maternal que yo conocía bien—. Se nota que se está esforzando.

—¿Esforzando? —pregunté, arqueando una ceja. El tono salió más defensivo de lo que pretendía, pero no pude evitarlo.

—Intentando ser alguien mejor para ti —continuó ella, lanzándole una mirada significativa a mi padre, como esperando que él añadiera algo.

Mi padre carraspeó, desviando la mirada hacia Dante, que estaba al otro lado charlando con Giovana.

—Es directo. Me gusta eso. No intenta ocultar quién es ni lo que quiere —hizo una pausa, cruzando los brazos—. Pero ya sabes, Elena, siempre voy a asegurarme de que os cuide bien. Y no solo económicamente, sino también con el corazón.

Sus palabras me llegaron profundamente.

Mi padre raras veces hablaba de sentimientos, pero cuando lo hacía, eran palabras cargadas de significado.

—Lo sé, papá. —Sonreí ligeramente, notando cómo una oleada de emoción se formaba en mi pecho—. Y creo que, en cierto modo, él también lo sabe.

Mi madre tomó suavemente mi mano, apretándola con cariño. Había algo especial en su mirada, una mezcla de preocupación y apoyo.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó en voz baja, como si no quisiera que nadie más escuchara.

Vacilé, dirigiendo mis ojos nuevamente hacia Dante.

Estaba de espaldas a mí, pero la manera en que inclinaba ligeramente la cabeza al escuchar a Giovana mostraba una atención sincera. Era un gesto pequeño, pero revelador de su cambio.

—Sí, mamá. Me gusta más de lo que debería —mi voz salió casi en un susurro, pero lo suficiente para que ella lo entendiera.

Sonrió con ternura. Mi padre dejó escapar un suspiro, pero no añadió nada; simplemente hizo un ligero asentimiento, como aceptando mi respuesta.

—Entonces ve con él. Hablad. Dale las gracias por lo que ha hecho hoy —me animó mi madre, señalando discretamente en dirección a Dante.

—Sí, quizás debería hacerlo. —Les dediqué una última mirada antes de alejarme, sintiendo sus miradas llenas de afecto siguiéndome.

Al acercarme a Dante, noté que estaba más relajado de lo habitual, algo que pocas veces sucedía.

Parecía tan cómodo que, por un momento, me sentí casi nerviosa por interrumpirle.

—Hola —le llamé, con una voz más baja de lo que pretendía.

Se giró hacia mí, sus ojos encontrando inmediatamente los míos. La leve sonrisa que apareció en sus labios fue suficiente para acelerar mi corazón.

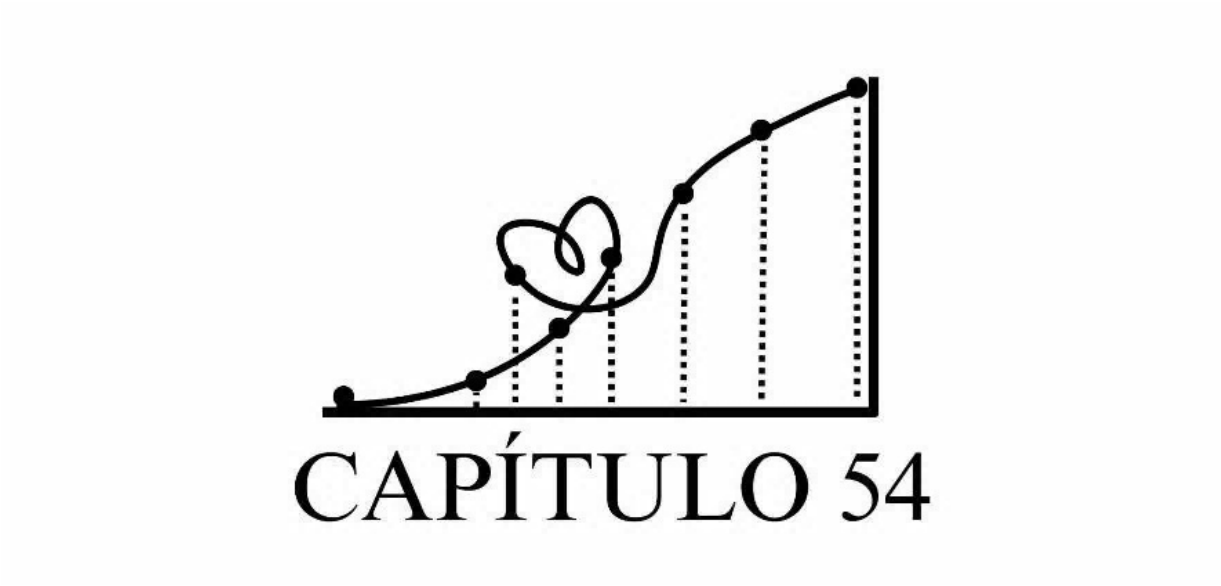
—¿Estás bien? —preguntó con naturalidad, como si preocuparse por mí fuera lo más normal del mundo.

—Gracias por lo de hoy, sé que ya te lo he dicho, pero quería repetirlo —miré al suelo por un instante, buscando las palabras adecuadas—. Por todo, en realidad.

Dante guardó silencio unos segundos antes de dar un paso hacia mí. Su presencia era imponente, pero al mismo tiempo increíblemente reconfortante.

—No hace falta que me lo agradezcas. Lo haría todo otra vez, mil veces más, si es por ti y por Heitor —su voz era firme, pero tenía un matiz de vulnerabilidad que me cogió desprevenida.

Antes de que pudiera responder, extendió su mano y tocó ligeramente la mía. Fue un gesto simple, pero que expresó mucho más de lo que cualquier palabra podría haber dicho.



«Algunas personas llegan a nuestra vida como una suave brisa, pero acaban convirtiéndose en la tormenta que lo cambia todo».

DANTE VALENTINI

—Entonces, ¿le organizaste una fiesta? —preguntó Marco, reclinándose en la silla de mi despacho con esa mirada curiosa y la sonrisa burlona que siempre ponía cuando quería provocarme.

—Sí —respondí sin rodeos, ajustando los papeles sobre la mesa. Parecía concentrado en el trabajo, pero mi mente aún seguía en la noche anterior.

—Espera un momento, ¿el mismo Dante Valentini que siempre dice que las fiestas son una pérdida de tiempo y energía? —rio, obviamente divirtiéndose a mi costa—. Estoy impresionado.

Levanté la vista hacia él, manteniendo una expresión seria.

—No exageres. No fue nada grandioso, solo algo diferente.

—¿Diferente, eh? —Marco arqueó una ceja, claramente interesado—. ¿Y cómo sabías lo que tenías que hacer?

Respiré hondo, recostándome en la silla y recordando paso a paso lo que había hecho.

—Hablé con su amiga. Descubrí que Elena no solía celebrar mucho su cumpleaños. Me pareció apropiado hacer algo especial.

Marco guardó silencio un instante, asintiendo lentamente antes de hablar:

—Sabes, nunca pensé que llegaría a decir esto, pero estoy orgulloso de ti, tío.

—Marco, no empieces…

—No, lo digo en serio. Parece que realmente estás cambiando. Estás pensando en ella, en ellos dos, antes que en ti mismo. Eso no es poca cosa, Dante. —Sonrió, aunque su tono era más serio que de costumbre—. Y sabes perfectamente lo que eso significa, ¿verdad?

Apreté la mandíbula con tensión.

Sabía exactamente lo que intentaba decir, pero aún no estaba preparado para admitirlo en voz alta. «Estoy cambiando», pensé, aunque decirlo era muy diferente a aceptarlo plenamente.

—Todavía tengo mucho que hacer —murmuré, intentando esquivar la conversación.

Marco negó con la cabeza y se levantó, caminando hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia mí y añadió:

—Solo recuerda una cosa, Valentini: los verdaderos cambios empiezan aquí —dijo, señalando su pecho, justo sobre el corazón—. Y si ya has empezado, no te detengas ahora.

Me quedé en silencio tras su salida, contemplando el horizonte a través del enorme ventanal de mi despacho.

Él tenía razón.

Cada día me resultaba más difícil ignorar que algo dentro de mí estaba realmente cambiando. Sin embargo, aún necesitaba demostrar, especialmente a Elena, que era capaz de ser más de lo que ella esperaba.

Y por primera vez en mi vida, sentí la necesidad de ser mejor. No por negocios, ni estatus, ni orgullo.

Sino por ellos. Por ella.



Llegué a casa un poco más tarde de lo previsto, sintiendo el peso del día sobre mis hombros. Sin embargo, toda esa sensación desapareció en cuanto crucé la puerta de la cocina y la vi.

Elena estaba allí, con un delantal puesto, removiendo algo en una cazuela, y aquella sonrisa suya me golpeó como un rayo de calma en medio del caos.

—Has llegado —dijo ella sin apartar la vista de lo que estaba haciendo—. Pensaba que tardarías más.

—El tráfico era horrible —expliqué, dejando la chaqueta sobre la silla más cercana—. Pero ya estoy aquí. ¿Preparando algo interesante?

Ella rio, con esa risa suave que siempre parecía iluminar toda la estancia.

—Algo especial, en realidad. Quiero compensarte por el cumpleaños de este fin de semana. Me gustaría hacer algo solo para nosotros.

—No tienes que preocuparte por eso, Elena. El cumpleaños estuvo perfecto. —Me crucé de brazos, observándola mientras removía la cazuela—. Ya hiciste más que suficiente.

—No acepto un «no» por respuesta, Valentini —me lanzó una mirada desafiante, de esas que parecían diseñadas para provocarme—. Estoy preparando lasaña de berenjena, una receta que hacía mi madre. Te prometo que merecerá la pena.

Sonreí ligeramente, negando con la cabeza. Ella tenía esa capacidad de convertir cosas simples en momentos especiales.

—De acuerdo, pero espero que no estés intentando competir conmigo en la cocina —la piqué, acercándome para mirar mejor.

—¿Quién ha dicho que esto sea una competición? —Ella alzó una ceja, sin dejar de sonreír—. Aunque si lo fuera, estoy segura de que ganaría.

Sabía exactamente cómo provocarme.

Poco después, la cena estuvo lista y nos sentamos a la mesa. El aroma de la comida impregnaba el ambiente, que parecía más relajado que de costumbre.

Era como si, poco a poco, nuestra rutina se estuviera convirtiendo en algo natural, cómodo.

—¿Qué tal tu día? —preguntó, sirviendo un poco de lasaña en mi plato.

—Intenso. Varias reuniones, un nuevo proyecto en marcha… lo de siempre. —Tomé el tenedor y probé la comida. Estaba realmente buena—. ¿Y el tuyo?

—Tranquilo. Heitor está empezando a sentir más curiosidad por todo. Creo que pronto necesitaré otro par de ojos para vigilarlo. —Sonrió, aunque había algo en su expresión que me hizo seguir mirándola con atención.

—¿Te preocupa algo? —pregunté directamente.

Ella vaciló, pero finalmente negó con la cabeza.

—No, solo… pensaba en cómo ha cambiado todo tan rápido. A veces me cuesta seguir el ritmo.

—Los cambios pueden ser buenos —respondí sin pensar demasiado, aunque sabía que mis palabras tenían más peso del que aparentaban—. Por cierto, la lasaña está excelente.

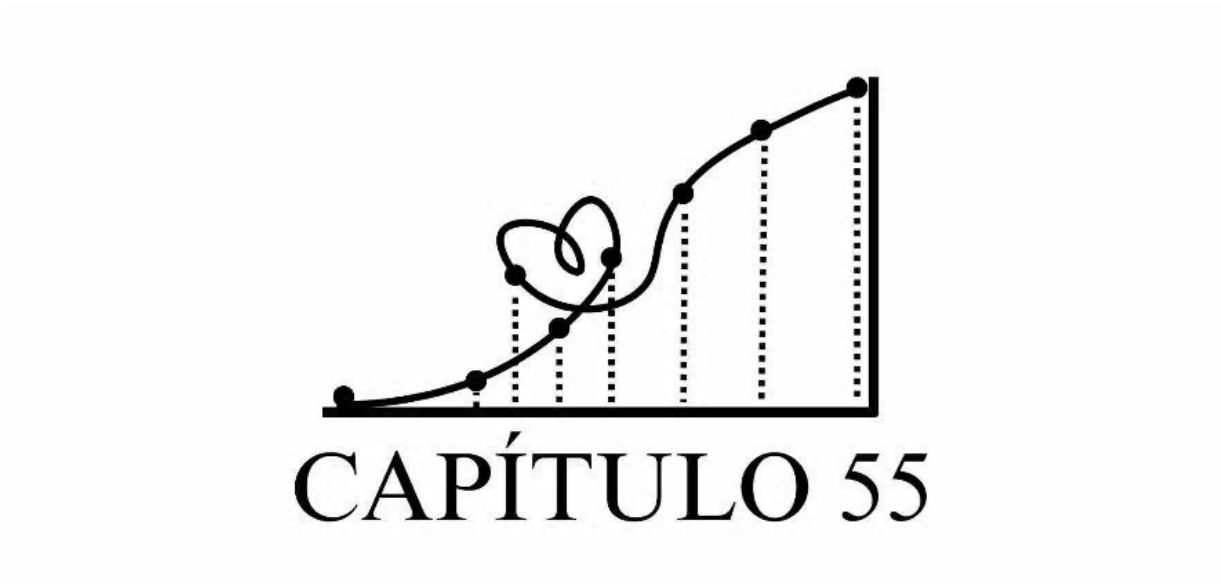
Ella rio, algo tímida.

—Eso lo dices solo para quedar bien conmigo.

—No. Si fuera terrible también te lo diría. —Sonreí, notando cómo cada vez me sentía más cómodo con ella—. Pero no lo es. Está realmente muy buena.

La cena continuó con una conversación agradable y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba justo donde debía estar.

Mientras la observaba hablar, gesticular y reír, comprendí que aquel no era un día cualquiera. Era otro paso hacia algo que aún estaba aprendiendo a reconocer: una vida auténtica, una familia, algo que nunca había imaginado desear.



«Algunas promesas se hacen con palabras, pero las más importantes se demuestran con hechos».

ELENA ROMANO

Aunque las dificultades al principio fueron inevitables, algo entre nosotros había cambiado.

Ya no era solo convivencia; era conexión. Una extraña sensación de pertenencia.

—¿Te has dado cuenta de cuánto te adora Heitor? —comenté, mientras él jugaba con nuestro hijo, sentado en la alfombra del salón.

Las risas de Heitor llenaban el ambiente, volviéndolo aún más acogedor.

Dante levantó la mirada hacia mí y sonrió.

Era algo poco habitual, pero cuando ocurría, era genuino; el tipo de sonrisa capaz de derribar todas mis defensas.

—Yo también tengo buenos motivos para adorarle —dijo, dirigiendo una mirada llena de afecto hacia el pequeño—. Él es lo mejor que he hecho en la vida.

Esas palabras hicieron que se me encogiera el corazón.

Dante Valentini, el hombre que imaginaba frío y distante, mostraba ahora un lado vulnerable y sincero que nunca habría esperado.

—¿Sabes que eres un buen hombre? —le pregunté casi sin pensar, invadida por una inexplicable valentía.

Él arqueó una ceja, claramente sorprendido por mi comentario.

—No estoy seguro de estar de acuerdo con eso.

—Pues yo sí lo estoy —insistí, notando cómo el pecho se me calentaba—. Tienes tus heridas, como todos. Como yo también las tengo. Y, a pesar de todo, has sido esencial en mi vida y en la de Heitor.

Dante se quedó en silencio durante un instante, sus ojos clavados en los míos. Entonces, lentamente, se levantó de la alfombra y caminó hacia mí, cada paso cargado de una intensidad que hizo que mi respiración se detuviera.

—¿Y si quisiera ser esencial en tu vida para siempre? —preguntó con voz baja, pero llena de convicción—. Porque eso es lo que quiero, Elena. Quiero ser eso y mucho más para ti.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y me besó.

No fue un beso precipitado ni inseguro.

Fue intenso, cargado de sentimientos que jamás había puesto en palabras. Sus labios se apretaron firmemente contra los míos, y por un

instante, el mundo entero desapareció. Ya no había dudas ni inseguridades. Solo él y yo.

Mis dedos se aferraron a la tela de su camisa, sujetándome a él como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. El corazón me latía tan rápido que estaba segura de que él podría oírlo.

Cuando nos separamos, apoyó su frente contra la mía, su mirada aún fija en mis ojos.

—Si me lo permites, te lo demostraré cada día, Elena. Todos los días.

—¿De verdad puedes cumplir esa promesa? —pregunté con voz casi en un susurro, mientras mi corazón se aceleraba aún más.

Sus ojos brillaron con una intensidad que me hizo estremecer. No respondió inmediatamente. En cambio, deslizó suavemente el pulgar por mi mejilla, como si estuviera estudiándome, absorbiéndome.

—Yo no hago promesas vacías —respondió con una sinceridad absoluta—. Y cuando se trata de ti y de Heitor, no hay nada que no haría.

Mis manos temblaron ligeramente, pero no era miedo. Era emoción, un torbellino de sentimientos que no sabía cómo gestionar. Antes de que pudiera encontrar algo más que decir, Dante prosiguió:

—Sé que he tardado en darme cuenta de lo que importa realmente, pero ahora que lo sé, no pienso desperdiciarlo. No voy a perderos.

El aire parecía haberse vuelto más denso, pero de una forma agradable, como si cada palabra suya llenara el espacio que nos rodeaba, dotándolo de significado.

Aún no estaba segura de poder creer plenamente en él, pero en ese momento se mostraba tan auténtico que no tuve el valor de

cuestionarle.

—Me asustas, Dante —admití, esta vez con voz más firme—. A veces parece que eres capaz de cualquier cosa.

—Porque lo soy —respondió sin dudar, con una determinación feroz en su voz—. Pero jamás para hacerte daño, Elena. Nunca.

Ya no podía apartar los ojos de él. Parecía tan vulnerable, tan diferente del hombre dominante y seguro de sí mismo que conocía. Era como si, por un breve instante, me permitiera ver al verdadero Dante detrás de aquella fachada.

—Entonces no me decepciones —susurré casi como un desafío.

Él sonrió, con aquella sonrisa poco habitual que hacía derretir mi corazón, y volvió a inclinarse, atrapando mis labios en otro beso.

Esta vez fue distinto. Más profundo, más desesperado.

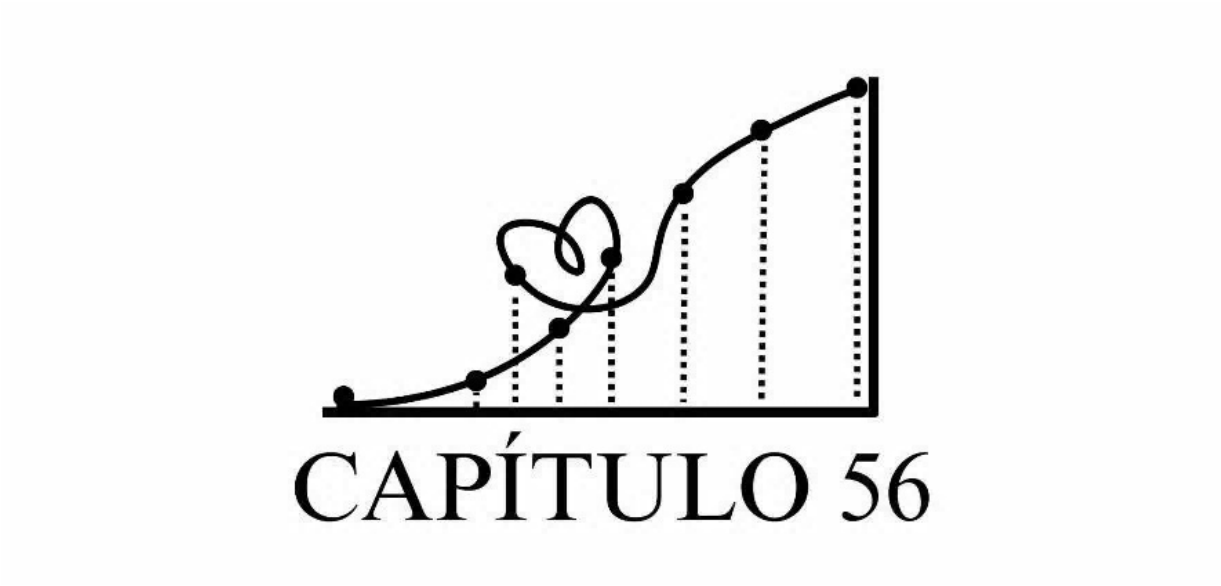
Sus manos sujetaron mi rostro con firmeza, manteniéndome pegada a él, como si quisiera asegurarse de que no escaparía. Y yo no quería hacerlo. Mis manos subieron hasta sus hombros, notando la fuerza de sus músculos mientras él me acercaba aún más.

Sus labios se movían contra los míos en perfecta sincronía, como si estuvieran destinados a encajar así para siempre.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento. Él siguió mirándome a los ojos, acariciando suavemente mi mejilla con sus dedos.

—Nunca volveré a decepcionarte —afirmó con voz firme, cargada de emoción.

No sabía si él sería realmente capaz de cumplir aquella promesa, pero en aquel preciso instante decidí darle una oportunidad.



«Algunas batallas no se libran con gritos ni guerras, sino con el silencio firme de quien por fin ha aprendido a defenderse».

ELENA ROMANO

—Vamos al centro comercial —dijo Dante, deteniéndose en la puerta del salón mientras yo jugaba con Heitor en la alfombra.

Alcé la vista, sorprendida.

Él no era precisamente el tipo de hombre que sugería algo tan sencillo, y menos aún algo que implicase multitudes.

—¿Al centro comercial? ¿Seguro que sabes lo que significa eso? —bromeé mientras cogía a Heitor en brazos.

—Sé que es un lugar lleno de tiendas, gente y ruido —respondió él, cruzándose de brazos—. Pero quiero hacer cosas normales. Cosas en familia.

Me quedé callada durante unos instantes, asimilando lo que acababa de decir. La idea de que él quisiera algo tan cotidiano y sencillo me pilló desprevenida.

El hombre del control absoluto y de eventos lujosos solo quería… ir al centro comercial.

—Está bien, tú ganas. Vamos al centro comercial. Pero conduzco yo —dije sonriendo, mientras él levantaba las cejas, fingiendo sorpresa.

—No. Conduzco yo. Tú solo relájate.

Y tras decir esto, fue a por las llaves del coche.



En el centro comercial, todo parecía nuevo.

Dante empujaba el carrito de Heitor con una naturalidad sorprendente, mientras yo caminaba a su lado observando al pequeño, que parecía fascinado con las luces y el movimiento a nuestro alrededor.

Señalaba todo lo que veía, desde escaparates hasta personas que pasaban, como si estuviera descubriendo un mundo nuevo.

—Creo que va a ser tan curioso como tú —comentó, mirándome con una sonrisa ladeada—. Siempre intentando entenderlo todo, incluso cuando no hace falta.

—¿Y eso es malo? —pregunté, arqueando una ceja.

—No, al contrario. Es una de las cosas que más admiro de ti —respondió, sorprendiéndome una vez más.

No supe cómo contestar, así que simplemente seguí caminando, intentando disimular el calor que sentí subir a mi rostro.

Nos detuvimos en tiendas de juguetes, ropa infantil e incluso en una cafetería, donde Dante insistió en sostener a Heitor mientras yo tomaba un café.

Parecía sinceramente involucrado, esforzándose por escoger los mejores juguetes y prendas para nuestro hijo, y preguntando continuamente mi opinión.

—Esto es nuevo para mí —confesó mientras empujaba el carrito —. Estar aquí, haciendo algo tan sencillo y, al mismo tiempo, tan importante. Pero me gusta esto; estar los tres juntos.

Mi respiración se detuvo por un instante.

Sus palabras tenían un peso que no esperaba. No necesitaba discursos elaborados; la sencillez de lo que dijo me tocó profundamente.

—¿De verdad te está gustando? —pregunté, sonriendo.

—Sí. Mucho más de lo que había imaginado. Y tiene mucho que ver contigo y con Heitor. —Me miró y sus ojos tenían una suavidad que nunca antes había visto en él—. Vosotros dos habéis traído algo nuevo a mi vida, y no quiero que eso termine.

Sentí cómo mis ojos se llenaban de lágrimas, aunque me negué a dejarlas caer. El peso de sus palabras era casi demasiado para asimilar.

Por primera vez, sentí que el futuro que había imaginado para los tres podría hacerse realmente realidad.

Mientras terminábamos nuestro paseo, él compró un pequeño regalo para Heitor, un juguete educativo, y después me llevó hasta una joyería.

Antes de que pudiera protestar, escogió un delicado collar con un pequeño colgante en forma de corazón.

—Es para ti —dijo Dante, sosteniendo el collar en la mano y mirándome con una mezcla de ternura y determinación—. Un regalo para recordarte que estamos juntos en esto, todos los días.

Le observé, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Pero cuando colocó el collar alrededor de mi cuello, sentí que Dante era alguien con quien realmente podría soñar en construir algo sólido y duradero.



—Voy al baño un momento —dije, entregando a Heitor a Dante, que lo cogió con facilidad mientras me dirigía una mirada curiosa.

—Está bien —aceptó con una leve sonrisa, acomodando al bebé en brazos.

Asentí y me giré, atravesando el centro comercial con pasos rápidos.

Al llegar al baño, fui rápida en hacer lo que necesitaba.

Cuando terminé, me lavé las manos y me preparé para salir, pero en cuanto empujé la puerta, sentí que el corazón se me paralizaba.

—¿André? —Mi voz salió más alta de lo que pretendía.

Él estaba allí, parado en el pasillo del baño de mujeres, con una mirada desesperada que inmediatamente puso mis sentidos en alerta.

—Elena… —dio un paso hacia adelante y, por instinto, retrocedí —. Por favor, solo quiero hablar.

—¿Hablar? —pregunté, cruzando los brazos mientras intentaba mantener mi voz firme—. Creo que tú y yo no tenemos nada más que decirnos.

—Estás cometiendo un error. —Su voz temblaba y tenía los ojos muy abiertos—. Ese hombre, ese Dante… No es quien crees. He investigado sobre él, Elena. Es peligroso, no le importa nadie. Acabará contigo.

Lo observé, dejándole seguir, pero sentía cómo la sangre me hervía.

Él todavía creía tener algún poder sobre mí, alguna oportunidad de manipular mis pensamientos.

—Lo dices como si tuvieras la mínima autoridad para advertirme sobre algo, André. —Mi voz cortó el aire como una cuchilla,

y vi la sorpresa reflejarse en sus ojos—. Pero ¿sabes cuál es la diferencia entre Dante y tú? Él nunca me ha hecho daño. Jamás me ha levantado la voz para humillarme ni me ha tratado como si fuera inferior.

Intentó interrumpirme, pero levanté la mano para detenerle.

—Aún no he terminado. Dante, con todos esos defectos que tan cuidadosamente has investigado, está intentando cambiar. Por mí. Por nuestro hijo. ¿Y tú? —Solté una risa amarga—. Tú me hundiste en cada oportunidad que tuviste. Cada comentario, cada crítica. Me rompiste en pedazos, André. Pero ¿adivina qué? Me he recompuesto.

Se quedó sin palabras, abriendo y cerrando la boca como si buscara algo que decir, pero nada salió.

—Y otra cosa más. —Avancé un paso, manteniendo firme mi voz —. No pienso tolerar ni una sola cosa más de ti. Ni siquiera tu presencia. Si vuelves a aparecer delante de mí, no dudaré en hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Iré a la policía. Y acabarás directamente en la cárcel, André. Créeme, será peor que cualquier cosa a la que te hayas enfrentado nunca.

Pareció encogerse ante mí y, por primera vez, sentí que tenía el control absoluto de la situación.

—Esto es un error, Elena.

—No. El error fue haberme casado contigo y creer que algún día cambiarías —respondí, sintiendo que mi voz ganaba fuerza con cada palabra—. El error fue permitir que controlaras mi vida, que me trataras como si fuera menos, como si mi felicidad dependiera de tu estado de ánimo o de tu aprobación.

André abrió la boca para decir algo, pero alcé la mano, cortándole antes de que pudiera empezar.

—No, André. Basta. No quiero escuchar más excusas ni justificaciones. Tomaste tu decisión cuando destrozaste todo lo que teníamos. Ahora, yo estoy tomando la mía. Decido que nunca más permitiré que vuelvas a hacerme daño.

—Solo quiero protegerte, Elena. —Su voz era baja, casi un susurro, pero sus palabras llevaban la misma manipulación de siempre —. ¿No entiendes que ese hombre acabará contigo?

Solté una risa seca, llena de sarcasmo.

—¿Protegerme? ¿De quién, André? ¿De Dante? Porque, a diferencia de ti, él jamás ha usado sus palabras para herirme ni para hacerme sentir pequeña. Y, lo más importante, él lo está intentando. Está cambiando por nosotros. Algo que tú nunca consideraste siquiera hacer.

Él avanzó un paso, pero me mantuve firme.

—Elena, por favor. —Ahora había desesperación en su voz, pero eso solo reforzó mi decisión.

—¿Por favor qué, André? ¿Que vuelva contigo? ¿Que te dé otra oportunidad de destruirme? —Mi tono era afilado, cada palabra golpeaba como una flecha certera—. No. Tuviste tus oportunidades. Muchas, de hecho. Y las desaprovechaste todas. Ahora no significas nada para mí. Nada salvo un error que me niego a repetir.

Se quedó en silencio, los ojos bajos, los brazos colgando a los lados del cuerpo.

Lo observé durante un instante, y por primera vez no sentí rabia ni tristeza. Sentí alivio. Alivio por poner, al fin, un punto y final a todo esto.

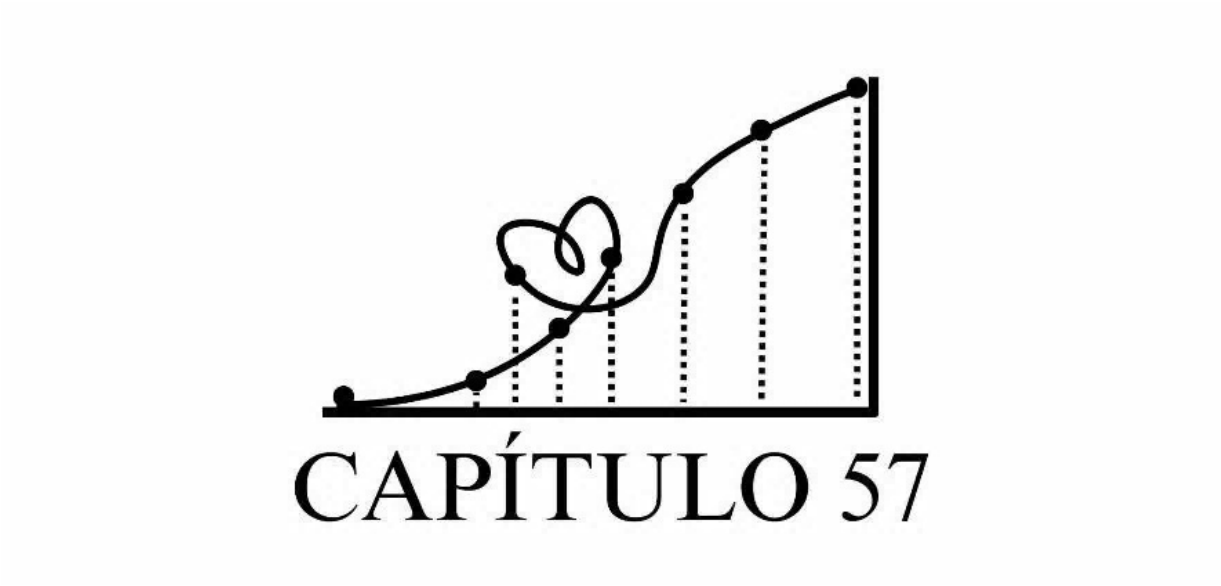
—Escúchame bien. —Mi voz era baja, pero cada palabra llevaba una determinación inquebrantable—. Si vuelves a buscarme, si intentas acercarte a mí o a mi hijo, no voy a dudarlo. Tengo pruebas suficientes

para asegurarme de que pagues por todo lo que has hecho. Así que piénsatelo bien antes de ponerme a prueba.

Se quedó mirándome durante unos segundos, pero finalmente entendió que ya nada funcionaría y salió del baño.

Me quedé allí, mirándome en el espejo, temblando ligeramente. Pero sabía que todo lo que había dicho era verdad y que nada estropearía mi felicidad.

Nada ni nadie.



«A veces es necesario perder el control para descubrir lo que realmente importa».

ELENA ROMANO

Al salir del baño, vi a un grupo de hombres cerca de Dante, y solo entonces reparé en André inmovilizado contra la pared por dos guardias de seguridad.

El corazón me dio un vuelco, pero no por miedo, sino por puro agotamiento. Ya había enfrentado bastante en aquel baño como para lidiar ahora también con esto.

Dante estaba de espaldas a mí, con una postura rígida, irradiando autoridad como un aura imperturbable. Cuando me vio, se dirigió inmediatamente hacia mí, con los ojos oscurecidos por la preocupación.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó en voz baja, pero cargada con un tono peligroso que nunca antes le había oído utilizar.

—No, Dante. Él solo… dijo algunas cosas. Pero ya está solucionado —respondí, tratando de calmarlo.

—No está solucionado. Voy a llamar a la policía ahora mismo. Ese desgraciado se arrepentirá de haber cruzado esa línea. —Ya estaba sacando el móvil del bolsillo cuando sujeté su mano.

—No. —Mi voz sonó firme, aunque por dentro sentía todo el peso de ese momento—. Todo lo que tenía que decirle ya se lo he dicho en el baño. No volverá a entrar en mi vida. Se acabó.

Dante me miró como si hubiera perdido el juicio.

Sus ojos examinaron mi rostro, buscando cualquier señal de duda o debilidad. Pero no encontró nada de eso.

—Elena… —Tomó aire profundamente, pasando la mirada rápidamente de André hacia mí—. No pienso dejarle ir tan fácilmente. Tiene que aprender que no puede acercarse a ti, ni siquiera desde lejos.

—Ya lo ha aprendido. —Apreté su mano con más fuerza, sosteniéndole la mirada—. Confía en mí. Déjalo ir. No va a volver a aparecer. Estoy segura.

Dante no respondió de inmediato.

Simplemente permaneció allí, mirándome como si buscara una razón para contradecirme.

Su mandíbula se tensó, y vi en sus ojos un destello de resistencia.

—¿Estás completamente segura? —preguntó finalmente, con una voz más controlada, aunque todavía cargada de tensión.

—Sí. Se acabó, Dante. —Noté que mi voz se quebraba ligeramente al final, pero mantuve la firmeza—. Por favor.

Él echó un último vistazo hacia André, el desprecio evidente en cada movimiento de sus ojos, antes de soltar un largo suspiro.

Con un gesto casi imperceptible, ordenó a los guardias que lo soltaran.

Ellos liberaron a André, que dio un traspié hacia delante, visiblemente alterado, pero sin atreverse a decir nada más.

—Si vuelvo a verte cerca de ella o de mi hijo, ni todos los abogados del mundo podrán salvarte, ¿entendido? —gruñó Dante, con voz amenazadora.

Yo seguía sujetando la mano de Dante, observándolo mientras él intentaba dominar la rabia que aún ardía en su interior.

Finalmente volvió sus ojos hacia mí, y vi algo más allá de la preocupación.

—Eres mucho más fuerte de lo que imaginaba, Elena —dijo, ahora con voz baja, casi en un susurro.

—Siempre lo he sido. Solo necesitaba recordármelo a mí misma.

Esbozó una leve sonrisa y me apretó la mano con suavidad.

—Confío en ti —dijo, pronunciando esas palabras con esfuerzo, pero con una sinceridad indiscutible.

DANTE VALENTINI

Antes de dejar marchar a André, decidí hablar con él. No era el tipo de conversación que me gustaba tener, pero era necesaria.

Estaba apoyado contra la pared con una expresión que alternaba entre el miedo y la rabia contenida, como si fuera a estallar en cualquier momento.

Me acerqué despacio, pero con firmeza, cada paso calculado para dejar claro quién estaba al mando.

—No tengo ni tiempo ni paciencia para estas cosas, así que voy a ser muy claro —crucé los brazos, manteniendo mi mirada fija en la suya —. Tú y yo somos muy distintos. Yo soy un hombre directo, no me escondo detrás de excusas ni manipulaciones. En cambio, tú…

Hice una pausa, permitiendo que el peso de mis palabras cayera sobre él.

—Tú eres exactamente el tipo de persona que jamás debería estar cerca de alguien como Elena. Ella es demasiado buena, demasiado decente para tener que lidiar con alguien como tú.

Vi cómo sus ojos se entrecerraban, pero no tuvo el valor de responder.

—Si vuelves siquiera a pensar en acercarte a ella o a mi hijo, no te gustará lo que haré. Y te aseguro, André, que no tienes ni idea de lo que soy capaz.

Él tragó saliva, intentando mantener la compostura, pero era evidente que estaba intimidado.

—¿Eso es una amenaza? —logró murmurar, con la voz quebrada al final.

—No, es una promesa —me incliné ligeramente hacia él, bajando aún más la voz, volviéndola más amenazadora—. Tuviste tu oportunidad con ella y la arruinaste. Ahora estás fuera. Para siempre.

Permanecí en silencio unos segundos, dejándole asimilar cada palabra.

—Y para que lo entiendas bien: yo no soy como tú. No manipulo a las personas que amo, ni destruyo su confianza. Pero sí las protejo. Y si protegerlas significa acabar con alguien como tú, lo haré sin pensarlo dos veces.

No contestó, simplemente desvió la mirada, derrotado.

Hice una señal a los guardias, que lo cogieron por el brazo y lo escoltaron fuera del centro comercial. Me quedé allí un instante, observando cómo se lo llevaban, antes de respirar profundamente y darme la vuelta.

Al regresar donde estaba Elena, vi sus ojos clavados en mí, una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Está todo solucionado —le aseguré con voz más calmada.

Ella asintió, tomando mi mano. Y en ese instante comprendí que todo lo que estaba haciendo, cada cambio que intentaba implementar en mí mismo, lo hacía por ella y por Heitor.



Al llegar a casa, noté algo diferente en Elena.

Estaba más callada, pensativa, con aquella mirada perdida que indicaba que algo rondaba por su mente. Heitor dormía en mis brazos y, mientras subía las escaleras para acostarlo en la cuna, no podía apartar la vista de ella.

Después de acomodar al pequeño, bajé y la encontré en el salón, sentada en el sofá con las manos entrelazadas en el regazo. Me acerqué sin dudarlo.

—¿Está todo bien? —pregunté, deteniéndome a su lado.

Ella levantó los ojos, como si solo entonces notara mi presencia.

Antes de que pudiera añadir algo más, se levantó y me rodeó con sus brazos. No era uno de esos abrazos rápidos y educados, sino algo mucho más visceral. Se aferraba a mí como si necesitase aquel contacto para recuperar el equilibrio.

—Gracias —dijo con voz baja, casi en un susurro.

Me quedé en silencio unos instantes, intentando asimilar el peso de aquella palabra. Pasé mis brazos alrededor de ella, notando la

suavidad de su pelo contra mi rostro.

—Por todo —continuó—. Por cambiar. Por escucharme. Por cumplir lo que prometiste.

Se apartó ligeramente, lo justo para mirarme a los ojos, que brillaban con algo que no logré descifrar inmediatamente.

—No sé cómo… —comenzó, pero la interrumpí.

—Haría cualquier cosa por ti y por Heitor —mi voz salió firme, llena de sinceridad—. Ya he cometido suficientes errores. No voy a repetir los mismos.

—Has hecho mucho más de lo que esperaba —su voz era suave, pero cada palabra llevaba una fuerza que me tocaba en lo más profundo —. Sé que cambiar no es fácil, pero lo estás logrando. Y eso significa muchísimo para mí.

Aquellas palabras, simples y honestas, me afectaron de una forma que no esperaba.

—Elena —empecé, acercándome aún más a ella. Tomé su mano y la apreté suavemente—. Nunca creí que podría sentir lo que siento ahora. Creía que mi mundo estaba completo con el trabajo, con el poder… Pero vosotros dos me habéis enseñado lo equivocado que estaba.

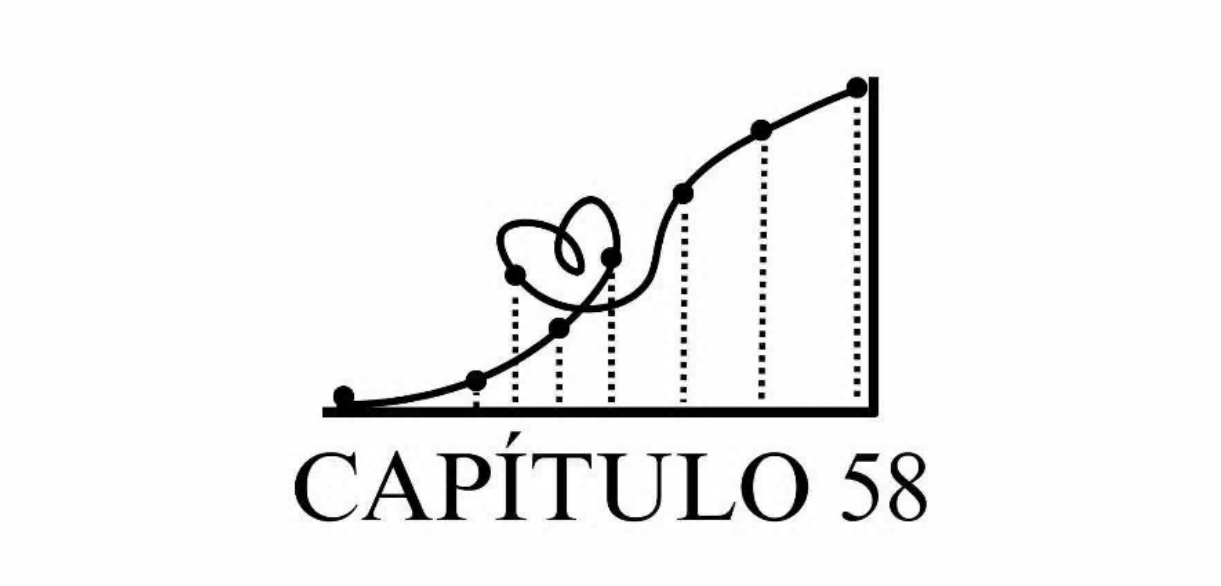
Ella parpadeó, sorprendida. Continué, con voz más baja, cada palabra cargando todo lo que llevaba en el corazón:

—Me he enamorado de ti. De tu fuerza, de tu manera desafiante, de cómo miras al mundo con optimismo, incluso después de todo lo que has pasado. Y me he enamorado de Heitor, de cómo me ha hecho ver lo que realmente importa.

Elena se quedó sin palabras durante un instante, sus labios se movían sin emitir sonido. Finalmente, sus ojos se encontraron con los

míos, y en ese preciso instante supe que lo único que debía hacer era demostrarle que cada palabra era cierta.

Y lo haría día tras día…



«Algunas decisiones tienen el poder de cambiar el rumbo de toda una vida; otras, simplemente confirman lo que el corazón ya sabía».

ELENA ROMANO

Hoy Heitor cumplía seis meses.

Íbamos hacia un lugar que Dante había escogido, algo diferente, tal como él había prometido.

Había mencionado casualmente el nombre del lugar, pero yo estaba tan distraída que apenas presté atención. Solo cuando aparcamos me di cuenta de que estábamos frente a un enorme acuario.

Era un sitio tranquilo, con luces suaves y el relajante sonido del agua, alejado del bullicio del centro comercial o del parque.

Miré a Heitor, sentado en su silla para bebés, balbuceando cosas que solo él entendía mientras observaba a su padre.

Sentí que se me encogía el corazón.

Aquel día no solo marcaba los seis meses de mi hijo, sino también el momento en que, si yo quisiera, podría pedir el divorcio.

¿Acaso no era eso lo que habíamos acordado?

Pero la idea de alejarme de aquel hombre, que ahora estaba más cerca de mí de lo que jamás había imaginado, parecía imposible.

Mientras entrábamos en el acuario, intenté disfrutar del momento.

No quería que mis pensamientos confusos empañaran aquel día, que debería ser únicamente de Heitor.

—Mira quién está fascinado —comentó Dante, señalando a Heitor, que movía frenéticamente las manos al ver los peces nadando tras el cristal.

—Creo que tenemos un pequeño biólogo marino en camino —bromeé, intentando ocultar mi propia fascinación por la escena. Ver a Heitor tan curioso y emocionado era lo más bonito que podía contemplar.

Dante soltó una risa, algo que hacía cada vez más a menudo. Al inclinarse para ajustar la silla del bebé, su mano rozó brevemente la mía.

Me sorprendí observando a los dos juntos. La interacción entre ellos era tan natural que parecía que siempre había sido así. Dante, quien antes solo pensaba en números y resultados, ahora era un padre presente y cariñoso, alguien que jamás imaginé que pudiera llegar a ser.

—Pareces pensativa —dijo, mientras caminábamos lado a lado por un túnel rodeado de peces de colores.

—Solo estoy disfrutando del día —mentí, esbozando una leve sonrisa. No quería que supiese lo que realmente pasaba por mi cabeza.

—¿Sabes? Creí que Heitor tendría miedo de este sitio. Pero creo que he subestimado al pequeño. —Se giró hacia nuestro hijo, que emitía sonidos entusiasmados al ver pasar un tiburón.

—Subestimas más de lo que deberías, Valentini —bromeé, aunque con una pizca de verdad.

Dante arqueó una ceja, en aquel gesto tan característico suyo.

—¿Insinúas que hago eso con alguien más aparte de Heitor?

—No lo sé, tal vez. —Me encogí de hombros, riendo.

Seguimos caminando, y el ambiente entre nosotros era tranquilo, como si nunca hubiéramos atravesado ninguna tormenta.

Charlamos sobre todo y sobre nada: sobre los peces, sobre cómo parecía gustarle más a Heitor los colores vivos, incluso sobre cómo Dante casi nunca había hecho algo así antes de nosotros.

—Nunca imaginé que se te diera tan bien esto —comenté, observando cómo sostenía a Heitor con delicadeza, señalando los peces y explicándole cosas que, obviamente, el bebé no entendía, pero que parecía disfrutar al escucharlas.

—Yo tampoco. Pero a veces la vida nos sorprende.

No respondí, simplemente continué mirándolo.

Había algo nuevo en él ahora, una serenidad que nunca antes había visto. Seguía siendo el mismo Dante de siempre y, al mismo tiempo, completamente diferente.

Cada día me demostraba que era capaz de cambiar, no solo por él mismo, sino por nosotros.

Cuando finalmente nos sentamos en una pequeña cafetería dentro del acuario, él retiró la silla para que me sentara y luego se acomodó con Heitor en el regazo.

La escena parecía sacada de un sueño: los tres juntos, riendo por algo trivial, como si aquello fuese lo más natural del mundo.

—Sé que hoy es el día en que… —comencé, vacilante, mientras lo veía acariciar distraídamente el pelo de nuestro hijo.

—No —me interrumpió él, con firmeza, pero con suavidad—. Si quieres, hablaremos de eso cuando lleguemos a casa. Ahora, quiero disfrutar este día con vosotros.

No insistí.

Él parecía tan auténticamente concentrado en vivir el momento, algo que antes habría sido imposible imaginar. El Dante que conocí hace meses jamás habría dejado de lado una conversación importante solo para vivir el presente.

Durante todo el día no pude dejar de observarlo. Había algo vulnerable en su postura, en la manera en que nos miraba —a mí y a Heitor— como si nos hubiésemos convertido en la base de su vida.

Era un cambio tan palpable que, por un instante, me descubrí sonriendo. Sabía que mi decisión, fuese cual fuese, no me afectaría solo a mí, sino también a él.

Sin embargo, decidí no pensar en eso ahora.

Decidí hacer justo lo que él había pedido: disfrutar del momento.

Volvimos a explorar el acuario, riendo con las reacciones de Heitor, que parecía cada vez más curioso con el mundo que lo rodeaba.

Dante señalaba los peces con un entusiasmo que incluso parecía novedoso para él, como si estuviese descubriendo el mundo a través de

los ojos de su hijo.

Al regresar a la mansión, acosté a Heitor mientras Dante esperaba en el salón. El corazón me latía deprisa. Con cada paso que daba hacia él, las palabras que había ensayado parecían confundirse en mi mente.

Pero ya no podía aplazarlo más.

—Necesito hablar contigo —anuncié al entrar.

Él se levantó inmediatamente, con la mirada preocupada.

—Claro, dime.

Asentí, respirando profundamente antes de empezar.

—He pensado mucho en todo. En nosotros. En lo que hemos vivido hasta ahora. —Mi voz temblaba ligeramente, pero seguí adelante —. Al principio fue difícil, Dante. Muy difícil. Eras controlador, arrogante, y en muchos momentos me sentí asfixiada. Como si no tuviera elección.

Él no apartó los ojos de mí, absorbiendo cada palabra, como si hubiese estado esperando escucharlas desde hacía mucho tiempo.

—Y luego las cosas empezaron a cambiar. Tú empezaste a cambiar. Fue difícil confiar en ello al principio, pero cada día me demostraste, con pequeños gestos, que lo estabas intentando. No por obligación, sino porque realmente lo deseabas.

Dante abrió la boca para decir algo, pero levanté la mano para indicarle que me dejara terminar.

—Tú cometiste muchos errores, pero yo también. Te juzgué sin intentar entender por qué eras así. Pero… la verdad es que, día tras día, empecé a ver un lado tuyo que nadie más veía. Un lado atento, dulce, preocupado, un lado de padre. Y fue imposible no enamorarme de ese hombre.

Él dio un paso adelante, pero yo me quedé en mi sitio, conteniendo la respiración.

—Elena… —empezó él, pero esta vez fui yo quien lo interrumpió.

—Espera. Déjame terminar. —Me acerqué más a él, notando cómo ardían las lágrimas en mis ojos—. No voy a pedir el divorcio. No quiero alejarme de ti. Te amo, Dante. Más de lo que jamás pensé que sería capaz.

Durante un instante se quedó paralizado, como si no pudiese creer lo que estaba escuchando. Entonces avanzó un paso más, acortando la distancia que nos separaba.

—No sabes cuánto he esperado escuchar eso. Elena, yo también te amo. Tú y Heitor sois la razón por la que mi vida finalmente tiene sentido. Te prometo que no voy a decepcionarte de nuevo.

Antes de que pudiese contestarle, tomó mi rostro entre sus manos y me besó de una manera que decía todo lo que las palabras no podían expresar. Sus labios eran firmes, pero tiernos, y me entregué por completo a aquel beso, sintiendo la certeza absoluta de que estábamos justo donde debíamos estar.

—Gracias por no rendirte conmigo. Por darme la oportunidad de ser el hombre que vosotros merecéis.

—Y lo estás haciendo muy bien, Valentini —afirmé sonriendo, mientras sentía cómo mi corazón por fin encontraba la paz.

—Hay algo más —dijo él, mostrando una breve sonrisa, pero con una seriedad especial en la mirada.

Me incliné ligeramente hacia adelante, intrigada.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Más sorpresas?

Se pasó la mano por la nuca, visiblemente incómodo, algo muy raro de ver en él.

Dante Valentini no era el tipo de hombre que dudara o se sintiera inseguro, y eso aumentó aún más mi curiosidad, y también mis nervios.

—Esperaba tu respuesta hoy, Elena. Y si no te marchabas… — Hizo una pausa, como si estuviera escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Quería hacerlo de la manera correcta.

Mi corazón comenzó a latir descontroladamente y fruncí el ceño.

—¿Hacer qué exactamente?

Metió la mano en el bolsillo del pantalón, y por un instante, sentí cómo el tiempo se detenía. Cuando sacó la mano, sostenía una pequeña caja negra de terciopelo. Mi corazón casi se salió del pecho.

—Dante…

Él abrió la caja, mostrando un anillo que parecía capturar cada rayo de luz de la sala.

Era hermoso, sencillo, pero con un brillo que reflejaba la grandeza del hombre que tenía delante. Mis ojos se llenaron de lágrimas antes siquiera de que él empezara a hablar.

—Elena Romano, sé que nuestro comienzo fue todo menos convencional. Sé que cometí errores, y que muchas veces te hice sentir como si no tuvieras elección. Pero me diste algo que jamás pensé que tendría: una razón para cambiar, para ser mejor. Tú y Heitor lo sois todo para mí, y quiero que lo sepáis cada día.

Tomó aire profundamente, y por primera vez, vi una vulnerabilidad absoluta en sus ojos.

—Te mereces algo más que un contrato, más que una simple apariencia. Mereces amor, respeto, y un hombre que esté a tu lado de verdad, no solo sobre el papel. Quiero darte todo eso y mucho más. Quiero ser tu marido, no por obligación, sino porque te amo. Elena, ¿quieres casarte conmigo de verdad, hacerlo de la manera correcta?

Sentí que el mundo se detenía a mi alrededor.

Sus palabras me golpearon con fuerza, cada una más sincera e intensa que la anterior. Las lágrimas comenzaron a rodar silenciosas por mi rostro mientras lo miraba, completamente desbordada por la emoción.

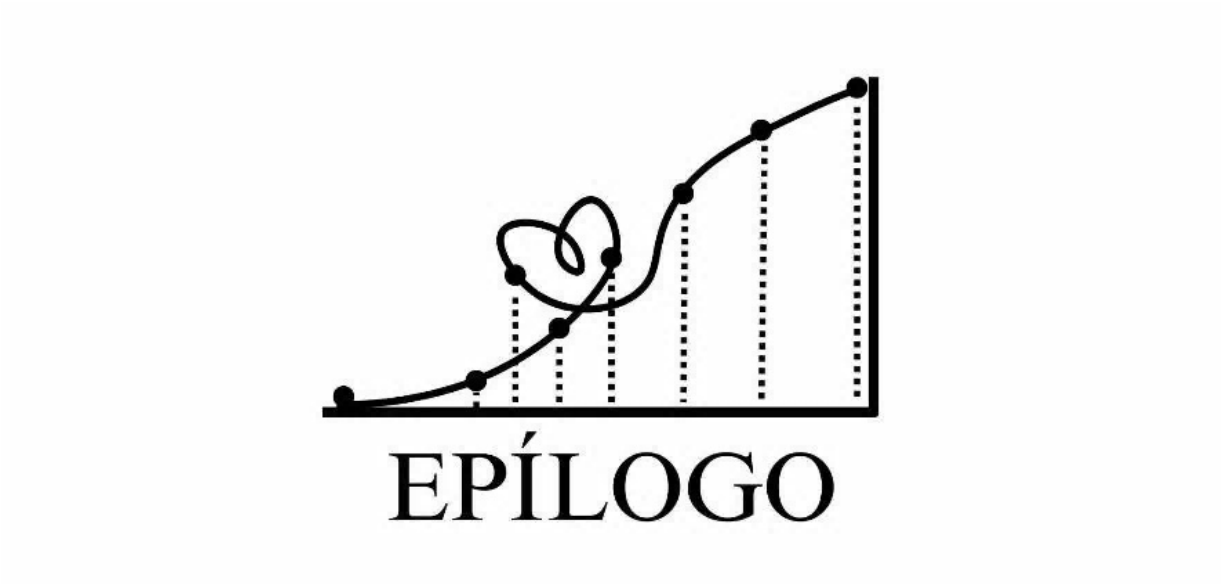
—Sí —logré susurrar con la voz quebrada. Luego, con más seguridad—: Sí, Dante. Claro que acepto.

Él colocó el anillo en mi dedo con una delicadeza que parecía contradecir al hombre poderoso e imponente que era. Cuando alcé los ojos hacia él, vi algo que nunca antes había visto: una sonrisa auténtica, casi aliviada.

Sin esperar más, me abrazó, y cuando sus fuertes brazos me rodearon, supe que estaba exactamente donde debía estar.

—Te prometo, Elena, que lo haré todo bien. Por ti. Por nosotros.

Y en ese instante, mientras lloraba y reía a la vez, comprendí que la vida tenía una extraña manera de sorprendernos.



«Algunos momentos tienen el poder de transformar vidas enteras, y aquel era el comienzo de uno de ellos.»

DANTE VALENTINI

Nunca pensé que el día de mi boda sería uno de los más importantes de mi vida.

De hecho, ni siquiera creía que llegaría a casarme.

Ahora, al ver a Elena caminar sobre un sendero cubierto de pétalos, comprendí que algunas cosas en la vida no siguen un plan.

Simplemente suceden, derriban barreras, lo cambian todo.

Ella estaba radiante. Con un vestido cuya tela parecía bailar con el viento, Elena avanzaba con una sonrisa que iluminaba más que el sol de aquella mañana.

Cada paso que daba parecía resonar dentro de mi pecho, trayendo consigo recuerdos de cada instante vivido juntos —las discusiones, las risas, las noches en vela junto a Heitor, e incluso aquellas veces en que estuvimos a punto de desistir el uno del otro.

Lo haría todo otra vez. Cada momento, cada obstáculo, cada error.

Todo por ella.

Cuando estuvo más cerca, el corazón me dio un vuelco, pero como siempre, mantuve mi expresión seria. Ella se detuvo frente a mí y, por un instante, pareció que el tiempo se congelaba.

—Estás preciosa —susurré, lo suficientemente alto para que me escuchara.

—Y tú pareces nervioso, Valentini —respondió, con aquella sonrisa burlona que solo ella sabía dar.

El oficiante comenzó a hablar, aunque admito que la mitad de sus palabras me llegaron difusas.

Toda mi atención estaba en ella.

En cómo me miraba, en la certeza que parecía irradiar, incluso después de todo.

Cuando llegó el momento de los votos, respiré profundamente y busqué sus ojos, dejando que las palabras brotaran desde lo más profundo de mi corazón:

—Elena, entraste en mi vida como una tormenta, poniéndolo todo patas arriba, destruyendo certezas que creía que jamás cambiarían. Pero con esa tormenta trajiste luz, trajiste calor, trajiste vida. Tú y Heitor me mostrasteis que el verdadero poder no está en el control ni en el dinero, sino en el amor. Prometo ser el hombre que mereces. Prometo luchar por ti, por nosotros, cada día.

Ella parpadeó rápidamente, conteniendo lágrimas, y entonces, con voz dulce, empezó sus votos:

—Dante, has sido el mayor desafío y la mayor sorpresa de mi vida. Entraste en ella de un modo que jamás imaginé y, a pesar de tus defectos, me mostraste que puedes ser el hombre más increíble que he conocido. Prometo amarte por quien eres y por el hombre en el que te estás convirtiendo. Prometo caminar a tu lado, siempre.

Cuando terminamos los votos, el oficiante nos declaró marido y mujer, pero en aquel momento, parecía que solo existíamos nosotros dos.

—Puedes besar a la novia —dijo.

No dudé.

Me incliné hacia ella y tomé sus labios con los míos, sintiendo cómo el mundo desaparecía nuevamente. El beso no era solo un gesto; era una promesa, una entrega, un comienzo.

El sonido de aplausos y risas a nuestro alrededor nos devolvió a la realidad, pero ya no importaba.

Desde aquel instante, Elena y yo éramos una familia. Oficialmente, en todos los sentidos importantes. Y sabía, con absoluta certeza, que no necesitaba nada más que a ella y a Heitor.



—He vivido para ver al poderoso Dante Valentini rendirse al matrimonio. Esto debería salir en portada de los periódicos —bromeó Marco, apoyándose en la barra improvisada y dando un sorbo a su whisky.

—Muy gracioso. No sé cómo sobrevives sin un programa de humor en la televisión —repliqué, aunque mi tono era más relajado de lo habitual.

Hoy ni siquiera él lograría irritarme.

—Pero en serio, estoy sorprendido. —Me miró con un destello de genuino respeto—. Tú, que siempre decías que el matrimonio era para débiles, que los sentimientos eran una distracción... Y ahora mírate. Casado, enamorado y con un hijo increíble. Estoy casi emocionado.

—No empieces.

Marco se rio, sacudiendo la cabeza.

—Estoy orgulloso de ti, tío. De verdad. Sé que no es fácil admitirlo, pero has hecho lo correcto. Y no solo por ella o por Heitor, sino también por ti.

Sus comentarios, habitualmente cargados de sarcasmo, esta vez tenían un peso de sinceridad que me pilló por sorpresa.

—Gracias —murmuré, sin saber bien cómo responderle adecuadamente.

—Entonces, ¿cómo lo llevas, Valentini? ¿Listo para esta nueva vida? —Apoyó el vaso sobre la barra y cruzó los brazos, observándome como si esperara verme huir de la responsabilidad.

—Listo o no, ya estoy dentro. Y no pienso fracasar —respondí, firme.

Marco me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Así me gusta. Ahora ve, que tu esposa debe estar preguntándose qué haces aquí escondido conmigo.

Antes de que pudiera responder, una voz familiar y dulce resonó detrás de mí:

—¿Esposa? Me gusta cómo suena eso. —Elena apareció con aquella sonrisa capaz de iluminar cualquier lugar.

—¡Aquí está ella! —Marco alzó el vaso hacia Elena, siempre provocador—. Enhorabuena por domesticar a este hombre. Has cumplido una misión imposible.

—No es tan imposible como parece —bromeó ella, lanzándome aquella mirada que solo ella sabía dar.

—Os merecéis el uno al otro —añadió Marco, guiñándome un ojo antes de alejarse y dejarnos a solas.

Cuando él se fue, Elena se acercó, deslizando suavemente su mano en la mía.

—¿Todo bien? —le pregunté, mirándola con atención.

—Mejor imposible. ¿Y tú?

—Nunca he estado mejor —confesé, entrelazando nuestros dedos.

—Entonces, ¿qué te parece si volvemos a la fiesta? —sugirió ella, con una sonrisa traviesa.

—Mientras estés conmigo, vamos donde tú quieras.

Me quedé un rato junto a Elena, hasta que vi llegar a mi padre.

Su caminar era más lento ahora, el peso de los años evidente en cada paso, pero su presencia aún imponía respeto. Llevaba una expresión orgullosa que raramente mostraba, lo que hizo ese instante aún más especial.

—Dante. —Su voz grave y firme resonó como un ancla en mi realidad—. Por fin has hecho algo que tu madre y yo soñamos durante tanto tiempo.

Me detuve, tragando saliva al escuchar la mención de ella.

Mi madre.

La mujer que siempre había sido mi equilibrio, mi norte, y cuya ausencia seguía siendo una herida abierta.

—Estaría orgullosa —continuó él, los ojos humedecidos, pero manteniendo aún una postura inquebrantable—. Ese era su mayor sueño: verte feliz, formando una familia.

—Papá… —mi voz salió ronca, incapaz de decir nada más.

No sabía cómo responder.

Él rara vez hablaba con tanta emoción, y escucharlo ahora removió algo profundo en mi interior.

Colocó una mano firme en mi hombro, mirándome a los ojos como cuando era niño y necesitaba aprender una lección.

—Has hecho mucho más que construir un imperio, hijo. Hoy has hecho algo que de verdad importa. No lo dejes escapar. Esa mujer y ese niño son ahora tu mundo. No repitas los errores que viste a tu alrededor.

Asentí, sintiendo el peso de cada una de sus palabras.

Mi padre no solía mostrar grandes muestras de afecto, pero en ese momento me había dado algo más que un consejo: me había entregado una responsabilidad que sabía que debía honrar.

—No lo haré, papá. Te lo prometo.

—Lo sé. —Volvió a apretar suavemente mi hombro, un gesto sencillo pero cargado de significado, y entonces esbozó una leve sonrisa, algo raro y casi olvidado en su rostro—. Ahora ve. Tu madre está en algún lugar viendo todo esto, y está sonriendo. No la decepciones.

—No lo haré…

ELENA ROMANO

—¿Ya le has contado la noticia, amiga?

—Aún no. —Le guiñé un ojo a Giovana, intentando aparentar tranquilidad, pero mi corazón ya latía más rápido solo con pensar en el momento que se acercaba.

Giovana sonrió con complicidad, acercándose para tomarme la mano.

—Sabía que este día llegaría. Y quiero que sepas, Elena, que siempre estaré aquí, a tu lado. Para reír, llorar o quejarnos juntas de Dante.

—Claro, Dante siempre será un excelente tema para quejarse —bromeé, pero mi voz salió temblorosa, especialmente al ver cómo los ojos de mi amiga se humedecían.

Ella sorbió discretamente y apretó mi mano.

—Te mereces esto. Todo esto. Una familia preciosa, un hombre que por fin ha aprendido a valorarte y… esta nueva vida.

—Giovana, no sigas o voy a terminar llorando yo también.

—¡Perdona! —se rio, secándose rápidamente los ojos—. Pero en serio, nunca había estado tan feliz por ti. Y ya sabes, ¿verdad? Siempre estaré aquí, aunque sea solo para estropearte las fiestas y comerme la mitad de la tarta.

—Eso es reconfortante, supongo.

Las dos reímos, y ella me abrazó fuerte antes de alejarse, dejándome sola con mis pensamientos, o al menos eso creía yo.

Pocos minutos después, vi a Dante venir hacia mí con Heitor en brazos. Parecía más relajado que nunca, con una leve sonrisa bailando en sus labios mientras caminaba hacia donde yo estaba.

—He sido secuestrado por este pequeñajo —dijo, ajustando a Heitor en sus brazos—. Creo que tiene una lista de exigencias que debo cumplir.

Sonreí, observando a los dos juntos. Era imposible no sentir cómo se me derretía el corazón al verlos así.

Se detuvo frente a mí y, con la mano libre, rodeó mi cintura y me acercó hacia él.

—¿Está todo bien? Te veo distinta.

—¿Distinta cómo? —pregunté, tratando de ocultar mis nervios.

—No lo sé. Más feliz.

—Quizá sea porque tengo algo que contarte.

Él arqueó una ceja, intrigado.

—¿Y qué es?

—Espera un poco. Estoy creando el momento perfecto —bromeé, disfrutando del suspense que estaba provocando.

—Elena… —Entrecerró los ojos, aunque había un brillo divertido en ellos.

—Vale, vale. —Respiré hondo y puse mi mano sobre la suya—. Estoy embarazada.

Por un instante, pareció que el tiempo se había detenido.

La sonrisa de Dante desapareció, sustituida por una expresión que no lograba descifrar. Entonces algo cambió. Sus ojos brillaron, y una

sonrisa lenta, auténtica, se dibujó en su rostro.

—¿Embarazada? —repitió, como si necesitase escucharlo otra vez para creerlo.

—Sí. —Sonreí, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas —. Vamos a tener otro bebé.

No dijo nada de inmediato, simplemente me atrajo hacia un abrazo tan fuerte que parecía querer unir nuestras almas. Sentí su rostro apoyado en mi cabello, su respiración ligeramente temblorosa.

—Este bebé será tan amado como Heitor —susurró, con la voz cargada de emoción.

—Lo sé. —Mis lágrimas escaparon mientras correspondía a su abrazo.

Se separó lo justo para mirarme a los ojos, sosteniendo mi rostro entre sus manos.

—Elena, tú lo has cambiado todo. Absolutamente todo. No sabía que podía amar tanto hasta que tú y Heitor entrasteis en mi vida. Y ahora, este bebé. Te prometo ser el mejor padre y marido posible. Te prometo hacerte feliz todos los días.

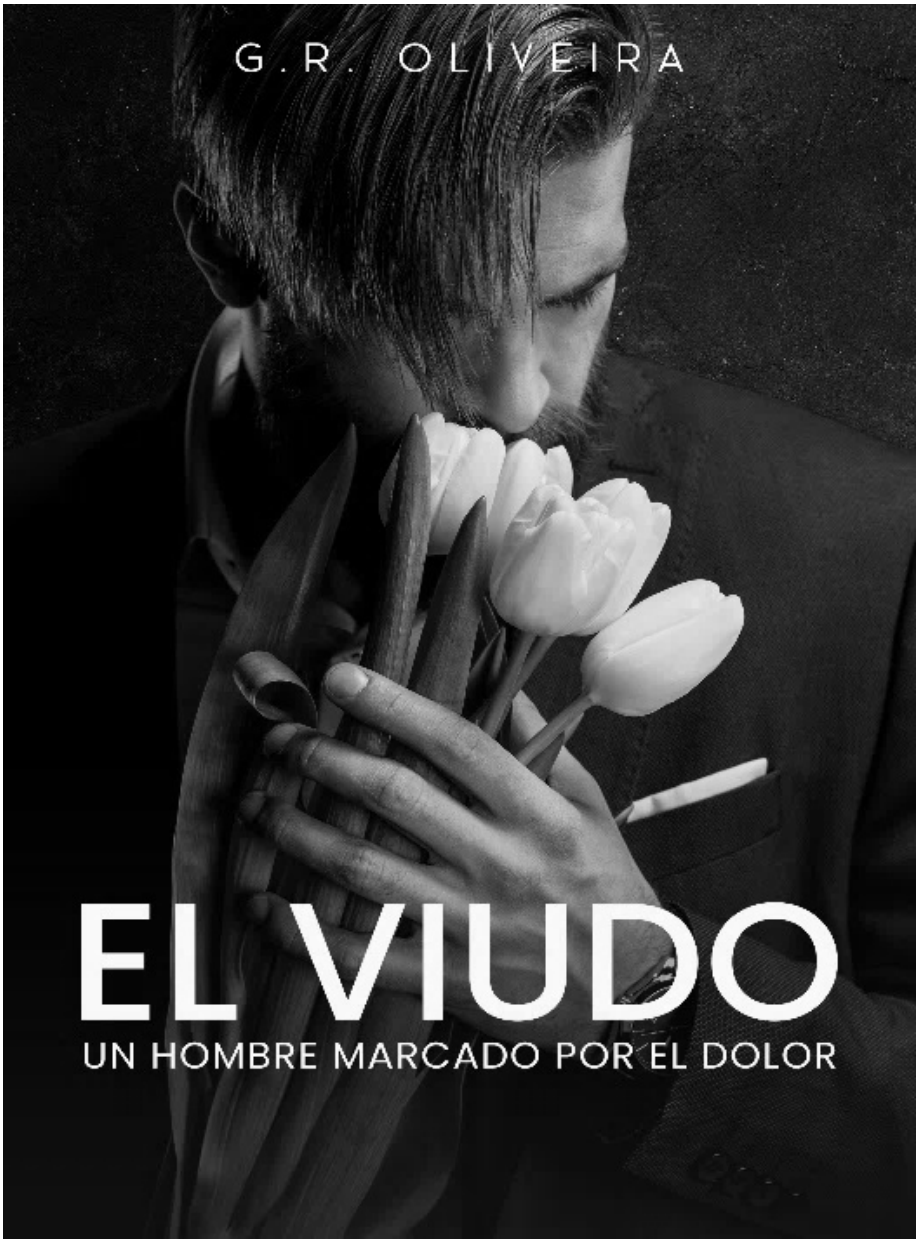
—Ya lo haces. Y yo también te amo. Completamente.

Me besó con una ternura que parecía contener todas las promesas del mundo, y en ese instante, nada más importaba. Estábamos exactamente donde siempre debimos estar: juntos, construyendo nuestra familia y nuestro futuro.

Y así fue como nuestra historia, que comenzó de manera tan inesperada, encontró su final… o tal vez, su verdadero comienzo.

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

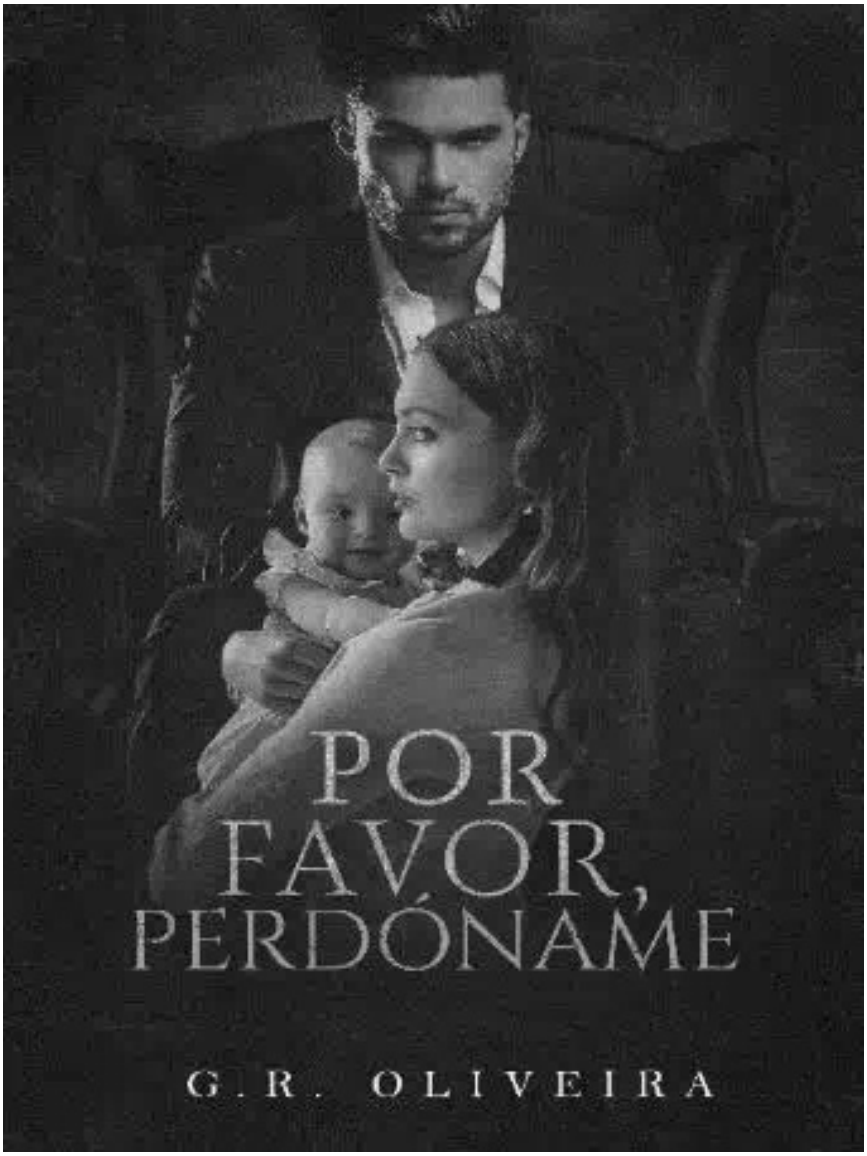
En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate

para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5

DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

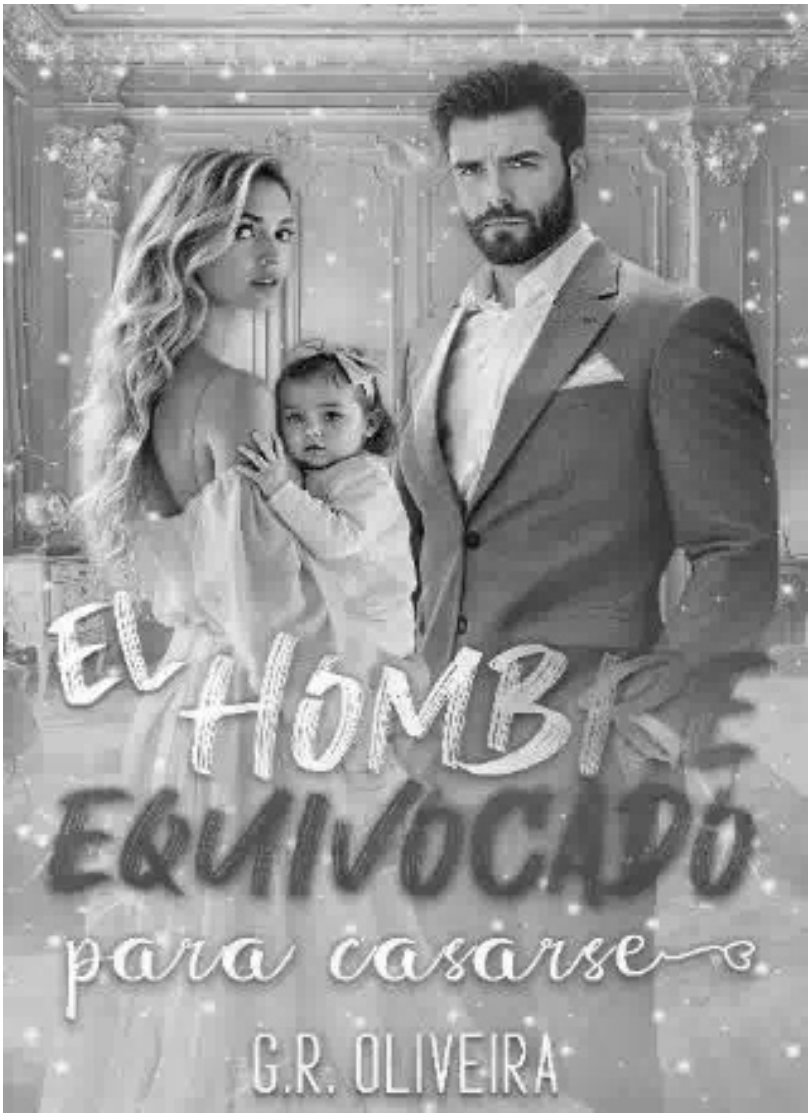
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi**

hija. Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

N

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

GRUPO DO WHATSAPP

FACEBOOK